

URSS y Rusia

Ruptura histórica y continuidad económica

Bajo la dirección de Ramine Motamed-Nejad



¿A dónde va China?



Actualarx
Dirección:
Jacques Bidet

K&A
Kohen
&
Asociados
Internacional

EDICION ARGENTINA
Alberto Kohen

URSS Y RUSIA / ¿A dónde va China?

Título de las ediciones originales:

URSS el Russie. Rupture historique et coninuilé économique. Presses Universitaires de France. 1997.

Où va la Chine? Presses Universitaires de France. 1997.

**c de la presente edición: Kohen & Asociados Internacional
K&ai Ediciones**

Ilustración de lapa: Beatrice Tabah en Actuel Marx

Diagramación: Ricardo Souza

Traducción: Maria Leconte

Impreso en Argentina - Pritend in Argentine

Ediciones K&ai Ediciones

Tucumán 622 - 5º piso

Distribuye: Tesis 11 Grupo Editor

Av. de Mayo 1370 - piso 14 - Of. 355/56

(1362) Buenos Aires - Tel. 383-4777

ISBN: 987 - 99737 - 6 - 3

Impreso y hecho en Argentina

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso del editor.

A. Buzgaline - E. Hobsbawm - M. Godelier
J. Bidet - M. Lewin - P. Bowles - X. Yuan Dong
G. Ortiz - A. Kolien

URSS y Rusia

Coyuntura histórica y continuidad económica

Bajo la dirección de Ramine Motamed-Nejad

¿A dónde va China?

Publicado en París, Francia por PUF - Presses Universitaires
de France con el auspicio del Centro Nacional del Libro de la
Universidad de París X - Nanterre y del Instituto Italiano de
Estudios Filosóficos

Edición argentina en español por K&ai
(Kohen & Asociados Internacional)

Buenos Aires, 1998

CKSS y Rusia. *¿A dónde va China?*

INTRODUCCIÓN

La edición argentina de *Actuel Marx* presenta este año un volumen basado en los materiales contenidos en dos ediciones de *Actuel Marx*: Uno: URSS y Rusia. Ruptura histórica y continuidad económica, bajo la dirección de Ramine Motamed-Nejad de la Universidad de París I-Panthéon-Sorbona, y otra: *¿A dónde va China?* recopilación de trabajos efectuada por el economista Gérard Duménil economista y director del CNRS de Francia y Roland Lew, sinólogo de la Universidad Libre de Bruselas. Ambos volúmenes de la edición original francesa aparecieron paralelamente en 1997 y su vigencia pareciera acrecentarse con los acontecimientos que se fueron desarrollando posteriormente.

Por nuestra parte publicamos, del primero, los trabajos de Eric Hobsbawn, historiador marxista de renombre mundial, Alexandre Bouzgaline, profesor de la Universidad Lomonosov de Moscú, Jacques Bidet, de la U. de París X y director de *Actuel Marx*, Moshe Lewin, profesor de historia de la U. de Pennsylvania, EE. UU., Maurice Godelier, es director del CNRS de Francia, y del volumen dedicado a China optamos por presentar en forma ampliada el trabajo conjunto de Paul Bowles, profesor de economía en la Universidad de París VII y Xiao Yuan Dong, de la Universidad de Winnipeg, Canadá.

Publicamos también el índice completo de los dos volúmenes de *Actuel Marx*, cuyos trabajos en francés pueden ser requeridos a los editores de la revista en idioma español.

Al pensar el siglo XX en sus últimos años, y ver el fin del comunismo soviético por una parte y el boom chino por otra, contemplando al mismo tiempo los efectos de la globalización capitalista, es inevitable que el pensamiento o los sueños vuelen tratando de imaginar el porvenir del mundo en el que vivimos.

Ambos acontecimientos son paradigmáticos.

La caída de la URSS marcaría la desintegración (deconstrucción) de lo que fue la mayor experiencia socialista de la historia que, autoritaria y totalitaria, desembocó en un caos inimaginable.

El auge económico de China, a su vez, presentaría el posible futuro exitoso de un socialismo donde se conjugan el mercado y el autoritarismo.

En todos los trabajos se destacan las diferencias entre los dos colosos del comunismo que marcaron la historia del siglo XX. Pero cabe preguntarse qué hay de común en ambas experiencias. ¿El origen? ¿El fundamento ideológico? Y, al mismo tiempo interrogarse sobre el nexo existente entre el comunismo soviético y el socialismo de

mercado que pergeña China.

A los bolcheviques les tocó suceder al Imperio Zarista, el mis atrasado de la época.

Los comunistas chinos fueron herederos de las dinastías imperiales, después de un interregno de casi medio siglo.

Ambos crearon un polo de poder político central y omnipotente alrededor de los partidos comunistas, en Estados gigantescos que centralizaron una red de estados nacionales y locales.

China podría llegar a ser en el año 2025 la economía más grande del mundo. La URSS ya no existe, y Rusia sigue sumergida en profundas crisis que cubren el camino de la desintegración.

En la Introducción al volumen "URSS y Rusia. Ruptura histórica y continuidad económica" se dice:

Como todo fenómeno histórico importante, el derrumbe del sistema soviético alimentó una gran cantidad de interpretaciones en las que se mezclan posiciones *normativas* con posturas *positivas*. Las investigaciones liberales dedicadas a los embates de las recientes transformaciones económicas e institucionales en Rusia privilegian decididamente la primera perspectiva. Por un lado, para la mayoría de estas investigaciones, la caída del régimen económico y de las instituciones políticas de la URSS es la señal de dos fracasos vinculados entre sí en forma inseparable: fracaso del socialismo, en primer lugar, como proyecto de sociedad, alternativo al capitalismo; fracaso, luego, del marxismo y de Marx mismo como inspiradores de este proyecto. Pero estas posturas no se contentan con este balance. A través de un reduccionismo singular que sólo se asemeja a su dogmatismo, estas posturas convierten este balance en argumento teórico para proclamar en voz alta el triunfo definitivo del liberalismo económico y del mercado, tanto como forma de organización de la economía como modo de cohesión de las sociedades modernas.

Sin embargo, la realidad es menos dócil y opone una sonora desmentida a esta concepción tranquilizadora. En efecto, más de cinco años después de la puesta en marcha de las reformas económicas, guiadas precisamente por los presupuestos del liberalismo económico, la economía rusa no ha salido de la crisis que había precipitado a la URSS hacia su fin. Por el contrario, desde la introducción de estas reformas que tienen como vectores esenciales la privatización de las empresas y la liberalización de los precios, Rusia se ha proyectado ante una crisis económica y social sin precedentes que se traduce principalmente en la persistencia de la inflación, la caída ininterrumpida de la producción industrial, el incremento de la desocupación así como la creciente pauperización de una gran parte de la población.

Este volumen^{6*} se sitúa en una perspectiva positiva radicalmente distinta de las posiciones normativas antes citadas. No se inscribe en un dogmatismo invertido que consistiría en apoyarse en el fracaso de las reformas liberales en Rusia para relegitimizarse, sin ningún otro proceso, a cualquier padre fundador. De hecho, los distintos textos que componen este libro tienen en común el presupuesto según el cual se puede acceder a los embates de las transformaciones en curso en este país sólo identificando la naturaleza del sistema soviético, las raíces internas de su derrumbe y el sentido de la evolución actual de la sociedad rusa. Sólo partiendo de este punto será posible reflexionar al mismo tiempo sobre la parte del marxismo en la experiencia soviética y en las enseñanzas teóricas y prácticas de esta experiencia para el futuro del proyecto socialista.

En la Introducción al volumen "¿A dónde va China?" se dice:

Actual Marx presenta este volumen* en forma paralela con *URSS y Rusia*. El destino comparado de estas dos "patrias del socialismo" resulta sorprendente. Nadie hubiera podido prever que una caería tan bajo mientras que la otra seguiría por un camino tan próspero, ni que las dos se apartarían tan rápidamente, y sin grandes convulsiones, de las vías previa y sólidamente trazadas. Si bien cada parte de la obra presentada tiene sus propios objetivos, subyace no obstante una pregunta comparativa.

En su lejana inmensidad, China ha dado lugar a azarosas especulaciones. Recientemente, significó para algunos la esperanza finalmente permitida de un comunismo auténtico; para otros, es la odiosa persistencia del mal absoluto, o finalmente la conciliación de todos los contrarios.

En este debate, en el que intervienen opiniones fuertemente contrastantes, no adelantamos una tesis sino buscamos mostrar puntos de vista que el sentido común reinante, para el cual el capitalismo *es* la naturaleza misma de la sociedad moderna y el orden neoliberal el término natural de toda "transición", tiende a ocultar. Hemos privilegiado las brechas abiertas que manifiestan la complejidad y la contradicción del fenómeno, su inscripción a largo plazo, la de China milenaria, y el carácter abierto e incierto del futuro. En esto, la situación de China es comparable a la nuestra. Y tenemos toda la razón al intentar aprender de ella.

Después del derrumbe algo queda. De todo lo que existió algo queda después que desaparece de la escena, o por lo menos del centro de la misma. ¿Una sombra, una experiencia, una memoria? Ambas situaciones conllevan el interrogante de qué muere y qué queda del pasado inmediato. ¿El socialismo, el colectivismo, la revolución?

Después del triunfo de la globalización capitalista, el mundo sigue sufriendo crisis y guerras, la constante degradación de sociedades y estados, y aún de la propia naturaleza, y se desgarran en medio de nuevas y viejas contradicciones que parecen insolubles. ¿Qué hay más allá del capitalismo? ¿El socialismo, y éste en qué consiste?

El análisis de los procesos en la URSS-Rusia y China que se publica, es una contribución para pensar las respuestas a estos y otros interrogantes de nuestra época.

Este volumen aparece en el momento preciso de la crisis más dramática después de la caída de la Unión Soviética cuando se agotó la segunda parte del proceso de deconstrucción.

La primera, la gorbachoviana, se agotó en sus expectativas con el arribo de Yeltsin, que abrió paso al imperio de las mafias enraizadas en las viejas estructuras burocráticas.

La segunda parte, presidida por la figura de un gobernante borracho y enfermo que continuaría una tradición ya presente en la época de los zares, alentó desde la nostalgia comunista hasta el fascismo, y exacerbó un nacionalismo con vocación imperial.

En medio de la tragicomedia tartufiana, un Estado con vocación imperial, convertida en una expresión típicamente rusa del capitalismo salvaje de fin de siglo, se convierte en el huevo de la serpiente, que puede engendrar el monstruo que juegue el mismo papel que desempeñó, Alemania en los años 30 y conducir al mundo a una catástrofe aún mayor que la de los años 40.

Después de la derrota sufrida en la Guerra Fría, fuerzas ancestrales de una Rusia

eternamente dramática, que lia ido del zarismo al bolchevismo, y de este al capitalismo salvaje, en medio de la dispersión del armamento nuclear, el caos económico y social y las crisis múltiples, esta situación de riesgo se ha convertido en una realidad.

El poder del Estado en manos de las mafias puede adoptar hacia los compromisos asumidos después de esa derrota, la misma actitud que asumió el Estado alemán en manos de la mafia hitleriana hacia los que surgieron del Fació de Vcrsalles.

El nuevo monstruo se gestó en el vientre del comunismo, que en cierto modo y momento fue utilizado como justificación del nazismo.

Del barro va emergiendo otra vez la figura de un poder enfermo, impregnado de una patología específica, paradómicamente, débil y omnímodo al mismo tiempo.

En todos los trabajos que se presentan, de una gran actualidad, hay claves para interpretar mejor el camino que va del zarismo al ptxler soviético, de Lenin a Gorbaciov y de Yeltsin al caos y la decadencia actual.

Alberto KOHEN

Responsable de la edición argentina.

*La versión traducida contiene sólo una selección de los textos del volumen. Los editores ofrecen al lector interesado en los demás textos los originales en francés.

***Hacia dónde va China?* se publicó originalmente en un volumen separado de URSS y Rusia. Su versión traducida también es una selección; los demás textos están a dis|xis|ciói del lector, en francés.

Estados Unidos necesita una Rusia fuerte y piensa en el modelo chino

Comenzó (a era post-Yeltsin y ya no hay lugar para un capitalismo parasitario

Guillermo ORTIZ*

"El orden conduce a todas las virtudes, pero ¿qué es lo que conduce al orden?". Este antiguo acertijo político bien vale aplicarlo a la actual incertidumbre que envuelve al país más extenso del planeta, poseedor de armas de destrucción masiva y potencial cogarante de la seguridad mundial del próximo siglo.

No es una novedad que Rusia cruje y el mundo está en vilo.

En términos generales, la crisis rusa es la de un paradigma -el de la economía de mercado sin regulación-, que provoca por lógica extensión un "efecto cascada" sobre los mercados emergentes, otrora las "vedettes" del capitalismo globalizado hoy en entredicho, y no sólo de su periferia próxima.

Todo indica que la era Yeltsin llegó a su fin, consumada la "revolución palaciega" contra el joven tecnócrata Sergei Kirienko, mombrado hace sólo meses.

Rescatar del pantano económico a Rusia no será fácil. Habrá que destrabar una coyuntura política tras el "golpe blando" de la antigua "nomenklatura", ligada al poder financiero y convertida en un pool de mafias sin control,

Si bien el comunismo carece, por el momento, de vocación de poder, todo indica que la opción en el mediano plazo será la de un centralismo semidemocrático, de apertura controlada, al estilo chino, y capitaneado por el ex general Lébed, héroe de Afganistán, actual gobernador de una vasta región de la Siberia central, que goza de apoyo popular y militar, que medió en el conflicto checheno, fue funcionario de Yeltsin y es candidato para las presidenciales del 2.000.

Pero convertir a Rusia en un Estado moderno "a la europea" no fue lo que imaginó en su momento el tándem Bush/Kohl/Gorbachov/Yeltsin. En el mejor de los casos, se trata de un largo proceso, caótico y desigual, que reformula la eterna pregunta: *¿Qué es Rusia?* Por el momento, se trata de una desordenada combinación de anarquía, "capitalismo de bandidos" y agonizante economía pseudo-benefactora con una élite que añora el status perdido y un pueblo fatigado por la postergación.

En este contexto, no es fácil estimar la dirección del gigante euroasiático. *"Sería como intentar describir la trayectoria de un bala"*, confiesan algunos expertos.

Lo cierto es que la nueva decapitación del gobierno de parte de Yeltsin en menos de cinco meses y la reposición como premier interino del hasta hace poco denostado

* Guillermo Ortiz, director del área de Política Internacional del diario *El Cronista de Buenos Aires*, analista de temas internacionales en radio y TV. A dado cursos y conferencias y escribe en la revista de pensamiento político *La Ciudad Futura del Club de Cultura Socialista* José Aricó.

Chernomyrdin, "viejo appartehik" vinculado a la industria energética, constituye una peligrosa "huida hacia adelante" que ya le provocó serios costos en términos de poder al líder ruso. La destitución de Kirienko fue una muestra de debilidad de Yeltsin ante la presión de la oposición nacional-comunista.

La situación es altamente volátil, si bien los rusos aún no ganaron la calle. De todas maneras, el 75% de la población se declara decepcionada con Yeltsin, un 15% participaría en huelgas y bloqueos de carreteras y un 11 % prestaría apoyo, según el Instituto de Sociología de Moscú, a una insurrección.

La economía depende de la política, y ésta del ejercicio ininterrumpido del poder. Y el poder está en el aire.

La reciente puja Ejecutivo/Duma, la confusión que generó sobre el futuro de Chernomyrdin y el deseo comunista de recortar atribuciones a La presidencia dotan de inquietantes actualidad la conocida teorización de Trotsky en la "Historia de la Revolución Rusa", sobre la "*dualidad de poder*", como situación previa a un estado de revolución, caos, o anarquía.

Ahora bien, esta dualidad de poderes es un fenómeno peculiar de toda crisis social y surge donde chocan de modo irreconciliable dos clases.

Se trata de una situación de "equilibrio inestable" que no necesariamente se decanta en un colapso del Estado. "La burguesía rusa -señala Trotsky- que pugnaba contra la burocracia rasputiniana a la par que colaboraba con ella, reforzó extraordinariamente su poder durante la guerra. Explotando la derrota del zarismo, fue reuniendo en sus manos a través de asociaciones, las Dumas municipales y los comités industriales de guerra, un gran poder; disponía por su cuenta de inmensos recursos del Estado y representaba en esencia un gobierno autónomo y paralelo al oficial".

Ahora bien, en este sentido, ¿cuáles son hoy las aspiraciones de los nuevos capitalistas rusos? -llamados los "bandidos", mas bien una oligarquía mñfiosa y corporativa-, y el grado de descomposición de la burocracia rusa?

Un magnate ruso confió al Financial Times que la nueva clase dirigente rusa no es ni democrática, ni liberal, ni comunista, ni conservadora, sino "rapaz y codiciosa". Los siete mayores banqueros del país -núcleo de apoyo de la campaña electoral de Yeltsin- controlan más de la mitad de la economía rusa. Nadie duda que esta nueva "nomenklatura" tuvo un gran impacto sobre la economía, pero sus intereses parecen más orientados a las ganancias cortoplacistas y el enriquecimiento personal.

Lo cierto es que ningún país puede permitir que su economía se hunda año tras año pensando que la pérdida de riqueza nacional sea compensada con créditos extranjeros, manipulaciones especulativas en la Bolsa y con la exportación de hidrocarburos. Es evidente que la caída de los precios del crudo y la crisis asiática influyen pero el mal es mucho más antiguo. El problema es que se pensó que una primera fase capitalista haría surgir de la nada una nueva clase de banqueros y empresarios que desarrollarían una economía de mercado desregulada bajo la mirada del FMI, y lo único que se consiguió es un sistema incontrolado y una economía criminalizada.

¿Cuáles son los escenarios? Por lo pronto, *no es posible el continuismo*, basado en capitales golondrinas afectos a la especulación que, pasado el tembladeral, probablemente vuelvan a Rusia a asegurar un mínimo de rentabilidad, a riesgo de crear una crisis similar.

Los más aceptable parece un *gobierno de coalición* que -aunque incapaz de satisfacer los intereses de viejos comunistas, reformistas, banqueros y acreedores-, contemple una *vuelta al centralismo* para evitar la disolución, emita dinero para pagar salarios atrasados, asegure un orden jurídico para la inversión y restituya el poder del Estado para recaudar. Sería la única opción para *evitar un golpe*. El sistema ruso es un sistema de zig-zags políticos y la característica del liderazgo soviético no ha sido la coherencia sino la ruptura. Cierta naturaleza cíclica de la historia soviética no permite ser optimista sobre una estabilidad a corto plazo y muchos vuelven su mirada a la experiencia china. Al fin de cuentas, la nueva potencia asiática a consumado con éxito un proceso de transición desde los lejanos días de Deng, en base a un modelo de apertura controlada. Es más, habida cuenta de la situación de estabilidad social - China no registra movilizaciones de magnitud desde Tiananmen en 1989- y la legitimidad del Partido Comunista Chino -a la luz de sus logros en el plano internacional-, no sería descabellado afirmar que el éxito de la reforma capitalista en China depende del mantenimiento de un férreo control político de parte del Partido Comunista.

Además, vale el interrogante: ¿Desde 1989, año en que se consumó el proceso de autodisolución soviético, que a muchos tomó de sorpresa, quiénes la pasaron mejor, los rusos o los chinos? La respuesta parece obvia.

Rusia cu un cruce de caminaș 2 toș problemas de la transformaci3n econ3mica y pol3tica

Alexander BUZGAUNE

Traducido de la versi3n en franc3s por

RamineMotamed-Nejad

El decenio de reformas, iniciado a partir de abril de 1985, plantea la cuesti3n de la validez del conjunto de las leyes y los modelos caracter3sticos de las econom3as "socialistas". En efecto, partiendo de la constataci3n seg3n la cual las modalidades y el contenido de los cambios econ3micos var3an de una sociedad a otra y ofrecen una gran variedad de configuraciones posibles, nuestro texto tiene como objetivo estudiar la din3mica diferenciada de las econom3as en transici3n. Para hacerlo, pondremos el acento en la importancia del pasado en los pa3ses del Este y en la g3nesis de sus econom3as. Podremos entonces examinar parte por parte la especificidad de las sociedades en transici3n al igual que la diversidad de los procesos de transformaci3n que los afecta. As3, desde el comienzo estaremos suficientemente preparados para esbozar modelos diferentes de transici3n.

LA TRANSICI3N DE UNA SOCIEDAD: ELEMENTOS PARA UNA DEFINICI3N

Las caracter3sticas sociales y filos3ficas de la transici3n

Para saber si una econom3a est3 en transici3n, debemos interrogarnos acerca de un cierto n3mero de elementos extremadamente importantes que son al mismo tiempo abstractos (si se toma a pr3stamo un lenguaje filos3fico) y concretos, porque est3n vinculados a la especificidad de esa econom3a. El elemento abstracto m3s abstracto reside en la oposici3n entre los factores inerciales y los cambios cualitativos que sostiene las din3micas de las relaciones socioecon3micas¹. Desde este punto de vista, una simple mirada hacia las grandes transformaciones cualitativas y revolucionarias que han jalonado la historia contempor3nea nos lleva a sacar varias conclusiones. En primer lugar, se puede afirmar que la esencia de una econom3a en transici3n es irreductible a una simple recomposici3n de la pol3tica econ3mica y de los m3todos

¹ La existencia de esta oposici3n en el seno de las econom3as en transici3n ha sido estudiada en su generalidad por V.V. Radayev (1994), *The Economy of the Transitionil Perio3*, Mosc3. Moscow University Press.

económicos de gestión. Debe ser investigada en primer lugar en una ntetamórfosis más fundamental, la de las relaciones socioeconómicas del sistema existente.

De hecho, en el curso de los periodos de transición, todos los componentes de la economía son sometidos a intensos cambios. Estos afectan especialmente el modo de asignación y distribución de los recursos, las relaciones de valor que unen los distintos sectores, las relaciones de propiedad, el modo de regulación económico, los modelos prevalecientes de incitación al trabajo, los instrumentos y los objetivos de desarrollo económico, las instituciones y finalmente los dispositivos legislativos. En un contexto así, reducir, a la manera de numerosas investigaciones occidentales², el proceso de transformación a los tres siguientes factores -la privatización, la liberalización y la estabilización-, es entregar una visión demasiado estrecha de las posturas de la transición. Es por ello que en lo que sigue abordadnos exclusivamente las reformas económicas que estuvieron en el origen de una Transformación cualilativa (revolucionaria en el sentido filosófico del término) de los sistemas socialistas. En otros términos, insistimos en las reformas que hicieron posible, por un lado, el pasaje de una base (el sistema antiguo) a otra base (el sistema nuevo), y por el otro la reproducción de esta última según sus propias leyes. Pero el punto importante es que el período de transición describe al mismo tiempo el hecho que ningún sistema económico existente puede autoreproducirse en forma idéntica sólo a partir de sus propios fundamentos. Deriva de ello que a raíz del carácter no lineal del desarrollo histórico de las sociedades humanas, el "nuevo sistema" puede siempre evolucionar a su vez hacia otro sistema, más eficaz a nivel económico y más equitativo a nivel social.

Las líneas precedentes han subrayado el impacto de las transformaciones económicas y sociales en las relaciones de producción en el seno de las economías eit transición. Sobre este zócalo, puede desprenderse una segunda conclusión. Esta corresponde a la idea que *la elección de un marco socioeconómico apremiante, apto para estructurar las sociedades en transición, descansa en factores no económicos*. La razón es muy simple: un cambio cualitativo de la economía prestidme, ciertamente, normas económicas que contribuyan a la regulación del sistema. Pero necesita también reglas extraeconómicas, susceptibles de promover la reproducción del sistema económico (respecto a la incapacidad de los sistemas económicos para autoreproducirse durante el período de transición).

A tal respecto, la experiencia de Rusia corrobora ampliamente esla tesis porque lo político, lo social y los conflictos étnicos se entrelazan para influir sobre la esfera económica. En efecto, los desempeños económicos y sociales de este país difieren de los de otros países en transición. Fundamentalmente, esta especificidad no se enraiza en las diferencias ideológicas subyacentes a las reformas económicas puestas en práctica en estos países. Resulta más bien de las peculiaridades del contexto sociopolítico ruso, en relación a las otras sociedades en transición. En consecuencia, el nivel de la producción (en volumen y en calidad), los mecanismos de regulación, el grado de desarrollo de los mercados o también los modelos de producción en el seno de una economía de transición son influenciados por factores como los conflictos que cnl'ren-

² Para tal Interpretación, se puede R'mitirse entre otros a M. KEXMI, (i. Oler (eds.), (1 W2)Jiuls ofl'ransilion: liconomic Reform in ihe l'ornicr'Conmináis I Bloc, San Francisco, Oxford.

tan a los distintos grupos sociales y políticos³ o también los conflictos étnicos.

De hecho, si la economía en transición es desgarrada por la confrontación entre los factores inerciales y los cambios cualitativos, y si se encuentra bajo el dominio de factores extraeconómicos, entonces puede caer rápidamente hacia el desequilibrio y la inestabilidad. Es así porque el espacio socioeconómico de las economías en transición se asemeja a un "mosaico" de "vestigios" de los subsistemas económicos, heredados del pasado. Numerosos segmentos de la economía (sectores dominados por distintas formas de propiedad, de reproducción, de asignación de los recursos) se "rompieron" y los "fragmentos" volvieron a soldarse para llegar a la formación de nuevos modelos que llevan la huella de los factores económicos y no económicos (en particular tecnológicos). Precisamente una evolución así se produjo con la desintegración de la URSS y el CAME, a comienzo de los años 1990.

Se puede decir entonces que la evolución socioeconómica de las sociedades en transición abraza "una carrera" demasiado rápida, sin precedentes, en comparación con los sistemas económicos estables. En efecto, en un año, Rusia fue sede de una cantidad de cambios cualitativos mucho más importantes que la totalidad de los que había conocido durante decenios. Esto confirma la tesis de la "no linealidad" de la evolución socioeconómica que hemos defendido más arriba. Tal tendencia procede del hecho que el antiguo sistema es al mismo tiempo "embarcado" en una crisis profunda e inmovilizado por tendencias conservadoras que abogan por la restauración del sistema anterior. Para concluir este párrafo, insistimos en el hecho que en una economía en transformación, todas estas tendencias contradictorias actúan sólo en la medida en que la economía está en transición. Inversamente, se puede afirmar que la economía está en transición mientras estas leyes, específicas del período de transformación, prosiguen su acción. Se puede hasta decir que su influencia aumenta a lo largo del desarrollo y la profundización de los procesos de transformación (como durante la perestroika). Estas leyes alcanzan su máxima intensidad durante los períodos de revolución y guerras civiles (es el caso de Yugoslavia en 1991-94 y de Rusia en 1991-92). Luego, con la finalización de la transformación (la República Checa y Polonia en 1996) se apagan y "desaparecen" por sí solas.

El punto de partida, las etapas y el punto de llegada de la transición

El punto inicial de la transformación del sistema soviético⁴ puede ser delimitado a partir de las investigaciones en economía política del socialismo y en sovietología. Se piensa aquí especialmente en los trabajos de A. Nove y J. Koniai⁵. Para abordar la cuestión del punto de partida de las economías en transición, analizaremos los distin-

³ Detrás de los debates de política económica que sacudieron a Rusia a comienzos de 1990 sobre la elección entre el modelo chino o un modelo "radical", fundado en la "terapia de choque", surgían conflictos de intereses.

⁴ Cualquiera que sea el epíteto elegido para calificara este sistema: sistema planificado, el sistema socialista, ...

⁵ Sobre este punto se puede consultar especialmente los trabajos siguientes: N.A. Tsagolov (ed.), (1973), *Coime iii Political Economy*, 2 vol. Moscú; J. Koniai, (1996), *Le système socialiste. Economiepolitique du communisme*, París, Presses universitaires de Grenoble; A. Nove (1991), *TheEconomicsofFeasible Socialism Revisited*, HarperC'oUins Academic.

tos elementos que estructuran el sistema económico socialista describiendo, luego, su evolución. Estos elementos residen en la asignación de los recursos, las relaciones de propiedad, la cuestión social y el modo de regulación vigente.

Respecto a la (¿)locación de los recursos (los vínculos entre la producción, el consumo, la distribución de los recursos, el mantenimiento de las relaciones de valor entre sectores), la planificación centralizada y burocrática imponía su empresa por encima de todos los agentes económicos. Esto se traducía en la ineficacia de los mecanismos de asignación de los recursos, el desarrollo extensivo de la industria pesada y de la industria militar, las cuales padecían una muy débil competitividad en los mercados mundiales. De hecho, los mecanismos centralizados de repartición de los recursos y de redistribución de las ganancias chocaban contra fenómenos como la "comercialización de los objetivos planificados" y la preponderancia de "precios pseudo-administrados". Estos mecanismos estaban además minados por el espíritu de campanario y la corrupción. Estaban por lo tanto rodeados por los agentes, lo que instalaba, *defacto*, a la economía soviética en las condiciones de un mercado más o menos formal⁶.

En cuanto a las relaciones de propiedad, dominaban las formas estatales y cooperativas. Lo que no impedía que hubieran excepciones: por ejemplo, la dominación de la propiedad privada en el sector agrícola en Polonia. El contenido de las relaciones descansaba en la separación corporativista y burocrática de los trabajadores frente a los medios de producción, en la explotación de la fuerza de trabajo por el capitalismo de Estado prevaiente y finalmente en garantías sociales específicas como la garantía de acceso al empleo, a la vivienda, a la atención médica, a la educación y a un nivel medio de consumo.

En el ámbito social, las relaciones de distribución entraban en contradicción con las formas dominantes de incitación al trabajo. Había por un lado normas burocráticas de incitación que debilitaban el interés por la innovación y por el aumento de la productividad, y por el otro la promoción oficial de la ciencia y la educación.

Tratándose, finalmente, del modo de regulación del sistema soviético, correspondía al modo vigente en el seno de las "economías de escasez" (J. Kornai), las cuales se especifican por el racionamiento recurrente de los recursos, las disparidades sectoriales, la debilidad de la incitación al progreso científico y tecnológico y, finalmente, la existencia de una desocupación "disfrazada". Pero son precisamente estas propiedades sistémicas las que le abrieron el camino a mutaciones estructurales y radicales.

Concretamente,⁷ la naturaleza profunda del sistema soviético puede ser calificada de "*socialismo mutante*"⁸. Esto no significa que en el país donde reinaba "el sistema socialista", el ideal socialista haya sido engañado brutalmente. Esto quiere decir que la tendencia histórica a la socialización de la economía⁹ y las especificidades del

* Desde este punto de vista, ocurre recordar que durante la fase del socialismo de mercado, promovido en los años 1970 en Hungría, la mayoría de los precios no eran fijados centralmente, lo que confería una gran independencia a las empresas.

⁷ Las hipótesis del autor sobre las diferencias de la economía *rasa* actual respecto a la economía soviética son 11 expuestas con más detalle en Herald of Moscow University, *Economics Series*, 1993, n°3, p.3-20.

⁸ Esta aproximación contradice la posición, en otro momento dominante, que calificaba al sistema soviético de "economía de mando" y de "sociedad totalitaria". Para un análisis crítico de esta cuestión ver A.V. Buzgaline (1994), "Socialism: Lesson of the Crisis", *The Alternatives*, Issue2, p.4-30.

* Esto será debatido más ampliamente a continuación.

socialismo que han marcado el sistema mutante evolucionaron. La causa de la naturaleza mutante del socialismo no es solamente la debilidad del desarrollo industrial de la URSS, a menudo mencionada por los investigadores. Las razones son más profundas. El mundo, en cuanto un todo, estaba preparado para la destrucción del sistema socialista existente, pero no estaba todavía listo para la formación deliberada y consciente de una sociedad cualitativamente nueva. El potencial de creatividad social (la capacidad de autoorganización y el nivel cultural) de las masas era insuficiente para ajustar las acciones a posibilidades que no se objetivaron hasta el final de los años 80 a través del cambio cualitativo de las relaciones socioeconómicas.

Es por esta razón que en el curso del siglo veinte aparecieron formas perversas del sistema socialista, que llevan el rastro de contradicciones que oponen por un lado, la necesidad de cambio económico y social, a escala mundial, y por el otro el insuficiente potencial de las fuerzas reformadoras.

En la URSS, el socialismo mutante representaba precisamente una de estas formas perversas. Las tendencias generales a la socialización (regulación consciente de la economía a través del desarrollo libre de la personalidad y de la justicia social) se vieron inscritas en el marco de las formaciones mutantes burocráticas (la economía de mando, la supresión de los derechos del hombre y otras libertades, la estatización universal). A partir de esta mutación "congénita" de la estructura del "socialismo" y a raíz del invencible ocaso del potencial revolucionario liberado por la revolución de 1917 (los éxitos de la NEP durante los años 20), nacieron formas alternativas y substitutos de organización ("muletas") de las actividades económicas, con el fin de favorecer la supervivencia del sistema mutante. Estas formas residen en el capitalismo estatal, el mercado negro y el capitalismo privado. Fueron integradas por el poder burocrático totalitario a las estructuras del socialismo mutante. Pero tal injerto no podía hacer otra cosa que exponer las economías socialistas a contradicciones internas que eran ineluctables. De hecho, con el desplome del totalitarismo, la caída del sistema socialista se hizo inevitable. No obstante, esta caída no borró todos los vestigios del pasado que aún permanecen tenaces en la economía rusa de transición. Estos vestigios mueren mucho más lentamente de lo que pensaban los artífices de las reformas liberales de enero de 1992. Desde este punto de vista, la trayectoria actual de la economía rusa, en cuanto economía de transición, está condicionada por un lado por el estado actual del desarrollo de la economía mundial. Por el otro, está subordinada a las leyes específicas del proceso de transformación. Por la inestabilidad que rodea el desarrollo económico de Rusia, pero también a raíz de la fragmentación de su espacio económico, de la no linealidad de su evolución socioeconómica y finalmente, de la influencia preponderante de factores extraeconómicos, el devenir de la economía rusa está sometido a una incertidumbre más importante que la que amenaza a los sistemas económicos estables.

En realidad, el campo de los posibles hoy en día es extremadamente vasto para las economías en transición. Se puede evocar entre otras la transición hacia un sistema como el chino, que combina elementos "socialistas" y la propiedad estatal, o bien un sistema liberal fundado en la preeminencia de la propiedad privada, tal como desarrollada a través de las privatizaciones que siguieron a la "terapia de shock" de 1992 en Rusia. Tratándose de este país, el horizonte de los posibles se redujo considerable-

mente desde el comienzo de 1995¹⁰. Su devenir se acerca peligrosamente a cuatro modelos genéricos: el modelo colombiano donde la economía está dominada por la mafia, el modelo chileno de la época de Pinochet, quien fundó su dictadura en la propiedad privada, el mercado y el aumento de la deuda con Occidente, el modelo yugoslavo, movido por reformas mercantiles radicales que terminaron en la guerra civil, y finalmente, los modelos de reformas cualitativamente nuevos".

La determinación de los puntos de llegada del proceso de transformación necesita la identificación de los vectores principales de la transición. A tal respecto, podemos distinguir tres vectores esenciales de transición. El primero es el que favorece la extensión progresiva (natural o deliberada) del "socialismo mutante". El segundo concierne la formación de una economía capitalista fundada en los mercados no walrassianos (postclásicos). En otros términos, los que están vigentes en las economías de mercado actuales, basadas en formas de propiedad corporativistas y privativas. La tercera, finalmente, remite a la tendencia hacia la socialización y la humanización de la vida sociopolítica, a escala mundial, como condición previa a los procesos de transformación modernos.

El primer vector se especifica por la persistencia de normas heredadas del pasado, que están destinadas a desaparecer durante la fase de transición. El segundo vector merece un breve comentario. Es testigo de que la emergencia de una economía de mercado moderna (postclásica) es un proceso al mismo tiempo endógeno y exógeno. Porque además de los obstáculos objetivos a la emergencia de una economía de mercado, las economías en transición chocan con la dificultad de elegir un camino confiable entre las múltiples vías que se perfilan. Las formas y los procesos diferenciados de expansión del capitalismo postclásico en los distintos países del Este reflejan esta multiplicidad. Ahora, el futuro de este capitalismo en Rusia está inseparablemente vinculado con el estado de avance del país, con el modo de regulación que se reafirmará, con las formas de socialización de las actividades económicas y de democratización de la sociedad. Finalmente, el tercer vector que determina las características y las leyes de la economía en transición, está vinculado con la mundialización de la economía y la profundización de una civilización cada vez más respetuosa de la condición humana en el umbral del tercer milenio que se anuncia. Sobre la base de las reflexiones precedentes, las etapas principales de la transformación *stricto sensu* pueden ser comprendidas a partir de una interpretación de la transición económica en cuanto transformación cualitativa de un antiguo modo de producción en un nuevo modo de producción. Para hacerlo, nuestras reflexiones tendrán como eje las cuatro etapas siguientes:

1. La etapa "preparatoria" corresponde a un período durante el cual se amplía el proceso espontáneo de autodesintegración del antiguo sistema, con la ayuda de los intentos explícitos o tácitos de reformas que miran a cambiar el sistema sin cambiar todavía a este punto su esencia. Esta etapa culmina con una crisis sistémica del antiguo sistema que asume la figura de una crisis económica. Esta etapa se extendió de 1985 a 1991 en Rusia, de 1980 a 1989 en Polonia y de 1968 a 1988 en Hungría.

¹⁰ Escenarios similares sobre el devenir de Rusia han sido presentados por Y.M. Osipov, O.N. Smolin (1994), *Transitions and Catastrophes*, Moscú.; Y.M. Osipov, O.N. Smolin (1995), *The Transitional Economy: Laws, Models, Prospects*, Moscú.

2. La fase de "entrada" en la transformación se caracteriza por importantes transformaciones institucionales, llamadas a impulsar una metamorfosis cualitativa (revolucionaria) de las relaciones de producción. Esta etapa está marcada por la destrucción de los antiguos mecanismos de regulación y por la debilidad de los nuevos modos de regulación económicos aún en gestación. Los rasgos específicos de este período son el desequilibrio y la inestabilidad de la economía. En este estadio, no hay fundamentalmente mecanismos endógenos de autoreproducción de las relaciones de producción. Únicamente los factores extraeconómicos llegan todavía a asegurar la reproducción de estas relaciones. A tal respecto, si estos factores extraeconómicos son conformes a las necesidades de la transformación, la aceleración del crecimiento es posible. A fin de cuentas, éste fue el caso de la URSS en la década del veinte y de Vietnam en los ochenta. Pero cuando estos factores se verifican incompatibles con las estructuras existentes, esto se traduce en una crisis económica que se afirma especialmente con la caída radical del nivel de la producción (es el caso de Rusia y de la mayoría de los demás países del Este en los años 90). Por esta razón la posición mayoritaria de los teóricos consiste en pensar que la crisis económica es "el precio" a pagar para lograr la transformación. Sin embargo, tanto a nivel teórico¹² como a nivel práctico, la transición puede llevarse a cabo sin arrastrar una caída de la producción. En efecto, en beneficio de algunos factores extraeconómicos favorables, la segunda etapa puede ser furtiva y permitir un pasaje relativamente rápido a la tercera etapa de la transformación. Puede entonces efectuarse al precio de una crisis atenuada que no frena la emergencia de lo nuevo. De esta forma se puede reinterpretar la experiencia de la URSS en el curso de los años 20, de Japón y Alemania en los años 1940-50 y de la China durante 1980-90. En revancha, la preponderancia de factores extraeconómicos desfavorables puede consolidar esta etapa, llevando, en el peor de los casos, a catástrofes políticas y militares, y en el mejor, al pase excesivamente lento hacia la tercera etapa, en el contexto de una crisis persistente.

3. La etapa de "salida" de la transformación está marcada por la consolidación de los cimientos institucionales subyacentes a las relaciones de producción del nuevo sistema. En el caso de Rusia, este proceso puede en parte ser comprendido como el cumplimiento de la privatización, la liberalización y la estabilización. Sin embargo, puede prolongarse y acompañarse con una transición hacia una crisis de rectificación (Polonia 1994-95) o hacia la erosión persistente de la producción industrial. Esta es precisamente la situación actual de Rusia, donde la reanudación del crecimiento depende antes que todo de condiciones previas y de factores que son extraeconómicos". Pero hay que notar que el proceso real de transformación económica puede cumplir una transición inversa: de la tercera etapa hacia la segunda o a la inversa, iniciar mutaciones sistémicas globales que terminan en una sociedad postindustrial y

¹¹ Los elementos principales de este modelo son desarrollados por un equipo de autores cuyo trabajo lleva el título *The Economy for the Man. Economic Democracy*, Moscú, 1992. Sobre este tema, se puede también consultar una serie de artículos redactados por A. Buzgaline (1993), *Economics*, Herald of Moscow University, n°4-S; A. Buzgalin (1988), *Humanistic Economics. The New Challenge*, Nueva York.

¹² Para una crítica de las aproximaciones que justifican esta crisis ver Y. Y. Olsevich (1994), *Transformation of Economic Systems*, Moscú, p.192-193; Y.Y. Olsevich (1994), *The Advent of a Market Economy in Eastern Countries*, Moscú, p.7-8.

" Estudiaremos más profundamente estos puntos en las secciones 2 y 3 de este texto.

"posteconómica": en otros términos, en un salto hacia una sociedad postmercantil.

4. La etapa "de finalización" y de cierre de la transición corresponde al fortalecimiento del nuevo modo de producción, favoreciendo con ello la autonomía del "nuevo" sistema. Pero es evidente que las nuevas normas de producción y de intercambio, inherentes al nuevo modo de producción, coexistirán con los "vestigios" del antiguo sistema. Es así porque estos últimos todavía seguirán ejerciendo una acción apremiante sobre la reproducción del nuevo sistema. Discutiremos a continuación las leyes principales de la segunda etapa de la transición (que calificaremos de etapa "inicial") y de los medios para alcanzar la tercera etapa de transformación. Para ello, comenzaremos recordando las características de los principales modelos de transición.

Los modelos de la etapa inicial de la economía en transición

Nuestro objetivo no es proponer una lista exhaustiva sino más bien una sistematización de varios modelos relativos a la etapa inicial de la transición. El principio de sistematización combina dos tipos de explicación. El primero consiste a partir de la génesis histórica de los modelos de transición. El segundo remite a la dinámica de los modelos de economías en transición que resulta de los cambios que afectan las relaciones económicas dominantes¹⁴. Los términos elegidos para especificar los modelos que presentaremos son puramente indicativos y convencionales porque no han sido aceptados en forma universal por los investigadores. De este punto de vista, en el seno de la literatura económica actual, la diferenciación de los modelos se lleva a cabo exclusivamente a partir de las divergencias correspondientes a la velocidad dada a la liberalización de la economía. Pero una tipología de los modelos de transición fundada en este único criterio es excesivamente reductor. Así, la definición que proponemos para cada modelo toma en cuenta modelos de transformación, cualitativamente diferentes, al igual que factores determinantes de la transición.

El modelo de naturaleza mercantil y corporativista del socialismo matante no tiene precedente en la historia (en una forma mucho más avanzada de liberalización económica que la que existía en Hungría en los años 1970). Ateniéndose a los criterios puramente económicos, este modelo es el único ejemplo donde se lleva a cabo con éxito la recomposición del sistema económico precedente (China, Vietnam). Este modelo ha sido animado por cambios cualitativos que conciernen en el comienzo sólo a un sector bien definido, antes de propagarse al conjunto de la economía. Además, se especifica por la inercia de las estructuras del sistema pero también por la preeminencia de los cambios graduales respecto a los métodos "revolucionarios", por el desarrollo del mercado y por principios capitalistas. Tanto que se debe hablar de reforma y no de destrucción del antiguo sistema. Más precisamente, en el ámbito de la asignación de los recursos, se asiste al pase a un sistema dual. Este combina por un lado el control burocrático y centralizado del Estado sobre el mercado y por el otro la influencia del control monopólico de las autoridades locales sobre las actividades de las

^M Recordamos que se trata de la asignación de los recursos, de las relaciones de propiedad y de los aspectos sociales de la producción.

empresas estatales. La propiedad queda principalmente bajo el control estatal que confiere, en un primer momento, una importancia creciente a la pequeña propiedad privada (y no a la propiedad privada corporativista). Los objetivos sociales son reducidos con el fin de atenuar la acción paternalista del Estado en el terreno social. Este modelo puede instalar a la economía en la pendiente de un crecimiento intenso (China) o por el contrario, en la vía del estancamiento (la URSS a fines de los 80) según la situación que domina el terreno social, las instituciones políticas y otros dominios extraeconómicos. Desde un punto de vista metodológico, este modelo se singulariza por la influencia del primer vector del proceso de transformación (autorecomposición del sistema precedente) y por la debilidad relativa del segundo vector (la liberalización y la expansión del mercado, las relaciones burguesas volcadas hacia la instauración de la economía de mercado) y por el rol aún más débil del tercer vector (tendencia a la socialización y a la humanización de la economía). En suma, en el seno de este modelo estos últimos dos vectores se desarrollan bajo una forma paternalista perversa.

El modelo "corporativista-estatal" de transformación burguesa se caracteriza por rasgos ampliamente similares. Se distingue no obstante por una diferencia en un punto esencial. En efecto, privilegia no la reforma y la reorganización del "socialismo mutante", sino su desmantelamiento y evolución hacia un sistema capitalista. Al mismo tiempo, este modelo mira a promover una redistribución cualitativa y radical del poder económico y una transferencia del control y de la propiedad estatales y centralizados, hacia corporaciones semiprivadas. En el terreno de la asignación de los recursos, este modelo se expresa por la dominación absoluta del control y de la regulación monopólicos a nivel local, mediante una propiedad capitalista-corporativista y mediante el desarrollo de una competencia, obedeciendo a una lógica corporativista (conflictos entre clanes, las élites...). Este modelo, caracterizado por la debilidad de sus instituciones y de su gobierno centralizado, conduce indefectiblemente a la inflación y al estancamiento. Los objetivos sociales se cumplen cuando se logra instaurar un compromiso mínimo con los asalariados a los fines de canalizar las tensiones sociales o de trasladar el peso de éstas hacia otra fracción del poder. En el seno de este modelo, el segundo vector (la liberalización y la expansión del mercado, las relaciones burguesas) se desarrolla bajo una forma perversa (monopólica-corporativista).

En relación al modelo precedente, el modelo corporativista-liberal de transformación burguesa se manifiesta a través de rasgos diferentes aunque comparten una evolución similar. En cuanto a la asignación de los recursos, los mecanismos de mercado no son completamente suprimidos por el control corporativista sobre los grandes monopolios y sobre el Estado. En gran medida, los derechos de propiedad, cedidos a la fuerza de trabajo, son concentrados en las manos de los empresarios de las corporaciones privadas. En la esfera social, el paternalismo tiene una influencia mucho más restringida que en el modelo anterior. Por otra parte, la adaptación de la mentalidad de los ciudadanos, de las tradiciones y del entorno institucional a las reformas liberales (el acercamiento dominante de las reformas) depende estrechamente de la estructura dominante de la economía. Esta última condicionará igualmente la intensidad de la eventual crisis de transformación que puede apoderarse del sistema en mutación.

Este modelo mismo puede comprender dos submodelos cuyas diferencias se pola-

rizan en torno a la cuestión de los métodos más apropiados de reforma. El primer submodelo de este tercer modelo mira a promover reformas cuya dinámica descansa en la "revolución de terciopelo". Allí donde ha surgido una "revolución de terciopelo" los cambios cualitativos y revolucionarios han sido favorecidos por la existencia previa de condiciones institucionales y sociopolíticas propicias al desarrollo de una "economía de mercado social" y capaces de reducir la empresa de los principios paternalistas y estatales así como de las normas liberales de comportamiento. Las relaciones de propiedad también han sido transformadas y hacen lugar a una distribución más equitativa de los derechos de propiedad en el seno de la población (a través de los cupones de privatización en Checoslovaquia, por ejemplo). Tal evolución no impide que la propiedad capitalista-corporativista sea la regla predominante de ese modelo. A raíz de la estabilidad del sistema político-institucional, este submodelo está marcado por una stagflación débil comparada con Rusia. Pero esta stagflación al mismo tiempo tiene una amplitud catastrófica si se la compara con las crisis ocurridas en Europa Occidental.

Hay que señalar que las leyes específicas de una economía en transición dominan también este submodelo. Pero están "subordinadas" a raíz de la existencia de tradiciones de mercado (el período previo a la guerra y el modelo de "socialismo de mercado" vigente en los años 1970-80), de desproporciones menos intensas entre sectores, de la proximidad y de la influencia de la economía de mercado europeo occidental. La estructura de este modelo tiene por tonalidad dominante la tendencia a la humanización y a la socialización de la vida económica. Pero simultáneamente, esta tendencia está dominada por normas capitalistas-corporativistas.

El modelo corporativista-liberal de transformación burguesa puede igualmente ser alcanzado mediante la inscripción de la estructura de la economía, del sistema institucional, de las mentalidades y de las relaciones sociales en un marco liberal. En este caso, un intento de aplicación de los métodos conformes a la "terapia de shock" y correspondientes al segundo submodelo del tercer modelo podría provocar no una "revolución de terciopelo" sino reformas emprendidas con mano de hierro, inconsistentes y contradictorias, que tendrían como única consecuencia someter a la sociedad a un verdadero "shock". La elección de este método "radical" se impone a causa de la resistencia de la población y de las estructuras económicas a las reformas liberales. Este submodelo traduce la incapacidad y al mismo tiempo el deseo de desencadenar a cualquier precio la destrucción espontánea y organizada del sistema centralizado y burocrático en favor del mercado, con el propósito de acelerar la transferencia de la propiedad estatal hacia los industriales dotados de un poder económico (sobre el capital) y administrativo preponderante. Estos métodos miran a impulsar el sistema hacia un "punto de no retorno" (la formación de un modelo de mercado capitalista). Precisamente este último submodelo debería ser considerado como el punto de partida de un análisis de las leyes de la economía en transición.

Prácticamente, en el contexto socioeconómico del inicio del año 1995, la economía de los antiguos países socialistas era irreductible a uno solo de estos modelos de transformación. Podemos pretender con cierto grado de aproximación que China estaba a mitad de camino entre el primer modelo y el segundo. La República Checa y Hungría se acercaban al primer submodelo del tercer modelo. Rusia, Bulgaria y Ucrania

se encuentran en la orilla del segundo submodelo del tercer modelo. Estos países son susceptibles de emprender el camino de la transformación corporativista-estatal burguesa. En suma, en función de factores extraeconómicos que gobiernan en nuestros días las sociedades en transición, cada modelo conoce perspectivas económicas distintas: el caos total en Yugoslavia y en el Cáucaso, una crisis "aceptable" en Hungría y un fuerte crecimiento económico en China.

En cuanto al devenir de las economías en transición, se debe señalar que paradójicamente, un desmantelamiento radical del antiguo sistema (la economía del "socialismo real") puede producir la supresión de la propiedad burocrático-estatal aun sin que haya preeminencia de la propiedad privada, fundada en la separación de los trabajadores de sus medios de producción (modelo capitalista-corporativista). Esto puede desembocar en el "modelo romántico" de las transformaciones socialistas y democráticas, que abre la vía a una mayor socialización de las actividades humanas y a la constitución de una economía mixta. En este modelo romántico se afirmaría la dominación de un sector público, basado en empresas autogestionadas, un mercado socialmente enmarcado, un programa democrático y finalmente una regulación de las dinámicas económicas. Sin embargo, la realización de este modelo romántico, que también puede ser denominado "la economía para el hombre", tropieza con numerosas dificultades. Estas últimas no dependen tanto de la debilidad de las fuerzas productivas o de problemas tecnológicos, como de la debilidad del potencial de creatividad socioeconómica y de autoorganización de la población del país en transición. En consecuencia, este modelo será interpretado a continuación como una alternativa, a considerar entre otras, a las leyes dominantes del proceso liberal actual de transformación.

Las leyes de la etapa inicial de la transformación socioeconómica

La reflexión sobre las leyes específicas de las economías de transición debe tener en cuenta, por un lado, las particularidades económicas del sistema inicial (el "socialismo mutante") y por el otro, la evolución del proceso de transformación. Hasta el momento, hemos procedido a la caracterización de la economía en función de su posición inicial. Esto coincidía con el procedimiento de la mayoría de los trabajos ortodoxos en economía política así como con los presupuestos de la sovietología liberal. Para estas dos corrientes, el punto inicial designa una forma predefinida de asignación de los recursos y de los precios relativos, fundada en una "economía de mando", un "sistema totalitario" y de "estatización" generalizada de las relaciones económicas.

La historia de las reformas económicas de la URSS es la de la puesta en práctica de tal percepción. En efecto, la historia de estas reformas ha sido indisolublemente la del desarrollo de las relaciones mercantiles. Esto engendró el crecimiento ineluctable no sólo del mercado sino también de los capitales privados, considerados al comienzo ilegales y que luego se desarrollaron en la URSS en el seno de las cooperativas. Luego hubo medidas políticas radicales que surgieron en varios países del Este ("la revolución de terciopelo" en 1989 en Checoslovaquia, la desintegración de Rusia en 1991...).

Es necesario finalmente recordar la puesta en práctica de privatizaciones y de la "terapia de shock", que debían ponerle término a la "economía de penuria".

La transformación de las modalidades de asignación de los recursos

Debemos abordar ahora el modo de regulación corporativista-local, comparándolo con la economía del "socialismo mutante" que estaba dominado por la planificación burocrática y con el "capitalismo postclásico" que estaba gobernado por el mercado. Precisamente es este modelo corporativista el que prevalece en nuestras sociedades y no el de una "economía libre", abstracta y mítica que pretende reemplazar la planificación burocrática. En efecto, la libertad de quienes poseen bienes en las sociedades en transición es más bien una ficción. De hecho, la evolución de estas sociedades está dictada por las corporaciones dirigidas por la antigua Nomenklatura. Existe por lo tanto un debilitamiento considerable de la planificación burocrática. A tal respecto y contrariamente a las ideas comunes, el peso de esta planificación varía de un país a otro. Así, existía una divergencia radical entre la Hungría de los años 80 donde reinaba la debilidad de la planificación y la URSS de los años 50, gobernada por la planificación imperativa. Hoy lo que se afirma es más bien la diferencia entre la debilidad del poder de los monopolios en el seno del comercio al por menor en Polonia y el imperio de los grandes monopolios en las ciudades industriales como Magnitogorsk o Sherepovets, en Rusia.

En la teoría económica, este modo de regulación es conocido bajo el nombre de "desarrollo planificado incompleto"¹⁵, que aparece como el reflejo económico del mecanismo de "regulación vegetativa" puesto en evidencia por J. Kornai¹⁶. Consideramos que este mecanismo es el motor de las reformas actuales. La esencia de este mecanismo específico de asignación de los recursos reside en el hecho que los sistemas económicos institucionales, a raíz de la concentración importante y de la producción y de la empresa del poder corporativista sobre el capital, pueden influenciar en gran manera los parámetros económicos que gobiernan la producción (al nivel local), pero también el mercado (a través de la acción sobre el precio de los productos y a través de la expansión de las ventas, consecutiva a los efectos del marketing) o la vida social. La preeminencia de este modelo de regulación, que toca múltiples aspectos de la economía, se explica por el peso de los grandes monopolios en la producción, por la erosión del control gubernamental sobre las corporaciones, por la debilidad de las nuevas modalidades de control y, finalmente, por la insuficiencia de las relaciones de competencia en el mercado.

Rusia ilustra precisamente un fenómeno así, ya que un pseudo-gobierno y corporaciones pseudo-privadas ejercen allí un control decisivo sobre las relaciones de in-

¹⁵ Sobre el rol de la regulación local como el elemento clave de las relaciones de producción durante la transición, ver: A. Buzgalin, A. Kolganov, A. Shukhtin (1985), *The Development of Planned Organization of Socialist Production*, Tomsk, p.46-50; A. Buzgalin, A. Kolganov (1987), "Economic Laws and 'Administrative' Control", *Sciences*, n° 1, p.48-49,52; A. Kolganov (1990), "Down with 'Nomenklatura'Capitalism!", *Dialogue*, p.46.

¹⁶ J. Kornai (1990), *Deficit*, Moscú, Nauka, cap.7; J. Kornai, B. Martos (1981), *Non Price Control*, Budapest, Akademiai Kiado.

tercambio¹¹, sobre la dinámica de los precios (el efecto tijeras entre los bienes de producción y los bienes de consumo finales) y sobre las modalidades de financiación de las actividades (de donde la crisis de pagos actual en Rusia). La economía no está simplemente caracterizada por un mercado oligopólico sino también por un modo de regulación económico, subordinado a la oclusión entre las diferentes estructuras burocrático-corporativistas. No obedece a la "mano invisible" del mercado, el cual, como muestra J.Ross¹⁸, precipita a las economías en transición hacia un abismo infranqueable.

Por otra parte, la preponderancia de una regulación local (vegetativa) en el seno de una economía en transición tiene como corolario el mantenimiento de una gestión centralizada y burocrática. Además, desde el comienzo de la transición, el mercado se forma y se desarrolla como una institución económica subordinada, reapropiada a través del control burocrático centralizado y una regulación corporativista local. Por ello, su génesis se acompaña con el desarrollo esporádico de tendencias hacia la naturalización de las relaciones económicas, según atestiguan tendencias como el declive de la mercantilización de la producción agrícola, el crecimiento de las relaciones de trueque, el desarrollo de una producción de sustitución en el seno de las grandes empresas, el pago de los salarios en especies o las restricciones a las exportaciones de productos fuera de las regiones. No se trata simplemente de un mercado inmaduro sino de una forma mutante de mercado maduro, que juega un papel subalterno respecto a la regulación monopolístico-corporativista.

Se deriva que la economía en transición no puede ser definida como una formación en marcha hacia la economía de mercado. Bajo ciertas condiciones, la prolongación de la primera etapa de transformación puede conducir a una situación que no está dominada ni por el mercado ni por el plan, sino por una forma monopolístico-corporativista de asignación de los recursos. En una perspectiva a largo plazo, es posible progresar no sólo hacia un mercado "postelástico" sino también hacia relaciones postmercantiles. Así, por ejemplo, durante la perestroika (1985-90) las relaciones postmercantiles accedieron al rango de uno de los componentes esenciales de la vida económica. Sin embargo, la segunda etapa de la transformación llevó a la dominación de una tendencia radicalmente diferente. En efecto, no contribuyó al desarrollo de una economía de mercado o de relaciones postmercantiles. Por el contrario, despojó al mismo tiempo al plan y al mercado de toda empresa reguladora de las actividades económicas. ¿Cuándo, dónde y cómo podrá surgir una ruptura en esta tendencia? Esa es una pregunta a la que se intenta dar un inicio de respuesta en lo que sigue de este texto.

¹¹ Se piensa aquí especialmente en la dominación de las supercorporaciones en el complejo energético y al derrumbe de la industria de bienes de consumo.

¹⁸ J.Ross (1992), "Why Has Economic Reform Failed in Eastern Europe and Russia and Triumphed in Qiina?", *Problems of Economics*, nM, p.44,49 -50.

Las especificidades de las relaciones de propiedad en una economía de transición

Uno de los rasgos inherentes a las economías reside en las modalidades de transformación extraeconómicas de la propiedad estatal-burocrática anterior en una propiedad privada.

Además, se asiste al fortalecimiento de la propiedad privada especialmente a través de la acumulación de capital en las manos de antiguos empleados. La economía de transición también se caracteriza en Rusia por un proceso continuo de cambios cualitativos mediante leyes, mediante instituciones que rigen los derechos de propiedad y mediante la redefinición de las formas de propiedad. Por otra parte, los derechos de propiedad en las antiguas sociedades en transición están menos especificados que en los sistemas estables del "capitalismo postclásico" y del "socialismo mutante". Esta diferencia cualitativa no es desdeñable, teniendo en cuenta la importancia de los costos de transacción en una economía en transición. Estos costos resultan de la indeterminación de los derechos de propiedad, lo que amenaza con amplificar el desplome de la producción. Respecto a la situación actual de Rusia, la evaluación estadística de estos costos de transacción es extremadamente difícil. Sin embargo, se estima que en el año 1994, el costo de las privatizaciones fue más importante que las ganancias que generaron. En efecto, los gastos comprometidos directamente por el gobierno para organizar estas privatizaciones representaban una parte importante de las entradas que habrían resultado de la venta de aproximadamente una vez y media la totalidad de los medios de producción de Rusia.

Además, la redistribución continua de los derechos de propiedad, bajo la égida de la regulación local corporativista ("competencia" entre las corporaciones), y la empresa de instituciones extraeconómicas (las acciones del Estado, la corrupción, etc...) se convirtieron en atributos propios de las economías en transición. Sin embargo, según las estimaciones de algunos expertos, alrededor de los dos tercios de las empresas privatizadas en Rusia son controladas por el Estado y por sociedades de inversión públicas o parapúblicas. Existe entonces una concentración muy amplia de derechos de propiedad en las manos de directores de empresa y miembros del gobierno, ubicados en el escalón intermedio del poder político y económico. Es necesario precisar que en una economía en transición, el verdadero contenido de casi todas las formas de propiedad descansa en la separación de los trabajadores de sus medios de producción. Los beneficiarios (las instituciones que poseen la mayor parte de los derechos de propiedad) de una economía en transición son las corporaciones capitalistas salidas de la *Nomenklatura*; las entidades organizadas como corporaciones burocráticas aisladas ("economías de mando" a escala local). Estos cuatro tipos de instituciones constituyen los motores de la forma perversa que asume el proceso de socialización de la producción industrial. Se oponen al desarrollo de la creatividad universal del trabajo en las esferas postindustriales.

El proceso de transformación de las relaciones de propiedad a menudo es reducido a la idea de "desarrollo de la propiedad privada". A la evidencia, tal visión del proceso de transformación de las relaciones de propiedad es muy reductora.

Así, privilegiaremos una actitud radicalmente diferente en esta cuestión¹⁹.

En efecto, el proceso de transformación de las relaciones de propiedad es una ley de la economía en transición cuya naturaleza es dual. Por un lado, las bases de la acumulación primitiva del capital son determinadas a partir de la desintegración y la liquidación de las formas de propiedad del sistema burocrático-estatal y por el crecimiento espontáneo de la propiedad privada. Por otro lado y al mismo tiempo, esta propiedad privada o mixta se transforma progresivamente en una propiedad corporativista-capitalista. La última tendencia contribuye a la exclusión de los trabajadores de la propiedad de los medios de producción. Además, neutraliza al mismo tiempo el desarrollo de la socialización de la propiedad y de la propiedad privada del trabajador. Se desprende de los desarrollos precedentes que la profundidad de la transformación de las relaciones de propiedad se convirtió en una de las causas principales del carácter antisocial del modelo de transformación y un factor decisivo de stagflación. La transformación de la propiedad burocrático-estatal podría estar animada por un sistema de distribución de los derechos de propiedad tal que los propietarios contribuirían a la marcha de las economías en transición hacia un "desarrollo acelerado". Para ello, es necesario concentrar a los trabajadores calificados en el ámbito de la alta tecnología, de la ciencia y la educación, a los fines de guiar correctamente la evolución económica. Para incitar a esla mano de obra calificada que compone las élites nacionales, los países en transición deben llevar a cabo una redistribución de los derechos de propiedad a su favor. Lamentablemente, en el seno de los modelos de transformación que prevalecen actualmente, la transferencia de los derechos de propiedad favorece a las corporaciones mencionadas más arriba, las cuales no están para nada interesadas en promover el potencial creativo de los trabajadores.

El impacto de las transformaciones económicas en los comportamientos sociales

Los métodos dominantes de asignación de los recursos y la naturaleza de las relaciones de propiedad vigentes en los sistemas económicos en transición se oponen a los objetivos de la economía clásica burguesa (la acumulación de capital) y a la promoción de los intereses individuales mediante la socialización de las relaciones económicas. En efecto, el rasgo destocado de estos sistemas reside en la creciente concentración del poder económico en las manos de la *Nomenklatura* y las corporaciones que maduraron mediante comportamientos capitalistas de carácter especulativo.

Los sistemas en transición difieren de las corporaciones tradicionales de los paí-

" Por ejemplo, Anders Aslund en A.AsJund (1994), *Shock Therapy in Eastern Europe and Russia*, Moscú, rechaza los argumentos de Komai y Galbraith a favor de una privatización lenta. Sin embargo, J.Galbraith en J.K.Galbraith (1990), *The Rush to Capitalism*, New York Review of Books, Ocl.25, p.51 -52, sostiene que la forma de propiedad no es decisiva y que lo que más cuenta es la disposición de los activos de la empresa y la apropiación de las ganancias procedentes de la venta de productos. J.Kornai insiste en J.Kornai (1990), *The Road to a Free Economy: Shifting from a Socialist System: The Example of Hungary*, Nueva York, Norton, p.82-83, en la necesidad de la privatización. Esta, en su opinión, designa el único medio para realizar la privatización con el único objetivo de poder asegurarla transferencia de los activos de las empresas a propietarios dotados de un verdadero espíritu de empresa.

ses desarrollados porque al comienzo ejercen un mejor control sobre los mecanismos de mercado. Ahora, luego colocan a ganancia este control para orientarlo hacia intereses burocráticos pero también especulativos, desarrollando instituciones extraeconómicas que promuevan su poder. Así, el poder económico (los derechos de propiedad, el control sobre el mercado y los procesos sociales, la política económica...) es rápidamente redistribuido, no a favor de los trabajadores sino a favor de la nueva *Nomenklatura*, de la burocracia intermediaria y de la burguesía "independiente" pero también mafiosa.

Así, en vísperas del tercer milenio, la economía en transición se dirige hacia un desarrollo social que está en las antípodas del principio de la socialización, de la humanización y de la "ecologización" de la economía. En efecto, la *Nomenklatura* conoció una progresión extremadamente rápida de sus ingresos a través de la realización de importantes ganancias financieras. Esta evolución se convirtió en una ley que gobierna las relaciones de distribución en una economía en transición. Esta ley está consolidada por la separación capitalista-corporativista de los trabajadores de los medios de producción mediante la caída de la producción y mediante el subdesarrollo de las asociaciones de trabajadores (sindicatos y otras organizaciones) que se supone defienden los intereses de estos últimos. Más precisamente, la relación salarial se inscribe en el marco de un mercado de trabajo aún en gestación (atomización de la fuerza de trabajo, rigidez de la relación salarial, un alto grado de explotación de la mano de obra), del mantenimiento de la naturaleza premercanil de las relaciones de trabajo y de fenómenos postmercantiles (postcapitalistas) como las empresas colectivas, el paternalismo y las tradiciones del colectivismo y la asistencia mutua. En otros términos, en Rusia las relaciones de trabajo no se contuvieron en el contexto de un "mercado de trabajo" de tipo clásico porque la garantía de empleo y la "cesantía al trabajo", inherentes al período de la planificación, son reemplazados por un sistema de empleo dual. Este se manifiesta por un lado por el crecimiento de la "cesantía al trabajo" y por el otro por una extensión del desempleo friccional y del desempleo a largo plazo, y por una pauperización masiva y otros problemas sociales. La salvaguarda de los empleos "disfrazados" tiene como contrapartida la baja de los salarios reales y la suba de los pagos atrasados de salarios. En conjunto, para el verano de 1995, la tasa de desocupación en Rusia era del 7,7 por ciento, alcanzando una tasa de 20-30 por ciento en algunas regiones. Las personas dotadas de alta calificación, las mujeres y los jóvenes son los más afectados. No obstante, movimientos sociales, débiles pero estables, se oponen a esta forma de relaciones de trabajo. Estos movimientos están volcados hacia relaciones de trabajo²⁰ fundadas en la autogestión. Estos movimientos se oponen al mismo tiempo al colectivismo, inherente a la época de la planificación centralizada, y a la explotación de la fuerza de trabajo que engendran las relaciones de producción capitalistas. De hecho, a partir de estas especificidades de las relaciones de propiedad (separación corporativista-capitalista de los trabajadores de los medios de producción) y de la *persistencia* de los comportamientos heredados del pasado, podemos extraer enseñanzas relativas a la estructura social de las economías en transición. Desde este punto de vista, los trabajadores que manifiestan un

²⁰ A través de sindicatos independientes o de comités de trabajadores y de huelga.

entusiasmo vinculado al mantenimiento de sus garantías sociales han formado una nueva categoría social caracterizada por la dependencia económica respecto a las corporaciones dirigidas por la *Nomenklatura* capitalista. Por otra parte, la suba del desempleo dual conduce a la aparición de nuevos pobres que corren el riesgo de sobreañadirse a la clase de "verdaderos" pobres. La élite de la *Nomenklatura* capitalista se convierte, respecto a ésta, en una clase social opuesta a la de los trabajadores (habiendo tenido en cuenta las relaciones de explotación que las vinculan a los trabajadores y habiendo considerado la debilidad de las tendencias reformadoras en su seno). La *clase media*, que ocupa una posición intermediaria entre estas dos categorías sociales²¹ está compuesta por una gran parte de personas dominadas por la élite en el poder. Se trata de cuadros de sociedades mixtas, de una parte de los miembros del gobierno situada en el escalón intermedio, de miembros de la burocracia corporativista, del personal de la élite financiera o de cuadros de las instituciones comerciales.

Las indicaciones que preceden han recapitulado los encadenamientos viciosos que se apoderaron de la economía y la sociedad rusas. Por ello, es importante definir una ley general que permita trazar los límites del camino virtuoso con el cual la economía rusa debería casarse si quiere dejar estos encadenamientos. Se puede enunciar esta ley en la siguiente manera: mejor es la salud económica, mejores son las posibilidades de tener un desarrollo libre y armonioso del individuo; más intensas son la creatividad y la innovación del potencial del hombre, más importantes son las posibilidades de conocer un crecimiento económico. Ahora, en las economías en transición, esta ley general de civilización opera en una forma perversa: más concentrado está el poder económico en las manos de la élite corporativista-capitalista, más obstaculizados están el potencial económico y las posibilidades de un desarrollo armonioso y libre del hombre. Y a la inversa, más carácter antisocial reviste el desarrollo económico, más importante será el fortalecimiento del poder corporativista debido a la dislocación de la economía, a la multiplicación de las instituciones, a la degradación y a la pauperización de la población.

En otros términos, podemos volver a trazar la evolución de la socialización de la economía en la siguiente manera. En el pasado, los trabajadores estaban excluidos de la propiedad de los medios de producción y esta separación fue preservada y hasta amplificada a través de las nuevas formas de organización de los derechos de propiedad (principalmente de tipo capitalista-coorporativista). Pero desde entonces la economía cayó en la trampa de la stagflación. Se llevaron entonces a cabo reformas a través de un método llamado de "shock", basado en la caída de la protección social y de la indexación sólo parcial de los ingresos en un contexto inflacionario. Para colmo, la transformación se llevó a cabo en condiciones de inestabilidad política y de debilitamiento institucional. Prácticamente, la debilidad de la función socializadora de las instituciones económicas es manifiesta en la medida en que las subvenciones que éstas dan se ubican en un nivel inmutado en relación con los tres decenios que han concluido. En el curso de los últimos cinco años, el nivel de ingresos reales de la población se sitúa por debajo del nivel de los años 80. Tal tendencia podrá ser rever-

²¹ Posición que en los países desarrollados está constituida principalmente por miembros de las profesiones liberales, trabajadores altamente calificados, ingenieros y pequeños propietarios.

tida sólo en los próximos años. Al contrario, las reformas económicas puestas en práctica en la República Checa y Hungría provocaron un shock social mucho menos fuerte que duró entre dos y tres años. Las fuentes de tal evolución son las siguientes: una mejor preparación de la población a la idea de las reformas liberales, una mejor adaptación de la estructura económica al mercado, una mayor estabilidad política. Además, las reformas de mercado estuvieron acompañadas de un mínimo de protección social. Finalmente la recomposición de las relaciones de propiedad (en el caso de la República Checa) fue más lenta y más equitativa. Todas estas reformas tuvieron como consecuencia mantener en estos países un nivel de vida cercano al del período anterior a las reformas²². En todos los casos, el carácter antisocial de la transición se afirma como una ley general del segundo y tercer modelo de las reformas. Sin embargo, la transformación económica beneficia aquí a la clase de los "nuevos ricos" (que representan aproximadamente el 10 por ciento de la población), cuyo bienestar se incrementó desde el comienzo de las reformas en perjuicio de la mayoría de los ciudadanos que pertenecen a la clase de los asalariados (aproximadamente el 60 por ciento de la población). Para el 30 por ciento que queda, el período de reforma representa un período de "riesgos" en el que algunos mejorarán sus condiciones sociales, mientras que otros conocerán un deterioro considerable de su nivel de vida²¹.

Escarparle al "abismo de una economía antisocial" presupone un cambio en las dinámicas macroeconómicas, la inversión de la tendencia slagflacionista y la adopción de un modelo de reforma alternativo.

La primera solución puede consistir en una orientación social fundada en una economía mixta y democrática ("la economía para el hombre"). Si esta contra-tendencia no es suficientemente fuerte, se podría considerar entonces un compromiso entre el poder corporativista y las asociaciones democráticas, para retrasar parcialmente la caída del vínculo social.

La segunda solución sería proceder a reformas graduales del sistema corporativista bajo la égida del Estado, el cual controlaría la evolución de las instituciones. Sin embargo, esta vía no favorece la transición hacia una economía industrial porque "cierra" las posibilidades de un desarrollo postindustrial acelerado.

La tercera sería otorgar una dimensión social mayor a las reformas de mercado en los países caracterizados por el primer submodelo del tercer modelo de transformación. Tal evolución podría promover la transición hacia la tercera etapa de transformación y combatir las consecuencias económicas negativas de las reformas mediante la promoción de un nuevo poder político. Hay que señalar que tal tendencia explica, por ejemplo, la llegada al poder de los partidos socialistas en Hungría y Polonia.

¹² A. Amsden, J. Kochanowicz, *L. TitiyU>c (1994), The Markct nteets lis Match*, Londres, p.32-33.

²¹ Se puede señalar que en su trabajo titulado *The Market Economy in Russia*, J. Sachs no abordó la cuestión de saber cuál es la fracción de la población que debe pagar el costo de las reformas.

LA LEY DEL FUNCIONAMIENTO DE LA ECONOMÍA EN TRANSICIÓN DURANTE LA ETAPA INICIAL

Las formas de la competencia en las economías en transición: estudio de la ley microeconómica fundamental

Una de la leyes más evidentes de la economía en transición concierne el hecho que los mecanismos microeconómicos tradicionales funcionan sólo allí donde el "mercado libre" está desarrollado. Sin embargo, en la medida en que un mercado "normal" opera en una economía en transición, su funcionamiento puede ser descrito por sus propios fundamentos, susceptibles de variar en un marco espacial y temporal. En otros términos, las leyes del mercado "evoluciona" en la sociedad en transición en los límites impuestos por el marco temporal y espacial de la transformación. A nivel espacial, en primer lugar, la economía padece fuertes tendencias a la fragmentación. Asume la forma de un mosaico que emana desórdenes burocráticos y mañosos. Por otra parte, varía en el tiempo. Esto quiere decir que obedece a operaciones a corto plazo ya que a raíz de la incertidumbre y la inestabilidad, nadie puede predecir el futuro.

Además, en las economías en transición las leyes microeconómicas se mueven y se desarrollan en el seno de un marco cualitativa y cuantitativamente obligado. Estas obligaciones están determinadas por las modalidades según las cuales se efectúa y evoluciona el proceso de transición. Además, por el hecho de la preponderancia de la regulación corporativista local sobre la economía, se desarrolla una forma competitiva muy particular, en la cual las coorporaciones dominantes se entregan a una incesante rivalidad. Esto es el contrario del comportamiento supuestamente racional del "Homo oeconomicus". Estas diferencias de comportamiento están vinculadas a la génesis de las corporaciones, a sus intereses fuertemente divergentes (maximización de las ganancias a largo plazo y captación de un importante poder corporativista) y a la lógica que gobierna sus comportamientos ("competencia" extraeconómica que hace intervenir medidas paternalistas y el rol de los clanes). Estas características son cercanas a las de las grandes corporaciones las cuales especifican las economías de mercado desarrolladas. En efecto, los elementos determinantes de la competencia en una economía de transición no son ni los costos ni el precio de los bienes, sino el nivel y grado del poder de control que los grandes monopolios ejercen sobre el mercado, la producción, las relaciones sociales, el estatuto de las empresas, sobre el acceso a los recursos físicos y financieros, sobre la importancia de las relaciones personales, padecidas o voluntarias, con la administración estatal a través de la corrupción o la violencia física. En suma, la competencia corporativista combina²⁴ una gestión paternalista (que toca la fuerza laboral, el consumo, la protección social) y una gestión fundada en el papel de los clanes (internos a los "super monopolios", de carácter semigubernamental). A tal respecto, a comienzos de los años 1990 en Rusia, las grandes corporaciones del complejo energético y las "asociaciones" regionales representadas por un lobby vinculado al poder federal bien atestiguan sobre la existencia de una competencia corporativista en este país. Sobre esta base se puede entonces compren-

²⁴ Sobre todo en el contexto del segundo modelo de transición.

der el lugar actual de la moneda y los precios en la regulación de la economía rusa. De este punto de vista, se puede afirmar que a pesar del desarrollo de las relaciones de trueque, la moneda ha preservado en Rusia su función de equivalente general. Su poder de compra depende, por un lado, de los cambios que rodean su emisión, pero también de las condiciones que gobiernan el mercado de los bienes. En otros términos, en el espacio económico fragmentado en el que circula, esta función depende fundamentalmente de los vínculos que se tejen entre la esfera monetaria y la esfera real. A tal respecto, en el comercio minorista existe una fuerte carencia de liquidez. Sin embargo, para el conjunto de la economía, el rublo actúa todavía como uno de los instrumentos esenciales de transacción.

En cuanto al mecanismo de los precios, éste ha conocido numerosas distorsiones. Contrariamente a la economía de mercado, donde debería existir en principio un precio de equilibrio que permite acercar la oferta y la demanda, en una economía de transición este mecanismo está sometido a la influencia decisiva del control local de las corporaciones privadas o estatales. Al estar dotadas de un poder de monopolio, estas corporaciones influyen en el precio de la mayoría de las materias primas, de las capacidades productivas y del trabajo. Esta acción sobre los precios explica muy ampliamente la distorsión de los precios que recién citamos. En efecto, para un mismo bien y en un mismo marco espacial y temporal en la etapa inicial de la transición, se observa a menudo una importante diversidad de los precios propuestos por los oferentes. Lo que explica que los diferenciales de los precios regionales puedan ser muy elevados. Por ejemplo, durante el verano de 1994, para un mismo producto alimentario los precios podían ser de dos a tres veces mayores de una región a otra.

Paralelamente a la esfera monetaria, en el seno de la esfera productiva la economía en transición está caracterizada por los diferenciales de concentración entre el sector económico concentrado²⁵, dominado por un lado por las empresas que poseen un importante monopolio de la alta tecnología (debido a la concentración de su producción), pero también un monopolio del mercado (posibilidad de regular, a nivel local, las actividades económicas y los precios) y de las reglas institucionales. Por el otro, están en este sector concentrado las empresas que disponen de cantidades importantes de recursos monetarios procedentes de su poder corporativista y burocrático.

En cuanto al sector económico no concentrado, se caracteriza por la no existencia o la debilidad de toda influencia sobre los parámetros arriba mencionados. Conciernen especialmente la industria de bienes de consumo y la mayor fracción de la agricultura.

Para terminar este punto, hay que señalar que la disparidad entre estos dos sectores influye no sólo en los precios sino también en las facilidades de financiación y en particular en el acceso al crédito. Además, la influencia ejercida en los precios por el sector concentrado no está vinculada al monopolio de las empresas de este sector en el mercado. Este sector posee así una "supremacía" institucional indiscutible sobre el segundo. Por ello la depresión económica y el declive social son más intensos en éste.

²⁵ Este sector concierne el complejo energético de Rusia, así como el sector financiero, las instituciones comerciales y finalmente una parte de la industria.

"Ver J. Ross (1992), "Why Has Economic Reform Failed in Eastern Europe and Russia and Triumphed in China?", *Problems of Economics*, 11, p. 43, 46.

A nivel macroeconómico, el punto más importante reside en los vínculos que se tejen entre el equilibrio del sistema económico y la tasa de crecimiento. Este equilibrio depende por un lado, del estado macroeconómico inicial del sistema, y por el otro, de la naturaleza de las reformas (radical o gradualista). En el conjunto, el estudio de este equilibrio es de importancia crucial en la medida en que la antigua "economía de penuria" que descansaba en empresas ineficaces y en procedimientos de toma de decisión guiados por consideraciones extraeconómicas (determinación administrada y arbitraria del nivel de los precios), se metamorfoseó en un modelo de "mercado libre". Se puede entonces decir que la economía en transición alimenta las siguientes tendencias:

- el incremento de las disparidades técnicas y económicas entre sectores, la subutilización en amplia escala de las capacidades productivas, la desindustrialización de la economía²⁷, así como la importancia del derroche y la utilización siempre extensiva de los recursos;
- la disminución del ahorro y la inversión debido a la prioridad acordada por los agentes económicos a las actividades a corto plazo;
- la utilización cada vez más extensiva de la mano de obra con, como contrapartida, el deterioro de sus calificaciones y el incremento de los problemas sociodemográficos, como la caída de la esperanza de vida de la población;
- el aumento de los problemas ecológicos y la degradación de la calidad de vida.

No obstante, existen contratendencias que frenan estas evoluciones negativas. Las más importantes son por un lado, la inercia del sistema económico debido a la influencia de las corporaciones que se oponen a las reformas y despojan al poder estatal de toda capacidad de regulación de las actividades, a escala local. Por el otro, el desarrollo espontáneo de las relaciones mercantiles y del capital privado que se han instalado en el seno de este sistema corporativista. Pero este autodesarrollo de las relaciones mercantiles y financieras, combinado con el desarrollo de la esfera de los intercambios (a través del comercio, las finanzas y el comercio exterior) entra en contradicción con la retracción de la esfera de producción. Sin embargo, estas contratendencias no invalidan la ley macroeconómica siguiente: siendo por otra parte cosas iguales, la depresión económica y el deterioro de la calidad de vida en el proceso de reforma están acentuados por el desarrollo de la economía de mando, el peso de

²⁷ La desindustrialización de Rusia puede ser comprendida tanto a través de la caída masiva del volumen de la producción como a través del deterioro agudo de su estructura: la parte de materias primas y otros recursos aumenta y la parte de productos intensivos en alta tecnología se desploma. Por ejemplo, en abril de 1995 la producción de materias primas y otros recursos representaba el 57 por ciento del nivel de enero de 1990, mientras que la producción de las empresas industriales y de equipamientos caía en forma continua. Las empresas industriales se volvieron rápidamente obsoletas; el grado de obsolescencia de los activos fijos representa el 52 por ciento en 1994; más de 40 por ciento de las empresas industriales en Rusia hoy son ineficaces a causa del desgaste de su capital fijo (*Commersant*, 1995p.54-56: *Economic Monitoring of Russia: Global Trends and the Current Situation in Industries*, Rulletin n°3, primer semestre de 1994).

La situación se deterioró en forma aguda en los sectores postindustriales como la ciencia y la educación: las penurias de recursos en estos sectores o el éxodo de los jóvenes especialistas dotados de calificación importante, son cambios estructurales negativos. Para más detalles, remitirse a S. Y. Glazyev (1993), *The Theory of Long-Term Technological Development*, Moscú, p.95-160.

los desequilibrios y las crisis de reproducción y finalmente, la debilidad del sistema político e institucional.

A partir de la interacción entre la estabilidad del sistema económico y la instalación de las reformas se puede reflexionar sobre las causas de la depresión económica en los países en transición. En efecto, sobre la base de las dos contratendencias expuestas más arriba conviene pensar en la evolución de la ley macroeconómica general arriba enunciada.

En primer lugar, una economía en transición coloca en escena la transformación de una "economía de penuria de bienes" en "una economía de penuria de los recursos monetarios". Un nuevo carácter del sistema en transición llega para reemplazar el rasgo dominante del sistema precedente que generaba una penuria permanente de bienes (J.Kornai, 1996, *op.tit.*). Lo específico del nuevo sistema no es tanto la carrera clásica a la moneda como equivalente universal, cuanto la permanencia de esta penuria de recursos líquidos, habiendo tenido en cuenta la cantidad global de bienes disponibles y las capacidades productivas existentes.

Por ejemplo, mientras que en Rusia la oferta de moneda (el agregado M1) se había elevado al 64 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) en 1985 y al 75 por ciento en 1991, con la llegada de las reformas liberales de 1992 este indicador cayó al 44 por ciento en 1992 y al 15-16 por ciento en 1994. En total, desde el comienzo de estas reformas la economía rusa conoció una penuria importante de recursos monetarios que se duplica con una baja ininterrumpida de los depósitos a plazos²⁸.

Sin embargo, la penuria permanente de recursos líquidos no puede ser compensada sólo con la emisión monetaria, porque esta última no permite restaurar el equilibrio entre la cantidad global de bienes y la cantidad de moneda en circulación. En efecto, un incremento de la emisión monetaria genera tensiones inflacionarias, aceptables sólo en el contexto de un crecimiento económico sostenido que permite así absorber la creación monetaria excedente, orientándola hacia la esfera productiva y favoreciendo una producción suplementaria de mercancías. Ahora, en la economía rusa actual una gran fracción de la creación monetaria genera una circulación monetaria incontrolable. Esta creación monetaria es por lo tanto impotente para alimentar los fondos de operaciones de las empresas. A la inversa, conduce a una suba de los precios en el mercado de bienes.

A nivel macroeconómico, la suba de la inflación, acompañada por una baja de la producción, provoca un achicamiento continuo del mercado doméstico, una caída de la demanda efectiva y un agravamiento de la crisis de la oferta. Paradojalmente, esta crisis aumenta con la expansión de la esfera de los intercambios. Pero si el crecimiento de la esfera de los intercambios (comparado con la producción real) constituye la regla²⁹ en una economía moderna, en una economía en transición esta regla es nuevamente cuestionada. En efecto, la penuria de recursos líquidos se enraiza en las "penurias de mercado". Más precisamente, la "penuria de mercado" procede de la debilidad de los intermediarios mercantiles que son necesarios a la comercialización de la producción disponible. Sin embargo, a pesar del "subdesarrollo" cualitativo de la esfera

" A. Belusov, A. Klepach (1995). "Tile Crisis of the Industrial Model of Soviet Type", *Alternatives*, n° 1.

⁵⁹ Sobre este punto se puede leer H. Magdoff, P. S. Sweezy (1987), *Slagmilion and the Financial Explosion*, New York, MontWy Review Press.

de circulación, por un lado, y por el otro, el rendimiento más atractivo de las operaciones especulativas, la esfera de los intercambios logra una dimensión cuantitativa tal que las operaciones comerciales se han convertido en las más rentables.

De hecho, la penuria de los recursos líquidos excluye la plena utilización de las capacidades productivas, lo que intensifica la depresión, la reducción de las inversiones y el derroche de los activos físicos. Además, la excesiva expansión de la esfera de los intercambios (en relación a la producción disponible) se convirtió en uno de los determinantes esenciales de la inflación, lo que aumenta los costos de transacción de las inversiones productivas. Y también, la depresión económica altera, a través de la inflación, la estructura de los precios relativos en la medida en que el "mercado" haya sido introducido en forma administrada en una economía contenida desde hace tiempo en una estructura "socialista". Desde entonces, el mercado conduce a una distorsión creciente de los precios relativos, a una competencia corporativista y a una regulación local. Tanto es así que la penuria permanente de los recursos monetarios en la esfera de la producción ocasiona la subutilización de las capacidades productivas y la caída de las inversiones productivas. En la mayoría de los modelos de economía en transición, esta depresión económica, combinada con la inflación, genera luego stagflación. Es necesario precisar que el rostro monetario de la inflación es sólo una de las modalidades de su expresión. En realidad, las causas verdaderas de la inflación se enraizan en factores directamente vinculados a la esfera real y de la cual sólo las formas son monetarias. Estos factores son los siguientes: está primero la inercia del sistema económico soviético que favoreció una inflación importante escondida en el momento de su desintegración.

Y está luego la influencia de los factores decisivos de una economía en transición. Especialmente, la dominación del poder corporativista-monopólico se convirtió en la principal causa socioeconómica de la espiral inflacionaria. Porque, como ya explicamos, la dominación del entorno pseudo-mercantil por parte de los grandes monopolios económicos les da un control directo sobre los precios. Estos últimos pueden así aumentar los precios cada vez que asisten al incremento de sus costos y por lo tanto a la erosión de sus márgenes de beneficios.

En tercer lugar, el "modelo liberal" que sostiene la liberación de las precios y la destrucción de las barreras proteccionistas, alimenta las condiciones permisivas de la inflación en la medida en que la economía padece penurias de recursos líquidos y de un importante diferencial de inflación respecto al exterior.

Finalmente, el cuarto factor no económico que amplifica la inflación es el factor político. En efecto, el populismo de las autoridades oficiales, que se afirma en manera recurrente a través de sus compromisos electorales, se convierte en uno de los motores del agravamiento de la inflación por la demanda. Por esta razón, nuestra tesis es que *la inflación tiene una base principalmente no monetaria pero se manifiesta bajo formas esencialmente monetarias.*

Por otra parte, las tendencias inflacionarias son para la mayoría de las economías en transición impulsadas por factores socioeconómicos y por factores institucionales y políticos más que por el desarrollo de las relaciones mercantiles. Además, estas tensiones inflacionarias tuvieron un efecto ambivalente, porque si tuvieron un débil efecto estimulante sobre el crecimiento económico, también, a la inversa, contribuye-

ron a la depresión económica a raíz de la depreciación de los fondos de ahorro que precisamente son indispensables para las inversiones productivas.

Finalmente, estos factores que generan al mismo tiempo depresión e inflación podían únicamente desembocar en una trampa stagflacionaria. En efecto, en una economía en transición, como se ha visto, la inflación agrava la depresión e, inversamente, la depresión genera nuevas tendencias inflacionarias (en particular la inflación por los costos). Así, la puesta en paralelo de los factores socioeconómicos y de las variables macroeconómicas muestra el fenómeno siguiente: un poder corporativista-capitalista importante y un modelo de "mercado libre" que se refuerzan en sus interacciones. Estas interacciones pueden debilitarse en función del grado de inercia del sistema burocrático, salido del pasado, y de la debilidad e inestabilidad de las instituciones.

Gracias a la acción progresiva del mercado autoregulador que emana del segundo vector de transformación y gracias a una transición lograda de la primera etapa de la transformación a la siguiente, la economía puede salir de la trampa stagflacionaria. La amplitud de los encadenamientos siguientes: depresión > inflación > depresión disminuye entonces gradualmente, y la fase de estabilización se adueña de la economía. Según las especificidades nacionales de los países en transición, esta fase ocasiona un crecimiento moderado (el caso de algunos países de Europa del Este y estados bálticos) o una depresión moderada (caso de Rusia). Sin embargo, para la mayoría de estos países la salida gradual de la crisis no significa la entrada de la economía en una trayectoria de modernización estructural.

Por otra parte, aun si se realizan las políticas macroeconómicas, se observa en las economías en transición un aumento relativo de los costos de transición. Este alza de los costos es proporcionalmente más intenso en el caso de una transición radical hacia la economía de mercado.

Este fenómeno puede ser comprendido a partir de los dos encadenamientos siguientes:

1. reformas radicales > aumento de las externalidades > reducción de los activos específicos > intensificación de las externalidades > crecimiento de los costos de transacción;

2. "shock" entre las relaciones monopólicas y corporativistas > trampa stagflacionaria reducción de la producción y expansión de las actividades intermedias > crecimiento de los costos de transacción.

Ahora, el crecimiento de los costos de transacción es una obligación suplementaria impuesta a la economía en crisis. En efecto, los costos de transacción contribuyen a la reducción de la eficacia de los recursos, favoreciendo así la inflación³⁰ y la profundización de la stagflación.

El dominio de estos costos es posible sólo sobre la base de una autodestrucción radical y deliberada de los encadenamientos precedentes, ubicados en el origen de la trampa stagflacionaria. Sólo el desarrollo progresivo de los mecanismos de mercado y la estabilización política podrán debilitar progresivamente el poder de los grandes monopolios. Paralelamente, la competencia y la concentración de los capitales en la esfera de los intercambios provocarán la reasignación de los capitales hacia indus-

³⁰ Intensificada además por la extensión de la esfera de intercambios la cual trae la necesidad de financiar no sólo el resultado final sino también el crecimiento de las actividades intermedias.

trias dotadas de importantes efectos de arrastre sobre el conjunto de las industrias. Entonces un modelo de desarrollo alternativo podrá cobrar la forma que abre la vía a la recuperación económica, tanto en relación al propio pasado de Rusia como ante las grandes potencias industriales occidentales. Este modelo puede consistir en un programa socialmente aceptable de reformas institucionales (democratización de la propiedad y de otros componentes del poder económico) y en una modernización estructural basada en métodos de regulación selectivos y en condiciones democráticas de control. Esto significa la entrada parcial en una trayectoria de desarrollo "acelerado" que lleva progresivamente hacia el modelo "romántico". Sólo entonces se podrá combatir la inflación con los costos, recurriendo a una fórmula monetarista" que permite contener el alza de los precios, así como sostener el poder adquisitivo de los asalariados, aumentar de esta forma la productividad del trabajo y la oferta. Esto incitaría a los empresarios a llevara cabo inversiones productivas dirigidas hacia un crecimiento económico duradero³². Sin embargo, todos estos desarrollos llevan en realidad a una conjetura relacionada con lo que debería ser. Además, es tiempo de abandonar este estadio, las tesis normativas que precedieron, a los fines de volcarnos a una aproximación más analítica.

Pero primero es necesario recapitular las ideas esenciales que hemos defendido. Hemos visto que en las condiciones actuales el desarrollo de la esfera de los intercambios no favorece la formación de una infraestructura comercial apta para asegurar el funcionamiento eficaz del mercado. Al contrario, no hace otra cosa sino promover su caída y entorpece la orientación de los recursos físicos y monetarios hacia las empresas y por esa vía al mercado. Por otra parte, la suba de la inflación, aumentada por la caída de la producción y del consumo agravan el carácter antisocial de la economía, porque esta tendencia incrementa las tensiones sociales y los conflictos en el seno de la sociedad. A su vez, estos conflictos son un obstáculo al pilotaje eficaz del proceso de transformación y alimentan, como se ha visto, la depresión económica y la stagflación. Además, la sociedad en transición entra en una crisis socioeconómica y sistémica que se torna cada vez más intensa a medida que se profundizan las disparidades entre los directores de empresas y los trabajadores y se multiplican las normas mercantiles introducidas brutalmente en Rusia.

Para sacar a la economía rusa de su crisis sistémica, es imperativo adoptar las siguientes medidas: inscribir las reformas mercantiles en una estructura social, al tiempo que se debilita el poder corporativista de la sociedad capitalista emergente; renunciar a una reforma radical y proceder al congelamiento del modelo corporativista; y finalmente, cambiar cualitativamente el contenido del proceso de transformación a los fines de superar la exclusión de los trabajadores de la propiedad de los medios de producción y avanzar hacia una economía mixta social.

En realidad, la elección de la primera trayectoria era posible sólo para algunos países de Europa del Este que previamente habían pagado un precio muy alto por su "transición". Esto los sumergió al fin de cuentas en una depresión radical. Ahora, en

³¹ Esta podría basarse en una aplicación crítica de la reforma alemana llevada a cabo a fines de la década del 40 y en la experiencia de la NEP en Rusia a comienzos de los años 1920.

³² A. Buzgalin hizo una presentación detallada de este programa en una serie de artículos en el Herald of Moscow University, *Economics Series*, n°4-5.

el caso de Rusia, esta trayectoria es mucho más problemática. La elección de la segunda trayectoria parece más adaptada a Rusia pero sólo retrasará los problemas, lo que a largo plazo llevará o a una explosión social o a un retroceso sin precedentes de la cohesión social.

Conclusión: las especificidades del sistema institucional de la economía en transición

Hasta el momento, hemos insistido en las características del marco institucional de las sociedades en transición. En el conjunto, una de las leyes de la economía en transición reside en la incertidumbre y la confusión subyacentes a las instituciones mercantiles emergentes, en la disminución del papel de las instituciones formales y el avance del peso de las instituciones informales.

Así, existe una esfera "ilegal" en la economía en transición, comparable, en tamaño, a la esfera legal. Además, a raíz de la inestabilidad creciente de las instituciones legales, las dos esferas coinciden cada vez más. Por otra parte, la crisis económica de la sociedad en transición provoca la difusión de estas instituciones informales, las cuales a su vez alimentan esta crisis amplificándola. No obstante, es posible superar la crisis de legitimidad que atraviesan las instituciones formales. Para ello, hay que suprimir primero las causas profundas de la crisis sistémica. Sobre este zócalo, es importante luego cerrar un acuerdo nacional entre las fuerzas sociales y políticas democráticas para combatir colectivamente esta crisis.

*El final del socialismo **

Eric Hobsbawm

(La) salud (de la Rusia revolucionaria), sin embargo, está sujeta a una condición indispensable: que nunca (como le pasó una vez a la Iglesia) se abra un mercado negro de poder. En caso de que la correlación europea de poder y dinero penetre también en Rusia, entonces puede que no sólo se pierda el país, o el partido, sino también el comunismo.

Walter Benjamin (1979, pp. 195-196)

Ha dejado de ser verdad que un solo credo oficial sea la única guía operativa para la acción. Más de una ideología, una mezcla de fomas de pensar y marcos de referencia, coexisten y no sólo en toda la sociedad sino dentro del partido y dentro de sus dirigentes... Un "marxismo-leninismo" rígido y codificado no puede, salvo en la retórica oficial, responder a las necesidades reales del régimen.

M. Lewin en Kerblay (1983, p. XXVI)

La clave para alcanzar la modernidad es el desarrollo de la ciencia y la tecnología... Las discusiones vacías no llevarán nuestro programa de modernización a ninguna parte; debemos tener los conocimientos y el personal especializado necesarios.... Ahora parece que China lleva veinte años de retraso con respecto a los países desarrollados en ciencia, tecnología y educación.... Ya desde la restauración Meiji los japoneses realizaron grandes inversiones en ciencia, tecnología y educación. La restauración Meiji fue una especie de impulso modernizador llevado a cabo por la burguesía japonesa. Como proletarios debemos, y podemos, hacerlo mejor.

DENG XIAOPING, "Respect Knowledge, Respect Trained Personnel", 1977

I

En los años setenta, un país socialista estaba especialmente preocupado por su atraso económico relativo, aunque sólo fuese porque su vecino, Japón, era el país capitalista que tenía un éxito más espectacular. El comunismo chino no puede considerarse únicamente una variante del comunismo soviético, y mucho menos una parte del sistema de satélites soviéticos. Ello se debe a una razón: el comunismo chino triunfó en un país con una población mucho mayor que la de la Unión Soviética; mucho mayor, en realidad, que la de cualquier otro estado. Incluso tomando en cuenta la inseguridad de la demografía china, algo así como uno de cada cinco seres humanos era un chino que vivía en la China continental. (Había también una importante diáspora china en el este y sureste asiáticos.) Es más, China no sólo era mucho más homogénea "nacionalmente" que la mayoría de los demás países - cerca del 94 por 100 de su población estaba compuesta por chinos han-, sino que había formado una sola unidad política, aunque rota intermitentemente, durante un mínimo de dos mil años. Y lo que es más, durante la mayor parte de esos dos milenios del imperio chino, y probablemente la mayoría de sus habitantes que tenían alguna idea al respecto, habían creído que China era el centro y el modelo de la civilización mundial. Con pocas excepciones, *todos* los otros países en los que triunfaron regímenes comunistas,

* Este trabajo corresponde al Capítulo 16 del libro "Historia del siglo XX", editado en español y publicado en "Actual Marx Confrontación [Octubre 1997, Francia]

incluyendo la Unión Soviética, eran y se consideraban culturalmente atrasados y marginales en relación con otros centros más avanzados de civilización. La misma estridencia con que la Unión Soviética insistía, durante los años del estalinismo, en su independencia intelectual y tecnológica respecto de Occidente (y en la reivindicación para sí de todas las invenciones punteras, desde el teléfono a la navegación aérea) constituía un síntoma elocuente de su sentimiento de inferioridad. (1)

No fue este el caso de China que, harto razonablemente, consideraba su civilización clásica, su arte, escritura y sistema social de valores como una fuente de inspiración y un modelo para otros, incluyendo Japón. No tenía ningún sentimiento de inferioridad intelectual o cultural, fuese a título individual o colectivo, respecto de otros pueblos. Que China no hubiese tenido ningún estado vecino que pudiera amenazarla, y que, gracias a la adopción de las armas de fuego, no tuviese dificultad en rechazar a los bárbaros de sus fronteras, confirmó este sentimiento de superioridad, aunque dejó al imperio indefenso para resistir la expansión imperial de Occidente. La inferioridad tecnológica de China, que resultó evidente en el siglo XIX, cuando se tradujo en inferioridad militar, no se debía a una incapacidad técnica o educativa, sino al propio sentido de autosuficiencia y confianza de la civilización tradicional china. Esto fue lo que les impidió hacer lo que hicieron los japoneses tras la restauración Meiji en 1868: abrazar la "modernización" adoptando modelos europeos. Esto sólo podía hacerse, y se haría, sobre las ruinas del antiguo imperio chino, guardián de la vieja civilización, y a través de una revolución social que sería al propio tiempo una revolución cultural contra el sistema confuciano.

El comunismo chino fue, por ello, tanto social como, en un cierto sentido, nacional. El detonante social que alimentó la revolución comunista fue la gran pobreza y opresión del pueblo chino. Primero, de las masas trabajadoras en las grandes urbes costeras de la China central y meridional, que constituían enclaves de control imperialista extranjero y en algunos casos industria moderna (Shanghai, Cantón, Hong Kong). Posteriormente, del campesinado, que suponía el 90 por 100 de la inmensa población del país, y cuya situación era mucho peor que la de la población urbana, cuyo índice de consumo per cápita era casi dos veces y media mayor. La realidad de la pobreza china es difícil de imaginar para un lector occidental. Cuando los comunistas tomaron el poder (1952), el chino medio vivía básicamente con medio kilo de arroz o de cereales al día, consumía menos de 80 gramos de té al año, y adquiriría un nuevo par de zapatos cada cinco años (*Estadísticas de China*, 1989, cuadros 3.1, 15.2, y 15.5).

El elemento nacional actuaba en el comunismo chino tanto a través de los intelectuales de clase media o alta, que proporcionaron la mayoría de sus líderes a los movimientos políticos chinos del siglo XX, como a través del sentimiento, ampliamente difundido entre las masas, de que los bárbaros extranjeros no podían traer nada bueno ni a los individuos que trataban con ellos ni a China en su conjunto. Este sentimiento era plausible, habida cuenta de que China había sido atacada, derrotada, dividida y

t. Los logros intelectuales y científicos de Rusia entre 1830 y 1930 fueron extraordinarios, e incluyen algunas innovaciones tecnológicas sorprendentes, que su atraso impedía que fuesen desarrolladas económicamente. Sin embargo, la propia brillantez y relevancia mundial de unos pocos rusos hace que la inferioridad rusa respecto de Occidente sea más evidente.

explotada por todo estado extranjero que se le había puesto por delante desde mediados del siglo XIX.

Los movimientos antiimperialistas de masas de ideología tradicional habían menudeado ya antes del fin del imperio chino; por ejemplo, el levantamiento de los bóxers en 1900. No hay duda de que la resistencia a la conquista japonesa fue lo que hizo que los comunistas chinos pasaran de ser una fuerza derrotada de agitadores sociales a líderes y representantes de todo el pueblo chino. Que propugnasen al propio tiempo la liberación social de los chinos pobres hizo que su llamamiento en favor de la liberación nacional y la regeneración sonara más convincente a las masas, en su mayoría rurales.

En esto tenía ventaja sobre sus adversarios, el (más antiguo) partido del Kuomintang, que había intentado reconstruir una única y poderosa república china a partir de los fragmentos del imperio repartidos entre los "señores de la guerra" después de su caída en 1911. Los objetivos a corto plazo de los dos partidos no parecían incompatibles, la base política de ambos estaba en las ciudades más avanzadas del sur de la China (donde la república estableció su capital) y su dirección procedía de la misma élite ilustrada, con la diferencia de que unos se inclinaban hacia los empresarios, y los otros, hacia los trabajadores y campesinos. Ambos partidos tenían, por ejemplo, prácticamente el mismo porcentaje de miembros procedentes de los terratenientes tradicionales y de los letrados, las élites de la China imperial, si bien los comunistas contaban con más dirigentes con una formación de tipo occidental (North y Pool, 1966, pp. 378-382). Ambos surgieron del movimiento antiimperial de 1900, reforzado por el "movimiento de mayo", la revuelta nacional de estudiantes y profesores que se produjo en Pekín después de 1919. Sun Yat-sen, líder del Kuomintang, era un patriota, demócrata y socialista, que confiaba en el consejo y apoyo de la Rusia soviética (la única potencia revolucionaria y antiimperialista) y que consideraba que el modelo bolchevique de partido único era más apropiado que los modelos occidentales. De hecho, los comunistas se convirtieron en una fuerza muy importante gracias a este vínculo con los soviéticos, que les permitió integrarse en el movimiento oficial nacional y, tras la muerte de Sun en 1925, participar en el gran avance hacia el norte por el que la república extendió su influencia en la mitad de China que no controlaba. El sucesor de Sun, Chiang Kai-shek (1897-1975) nunca logró controlar por completo el país, aunque en 1927 rompió con los rusos y proscribió a los comunistas, cuyo principal apoyo en ese tiempo era la pequeña clase obrera urbana.

Los comunistas, forzados a centrar su atención en el campo, emprendieron ahora una guerra de guerrillas con apoyo campesino contra el Kuomintang, con escaso éxito, debido a sus propias divisiones y confusiones, y a la lejanía de Moscú respecto de la realidad china. En 1934 sus ejércitos se vieron obligados a retirarse hacia un rincón remoto del extremo noroeste, en la heroica Larga Marcha. Estos hechos convirtieron a Mao Tse-tung, que había apoyado desde hacía mucho tiempo la estrategia rural, en el líder indiscutible del Partido Comunista en su exilio de Yenan, pero no ofrecía perspectivas inmediatas de avance comunista. Por el contrario, el Kuomintang extendió su control por la mayor parte del país hasta que se produjo la invasión japonesa de 1937.

No obstante, la falta de atractivo que para las masas chinas tenía el Kuomintang y

su abandono del proyecto revolucionario, que era al mismo tiempo un proyecto de regeneración y de modernización, hizo que no fuera rival para los comunistas. Chiang Kai-shek nunca fue un Atatürk, otro jefe de una revolución modernizadora, antiimperialista y nacional que entabló amistad con la joven república soviética, utilizando a los comunistas locales para sus propósitos y apartándose de ellos después, aunque de manera menos estridente que Chiang. Éste, como Atatürk, tenía un ejército, pero no era un ejército con la lealtad nacional y menos aún con la moral revolucionaria de los ejércitos comunistas, sino una fuerza reclutada entre hombres para los que, en tiempos difíciles y de colapso social, un uniforme y un arma constituyen la mejor forma de vivir, y mandado por hombres que sabían, al igual que Mao Tse-tung, que en tales tiempos "el poder provenía del cañón de un arma", al igual que el provecho y la riqueza. Chiang contaba con el apoyo de buena parte de la clase media urbana, y de una parte tal vez mayor de los chinos ricos del extranjero; pero el 90 por 100 de los chinos, y casi todo el territorio, estaba fuera de las ciudades. Ahí el control, de haber alguno, lo detentaban los notables locales y los hombres poderosos, desde los señores de la guerra con sus hombres armados hasta las familias notables y las reliquias de la estructura del poder imperial, con los que el Kuomintang había llegado a entenderse. Cuando los japoneses intentaron en serio la conquista de China, los ejércitos del Kuomintang fueron incapaces de evitar que tomaran casi de inmediato las ciudades costeras, donde radicaba su fuerza. En el resto de China, se convirtió en lo que siempre había sido potencialmente: otro régimen de terratenientes y de caudillos corruptos, que resistían a los japoneses, cuando lo hacían, con escasa eficacia. Mientras tanto, los comunistas movilizaron una eficaz resistencia de masas a los japoneses en las zonas ocupadas. En 1949, cuando tomaron el poder en China tras barrer sin esfuerzo a las fuerzas del Kuomintang en una breve guerra civil, los comunistas se convirtieron en el gobierno legítimo de China, en los verdaderos sucesores de las dinastías imperiales después de cuarenta años de interregno. Y fueron fácil y rápidamente aceptados como tales porque, a partir de su experiencia como partido marxista-leninista, fueron capaces de crear una organización disciplinada a escala nacional, apta para desarrollar una política de gobierno desde el centro hasta las más remotas aldeas del gigantesco país, que es la forma en que -según la mentalidad de la mayoría de los chinos- debe gobernarse un imperio. La contribución del bolchevismo leninista al empeño de cambiar el mundo consistió más en *organización* que en doctrina.

Sin embargo los comunistas eran algo más que el imperio redivivo, aunque sin duda se beneficiaron de las continuidades de la historia china, que establecían tanto la forma en que el chino medio esperaba relacionarse con cualquier gobierno que disfrutara del "mandato del cielo", como la forma en que los administradores de China esperaban realizar sus tareas. No hay otro país en que los debates políticos dentro del sistema comunista pudieran plantearse tomando como referencia lo que un leal mandarín dijo al emperador Chia-ching, de la dinastía Ming, en el siglo XVI. (2). Esto es lo que un viejo y agudo observador de China -el corresponsal del *Times* de Londres- quiso decir en los años cincuenta cuando afirmó, sorprendiendo a todos los

2. Véase el artículo "Ha Tui reprende al Emperador" publicado en el *Diario del Pueblo* en 1959. El mismo autor (Wu Han) compuso un libreto para la ópera clásica de Pekín en 1960, "La destitución de Hai Tui", que años más tarde proporcionó la chispa que desencadenó la "revolución cultural" (Leys, 1977, pp. 30 y 34)

que le oyeron en aquel momento, incluyendo a este autor, que en el siglo XXI no quedaría comunismo en ninguna parte, salvo en China, donde sobreviviría como una ideología nacional. Para la mayoría de los chinos esta era una revolución que significaba ante todo una restauración: de la paz y el orden, del bienestar, de un sistema de gobierno cuyos funcionarios reivindicaban a sus predecesores de la dinastía T'ang, de la grandeza de un gran imperio y una civilización.

Durante los primeros años esto es lo que la mayoría de los chinos parecían obtener. Los campesinos aumentaron la producción de cereales en más de un 70 por 100 entre 1949 y 1956 (*Estadísticas de China*, 1989, p. 165), presumiblemente porque ya no sufrían tantas interferencias. Y aunque la intervención china en la guerra de Corea de 1950-1952 produjo un serio pánico, la habilidad del ejército comunista chino, primero para derrotar y más tarde para mantener a raya al poderoso ejército de los Estados Unidos, produjo una profunda impresión. La planificación del desarrollo industrial y educativo comenzó a principios de los años cincuenta. Sin embargo, bien pronto la nueva república popular, ahora bajo el mando indiscutido e indiscutible de Mao, inició dos décadas de catástrofe absurdas provocadas por el Gran Timonel. A partir de 1956, el rápido deterioro de las relaciones con la Unión Soviética que concluyó con la ruptura entre ambas potencias comunistas en el año 1960, condujo a la retirada de la importante ayuda técnica y material de Moscú. Sin embargo, y aunque lo agravó, esta no fue la causa del calvario del pueblo chino que se desarrolló en tres etapas: la fulminante colectivización de la agricultura campesina entre 1955 y 1957; el "gran salto adelante" de la industria en 1958, seguido por la terrible hambruna de 1959-1961 (probablemente la mayor del siglo XX) (3) y los diez años de "revolución cultural" que acabaron con la muerte de Mao en 1976.

Casi todo el mundo coincide en que estos cataclismos se debieron en buena medida al propio Mao, cuyas directrices políticas solían ser recibidas con aprensión en la cúpula del partido, y a veces (especialmente en el caso del "gran salto adelante") con una franca oposición, que sólo superó con la puesta en marcha de la "revolución cultural". Pero no pueden entenderse si no se tienen en cuenta las peculiaridades del comunismo chino, del que Mao se hizo portavoz. A diferencia del comunismo ruso, el comunismo chino prácticamente no tenía relación directa con Marx ni con el marxismo. Se trataba de un movimiento influido por octubre que llegó a Marx vía Lenin, o más concretamente, vía "marxismo-leninismo" estalinista. El conocimiento que Mao tenía de la teoría marxista parece derivar totalmente de la estalinista *Historia del PCUS: Curso introductorio* de 1939. Por debajo de este revestimiento marxista-leninista, había -y esto es evidente en el caso de Mao, que nunca salió de China hasta que se convirtió en jefe de estado, y cuya formación intelectual era enteramente casera- un utopismo totalmente chino. Naturalmente, este utopismo tenía puntos de contacto con el marxismo; todas las utopías revolucionarias tienen algo en común, y Mao, con toda sinceridad sin duda, tomó aquellos aspectos de Marx y Lenin que

3. Según las estadísticas oficiales chinas, la población del país en 1959 era de 672,07 millones de personas. Al ritmo natural de crecimiento de los siete años precedentes, que era de al menos el 20 por 1.000 anual (en realidad una media del 21.7 por 1.000) era de esperar que la población china hubiera sido de 699 millones en 1961. De hecho era de 658,59 millones, es decir, *cuarenta millones* menos de lo que era de esperar (*Estadísticas de China*, 1989, cuadros T 3.1 y T 3.2).

encajaban en su visión y los empleó para justificarla. Pero su visión de una sociedad ideal unida por un consenso total (una sociedad en la que, como se ha dicho, "la abnegación total del individuo y su total inmersión en la colectividad (son) la finalidad última... una especie de misticismo colectivista") es lo opuesto del marxismo clásico que, al menos en teoría y como un último objetivo, contemplaba la liberación completa y la realización del individuo (Schwarlz, 1966). El énfasis en el poder de la transformación espiritual para llevarlo a cabo remodelando al hombre, aunque se basa en la creencia de Lenin, y luego de Stalin, en la conciencia y el voluntarismo, iba mucho más allá. Con toda su fe en el papel de la acción y de la decisión política, Lenin nunca olvidó -¿cómo podría haberlo hecho?- que las circunstancias prácticas imponían graves limitaciones a la eficacia de la acción; incluso Stalin reconoció que su poder tenía límites. Sin embargo, sin la fe en que las "fuerzas subjetivas" eran todopoderosas, en que los hombres *podían* mover montañas y asaltar el cielo si se lo proponían, las locuras del gran salto adelante son inconcebibles. Los expertos decían lo que se podía y no se podía hacer pero el fervor revolucionario [xxlía superar por sí mismo todos los obstáculos materiales y la mente transformar la materia. Por tanto, ser "rojo" no es que fuese más importante que ser experto, sino que era su alternativa. En 1958 una oleada unánime de entusiasmo industrializaría China *inmediatamente*, saltando todas las etapas hasta un futuro en que el comunismo se realizaría *inmediatamente*. Las incontables fundiciones caseras de baja calidad con las que China iba a duplicar su producción de acero en un año -llegó a triplicarla en 1960, antes de que en 1962 cayese a menos de lo que había antes del gran salto- representaban una de las caras de la transformación. Las 24.000 "comunidades del pueblo" de campesinos establecidas en 1958 en apenas dos meses representaban la otra cara. Eran totalmente comunistas, no sólo porque todos los aspectos de la vida campesina estaban colectivizados, incluyendo la vida familiar (guarderías comunales y comedores que liberaban a las mujeres de las tareas domésticas y del cuidado de los niños, con lo que podían ir, estrictamente reglamentadas, a los campos), sino porque la libre provisión de seis servicios básicos iba a reemplazar los salarios y los ingresos monetarios. Esos seis servicios eran: comida, cuidados médicos, educación, funerales, cortes de pelo y películas. Naturalmente, esto no funcionó. En pocos meses, y ante la resistencia pasiva, los aspectos más extremos del sistema se abandonaron, aunque no sin que antes (como en la colectivización estalinista) se combinaran con la naturaleza para producir el hambre de 1960-1961.

En cierto sentido, esta fe en la capacidad de la transformación voluntarista se apoyaba en una fe específicamente maoísta en "el pueblo", presto a transformarse y por tanto a *tomar* parte creativamente, y con toda la tradicional inteligencia e ingenio chino, en la gran marcha hacia adelante. Era la visión esencialmente romántica de un artista, si bien, en opinión de aquellos que pueden juzgar la poesía y la caligrafía que a Mao le gustaba cultivar, no demasiado bueno. ("Sus obras no son tan malas como las pinturas de Hitler, pero no son tan buenas como las de Churchill", en opinión del orientalista británico Arthur Waley. usando la pintura como una analogía de la poesía.)

Esto le llevó, en contra de los consejos escépticos y realistas de otros dirigentes comunistas, a realizar una llamada a los intelectuales de la vieja élite para que contri-

buyeran libremente con sus aportaciones a la campaña de las "cien flores" (1956-1957), dando por sentado que la revolución, o quizás él mismo, ya habrían transformado a esas alturas a los intelectuales. ("Dejad que florezcan cien flores, dejad que contiendan cien escuelas de pensamiento.") Cuando, como ya habían previsto camaradas menos inspirados, esta explosión de libre pensamiento mostró la ausencia de un unánime entusiasmo por el nuevo orden, Mao vio confirmada su instintiva desconfianza hacia los intelectuales. Esta iba a encontrar su expresión más espectacular en lo diez años de la "gran revolución cultural", en que prácticamente se paralizó la educación superior y los intelectuales fueron regenerados en masa realizando trabajos físicos obligatorios en el campo. (4). No obstante, la confianza de Mao en los campesinos, a quienes se encargó que resolvieran todos los problemas de la producción durante el gran salto bajo el principio de "dejad que todas las escuelas (de experiencia local) contiendan," se mantuvo incólume. Porque -y este es otro aspecto del pensamiento de Mao que encontró apoyo en sus lecturas sobre dialéctica marxista- Mao estaba convencido de la importancia de la lucha, del conflicto y de la tensión como algo que no solamente era esencial para la vida, sino que evitaría la recaída en las debilidades de la vieja sociedad china, cuya insistencia en la permanencia y en la armonía inmutables había sido su mayor flaqueza. La revolución, el propio comunismo, sólo podían salvarse de la degeneración inmovilista mediante una lucha constantemente renovada. La revolución no podía terminar nunca.

La peculiaridad de la política maoísta estribaba en que era "al mismo tiempo una forma extrema de occidentalización y una revisión parcial de los modelos tradicionales", en los que se apoyaba de hecho, ya que el viejo imperio chino se caracterizaba (al menos en los períodos en que el poder del emperador era fuerte y seguro, y gozaba por tanto de legitimidad) por la autocracia del gobernante y la aquiescencia y obediencia de los subditos (Hu, 1966, p. 241). El solo hecho de que el 84 por 100 de los pequeños propietarios campesinos hubiera aceptado pacíficamente la colectivización en menos de un año (1956), sin que hubiera, a primera vista, ninguna de las consecuencias de la colectivización soviética, habla por sí mismo. La industrialización, siguiendo el modelo soviético basado en la industria pesada, era la prioridad incondicional. Los criminales disparates del gran salto se debieron en primer lugar a la convicción, que el régimen chino compartía con el soviético, de que la agricultura debía aprovisionar a la industrialización y mantenerse a la vez a sí misma sin desviar recursos de la inversión industrial a la agrícola. En esencia, esto significó sustituir incentivos "morales" por "materiales", lo que se tradujo, en la práctica, por reemplazar con la casi ilimitada cantidad de fuerza humana disponible en China la tecnología que no se tenía. Al mismo tiempo, el campo seguía siendo la base del sistema de Mao, como lo había sido durante la época guerrillera, y, a diferencia de la Unión Soviética, el modelo del gran salto también lo convirtió en el lugar preferido para la industrialización. Al contrario

(4) En 1970, el número total de estudiantes en todas las "instituciones de enseñanza superior" de China era de 48.000; en las escuelas técnicas (1969), 23.000; y en las escuelas de formación de profesorado (1969), 15.000. La ausencia de cualquier dato sobre p<«graduados sugiere que no había dotación alguna para ellos. En 1970 un total de 4.260 jóvenes comenzaron estudios de ciencias naturales en las instituciones de enseñanza superior, y un total de 90 comenzaron estudios de ciencias sociales. Esto en un país que en esos momentos contaba con 830 millones de personas. (*Estadísticas de China*, cuadros T1 7.4, T1 7.8 y T. 17.10).

que la Unión Soviética, la Chirai de Mao no experimentó un proceso de urbanización masiva. No fue hasta los años ochenta cuando la población rural China bajó del 80 por 100.

Pese a lo mucho que nos pueda impresionar el relato de veinte años de maoísmo, que combinan la inhumanidad y el oscurantismo con los absurdos surrealistas de las pretensiones hechas en nombre de los pensamientos del líder divino, no debemos olvidar que, comparado con los niveles de pobreza del tercer mundo, el pueblo chino no iba mal. Al final de la era de Mao, el consumo medio de alimentos (en calorías) de un chino estaba un poco por encima de la media de todos los países, por encima de 14 países americanos, de 38 africanos y justo en la media de los asiáticos; es decir, muy por encima de los países del sur y sureste de Asia, salvo Malasia y Singapur (Taylor y Jodice, 1986, cuadro 4.4.). La esperanza media de vida al nacer subió de 35 años en 1949 a 68 en 1982, a causa, sobre todo, de un espectacular y casi continuo (con la excepción de los años del hambre) descenso del índice de mortalidad (Lui, 1986, pp. 323-324). Puesto que la población china, incluso tomando en cuenta la gran hambruna, creció de unos 540 a casi 950 millones entre 1949 y la muerte de Mao, es evidente que la economía consiguió alimentarlos -un poco por encima del nivel de principios de los cincuenta-, a la vez que mejoró ligeramente el suministro de ropa (*Estadística de China*, cuadro T15.1). La educación incluso en los niveles elementales, padeció tanto por el hambre, que rebajó la asistencia en 25 millones, como por la revolución cultural, que la redujo en 15 millones. No obstante, no se puede negar que al morir Mao el número de niños que acudían a la escuela primaria era seis veces mayor que en el momento en que llegó al poder; o sea, un 96 por 100 de niños escolarizados, comparado con menos del 50 por 100 incluso en 1952. Es verdad que hasta 1987 más de una cuarta parte de la población mayor de 12 años era analfabeta o "scmianalfabeta" (entre las mujeres este porcentaje llegaba al 38 por 100), pero no debemos olvidar que la alfabetización en chino es muy difícil, y que sólo una muy pequeña parte del 34 por 100 que había nacido antes de 1949 podía esperarse que la hubiese adquirido plenamente (*Estadística de China*, pp. 69, 70-72 y 695). En resumen, aunque los logros del período maoísta puedan no haber impresionado a los observadores occidentales escépticos -hubo muchos que carecieron de escepticismo-, habrían impresionado a observadores de la India o de Indonesia, y no debieron parecerles decepcionantes al 80 por 100 de habitantes de la China rural, aislados del mundo, y cuyas expectativas eran las mismas que las de sus padres.

Sin embargo, resultaba innegable que a nivel internacional China había perdido influencia a partir de la revolución, en particular en relación con sus vecinos no comunistas. Su media de crecimiento económico per cápita, aunque impresionante durante los años de Mao (1960-1975), era inferior a la del Japón, Hong-Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán, para aludir a los países del Extremo Oriente que los observadores chinos miraban con atención. Grande como era, su PNB total era similar al de Canadá, menor que el de Italia y sólo una cuarta parte que el de Japón (Taylor y Jodice, 1983, cuadros 3.5. y 3.6). El desastroso y errático rumbo fijado por el Gran Timonel desde mediados de los años cincuenta prosiguió únicamente porque en 1965 Mao, con apoyo militar, impulsó un movimiento anárquico, inicialmente estudiantil, de jóvenes "guardias rojos" que arremetieron contra los dirigentes del partido que

poco a poco le habían arrinconado y contra los intelectuales de cualquier tipo. Esta fue la "gran revolución cultural" que asoló China por cierto tiempo, hasta que Mao llamó al ejército para que restaurara el orden, y se vio también obligado a restaurar algún tipo de control del partido. Como estaba ya al final de su andadura, y el maoísmo sin él tenía poco apoyo real, éste no sobrevivió a su muerte en 1976, y al casi inmediato arresto de la "Banda de los cuatro" ultramaoístas, encabezada por la viuda del líder, Jian King. El nuevo rumbo bajo el pragmático Deng Xiaoping comenzó de forma inmediata.

II

El nuevo rumbo de Deng en China significaba un franco reconocimiento público de que eran necesarios cambios radicales en la estructura del "socialismo realmente existente", pero con el advenimiento de los años ochenta se hizo cada vez más evidente que algo andaba mal en todos los sistemas que se proclamaban socialistas. La ralentización de la economía soviética era palpable. La tasa de crecimiento de casi todo lo que contaba y se podía contar caía de manera constante de quinquenio en quinquenio desde 1970: el producto interior bruto, la producción industrial, la producción agrícola, las inversiones de capital, la productividad del trabajo, el ingreso real per cápita. Si no estaba en regresión, la economía avanzaba al paso de un buey cada vez más cansado. Es más, en vez de convertirse en uno de los gigantes del comercio mundial, la Unión Soviética parecía estar en regresión a escala internacional. En 1960 sus principales exportaciones habían sido maquinaria, equipamientos, medios de transporte y metales o manufacturas metálicas, pero en 1985 dependía básicamente de sus exportaciones de energía (53 por 100), esto es de petróleo y gas. Paralelamente, casi el 60 por 100 de sus importaciones consistían en maquinaria, metales, y artículos de consumo industriales (SSSR, 1987, pp.15-17 y 32-33). La Unión Soviética se había convertido en algo así como una colonia productora de energía de las economías industriales más avanzadas; en la práctica, de sus propios satélites occidentales principalmente Checoslovaquia y la República Democrática Alemana, cuyas industrias podían confiar en el mercado ilimitado y poco exigente de la Unión Soviética sin preocuparse por mejorar sus propias deficiencias. (5)

De hecho, hacia los años 70 estaba claro que no sólo se estancaba el crecimiento económico, sino que incluso los indicadores sociales básicos, como la mortalidad, dejaban de mejorar. Esto minó la confianza en el socialismo quizás más que cualquier otra cosa, porque su capacidad para mejorar las vidas de la gente común mediante una mayor justicia social no dependía básicamente de su capacidad para generar mayor riqueza. El hecho de que la esperanza media de vida al nacer se mantuviera en la Unión Soviética, Polonia y Hungría casi sin cambios durante los veinte años previos al colapso del comunismo (a veces incluso decreció) causó honda preocupación, porque en la mayoría de los países seguía aumentando (incluyendo, todo hay que decirlo, Cuba y los países comunistas asiáticos de los que tenemos datos). En 1969 los austríacos

(5) "A los planificadores económicos de esa época les parecía que el mercado soviético era inagotable y que la Unión Soviética podía proporcionarles la cantidad necesaria de energía y materias primas para un crecimiento económico continuo" (Rosati y Mizsie, 1989, p.10).

eos, finlandeses y polacos tenían una esperanza de vida similar (70.1 años); en 1989, en cambio, los polacos tenían una esperanza de vida cuatro años menor que la de austriacos y finlandeses. Esto podía traducirse en una población más sana, como sugirieron los demógrafos, pero sólo porque en los países socialistas moría gente que hubiese podido mantenerse con vida en los países capitalistas (Riley, 1991). Los reformistas soviéticos y de los países afines observaban estas evoluciones con creciente ansiedad (*The World Bank Alias* 1990, pp.6-9 y *World Tabtes*, 1991, *passim*.)

En esta misma época otro síntoma evidente de la decadencia de la Unión Soviética se refleja en el auge del término *nomenklatura* (que parece que llegó a Occidente por medio de los escritos de los disidentes). Hasta entonces, el cuerpo de funcionarios formado por los cuadros del partido, que constituía el sistema de mando de los estados leninistas, se había mirado desde el exterior con respeto y con cierta admiración, si bien los opositores internos derrotados, como los trolskistas y -en Yugoslavia- Milovan Djilas (Djilas, 1957), ya habían señalado su potencial de degeneración burocrática y corrupción personal. De hecho, en los años cincuenta e incluso en los sesenta, el tono general de los comentarios en occidente y, en especial, en los Estados Unidos señalaba que el secreto del avance global del comunismo residía en el sistema organizativo de los partidos comunistas y en su cuerpo de cuadros altruistas y monolíticos que seguían lealmente (aunque a veces brutalmente) "la línea" (Fainsod, 1956; Brzezinski, 1962; Duverger, 1972).

Por otro lado, el término *nomenklatura*, prácticamente desconocido antes de 1980, excepto como parte de la jerga administrativa del PCUS, sugería precisamente las debilidades de la egoísta burocracia del partido en la era de Brezhnev: una combinación de incompetencia y corrupción. Y se hizo cada vez más evidente que la Unión Soviética misma funcionaba, fundamentalmente, mediante un sistema de patronazgo, nepotismo y pago.

Con la excepción de Hungría, los intentos serios de reformar las economías socialistas europeas se abandonaron desesperanzadamente tras la primavera de Praga. En cuanto a los intentos ocasionales de volver a la antigua forma de las economías dirigidas, bien en su modelo estalinista (como hizo Ceaucescu en Rumania) bien en la forma maoísta que reemplazaba la economía con el celo moral voluntarista (como en el caso de Fidel Castro), cuanto menos se hable de ellos, mejor. Los años de Brezhnev serían llamados "años de estancamiento" por los reformistas, esencialmente porque el régimen había dejado de intentar hacer algo serio respecto de una economía en visible decadencia. Comprar trigo en el mercado mundial era más fácil que intentar resolver la en apariencia creciente incapacidad de la agricultura soviética para alimentar al pueblo de la URSS. Lubricar la enmohecida maquinaria de la economía mediante un sistema universal de sobornos y corrupción era más fácil que limpiarla y afinarla, por no hablar de cambiarla. ¿Quién sabía lo que podía pasar a largo plazo? A corto plazo parecía más importante mantener contentos a los consumidores o, de ser eso imposible, mantener su descontento dentro de unos límites. De ahí que fuese probablemente en la primera mitad de la década de los setenta cuando la mayoría de los habitantes de la URSS estuvieron y se sintieron mejor que en cualquier otro momento de su vida que pudieran recordar.

El problema para el "socialismo realmente existente" europeo estribaba en que -a

diferencia de la Unión Soviética de entreguerras, que estaba virtualmente fuera de la economía mundial y era, por tanto, inmune a la Gran Depresión- el socialismo estaba ahora cada vez más involucrado en ella y, por tanto, no era inmune a la crisis de los años setenta. Es una ironía de la historia que las economías de "socialismo real" europeas y de la Unión Soviética, así como las de parte del tercer mundo, fuesen las verdaderas víctimas de la crisis que siguió a la edad de oro de la economía capitalista mundial, mientras que las "economías desarrolladas de mercado", aunque debilitadas, pudieron capear las dificultades sin mayores problemas, al menos hasta principio de los años noventa. Hasta entonces algunos países como Alemania y Japón, apenas habían frenado su marcha. El "socialismo real", en cambio, no sólo tenía que enfrentarse a sus propios y cada vez más insolubles problemas como sistema, sino también a los de una economía mundial cambiante y conflictiva en la que estaba cada vez más integrado. Esto puede ilustrarse con el ambiguo ejemplo de la crisis petrolífera internacional que transformó el mercado energético mundial después de 1973: ambiguo porque sus efectos eran a la vez potencialmente positivos y negativos. La presión del cartel mundial de productores de petróleo, la OPEC, hizo que el precio del petróleo -bajo y, en términos reales en descenso desde la guerra- se cuadruplicase, aproximadamente, en 1973, y se triplicase de nuevo a finales de los setenta, después de la revolución iraní. De hecho, el verdadero alcance de las fluctuaciones fue incluso más espectacular: en 1970 el petróleo se vendía a un precio medio de 2,53 dólares el barril, mientras que a fines de los ochenta un barril costaba unos 41 dólares.

La crisis petrolífera tuvo dos consecuencias aparentemente afortunadas. A los productores de petróleo, de los que la Unión Soviética era uno de los más importantes, el líquido negro se les convirtió en oro. Era como tener un billete ganador de la lotería cada semana. Los millones entraban a raudales sin mayor esfuerzo, posponiendo la necesidad de reformas económicas y permitiendo a la Unión Soviética pagar sus crecientes importaciones del mundo capitalista occidental con la energía que exportaba. Entre 1970 y 1980, las exportaciones soviéticas a las "economías desarrolladas de mercado" aumentaron de poco menos de un 19 por 100 del total hasta un 32 por 100 (SSSR, 1987, p. 32). Se ha sugerido que fue esta enorme e inesperada bonanza la que hizo que a mediados de los setenta el régimen de Brezhnev cayese en la tentación de realizar una política internacional más activa de competencia con los Estados Unidos, al tiempo que el malestar revolucionario volvía a extenderse por el tercer mundo (véase el capítulo XV), y se embarcase en una carrera suicida para intentar igualar la superioridad en armamentos de los Estados Unidos (Maksimenko, 1991).

La otra consecuencia aparentemente afortunada de la crisis petrolífera fue la riada de dólares que salía ahora de los multimillonarios países de la OPEC, muchos de ellos de escasa población, y que se distribuía a través del sistema bancario internacional en forma de créditos a cualquiera que los pidiera. Muy pocos países en vías de desarrollo resistieron la tentación de tomar los millones que les metían en los bolsillos y que iban a provocar una crisis mundial de la deuda a principios de los años ochenta. Para los países socialistas que sucumbieron a esta tentación, especialmente Polonia y Hungría, los créditos parecían una forma providencial de pagar las inversiones para acelerar el crecimiento y aumentar el nivel de vida de sus poblaciones.

Esto hizo que la crisis de los ochenta fuese más aguda, puesto que las economías socialistas, y en especial la malgastadora de Polonia, eran demasiado inflexibles para emplear productivamente la afluencia de recursos. El mero hecho de que el consumo petrolífero cayera en la Europa occidental (1973-1985) en un 40 por 100 como respuesta al aumento de los precios, pero que en la Unión Soviética y en la Europa oriental sólo lo hiciera en un 20 por 100 en el mismo período, habla por sí mismo (Küllö, 1990, p. 39). Que los costos de producción soviéticos aumentaran considerablemente mientras los pozos de petróleo rumanos se secaban hace el fracaso en el ahorro de energía más notable. A principio de los años ochenta la Europa oriental se encontraba en una aguda crisis energética. Esto, a su vez, produjo escasez de comida y de productos manufacturados (salvo donde, como en Hungría, el país se metió en mayores deudas, acelerando la inflación y disminuyendo los salarios reales). Esta fue la situación en que el "socialismo realmente existente" en Europa entró en la que iba a ser su década final. La única forma eficaz inmediata de manejar esta crisis era el tradicional recurso estalinista a las restricciones y a las estrictas órdenes centrales, al menos allí donde la planificación central todavía seguía funcionando, cosa que ya no sucedía en Hungría y Polonia. Esto funcionó entre 1981 y 1984. La deuda disminuyó en un 35-70 por 100, salvo en estos dos países, lo que incluso engendró esperanzas ilusorias de volver a un crecimiento económico sin realizar reformas básicas, y "llevó a un gran salto atrás, a la crisis de la deuda y a un mayor deterioro en las perspectivas económicas" (Köllö, 1990, p. 41). Fue en este momento cuando Mijail Sergueievich Gorbachov se convirtió en el líder de la Unión Soviética.

III

Llegados aquí tenemos que volver de la economía a la política del "socialismo realmente existente", puesto que la política, tanto la alta como la baja, causaría el colapso eurosoviético de 1989-1991.

Políticamente, la Europa oriental era el talón de Aquiles del sistema soviético, y Polonia (y en menor medida Hungría), su punto más vulnerable. Desde la primavera de Praga quedó claro, como hemos visto, que muchos de los regímenes satélites comunistas habían perdido su legitimidad (6). Estos regímenes se mantuvieron en el poder mediante la coerción del estado, respaldada por la amenaza de invasión soviética o, en el mejor de los casos -como en Hungría-, dando a los ciudadanos unas condiciones materiales y una libertad relativa superiores a las de las medias de la Europa del Este, que la crisis económica hizo imposible mantener. Sin embargo, con una excepción, no era posible ninguna forma seria de oposición organizada política o pública. La conjunción de tres factores lo hizo posible en Polonia. La opinión pública del país estaba fuertemente unida no sólo en su rechazo hacia el régimen, sino por un nacionalismo polaco antirruso (y antijudío) y sólidamente católico; la Iglesia conservó una organización independiente a escala nacional; y su clase obrera demostró su fuerza política con grandes huelgas intermitentes desde mediados de los cincuenta.

(6) Las partes menos desarrolladas de la península de los Balcanes -Albania, sur de Yugoslavia, Bulgaria- podrían ser las excepciones, puesto que los comunistas todavía ganaron las primeras elecciones multipartidistas después de 1989. No obstante, incluso aquí las debilidades del sistema se hicieron pronto patentes.

El régimen hacía tiempo que se había resignado a una tolerancia tácita o incluso a una retirada -como cuando las huelgas de los setenta forzaron la abdicación del líder comunista del momento- mientras la oposición siguiera desorganizada, aunque su margen de maniobra fue disminuyendo peligrosamente. Pero desde mediados de los años setenta tuvo que enfrentarse a un movimiento de trabajadores organizado políticamente y apoyado por un equipo de intelectuales disidentes con ideas políticas propias, ex marxistas en su mayoría, así como a una Iglesia cada vez más agresiva, estimulada desde 1978 por la elección del primer papa polaco de la historia, Karol Wojtyla (Juan Pablo II).

En 1980 el triunfo del sindicato Solidaridad como un movimiento de oposición pública nacional que contaba con el arma de las huelgas demostró dos cosas: que el régimen del partido Comunista en Polonia llegaba a su final, pero también que no podía ser derrocado por la agitación popular. En 1981, la Iglesia y el estado acordaron discretamente prevenir el peligro de una intervención armada soviética, que fue seriamente considerada, con unos pocos años de ley marcial bajo el mando de unas fuerzas armadas que podían aducir tanto legitimidad comunista como nacional. Fue la policía y no el ejército quien restableció el orden sin mayores problemas, pero el gobierno, tan incapaz como siempre de resolver los problemas económicos, no tenía nada que ofrecer contra una oposición que seguía siendo la expresión organizada de la opinión pública nacional. O bien los rusos se decidían a intervenir o, sin tardar mucho, el régimen tendría que abandonar un elemento clave para los regímenes comunistas; el sistema unipartidista bajo el "liderato" del partido estatal; es decir, tendría que abdicar. Mientras el resto de gobiernos de los países satélites contemplaban nerviosos el desarrollo de los acontecimientos, a la vez que intentaban evitar, vanamente, que sus pueblos los imitaran, se hizo cada vez más evidente que los soviéticos no estaban ya preparados para intervenir.

En 1985 un reformista apasionado, Mijail Gorbachov, llegó al poder como secretario general del Partido Comunista soviético. No fue por accidente. De hecho, la era de los cambios hubiera comenzado uno o dos años antes de no haber sido por la muerte del gravemente enfermo Yuri Andropov (1914-1984), antiguo secretario general y jefe del aparato de seguridad, que ya en 1983 realizó la ruptura decisiva con la era de Brezhnev. Resultaba evidente para los demás gobiernos comunistas, dentro y fuera de la órbita soviética, que se iban a realizar grandes cambios, aunque no estaba claro, ni siquiera para el nuevo secretario general, qué iban a traer.

La "era de estancamiento" (*zastoi*) que Gorbachov denunció había sido, de hecho, una era de aguda fermentación política y cultural entre la élite soviética. Esta incluía no sólo al relativamente pequeño grupo de capitostes autocooptados a la cúpula del Partido Comunista, el único lugar donde se tomaban, o podían tomarse, las decisiones políticas reales, sino también al grupo más numeroso de las clases medias cultas y capacitadas técnicamente, así como a los gestores económicos que hacían funcionar el país; profesorado universitario, la *intelligentsia* técnica, y expertos y ejecutivos de varios tipos. El propio Gorbachov representaba a esta nueva generación de cuadros: había estudiado derecho, mientras que la manera clásica de ascender de la vieja élite estalinista había sido (y seguía siendo en ocasiones, de manera sorprendente) la vía del trabajo desde la fábrica, a través de estudios de ingeniería o agronomía, hasta el

aparato. La importancia de este fermento no puede medirse por el tamaño del grupo de disidentes públicos que aparecían ahora, que no pasaban de unos pocos cientos. Prohibidas o semilegalizadas (gracias a la influencia de editores valientes como el del famoso diario *Novy Mir*), la crítica y la autocrítica impregnaron la amalgama cultural de la Unión Soviética metropolitana en tiempos de Brezhnev, incluyendo a importantes sectores del partido y del estado, en especial en los servicios de seguridad y exteriores. La amplia y súbita respuesta a la llamada de Gorbachov a la *glasnost* ("apertura" o "transparencia") difícilmente puede explicarse de otra manera.

Sin embargo, la respuesta de los estratos políticos e intelectuales no debe tomarse como la respuesta de la gran masa de los pueblos soviéticos. Para éstos, a diferencia de para la mayoría de los pueblos del este de Europa, el régimen soviético estaba legitimado y era totalmente aceptado, aunque sólo fuera porque no habían conocido otro, salvo el de la ocupación alemana de 1941-1944, que no había resultado demasiado atractivo. En 1990, todos los húngaros mayores de sesenta años tenían algún recuerdo de adolescencia o madurez de la era precomunista, pero ningún habitante de la Unión Soviética menor de 88 años podía haber tenido de primera mano una experiencia parecida. Y si el gobierno del estado soviético había tenido una continuidad ininterrumpida que podía remontarse hasta el final de la guerra civil, el propio país lo había tenido -ininterrumpida o casi- desde mucho más lejos, salvo por lo que se refiere a los territorios de la frontera occidental, tomados o recuperados en los años 1939 y 1949. Era el viejo imperio zarista con una nueva dirección. De ahí que antes de finales de los años ochenta no hubiera síntomas serios de separatismo político en ningún lugar, salvo en los países bálticos (que de 1918 a 1949 fueron estados independientes), Ucrania occidental (que antes de 1918 formaba parte del imperio de los Habsburgo y no del ruso) y quizá Besarabia (Moldavia), que desde 1918 hasta 1940 formó parte de Rumania. De todas formas, ni siquiera en los estados bálticos había mucha más disidencia que en Rusia (Lieven, 1993).

Además, el régimen soviético no sólo tenía un arraigo y un desarrollo domésticos (con el transcurso del tiempo el partido, que al principio era mucho más fuerte en la "gran Rusia" que en otras nacionalidades, llegó a reclutar casi el mismo porcentaje de habitantes en las repúblicas europeas y en las transcaucásicas), sino que el pueblo, de forma difícil de explicar, llegó a amoldarse al régimen de la misma manera que el régimen se había amoldado a ellos. Como señaló Zinoviev, escritor satírico disidente, el "nuevo hombre soviético" (o, de tener en cuenta a las mujeres, cosa que no ocurría con frecuencia, también "la nueva mujer soviética") existía realmente, aunque tuviese tan poco que ver con su imagen pública oficial, como sucedía con muchas cosas en la Unión Soviética. Estaban cómodos en el sistema (Zinoviev, 1979), que les proporcionaba una subsistencia garantizada y una amplia seguridad social (a un nivel modesto pero real), una sociedad igualitaria tanto social como económicamente, y, por lo menos, una de las aspiraciones tradicionales del socialismo, el "derecho a la pereza" reivindicado por Paul Lafargue (Lafargue, 1883). Es más, para la mayoría de los ciudadanos soviéticos, la era de Brezhnev no había supuesto un "estancamiento", sino la etapa mejor que habían conocido, ellos, y hasta sus padres y sus abuelos.

No hay que sorprenderse de que los reformistas radicales hubieran de enfrentarse no sólo a la burocracia soviética, sino a los hombres y mujeres soviéticos. Con el tono

característico de un irritado eütismo antiplebeyo, un reformista escribió:

Nuestro sistema ha generado una categoría de individuos mantenidos por la sociedad y más interesados en tomar que en dar. Esta es la consecuencia de una política llamada de igualitarismo que... ha invadido totalmente la sociedad soviética... Esta sociedad está dividida en dos partes, los que deciden y distribuyen, y los que obedecen y reciben, lo que constituye uno de los mayores frenos al desarrollo de nuestra sociedad. El *Homo soviéticus*... es, a la vez, un lastre y un freno. Por un lado se opone a la reforma, y por otro, constituye la base de apoyo del sistema existente (Afanassiev, 1991, pp.13-14)

Social y políticamente, la mayor parte de la Unión Soviética era una sociedad estable, debido en parte, sin duda, a la ignorancia de lo que sucedía en otros países que le imponían las autoridades y la censura, pero no sólo por esa razón. ¿Es casualidad que no hubiera un equivalente a la rebelión estudiantil de 1968 en Rusia, como los hubo en Polonia, Checoslovaquia y Hungría? ¿O que incluso con Gorbachov el movimiento reformista no movilizara apenas a los jóvenes (salvo los de algunas regiones nacionalistas occidentales)? ¿Se trató realmente, por decirlo coloquialmente, de "una rebelión de treinteañeros y cuarentañeros", es decir, de personas que pertenecían a la generación de los nacidos después de la guerra, pero antes del cómodo sopor de los años de Brezhnev? De donde quiera que viniese la presión para el cambio en la Unión Soviética, no fue del pueblo.

De hecho vino, como tenía que venir, de arriba. No está clara la forma en que un comunista reformista apasionado y sincero se convirtió en el sucesor de Stalin al frente del PCUS el 15 de marzo de 1985, y seguirá sin estarlo hasta que la historia soviética de las últimas décadas se convierta en objeto de investigación más que de acusaciones y exculpaciones. En cualquier caso, lo que importa no son los detalles de la política del Kremlin, sino las dos condiciones que permitieron que alguien como Gorbachov llegara al poder. En primer lugar, la creciente y cada vez más visible corrupción de la cúpula del partido Comunista en la era de Brezhnev había de indignar de un modo u otro a la parte del partido que todavía creía en su ideología. Y un partido comunista, por degradado que esté, que no tenga algunos dirigentes socialistas es tan impensable como una Iglesia católica sin algunos obispos o cardenales que sean cristianos, al basarse ambos en sistemas de creencias. En segundo lugar, los estratos ilustrados y técnicamente competentes, que eran los que mantenían la economía Soviética en funcionamiento, eran conscientes de que sin cambios drásticos y fundamentales el sistema se hundiría más pronto o más tarde, no sólo por su propia ineficacia e inflexibilidad, sino porque sus debilidades se sumaban a las exigencias de una condición de superpotencia militar que una economía en decadencia no podía soportar. La presión militar sobre la economía se había incrementado de forma peligrosa desde 1980 cuando, por primera vez en varios años, las fuerzas armadas soviéticas se encontraron involucradas directamente en una guerra. Se enviaron fuerzas a Afganistán para asegurar algún tipo de estabilidad en aquél país, que desde 1978 había estado gobernado por un Partido Democrático del Pueblo, formado por comunistas locales, que se dividió en dos facciones en conflicto, cada una de las cuales se enfrentaba a los terratenientes locales, al clero musulmán y a otros partidarios del

statu quo con medidas tan impías como la reforma agraria y los derechos de la mujer. El país se había mantenido tranquilo en la esfera de influencia soviética desde principios de los años cincuenta, sin que la tensión sanguínea de Occidente se hubiese alterado apreciablemente. Sin embargo, los Estados Unidos decidieron considerar que la intervención soviética era una gran ofensiva militar dirigida contra el "mundo libre". Empezaron a enviar dinero y armamento a manos llenas (vía Pakistán) a los guerrilleros fundamentalistas musulmanes de las montañas. Como era de esperar, el gobierno afgano, con fuerte apoyo soviético, apenas tuvo problemas para mantener bajo su control las mayores ciudades del país, pero el coste para la Unión Soviética resultó excesivamente alto. Afganistán se convirtió, como algunas personas de Washington habían buscado, en el Vietnam de la Unión Soviética.

Así las cosas, ¿qué podía hacer el nuevo líder soviético para cambiar la situación en la URSS sino acabar, tan pronto como fuera posible, la segunda guerra fría con los Estados Unidos que estaba desangrando su economía? Este era, por supuesto, el objetivo inmediato de Gorbachov y fue su mayor éxito, porque, en un periodo sorprendentemente corto de tiempo, convenció incluso a los gobiernos más escépticos de Occidente de que esta era, de verdad, la intención soviética. Ello le granjeó una popularidad inmensa y duradera en Occidente, que contrastaba fuertemente con la creciente falta de entusiasmo hacia él en la Unión Soviética, de la que acabó siendo víctima en 1991. Si hubo alguien que acabó con cuarenta años de guerra fría global ese fue él.

Desde los años cincuenta, el objetivo de los reformistas económicos comunistas había sido el de hacer más racionales y flexibles las economías de planificación centralizada mediante la introducción de precios de mercado y de cálculos de pérdidas y beneficios en las empresas. Los reformistas húngaros habían recorrido algún camino en esa dirección y, si no llega a ser por la ocupación soviética de 1968, los reformistas checos hubieran ido incluso más lejos; ambos esperaban que esto haría más fácil la liberalización y democratización del sistema político. Esta era, también, la postura de Gorbachov, (7), que la consideraba una fonna natural de restaurar o establecer un socialismo mejor que el "realmente existente". Es posible pero poco probable que algún reformista influyente de la Unión Soviética considerase el abandono del socialismo, aunque sólo fuera porque ello parecía difícil desde un punto de vista político, si bien destacados economistas partidarios de las reformas empezaron a concluir que el sistema, cuyos defectos se analizaron sistemática y públicamente en los ochenta, podría reformarse desde dentro. (8)

IV

Gorbachov inició su campaña de transformación del socialismo soviético con los dos lemas *deperestroika* o reestructuración (tanto económica como política) y *glasnost*

(7) Se había identificado públicamente con las posturas "amplias" y prácticas socialdemócratas del Partido Comunista italiano incluso antes de su elección oficial (Montagni, 1989 p. 85)

(8) Los textos cruciales aquí son los del húngaro János Kornai, en especial *The Economic of Shortage*, Amsterdam, 1980.

o libertad de información. (9)

Pronto se hizo patente que iba a producirse un conflicto insoluble entre ellas. En efecto, lo único que hacía funcionar al sistema soviético, y que concebiblemente podía transformarlo, era la estructura de mando del partido-estado heredada de la etapa estalinista, una situación familiar en la historia de Rusia incluso en los días de los zares. La reforma venía desde arriba. Pero la estructura del partido-estado era, al mismo tiempo, el mayor obstáculo para transformar el sistema que lo había creado, al que se había ajustado, en el que tenía muchos intereses creados y para el que le era difícil encontrar una alternativa. (10). Desde luego este no era el único obstáculo. Los reformistas, y no sólo en Rusia, se han sentido siempre tentados de culpar a la "burocracia" por el hecho de que su país y su pueblo no respondan a sus iniciativas, pero parece fuera de toda duda que grandes sectores del aparato del partido-estado acogieron cualquier intento de reforma profunda con una inercia que ocultaba su hostilidad. La *glasnost* se proponía movilizar apoyos dentro y fuera del aparato contra esas resistencias, pero su consecuencia lógica fue desgastar la única fuerza que era capaz de actuar. Como se ha sugerido antes, la estructura del sistema soviético y su *modus operandi* eran esencialmente militares. Es bien sabido que democratizar a los ejércitos no mejora su eficiencia. Por otra parte, si no se quiere un sistema militar, hay que tener pensada una alternativa civil antes de destruirlo, porque en caso contrario la reforma no produce una reconstrucción sino un colapso. La Unión Soviética bajo Gorbachov cayó en la sima cada vez más amplia que se abría entre la *glasnost* y la *perestroika*.

Lo que empeoró la situación fue que, en la mente de los reformistas, la *glasnost* era un programa mucho más específico que la *perestroika*. Significaba la introducción o reintroducción de un estado democrático constitucional basado en el imperio de la ley y en el disfrute de las libertades civiles, tal como se suelen entender. Esto implicaba la separación entre partido y estado y (contra todo lo que había sucedido desde la llegada al poder de Stalin) el desplazamiento del centro efectivo de gobierno del partido al estado. Esto, a su vez, implicaba el fin del sistema de partido único y de su papel "dirigente". También, obviamente, el resurgimiento de los soviets en todos los niveles, en forma de asambleas representativas genuinamente elegidas, culminando en un Soviet Supremo que iba a ser una asamblea legislativa verdaderamente soberana que otorgase el poder a un ejecutivo fuerte, pero que fuese también capaz de controlarlo. Esta era, al menos, la teoría.

En la práctica, el nuevo sistema constitucional llegó a instalarse. Pero el nuevo sistema económico de la *perestroika* apenas había sido esbozado en 1987-1988 mediante una legalización de pequeñas empresas privadas ("cooperativas") -es decir, de gran parte de la economía sumergida- y con la decisión de permitir, en principio, que quebraran las empresas estatales con pérdidas permanentes. La distancia entre la

(9) Es un sintonía interesante de la fusión de los reformistas oficiales con el pensamiento disidente en los años de Brezhnev, porque *J>glasnosteto* lo que el escritor Alexander Solzhenityn había reclamado en su carta abierta al Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos de 1967, antes de su expulsión de la Unión Soviética.

(10) Como un burócrata comunista chino me comentó en 1984, en medio de una "reestructuración" similar, "estamos reintroduciendo elementos del capitalismo en nuestro sistema, pero ¿cómo podemos saber en lo que nos estamos metiendo? Desde 1949 nadie en China, excepto quizás algunos ancianos en Shanghai, han tenido experiencia alguna de lo que es el capitalismo".

retórica de la reforma económica y la realidad de una economía que iba palpablemente para abajo se ensanchaba día a día.

Esto era extremadamente peligroso, porque la reforma constitucional se limitaba a dismantelar un conjunto de mecanismos políticos y los reemplazaba por otros. Pero dejaba abierta la cuestión de cuáles serían las tareas de las nuevas instituciones, aunque los procesos de decisión iban a ser, presumiblemente, más engorrosos en una democracia que en un sistema de mando militar. Para la mayoría de la gente la diferencia estribaría, simplemente, en que en un caso tendrían la oportunidad de tener un auténtico proceso electoral cada cierto tiempo y, entre tanto, de escuchar las críticas al gobierno de la oposición política. Por otra parte, el criterio de la *perestroika* era y tenía que ser no el de cómo se dirigía la economía en principio, sino el de cómo funcionaba día a día, de formas que pudieran medirse y especificarse fácilmente. Sólo podía juzgársela por los resultados. Para la mayoría de los ciudadanos soviéticos esto significaba por lo que ocurría con sus ingresos reales, por el esfuerzo necesario para ganarlos, por la cantidad y variedad de los bienes y servicios a su alcance y por la facilidad con que pudiese adquirirlos.

Pero mientras estaba muy claro contra qué estaban los reformistas económicos y qué era lo que deseaban abolir, su alternativa -"una economía socialista de mercado" con empresas autónomas y económicamente viables, públicas, privadas y cooperativas, guiadas macroeconómicamente por el "centro de decisiones económico"- era poco más que una frase. Significaba, simplemente, que los reformistas querían tener las ventajas del capitalismo sin perder las del socialismo. Nadie tenía la menor idea de cómo iba a llevarse a la práctica esta transición de una economía estatal centralizada al nuevo sistema, ni tampoco de cómo iba a funcionar una economía que seguiría siendo, en un futuro previsible, dual: estatal y no estatal a la vez. El atractivo de la ideología ultraradical del libre mercado tatcherista o reaganista para los jóvenes intelectuales reformistas consistía en que prometía proporcionar una solución drástica y *automática* a estos problemas. (Como era de prever, no lo hizo).

Lo más cercano a un modelo de transición para los reformistas de Gorbachov era probablemente el vago recuerdo histórico de la Nueva Política Económica de 1921-1928. Esta, al fin y al cabo, había "alcanzado resultados espectaculares en revivificar la agricultura, el comercio, la industria y las finanzas durante varios años después de 1921" y había saneado una economía colapsada porque "confió en las fuerzas del mercado" (Vernikov, 1989, p. 13). Es más, una política muy parecida de liberalización de mercados y descentralización había producido, desde el final del maoísmo, resultados impresionantes en China, cuya tasa de crecimiento del PNB durante los años ochenta, una media del 10 por 100 anual, sólo fue superada por la de Corea del Sur (*World Bank Atlas*, 1990). Pero no había comparación posible entre la Rusia paupérrima, tecnológicamente atrasada y predominantemente rural de los años veinte y la URSS urbana e industrializada de los ochenta, cuyo sector más avanzado, el complejo científico-militar-industrial (incluyendo el programa espacial), dependía de un mercado con un solo comprador. No es arriesgado decir que la *perestroika* hubiera funcionado mucho mejor si en 1980 Rusia hubiera seguido siendo (como China en esa fecha) un país con un 80 por 100 de campesinos, cuya idea de una riqueza más allá de los sueños de avaricia era un aparato de televisión. (A principios de los años

setenta cerca de un 70 por 100 de la población soviética veía por término medio la televisión una hora y media diaria) (Kerblay, 1983, pp. 140-141).

No obstante, el contraste entre la *perestroika* soviética y la china no se explica del todo por estos desfases temporales, ni siquiera por el hecho obvio de que los chinos tuvieron mucho cuidado de mantener intacto el sistema de mando centralizado. Hasta qué punto se beneficiaron los chinos de las tradiciones culturales del Extremo Oriente, que resultaron favorecer el crecimiento económico con independencia de los sistemas sociales, es algo que deberán investigar los historiadores del siglo XXI.

¿Podía alguien pensar en serio en 1985 que, seis años más tarde, la Unión Soviética y su Partido Comunista dejarían de existir y que todos los demás regímenes comunistas europeos habrían desaparecido? A juzgar por la falta total de preparación de los gobiernos occidentales ante el súbito desmoronamiento de 1989-1991, las predicciones de una inminente desaparición del enemigo ideológico no eran más que calderilla de retórica para consumo público. Lo que condujo a la Unión Soviética con creciente velocidad hacia el abismo fue la combinación de *glasnost*, que significaba la desintegración de la autoridad, con una *perestroika* que conllevó la destrucción de los viejos mecanismos que hacían funcionar la economía, sin proporcionar ninguna alternativa, y provocó, en consecuencia, el creciente deterioro del nivel de vida de los ciudadanos. El país se movió hacia una política electoral pluralista en el mismo instante en que se hundía en la anarquía económica. Por primera vez desde el inicio de la planificación, Rusia no tenía, en 1989, un plan quinquenal (Di Leo, 1992, p.100, nota). Fue una combinación explosiva, porque minó los endebles fundamentos de la unidad económica y política de la Unión Soviética.

Como la URSS había ido evolucionando progresivamente hacia una descentralización estructural, y nunca más rápidamente que durante los largos años de Brezhnev, sus elementos se mantenían unidos sobre todo por las instituciones a escala de la Unión, como eran el partido, el ejército, las fuerzas de seguridad y el plan central. *De facto*, gran parte de la Unión Soviética era un sistema de señoríos feudales autónomos. Sus caudillos locales -los secretarios del partido de las repúblicas de la Unión con sus mandos territoriales subordinados, o los gestores de las grandes y pequeñas unidades de producción, que mantenían la economía en funcionamiento- no tenían otro vínculo de unión que su dependencia del aparato central del partido en Moscú, que los nombraba, trasladaba, destituía y cooptaba, y la necesidad de "cumplir el plan" elaborado en Moscú. Dentro de estos amplios límites, los caciques territoriales gozaban de una independencia considerable. De hecho, la economía no hubiese funcionado en absoluto de no haber sido por el desarrollo, emprendido por quienes verdaderamente gobernaban las instituciones que tenían funciones reales, de una red de relaciones laterales independientes del centro. Este sistema de tratos, trueques e intercambios de favores con otras élites en posición similar constituía una "segunda economía" dentro del conjunto nominalmente planificado. Hay que añadir que, a medida que la Unión Soviética se convertía en una sociedad industrial y urbana más compleja, los cuadros encargados de la producción, distribución y atención general a la ciudadanía tenían poca simpatía por los ministerios y por las figuras del partido, que, si bien eran sus superiores, no tenían unas funciones concretas claras, excepto la de enriquecerse, como muchos hicieron durante la época de Brezhnev, a veces de

manera espectacular.

El rechazo de la enorme y extendida corrupción de la *nonwnklalura* fue el carburante inicial para el proceso de reforma; de ahí que Gorbachov encontrara un apoyo sólido para su *perestroika* en esos cuadros económicos, en especial en los del complejo militar-industrial, que querían mejorar la gestión de una economía estancada y, en términos técnicos y científicos, paralizada. Nadie sabía mejor que ellos lo mal que se habían puesto las cosas. Por otro lado, no necesitaban del partido para llevar a cabo sus actividades. Si la burocracia del partido desaparecía, ellos seguirían en sus puestos. Eran indispensables, y la burocracia, no. Siguieron ciertamente allí tras el desmoronamiento de la URSS, organizados como grupo de presión en la nueva (1990) "Unión Científico-Industrial" (NPS) y en sus sucesoras, tras el final del comunismo, como los (potenciales) propietarios legales de las empresas que habían dirigido antes sin derechos legales de propiedad.

A pesar de lo corrupto, ineficaz y parasitario que había sido el sistema de partido único, seguía siendo esencial en una economía basada en un sistema de órdenes. La alternativa a la autoridad del partido no iba a ser la autoridad constitucional y democrática, sino, a corto plazo, la ausencia de autoridad. Eso es lo que pasó en realidad. Gorbachov, al igual que su sucesor Yeltsin, trasladó la base de su poder del partido al estado y, como presidente constitucional, acumuló legalmente poderes para gobernar por decreto, mayores en algunos aspectos, por lo menos en teoría, que aquellos de que ningún dirigente soviético anterior hubiese disfrutado formalmente, ni siquiera Stalin (Di Iorio, 1992, p. 111). Nadie se dio cuenta de ello, salvo las recién instauradas asambleas democráticas o, mejor constitucionales: el Congreso del Pueblo y el Soviet Supremo (1989). Nadie gobernaba o, más bien, nadie obedecía ya en la Unión Soviética.

Como un gigantesco petrolero averiado dirigiéndose hacia los acantilados, una Unión Soviética sin rumbo avanzaba hacia la desintegración. Las líneas por las que se iba a fracturar ya se habían trazado: por un lado estaba el sistema de poder territorial autónomo encarnado en la estructura federal del estado, y por otro, los complejos económicos autónomos. Puesto que la teoría oficial en la que se había basado la construcción de la Unión postulaba la autonomía territorial para los grupos nacionales, tanto en las quince repúblicas de la Unión como en las regiones y áreas autónomas dentro de cada una de ellas, (11) la fractura nacionalista estaba, potencialmente, dentro del sistema, si bien, con la excepción de los tres pequeños estados bálticos, el separatismo era algo impensable antes de 1988, cuando se fundaron los primeros "frentes" nacionalistas y organizaciones de campaña, como respuesta a la *glasnost* (en Estonia, Letonia, Lituania y Armenia). Sin embargo, en esta fase, e incluso en los estados bálticos, no se dirigían contra el centro sino más bien contra los partidos comunistas locales, poco gorbachovistas, o, como en Armenia, contra el vecino Azerbaiján. El objetivo no era todavía la independencia, aunque el nacionalismo se radicalizó rápidamente en 1989-1990 por el impacto de la carrera política electoral y la lucha entre los reformistas radicales y la resistencia organizada del *establishment* del viejo partido en las nuevas asambleas, así como por las fricciones entre Gorbachov

(11) Además de la Federación Rusa, la mayoría, con mucho, territorial y demográficamente, estaban también Armenia, Azerbaiján, Bielorrusia, Estonia, Georgia, Kazajistán, Kirguistán, Letonia, Lituania, Moldavia, Tadjikistán, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán.

y su resentida víctima, rival y finalmente sucesor, Boris Yeltsin.

Los reformistas radicales buscaron apoyo contra los jerarcas del partido atrincherados en el poder en los nacionalistas de las repúblicas y, al hacerlo, los reforzaron. En la propia Rusia, apelar a los intereses rusos contra las repúblicas periféricas, subsidiadas por Rusia y que se creía que vivían mejor, supuso un arma poderosa en la lucha de los radicales para expulsar a la burocracia del partido, atrincherada en él aparato central del estado. Para Boris Yeltsin, un viejo dirigente del partido que combinaba los talentos de la vieja política (dureza y sagacidad), con los de la nueva (demagogia, jovialidad y olfato para los medios de comunicación), el camino hasta la cumbre pasaba por la conquista de la Federación Rusa, lo que le permitiría soslayar las instituciones de la Unión gorbachoviana. Hasta entonces, en efecto, la Unión y su principal componente, la Federación Rusa, no estaban claramente diferenciadas. Al transformar Rusia en una República como las demás, Yeltsin favoreció, *defacto*, la desintegración de la Unión, que sería suplantada por una Rusia bajo su control, como ocurrió en 1991.

La desintegración económica ayudó a acelerar la desintegración política y fue alimentada por ella. Con el fin de la planificación y de las órdenes del partido desde el centro, ya no existía una economía nacional efectiva, sino una carrera de cada comunidad, territorio u otra unidad que pudiera gestionarla, hacia la autoprotección y la autosuficiencia o bien hacia los intercambios bilaterales. Los gestores de las ciudades provinciales con grandes empresas, acostumbrados a tal tipo de arreglos, cambiaban productos industriales por alimentos con los jefes de las granjas colectivas regionales, como hizo Gidaspov, el jefe del partido en Leningrado, que en un espectacular ejemplo de estos intercambios resolvió una escasez de grano en la ciudad con una llamada a Nazarbayev, el jefe del partido en Kazajtán, que arregló un trueque de cereales por calzado y acero (Yu Boldyrev, 1990). Este tipo de transacción entre dos figuras destacadas de la vieja jerarquía del partido demostraba que el sistema de distribución nacional había dejado de considerarse relevante. "Particularismos, autarquías, la vuelta a prácticas primitivas, parecían ser los resultados visibles de las leyes que habían liberalizado las fuerzas económicas locales" (Di Leo, 1992, p. 101).

El punto sin retorno se alcanzó en la segunda mitad de 1989, en el bicentenario de la revolución francesa, cuya inexistencia o falta de significado para la política francesa del siglo XX se afanaban en demostrar, en aquellos momentos, los historiadores "revisionistas". El colapso político siguió (como en la Francia del siglo XVIII) al llamamiento de las nuevas asambleas democráticas, o casi democráticas, en el verano de aquel año. El colapso económico se hizo irreversible en el curso de unos pocos meses cruciales, entre octubre de 1989 y mayo de 1990. No obstante, los ojos del mundo estaban fijos en estos momentos en un fenómeno relacionado con este proceso, pero secundario: la súbita, y también inesperada, disolución de los regímenes comunistas satélites europeos. Entre agosto de 1989 y el final de ese mismo año el poder comunista abdicó o dejó de existir en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y la República Democrática alemana, sin apenas un sólo disparo, salvo en Rumania. Poco después, los dos estados balcánicos que no habían sido satélites soviéticos, Yugoslavia y Albania, dejaron también de tener regímenes comunistas. La República Democrática Alemana sería muy pronto anexionada por la Alema-

nia Occidental; en Yugoslavia, estallaría pronto una guerra civil.

El proceso fue seguido no sólo a través de las pantallas de televisión del mundo occidental, sino también, y con mucha atención, por los regímenes comunistas de otros continentes. Aunque éstos iban desde los reformistas radicales (al menos en cuestiones económicas), como China, hasta los centralistas implacables al viejo estilo, como Cuba (véase el capítulo XV), todos tenían presumiblemente dudas acerca de la total inmersión soviética en *la glasnost*, y del debilitamiento de la autoridad. Cuando el movimiento por la liberalización y la democracia se extendió desde la Unión Soviética hasta China, el gobierno de Pekín decidió, a mediados del 1989, tras algunas dudas y lacerantes desacuerdos internos, restablecer su autoridad con la mayor claridad, mediante lo que Napoleón -que también empleó el ejército para reprimir la agitación social durante la revolución francesa- llamaba "un poco de metralla". Las tropas dispersaron una gran manifestación estudiantil en la plaza principal de la capital, a costa de muchos muertos; probablemente -aunque no había datos fiables a la hora de redactar estas páginas- varios centenares. La matanza de la plaza de Hananmen horrorizó a la opinión pública occidental e hizo, sin duda, que el Partido Comunista chino perdiese gran parte de la poca legitimidad que pudiera quedarle entre las jóvenes generaciones de intelectuales chinos, incluyendo a miembros del partido, pero dejó al régimen chino con las manos libres para continuar su afortunada política de liberalización económica sin problemas políticos inmediatos. El colapso del comunismo tras 1989 se redujo a la Unión Soviética y a los estados situados en su órbita, incluyendo Mongolia, que había optado por la protección soviética contra la dominación china durante el periodo de entreguerras. Los tres regímenes comunistas asiáticos supervivientes (China, Corea del Norte y Vietnam), al igual que la remota y aislada Cuba, no se vieron afectados de forma inmediata.

V

Parecería natural, especialmente en el bicentenario de 1789, describir los cambios de 1989-1990 como las revoluciones del Este de Europa. En la medida en que los acontecimientos que llevaron al total derrocamiento de esos regímenes son revolucionarios, la palabra es apropiada, aunque resulta engañosa, habida cuenta que ninguno de los regímenes de la llamada Europa oriental fue *derrocado*. Ninguno, salvo Polonia, contenía fuerza interna alguna, organizada o no, que constituyera una seria amenaza para ellos, y el hecho de que en Polonia existiera una poderosa oposición política permitió, en realidad, que el sistema no fuese destruido de un día para otro, sino sustituido en un proceso negociador de compromiso y reforma, similar a la manera en que España realizó su proceso de transición a la democracia tras la muerte de Franco en 1975. La amenaza más inmediata para quienes estaban en la órbita soviética procedía de Moscú, que pronto dejó claro que ya no iba a salvarlos con una intervención militar, como en 1956 y 1968, aunque sólo fuera porque el final de la guerra fría los hacía menos necesarios desde un punto de vista estratégico para la Unión Soviética. Moscú opinaba que, si querían sobrevivir, harían bien en seguir la línea de liberalización, reforma y flexibilidad de los comunistas húngaros y polacos, pero también dejó claro que no presionaría a los partidarios de la línea dura en Berlín y Praga. Tenían

que arreglárselas por sí mismos.

La retirada de la URSS acentuó su quiebra. Seguían en el poder tan sólo en virtud del vacío que habían creado a su alrededor, que no había dejado otra alternativa al *statu quo* que la emigración (donde fue posible) o (para unos pocos) la formación de grupos marginales de intelectuales disidentes. La mayoría de los ciudadanos había aceptado el orden de cosas existentes porque no tenían alternativas. Las personas con energía, talento y ambición trabajaban dentro del sistema, ya que cualquier puesto que requiriese estas características, y cualquier expresión pública de talento, estaba dentro del sistema o contaba con su permiso, incluso en campos totalmente ajenos a la política, como el salto de pértiga o el ajedrez. Esto se aplicaba también a la oposición tolerada, sobre todo en el ámbito artístico, que floreció con el declive de los sistemas, como los escritores disidentes que prefirieron no emigrar descubrieron a su costa después de la caída del comunismo, cuando fueron tratados como colaboracionistas. (12) No es extraño que la mayor parte de la gente optara por una vida tranquila que incluía los gestos formales de apoyo (votaciones o manifestaciones) a un sistema en el que nadie -excepto los estudiantes de primaria- creía, incluso cuando las penas por disentar dejaron de ser terroríficas. Una de las razones por las que el antiguo régimen fue denunciado con inusitada fiereza tras su caída, sobre todo en los países de línea dura como Checoslovaquia y la ex RDA, fue que

la gran mayoría votaba en las elecciones fraudulentas para evitarse consecuencias desagradables, aunque éstas no fuesen muy graves; participaba en las marchas obligatorias... Los informadores de la policía se reclutaban con facilidad, seducidos por privilegios miserables, y a menudo aceptaban prestar servicios como resultado de una presión muy leve (Kolakowski, 1992, pp. 55-56).

Pero casi nadie creía en el sistema o sentía lealtad alguna hacia él, ni siquiera los que lo gobernaban. Sin duda se sorprendieron cuando las masas abandonaron finalmente su pasividad y manifestaron su disidencia (el momento de estupor fue captado para siempre en diciembre de 1989, con las imágenes de video que mostraban al presidente Ceausescu ante una masa que, en lugar de aplaudirle lealmente, le abucheaba), pero lo que les sorprendió no fue la disidencia, sino tan sólo su manifestación. En el momento de la verdad ningún gobierno de la Europa oriental ordenó a sus tropas que disparasen. Salvo en Rumania, todos abdicaron pacíficamente, e incluso allí la resistencia fue breve. Quizás ni hubieran podido recuperar el control, pero ni siquiera lo intentaron. En ningún lugar hubo grupo alguno de comunistas radicales que se preparase para morir en el bunker por su fe, ni siquiera por el historial nada desdeñable de cuarenta años de gobierno comunista en varios de esos estados. ¿Qué hubieran tenido que defender? ¿Sistemas económicos cuya inferioridad respecto a sus vecinos occidentales saltaba a la vista, sistemas en decadencia que habían demostrado ser irreformables, incluso donde se habían realizado esfuerzos serios e inteligentes para reformarlos? ¿Sistemas que habían perdido claramente la justificación que había

(12) Incluso un antagonista tan apasionado del comunismo como el escritor ruso Alexander Solzhenitsyn desarrolló su carrera de escritor dentro del sistema, que permitió y estimuló la publicación de sus primeras obras con propósitos reformistas.

sostenido a sus cuadros en el pasado: que el socialismo era superior al capitalismo y estaba destinado a reemplazarlo? ¿Quién podía seguir creyendo esto, aunque hubiese parecido plausible en los años cuarenta y hasta en los cincuenta?

Desde el momento en que los estados comunistas dejaron de estar unidos, y hasta llegaron a enfrentarse en conflictos armados (por ejemplo, China y Vietnám a principios de los ochenta) ni siquiera se podía hablar de un solo "campo socialista". Lo único que quedaba de las viejas esperanzas era el hecho de que la URSS, el país de la revolución de octubre, era una de las dos superpotencias mundiales. Con la excepción tal vez de China, todos los gobiernos comunistas, y un buen número de partidos comunistas, y de los estados o movimientos del tercer mundo, sabían muy bien cuánto debían a la existencia de este contrapeso al predominio económico y estratégico del otro lado. Pero la URSS se estaba desprendiendo de un carga político-militar que ya no podía soportar, e incluso países comunistas que no dependían de Moscú (Yugoslavia, Albania) podían darse cuenta de cuán profundamente les iba a debilitar su desaparición.

En cualquier caso, tanto en Europa como en la Unión Soviética, los comunistas que se habían movido por sus viejas convicciones eran ya una generación del pasado. En 1989, pocas personas de menos de sesenta años podían haber compartido la experiencia que había unido comunismo y patriotismo en muchos países, es decir, la segunda guerra mundial y la resistencia, y muy pocos menores de cincuenta años podían tener siquiera recuerdos vividos de esos tiempos. Para la mayoría, el principio legitimador de estos estados era poco más que retórica oficial o anécdotas de ancianos (13) Era probable, incluso, que los miembros más jóvenes del partido no fuesen comunistas al viejo estilo, sino simplemente hombres y mujeres (no muchas mujeres, por desgracia), que habían hecho carrera en países que resultaban estar bajo dominio comunista. Cuando los tiempos cambiaron estaban dispuestos, de poder hacerlo, a mudar de chaqueta a la primera ocasión. En resumen, quienes gobernaban los regímenes satélites soviéticos, o bien habían perdido la fe en su propio sistema o bien nunca la habían tenido.

Mientras los sistemas funcionaban, los hicieron funcionar. Cuando quedó claro que la propia Unión Soviética les abandonaba a su suerte, los reformistas intentaron (como en Polonia y Hungría) negociar una transición pacífica, y los partidarios de la línea dura trataron (como en Checoslovaquia y la RDA) de resistir hasta que se hizo evidente que los ciudadanos ya no les obedecían, aunque el ejército y la policía siguieran haciéndolo. En ambos casos los dirigentes se marcharon pacíficamente cuando se convencieron de que su tiempo se había acabado; tomándose con ello una inconsciente venganza de la propaganda occidental que había afirmado que eso era precisamente lo que no podían hacer los regímenes "totalitarios".

Fueron reemplazados, en suma, por los hombres y (una vez más, muy pocas) mujeres que antes habían representado la disidencia o la oposición y que habían organizado (o, tal vez mejor, que habían logrado convocar) las manifestaciones de masas que dieron la señal para la pacífica abdicación de los antiguos regímenes. Excepto en

(13) Este no era el caso, evidentemente, de los estados comunistas del tercer mundo como como Vietnam, donde la lucha por la liberación continuó hasta mediados de los años setenta, pero en esos países las divisiones civiles de las guerras de liberación estaban, probablemente, más vivas también en la memoria de la gente.

Polonia, donde la Iglesia y los sindicatos formaban la espina dorsal de la oposición, consistían en unos pocos intelectuales, un grupo de dirigentes que se encontraron por poco tiempo rigiendo los destinos de sus pueblos; frecuentemente, como en las revoluciones de 1848, universitarios o gentes del mundo del arte. Por un momento filósofos disidentes (Hungría) o historiadores medievalistas (Polonia) fueron considerados como candidatos a presidentes o primeros ministros, e incluso un dramaturgo, Vaclav Havel, se convirtió realmente en presidente de Checoslovaquia, rodeado de un excéntrico cuerpo de consejeros que iban desde un músico de rock norteamericano amigo de los escándalos, hasta un miembro de la alta aristocracia de los Habsburgo (el príncipe Schwarzenberg). Se habló mucho de "sociedad civil", es decir, del conjunto de organizaciones voluntarias de los ciudadanos o de las actividades privadas que tomaban el lugar de los estados autoritarios, así como del retorno a los principios revolucionarios antes de que los distorsionara el bolchevismo, (14). Por desgracia, como en 1848, el momento de la libertad y la verdad duró poco. La política y los puestos desde los que se dirigían las cuestiones de estado volvieron a manos de quienes normalmente desempeñan esas funciones. Los "frentes" o "movimientos cívicos" se desmoronaron tan rápidamente como habían surgido.

Lo mismo sucedió en la Unión Soviética, donde el colapso del partido y del estado se prolongó hasta agosto de 1991. El fracaso de *laperestroika* y el consiguiente rechazo ciudadano de Gorbachov eran cada días más evidentes, aunque no se advirtiese en Occidente, donde su popularidad seguía siendo muy alta. Esto redujo al líder soviético a realizar una serie de maniobras ocultas y de alianzas cambiantes con los distintos grupos políticos y de poder que habían surgido de la parlamentarización de la política soviética, con lo que se ganó la desconfianza tanto de los reformistas que inicialmente se habían agrupado a su alrededor -y a los que había convertido en una auténtica fuerza para el cambio del estado- como del disgregado bloque del partido cuyo poder había roto. Gorbachov fue, y así pasará la historia, un personaje trágico, como un "zar liberador" comunista, a la manera de Alejandro II (1855-1881), que destruyó lo que quería reformar y fue destruido, a su vez, en el proceso. (15)

Atractivo, sincero, inteligente y guiado por los ideales de un comunismo que creía corrompido desde que Stalin llegó al poder, Gorbachov era, paradójicamente, un hombre demasiado identificado con el sistema para el tumulto de la política democrática que había creado; un hombre demasiado de comité como para las acciones decisivas; demasiado alejado de las experiencias de la Rusia urbana e industrial, en cuya dirección no había participado, como para tener el sentido de las realidades de la calle que tenían los antiguos jefes del partido. Su problema no eran tanto que careciese de una estrategia efectiva para reformar la economía -nadie la ha tenido tras su caída- como que estuviera tan alejado de la experiencia cotidiana de su país.

(14) El autor recuerda una de esas discusiones en un conferencia en Washington durante 1991, que el embajador español hizo bajar de las nubes al recordara los jóvenes (en aquél tiempo casi todos comunistas liberales) estudiantes y ex estudiantes que sentían pocomás o menos lo mismo tras la muerte del general Franco en 1975. En su opinión, la "sociedad civil" sólo significaba que los jóvenes ideólogos que por un momento se encontraban hablando en nombre de todo el pueblo se sentían tentados a considerar aquello como una situación premianente.

(15) Alejandro II liberó a los siervos y emprendió otras reformas, pero fue asesinado por miembros del movimiento revolucionario, el cual, por primera vez, había llegado a ser una fuerza durante su reinado.

La comparación de Gorbachov con otros dirigentes comunistas soviéticos cincuentones de la generación de posguerra resulta instructiva. Nursultan Nazarbayev, que en 1984 se hizo cargo de la república asiática de Kazajtán como parte del giro reformista, había llegado (como muchos otros dirigentes políticos soviéticos, pero a diferencia de Gorbachov y de casi todos los estadistas en los países no socialistas) a la vida pública desde la fábrica. Se desplazó del partido al estado, convirtiéndose en presidente de su república, impulsó las reformas necesarias, incluyendo la descentralización y el mercado, y sobrevivió tanto a la caída de Gorbachov como a la del partido y a la de la Unión, sin alegrarse de ninguna de ellas. Después del derrumbe se convirtió en uno de los hombres más poderosos de la oscura "Comunidad de Estados Independientes". Pero Nazarbayev, siempre pragmático, había seguido una política sistemática de optimizar la posición de su feudo (y de su población), y había puesto mucho cuidado en que las reformas del mercado no fuesen socialmente perturbadoras. Mercados, sí; alza de precios incontroladas, decididamente, no. Su estrategia favorita eran los acuerdos de intercambio bilateral con otras repúblicas soviéticas (o ex soviéticas) -propugnó un mercado común soviético en Asia Central-, y las empresas e inversiones conjuntas con capital extranjero. No ponía objeción alguna a los economistas radicales -empleó a algunos procedentes de Rusia-, ni siquiera a los no comunistas (puesto que se trajo a uno de los cerebros del milagro económico de Corea del Sur), que demostrasen un conocimiento realista de cómo funcionaban de verdad las economías capitalistas prósperas de después de la segunda guerra mundial. El camino a la supervivencia, y puede que al éxito, no estaba pavimentado con buenas intenciones sino con los duros guijarros del realismo.

Los últimos años de la Unión Soviética fueron una catástrofe a cámara lenta. La caída de los satélites europeos en 1989 y la aceptación, aunque de mala gana de la reunificación alemana demostraban el colapso de la Unión Soviética como potencia internacional y, más aún, como superpotencia. Su incapacidad para desempeñar un papel cualquiera en la crisis del golfo Pérsico (1990-1991) no hizo más que subrayarlo. Internacionalmente hablando, la Unión Soviética era como un país absolutamente derrotado después de una gran guerra, sólo que sin guerra. No obstante, conservaba las fuerzas armadas y el complejo militar-industrial de la antigua supeipotencia, una situación que imponía severos límites a su política. Sin embargo, aunque esta debacle internacional alentó el secesionismo en aquellas repúblicas con fuerte sentimiento nacionalista, especialmente en los países bálticos y en Georgia -Lituania tanteó el terreno con una provocativa declaración de independencia *total en marzo* de 1990-, (16) la desintegración de la Unión no se debió a fuerzas nacionalistas.

Fue obra, principalmente, de la desintegración de la autoridad central, que forzó a cada región o subunidad del país a mirar por sí misma y, también, a salvar lo que pudiera de las ruinas de una economía que se deslizaba hacia el caos. En los dos últimos años de la Unión Soviética, el hambre y la escasez acechaban tras cualquier cosa que ocurriese. Los desesperados reformistas, que procedían en buena medida de los universitarios que habían sido los principales beneficiarios de la *glasnost*, se vie-

(16) Los nacionalistas armenios, aunque provocaron la ruptura de la Unión al reclamar la montañosa región de Karabaj a Azerbaiján, no estaban tan locos como para *desear* la desaparición de la Unión Soviética, porque sin su existencia no hubiera habido Armenia.

ron empujados hacia un extremismo apocalíptico; no se podía hacer nada hasta que el viejo *sistema* y todo cuanto se relacionara con él fuera totalmente destruido. En términos económicos, el sistema debía ser completamente pulverizado mediante la privatización total y la introducción de un mercado libre al 100 por 100, de inmediato y al precio que fuese. Se propusieron planes radicales para llevar esto a cabo en cuestión de semanas o de meses (había un "programa de quinientos días"). Estos proyectos políticos no se basaban en conocimiento alguno del libre mercado o de las economías capitalistas, aunque fuesen vigorosamente recomendados por economistas y expertos financieros estadounidenses o británicos de visita, cuyas opiniones, a su vez, tampoco se basaban en conocimiento alguno de lo que realmente sucedía en la economía soviética. Todos acertaron al suponer que el sistema existente (o más bien la economía planificada, mientras existía), era muy inferior a las economías basadas principalmente en la propiedad privada y la empresa privada, y que el viejo sistema, incluso en una forma modificada, estaba condenado a desaparecer. Pero todos fracasaron en la tarea de enfrentarse al problema real de cómo una economía de planificación centralizada podía, en la práctica, transformarse en una u otra versión de una economía dinamizada por el mercado. En lugar de ello, se limitaron a repetir demostraciones de primer curso de económicas acerca de las virtudes del mercado en abstracto, que, sostenían, llenaría los estantes de las tiendas con mercancías ofrecidas por los productores a precios razonables, así que se permitiera el libre juego de la oferta y la demanda. La mayoría de los sufridos ciudadanos de la Unión Soviética sabían que esto no iba a ocurrir, y en efecto, después del breve tratamiento del shock de la liberalización, no ocurrió. Por otra parte, ningún conocedor serio del país creía que en el año 2000 el estado y el sector público de la economía soviética no seguirían siendo fundamentales. Los discípulos del Friedrich Hayek y Milton Friedman condenaban la mera idea de una economía mixta de este tipo, pero no tenían ningún consejo que ofrecer acerca de cómo se podía dirigir o transformar.

Sin embargo, cuando llegó, la crisis final no fue económica sino política. Para prácticamente la totalidad del *establishment* de la Unión Soviética -desde el partido, pasando por los planificadores y los científicos, por el estado, las fuerzas armadas, el aparato de seguridad y las autoridades deportivas-, la idea de una ruptura total de la URSS era inaceptable. No podemos saber si un número considerable de ciudadanos soviéticos -dejando a un lado los estados bálticos- deseaban o siquiera imaginaban esta ruptura aún después de 1989, pero parece dudoso; cualesquiera que sean las reservas que tengamos sobre las cifras, el 76 por 100 de los votantes en el referéndum de marzo de 1991 se manifestaron a favor del mantenimiento de la Unión Soviética "como una federación renovada de repúblicas iguales y soberanas, donde los derechos y libertades de cada persona de cualquier nacionalidad estén salvaguardados al completo" (Pravda, 25-1-1991). La ruptura no figuraba oficialmente en el programa de ningún político importante de la Unión. No obstante, la disolución del centro pareció reforzar las fuerzas centrifugas y hacer inevitable la ruptura, a causa también de la política de Boris Yeltsin, cuya estrella ascendía a medida que la de Gorbachov se apagaba. En aquel momento la Unión era una sombra y las repúblicas la única realidad. A fines de Abril, Gorbachov, apoyado por las nueve principales repúblicas, (17), negoció un

(17) - Es decir, todas exceptólos tres estados bálticos, Moldavia y Georgia, así como tampoco, por razones pocas claras, Kirguistán.

"tratado de la Unión" que, al modo del compromiso austro-húngaro de 1867, intentaba preservar la existencia de un centro de poder federal (con un presidente federal de elección directa), responsable de las fuerzas armadas, de la política exterior y de la coordinación de la política financiera y de las relaciones económicas con el resto del mundo. El tratado tenía que entrar en vigor el 20 de agosto.

Para la mayor parte del antiguo partido y del *establishment* soviético, este tratado era otra de las fórmulas de papel de Gorbachov, condenada al fracaso como todas las demás. Lo consideraban como la tumba de la Unión. Dos días antes de que el tratado entrara en vigor, casi todos los pesos pesados de la Unión -los ministros de Defensa e Interior, el jefe de la KGB, el vicepresidente y el primer ministro de la URSS y diversos pilares del partido- proclamaron que un Comité de emergencia tomaría el poder en ausencia del presidente y secretario general (bajo arresto domiciliario en su residencia de vacaciones). No se trataba tanto de un golpe de estado -no se arrestó a nadie en Moscú, ni siquiera se tomaron las estaciones de radio-, como de una proclamación de que la maquinaria de poder real se ponía en marcha otra vez, con la secreta esperanza de que la ciudadanía les daría la bienvenida o, por lo menos, aceptaría pacíficamente la vuelta al orden y al gobierno. No fue derrotado por una revolución o levantamiento popular, puesto que la población de Moscú se mantuvo tranquila y el llamamiento a una huelga contra el golpe cayó en el vacío. Como tantas otras veces en la historia soviética, se trató de un drama escenificado por un pequeño grupo de actores sobre las cabezas de un pueblo acostumbrado a sufrir.

Pero eso no fue todo. Treinta, incluso diez años antes, habría bastado con la mera proclamación de dónde residía realmente el poder. Pese a todo, la mayoría de los ciudadanos de la Unión Soviética mantuvo la cabeza gacha; el 48 por 100 de ellos (según una encuesta) y, de manera menos sorprendente, el 70 por 100 de los comités del partido, apoyaron el "golpe" (Di Leo, 1992, pp. 141 y 143n). Más gobiernos extranjeros de los que se preocuparon de decirlo esperaban que el golpe triunfara. (18) Pero la reafirmación del poder del partido-estado al viejo estilo había de basarse en un consentimiento universal e inmediato, más que en un recuento de votos. En 1991 no había ni poder central ni obediencia universal. Un verdadero golpe hubiera podido triunfar sobre la mayor parte del territorio y la población de la Unión Soviética y, cualesquiera que fuesen las divisiones y reticencias dentro de las fuerzas armadas y del aparato de seguridad, se hubiera podido encontrar un número suficiente de tropas para llevar a cabo con éxito un *putsch* en la capital. Pero la reafirmación simbólica de la autoridad ya no era suficiente. Gorbachov tenía razón: la *perestroika* había derrotado a los conspiradores al cambiar la sociedad. También le derrotó a él.

Un golpe simbólico podía ser derrotado por una resistencia simbólica, puesto que lo último que querían los conspiradores era una guerra civil, para la que no estaban preparados. De hecho, su gesto trataba de detener lo que mucha gente temía: un deslizamiento hacia un conflicto civil armado. Así que cuando las inconsistentes instituciones de la Unión Soviética se alinearon con los conspiradores, las no menos inconsistentes de la república de Rusia gobernada por Boris Yeltsin, recién elegido

(18) El primer día del "golpe", el resumen oficial de noticias del gobierno finlandés daba cuenta brevemente, y sin comentarios, del arresto de Gorbachov en la mitad de la tercera página de un boletín de cuatro. Sólo empezó a dar opiniones cuando el intento iluso fracasado de fonía evidente.

presidente por una mayoría sustancial de electores, no lo hicieron. Los conspiradores no tenían nada que hacer salvo aceptar su derrota, una vez que Yeltsin, rodeado por unos miles de seguidores que habían ido a defender su cuartel general, desafió a los desconcertados tanques desplegados ante él, para beneficio de las pantallas de televisión de todo el mundo. Valientemente, pero con plena garantía de su seguridad, Yeltsin, cuyo talento político y cuya capacidad de decisión contrastaban con el estilo de Gorbachov, aprovechó su oportunidad para disolver y expropiar al partido comunista y tomar para la república rusa los activos que quedaban de la Unión Soviética, a la que se puso término formal pocos meses después. El mismo Gorbachov fue empujado al olvido. El mundo, que había estado dispuesto a aceptar el golpe, aceptaba ahora el mucho más eficaz contragolpe de Yeltsin y trató a Rusia como la sucesora natural de la fenecida URSS en las Naciones Unidas y en todos los demás foros. El intento por salvar la vieja estructura de la Unión Soviética la había destruido de forma más súbita e irreparable de lo que nadie hubiera esperado.

De todas maneras, no había resuelto ninguno de los problemas de la economía, del estado ni de la sociedad. En un aspecto los había agravado, ya que ahora las otras repúblicas temían a su hermana mayor, Rusia, como nunca habían temido a una Unión Soviética no nacional, sobre todo por el hecho de que el nacionalismo ruso era la mejor carta que Yeltsin podía jugar para conciliarse las fuerzas armadas, cuyo núcleo central siempre había estado compuesto por personas de origen "granruso". Como la mayoría de las repúblicas contaban con grandes minorías de personas de etnia rusa, la insinuación de Yeltsin de que las fronteras entre las repúblicas deberían renegociarse aceleró la carrera hacia la separación total: Ucrania declaró inmediatamente su independencia. Por vez primera, poblaciones habituadas a la opresión imparcial de todos (incluyendo a los "granrusos") por parte de la autoridad central tenían razones para temer la opresión de Moscú en favor de los intereses de un nación. De hecho, esto puso fin a la esperanza de mantener ni siquiera una apariencia de unión, puesto que la espectral Comunidad de Estados Independientes que sucedió a la Unión Soviética perdió muy pronto toda realidad, e incluso el último superviviente de la Unión, el poderoso Equipo Unificado que compitió en los Juegos Olímpicos de 1992, derrotando a los Estados Unidos, no parecía destinado a una larga vida. Por ello, la destrucción de la Unión Soviética consiguió invertir el curso de cerca de cuatrocientos años de historia rusa y devolver al país las dimensiones y el estatus internacional de la época anterior a Pedro El Grande (1672-1725). Puesto que Rusia, ya fuese bajo los zares o bajo la Unión Soviética, había sido una gran potencia desde mediados del siglo XVIII, su desintegración dejó un vacío internacional entre Trieste y Vladivostok que no había existido previamente en la historia del mundo moderno, salvo durante el breve período de la guerra civil entre 1918-1920; una vasta zona de desorden, conflicto y catástrofes potenciales. A esto habrían de enfrentarse los diplomáticos y militares del mundo al final del milenio.

VI

Dos observaciones pueden servir para concluir este panorama. La primera, señalar cuán superficial demostró ser el arraigo del comunismo en la enorme área que

había conquistado con más rapidez que ninguna ideología desde el primer siglo del islam. Aunque una versión simplista del marxismo-leninismo se convirtió en la ortodoxia dogmática (secular) para todos los habitantes entre el Elba y los mares de China, ésta desapareció de un día a otro junto con los regímenes políticos que la habían impuesto. Dos razones podrían sugerirse para explicar un fenómeno histórico tan sorprendente. El comunismo no se basaba en la conversión de las masas, sino que era una fe para los cuadros; en palabras de Lenin, para las "vanguardias". Incluso la famosa frase de Mao sobre las guerrillas triunfantes moviéndose entre el campesinado como pez en el agua, implica la distinción entre un elemento activo (el pez) y otro pasivo (el agua). Los movimientos socialistas y obreros no oficiales (incluyendo algunos partidos comunistas de masas) podían identificarse con su comunidad o distrito electoral, como en las comunidades mineras. Mientras que, por otra parte, todos los partidos comunistas en el poder eran, por definición y por voluntad propia, élites minoritarias. La aceptación del comunismo por parte de "las masas" no dependía de sus convicciones ideológicas o de otra índole, sino de cómo juzgaban lo que les depa-raba la vida bajo los regímenes comunistas, y cuál era su situación comparada con la de otros. Cuando ya no fue posible seguir manteniendo a las poblaciones aisladas de todo contacto con otros países (o del simple conocimiento de ellos), estos juicios se volvieron escépticos. El comunismo era, en esencia, una fe instrumental, en que el presente sólo tenía valor como medio para alcanzar un futuro indefinido. Excepto en casos excepcionales -por ejemplo, en guerras patrióticas, en que la victoria justifica los sacrificios presente-, un conjunto de creencias como éstas se adapta mejor a sectas o élites que a iglesias universales, cuyo campo de operaciones, sea cual sea su promesa de salvación final, es y debe ser el ámbito cotidiano de la vida humana. Incluso los cuadros de los partidos comunistas empezaron a concentrarse en la satisfacción de las necesidades ordinarias de la vida una vez que el objetivo milenarista de la salvación terrenal, al que habían dedicado sus vidas, se fue desplazando hacia un futuro indefinido. Y, sintomáticamente, cuando esto ocurrió, el partido no les proporcionó ninguna norma para su comportamiento. En resumen, por la misma naturaleza de su ideología, el comunismo pedía ser juzgado por sus éxitos y no tenía reservas contra el fracaso.

Pero ¿Por qué fracasó o, más bien, se derrumbó? La paradoja de la Unión Soviética es que, con su desaparición, corroboró el análisis de Karl Marx, que había tratado de ejemplificar

En la producción social de sus medios de subsistencia, los seres humanos establecen relaciones definidas y necesarias independientemente de su voluntad, relaciones productivas que se corresponden a un estadio definido en el desarrollo de sus fuerzas productivas materiales... en un cierto estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones productivas existentes o, lo que no es más que una expresión legal de ello, con las relaciones de propiedad en las que se habían movido antes. De ser formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se transforman en sus grilletes. Entramos, entonces, en una era de revolución social.

Rara vez se ha dado un ejemplo más claro de cómo las fuerzas de producción

descritas *por* Marx entran en conflicto con la superestructura social, institucional e ideológica que había transformado unas atrasadas economías agrarias en economías industriales avanzadas, hasta el punto de convertirse de fuerzas en grilletes para la producción. El primer resultado de la "era de la revolución social" así iniciada fue la desintegración del viejo sistema.

Pero ¿por qué lo podía reemplazar¹? Aquí no podemos seguir el optimismo de Marx del siglo XIX, que sostenía que el derrocamiento del viejo sistema debía llevar a uno mejor, porque "la humanidad se plantea siempre sólo aquellos problemas que puede resolver". Los problemas que la "humanidad", o mejor dicho los bolcheviques, se habían planteado en 1917 no eran solubles en las circunstancias de su tiempo y lugar; o sólo lo eran de manera muy parcial. Y hoy en día requeriría un alto grado de confianza sostener que vemos en un futuro previsible alguna solución para los problemas surgidos del colapso del comunismo soviético, o que cualquier solución que pueda surgir en la próxima generación afectará a los habitantes de la antigua Unión Soviética y de la zona comunista de los Balcanes como una mejora.

Con el colapso de la Unión Soviética el experimento del "socialismo realmente existente" llegó a su fin. Porque, incluso donde los regímenes comunistas sobrevivieron y alcanzaron éxito, como en China, se abandonó la idea original de una economía única, centralizada y planificada, basada en un estado totalmente colectivizado o en una economía de propiedad totalmente cooperativa y sin mercado. ¿Volverá a realizarse el experimento? Está claro que no, por lo menos en la forma en que se desarrolló en la Unión Soviética y probablemente en ninguna forma, salvo en situaciones tales como una economía de guerra total o en otras emergencias análogas.

Ello se debe a que el experimento soviético se diseñó no como una alternativa global al capitalismo, sino como un conjunto específico de respuestas a la situación concreta de un país muy vasto y muy atrasado en una coyuntura histórica particular e irrepetible. El fracaso de la revolución en todos los demás lugares dejó sola a la Unión Soviética con su compromiso de construir el socialismo en un país donde, según el consenso universal de los marxistas en 1917 (incluyendo a los rusos), las condiciones para hacerlo no existían en absoluto. El intento hizo posible, con todo, logros hartamente notables (entre ellos la capacidad de derrotar a Alemania en la segunda guerra mundial), aunque con un coste humano intolerable, sin contar con el coste de lo que, al final, demostraron ser una economía sin salida y un sistema político que no tenía respuestas para ella. (¿No había predicho acaso Georgi Plejanov, el "padre del marxismo ruso", que la revolución de octubre llevaría, en el mejor de los casos, a un "imperio chino teñido de rojo"?). El otro socialismo "realmente existente", el que surgió bajo la protección de la Unión Soviética, sufrió las mismas desventajas, aunque en menor medida y, en comparación con la URSS, con mucho menos sufrimiento humano. Un nuevo resurgimiento o renacimiento de este modelo de socialismo no es posible, deseable ni, aún suponiendo que las condiciones le fueran favorables, necesario.

Una cuestión distinta es en qué medida el fracaso del experimento soviético pone en duda el proyecto global del socialismo tradicional: una economía basada, en esencia, en la propiedad social y en la gestión planificada de los medios de producción, distribución e intercambio. Que un proyecto así es, en teoría, económicamente racio-

nal es algo que los economistas aceptaban ya antes de la primera guerra mundial, aunque, curiosamente, la teoría correspondiente no fue desarrollada por economistas socialistas, sino por otros que no lo eran. Que esta economía iba a tener inconvenientes prácticos, aunque sólo fuese por su burocratización, era obvio. Que tenía que funcionar, al menos en parte, de acuerdo con los *precios*, tantos los del mercado como unos "precios contables" realistas, también estaba claro, si el socialismo había de tomar en consideración los deseos de los consumidores y no limitarse a decirles lo que era bueno para ellos. De hecho, los economistas socialistas occidentales que reflexionaban sobre estas cuestiones en los años treinta, cuando tales cosas se discutían con toda naturalidad, proponían la combinación de planificación, preferiblemente descentralizada, y precios. Naturalmente, demostrar la viabilidad de esta economía socialista no supone demostrar su superioridad frente a, digamos, una versión socialmente más justa de la economía mixta de la edad de oro, ni mucho menos que la gente haya de preferirla. Se trata de una simple forma de separar la cuestión del socialismo en general de la experiencia específica del "socialismo realmente existente". El fracaso del socialismo soviético no empaña la posibilidad de otros tipos de socialismo. De hecho, la misma incapacidad de una economía de planificación centralizada como la soviética, que se encontraba en un callejón sin salida, para transformarse en un "socialismo de mercado", tal como deseaba hacer, demuestra el abismo existente entre los dos tipos de desarrollo.

La tragedia de la revolución de octubre estriba precisamente en que sólo pudo dar lugar a este tipo de socialismo, rudo, brutal y dominante. Uno de los economistas socialistas más inteligentes de los años treinta, Oskar Lange, volvió de los Estados Unidos a su Polonia natal para construir el socialismo, y acabó trasladándose a un hospital de Londres para morir. Desde su lecho de muerte hablaba con los amigos y admiradores que iban a visitarle, entre los cuales que me encontraba. Esto es, según recuerdo, lo que dijo:

Si yo hubiera estado en la Rusia de los años veinte, hubiese sido un gradualista bujariniano. Su hubiese tenido que asesorar la industrialización soviética, habría recomendado unos objetivos más flexibles y limitados, como, de hecho, hicieron los planificadores rusos más capaces. Y, sin embargo, cuando miro hacia atrás, me pregunto una y otra vez: ¿existía una alternativa al indiscriminado, brutal y poco planificado empuje del primer plan quinquenal? Ojalá pudiera decir que sí, pero no puedo. No soy capaz de encontrar una respuesta.

¿Hay que hacer tabla rasa con el pasado?

Maurice GODEUER

A priori, por qué no. Pero primero habría que saber de cuáles pasados deshacerse. Porque no todos los pasados tienen el mismo futuro, y algunos, apenas nacidos ya no lo tienen. Nuestra llamada época "moderna" por otra parte nos ofrece un ejemplo masivo y doloroso para quienes lo viven, es decir, la descomposición, seguida por el desbande, de un sistema social nuevo, el socialismo, nacido unos veinte años después del comienzo del siglo en Occidente, por lo menos en su periferia, en Rusia, y cuyas proliferaciones múltiples, los "éxitos", después de la Segunda Guerra Mundial desde China hasta Cuba hacían pensar que existiría para mucho tiempo. Para sus simpatizantes más entusiastas o más ciegos, su nacimiento significó simplemente el ingreso de la Humanidad a una Nueva Era, el fin de su prehistoria marcada, cada vez más desde la desaparición de la mayoría de las sociedades primitivas más o menos igualitarias, por el desarrollo de distintas formas de explotación u opresión cristalizadas en las relaciones de casta o de clase y legitimadas por numerosos sistemas complejos de representaciones, de ideas, de valores, religiosos o filosóficos, que hacían parecer las desigualdades y la violencia contenidas en esas relaciones como algo conforme al orden cósmico y humano de las cosas. Fue entonces la Humanidad desalienada, liberada de sí misma, la que por primera vez en 1917 se ponía de pie. Era el comienzo del fin de las ideologías. En breve, que Marx lo haya querido o no, el socialismo que él había anunciado entraba en la historia más como una utopía que como la consecuencia necesaria, científicamente analizada, racionalmente comprendida, de la evolución de la humanidad.

¿Lo que ocurrió después con este sistema no da entonces razón, *a posteriori*, a todos aquellos que desde el comienzo lo condenaron y combatieron? Por otra parte, Mauss pertenecía a estos, como atestigua la conclusión del Enyaso sobre el Don escrito poco después de un viaje al país de los Soviets.¹ Confrontado con las realidades del imperio de los zares, a medida que se construyó el sistema se transformó rápidamente de utopía de la esperanza de los campesinos y los proletarios en una máquina de terror político-policial que extraía sus recursos de una economía centralizada y burocratizada incapaz de dar respuesta al desarrollo de las necesidades materiales de las poblaciones civiles. Finalmente, el "modo de producción de los trabajadores asociados", según la fórmula de Marx para designar el socialismo, se reveló ser una

¹ M. Mauss, "Essai sur le Don", en *Sociologie et Anthropologie*, París, PUF, 1950, p.260-261. Ver al respecto el artículo de Marcel Fournier "Bolchevisme et socialisme selon Marcel Mauss", *J/KV*, 1992, p.9-15. Mauss sin embaigo creía "en el socialismo" pero combatía el bolchevismo. Cf. Maurice Godelier, *L'énigme du don*, París, Fayard, 1996, p.292-293.

forma no viable de organizar la economía y la sociedad, una transición forzada hacia una alternativa ilusoria al capitalismo.

En breve, hoy casi se ha hecho borrón y cuenta nueva, y el socialismo, que a los ojos de sus adversarios encarnaba la negación de todo cuanto constituye un vínculo social, la familia, la religión, el comercio, en una palabra el Mal, no será pronto nada más que un mal sueño. La historia ha retomado su curso normal, que aparentemente es el de la expansión hasta los límites de nuestro planeta de otro sistema social, también nacido en Europa hace algunos siglos pero en forma espontánea, "natural" de alguna manera, el sistema capitalista, que en su forma actual, por lo menos en los países más "avanzados", combina la economía de mercado generalizada y, en el plano político, las distintas formas de democracia parlamentaria. Este sistema es el único que parece seguro de poder contener algún día al mundo entero en él mismo y ya es el único que lo domina globalmente. A la utopía socialista que buscaba sus razones de ser en las conclusiones de una interpretación "científica" de la historia, le hace lugar, rehabilitado *a contrario* y más seguro de sí mismo que nunca el viejo liberalismo económico y social que se presenta nueva y abiertamente como la única manera razonable de organizar la economía y la sociedad, y a raíz de este hecho como una teoría que no pertenece al reino de las ideologías y hasta les marca su fin. Todo sucede como si una vez más hubiéramos entrado en el fin de la historia, o por lo menos en el fin de la larga prehistoria en el curso de la cual la humanidad experimentó distintas maneras de organizar la economía y la sociedad mucho menos "racionales" que el mercado y la democracia. El futuro nos dirá si las desigualdades y la violencia contenidas en las relaciones capitalistas van a desaparecer y hacer que la realidad corresponda a la imagen idealizada plena de autosatisfacción que el liberalismo da hoy del capitalismo.²

Uno se preguntará qué tienen que ver los hechos con la antropología. La respuesta es que, a nuestros ojos, es en este contexto histórico mundial reciente que el pensamiento se ha precipitado en un escepticismo radical ante las interpretaciones globales de la historia que parecieron ser las ideas, las tomas de posición críticas frente a las ciencias sociales que fueron bautizadas "posmodernismo", una fórmula utilizada en un principio por un arquitecto³, y retomada por Lyotard quien la transformó en una perspectiva teórica general, en filosofía. Ser posmoderno, según, Lyotard, "es ser incrédulo con respecto a los meta-relatos". Definición lapidaria que figura en su obra *La condition post-moderne* (1979)⁴. Es interesante recordar que ese libro es efectivamente un informe que había sido pedido al autor por el Consejo de Universidades cercano al Gobierno de Quebec sobre "La naturaleza del saber en las sociedades más desarrolladas"⁵. Ahora, ¿qué es un meta-relato? Es un tipo de discurso inducido por

²M. Godelier, *Rationalité et Irrationalité en Économie*, París, Francois Maspéro, 1966. Ver la obra de Katherine Verdery, *What was Socialism and what comes next?*, Princeton Academic Press, 1996, consagrada a las transiciones más allá del socialismo en Europa del Este, sobre todo en Rumania y en Transilvania.

³Brunette P. and D. Wills, eds. *Deconstruction and the Visual Arts*. - *Art, Media, Architecture*, Cambridge, C.U.P., 1994.

⁴Lyotard, *La condition post-moderne*, Paris, Editions de Minuit, 1979, p.7. Esta fecha precede diez años la caída del Muro de Berlín, primer resquebrajamiento antes del desplome definitivo del socialismo "real" en Europa.

⁵*Ibidem*, p.9 nuestro subrayado, MG

la aplicación de una teoría que pretende ser capaz, si dispone de tiempo suficiente, de explicar la totalidad de un dominio por el hecho que posee el conocimiento de los principios y mecanismos que generan todos sus elementos. A partir de tomas de posición críticas como la de Lyotard podría esperarse que los pensadores "posmodernos" la acomentan contra las "grandes" teorías que han sido propuestas en las ciencias sociales para dar cuenta de la unidad y la diversidad de las sociedades y culturas y de su destino (apariciones, transformaciones, desapariciones). Cae de su propio peso que entre los blancos figurarían en las primeras filas el estructuralismo de Lévi-Strauss,⁶ Marx y los marxismos, y, en el límite de las ciencias sociales, la sociobiología, para citar sólo algunos ejemplos.

El cuestionamiento de todo intento o intención de proponer y de construir explicaciones globales de la diversidad de las sociedades y de sus historias, la puesta en evidencia del carácter más o menos imaginario de las totalizaciones propuestas constituyen el punto fuerte de las tesis posmodernistas. Pero este punto no es original. Es otra forma de colocar en un contexto internacional nuevo el problema ineludible de la necesidad de producir las pruebas de la legitimidad de todos los discursos, científicos pero también políticos, morales, estéticos, etc., que los occidentales pronuncian sobre los otros y sobre sí mismos. La cuestión se plantea para todas las culturas y no sólo para la cultura occidental.

Se comprende entonces por qué las tesis posmodernistas debían tener rápidamente eco entre los antropólogos e interpelarlos sobre la legitimidad de las teorías y relatos etnológicos. Algunos de ellos, George Marcus, Michael Fischer, James Clifford, Paul Raboniw, para sólo citar algunos nombres, emprendieron un trabajo de deconstrucción sistemática de los escritos teóricos y relatos que ilustres predecesores o ellos mismos en otra época de sus vidas habían consagrado a describir y analizar los rasgos originales de múltiples culturas y los mecanismos de funcionamiento de múltiples sociedades, pertenecientes en general sólo a Occidente. Estos mecanismos, estos etnólogos creían haberlos comprendido sobre la doble base de datos recolectados por ellos mismos en el curso de estadias más o menos largas en el "terreno" y de representaciones que ellos habían construido de los mismos con la ayuda de un aparato de categorías analíticas e hipótesis elaboradas por los autores que habían hecho escuela y que eran todos de Occidente. Pronto se juntaron con ellos muchos otros que en su mayoría trabajan y publican en los Estados Unidos y en los países anglosajones.

7

⁶ Lyotard, *ibidem*, p.8, hablaba de "antropología newtoniana" a propósito del estructuralismo de Lévi-Strauss y de la teoría de los sistemas. Es evidente que algunas tomas de posición de Lévi-Strauss como su célebre fórmula de *Cruel du Cuit* (Pans, Plon, 1964) a propósito del análisis estructural de los mitos no podían sino suscitar contra él las críticas de todos aquellos que le habían reprochado haber excluido del análisis toda referencia llo tanto a los individuos sino al "sujeto". "No pretendemos mostrar cómo piensan los hombres en los mitos, sino cómo los mitos se piensan en los hombres y sin saberlo ellos. Y tal vez convenga ir más lejos, haciendo abstracción de todo sujeto, para considerar que en cierta manera, los mitos se piensan entre ellos" (p.20). Por supuesto que las críticas no esperaron a los posmodernistas para manifestarse.

⁷ La lista de publicaciones posmodernistas se ha vuelto inmensa. Citemos algunos títulos importantes:

- George Marcus and Michael Fischer, *Anti/ropology as Cultural Critique: An Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago, The University of Chicago Press, 1986.

- George Marcus (<ie.), *Re-reading Cultural Anthropology*, London, Duke University Press, 1992.

- Fredric Jameson, "Post-modernism on the Cultural Logic of Late Capitalism", in *New Left Review*, 146: 53-90, 1984.

(Continúa en la página siguiente)

Todos entonces se pusieron a releer los textos para buscar allí los principios que habían servido a su construcción, para desalojar los prejuicios que, aún sin saberlo los autores, se habían instalado y hubieran podido influir en la selección de hechos, su interpretación y su redacción. Y no era sólo lo escrito lo que importaba, sino lo que no había sido dicho, los silencios, los olvidos. Para dar un ejemplo, cuando James Clifford* se dedicó a releer una de las obras etnográficas más ricas en detalles y con una argumentación de las más sutiles, *Divinity and Experience: The Religion of the Dinka* de Godfrey Lienhardt (1961)⁹, no necesitó mucho tiempo ni esfuerzo para descubrir que al hablar de los Dinka en general Lienhardt había escuchado y hecho hablar a los hombres Dinka sólo a través de las mujeres con excepción de una alusión hecha en la manera en que una mujer veía las relaciones entre los hombres y el ganado. En breve, se ve que estos emprendimientos de deconstrucción no pueden dejar de hacer aparecer el carácter parcial y de parte de muchas "verdades" etnológicas, y eso está bien.

Esta deconstrucción es entonces una tarea normal. Descubrir las exclusiones implícitas en un análisis, los silencios en un razonamiento, los olvidos en una observación, constituye un momento necesario y esencial del desarrollo de toda actividad de conocimiento, el momento de la autocritica de sus pasos y resultados. Se puede decir que siempre fue así y aún más en cada momento de ruptura sociológica e histórica. ¿No era Marx -y no era el único que lo hacía- quien les reprochaba a los historiadores de su época de reducir la historia a los relatos de la vida de los hombres grandes o a la descripción de los grandes acontecimientos políticos o militares, o de hacer volver la historia de las religiones a la historia única de las ideas religiosas, en breve, de excluir de este hecho la presencia y las voces de millones de actores anónimos transformados en "masas trabajadoras"? Asimismo les reprochaba olvidarse de analizar de muy cerca las condiciones materiales de existencia de estos actores anónimos, cuyos trabajos y penas estaban en el origen de la riqueza y el poderío de quienes ocupaban el frente del escenario y los títulos de los libros. Su crítica sigue siendo válida. En la segunda mitad de nuestro siglo por otra parte se ha visto, gracias a las presiones y las luchas de las feministas, a una fracción de estas masas anónimas, a las mujeres, (re)encontrar existencia y palabra en las descripciones y los análisis de los antropólogos e historiadores.

(Viene de la página anterior)

- LasliS. and J. Friedman (eds.), *Xfodernity and identity*, Oxford, Klackwell, 1W1.

- Paul Rabinow, "Discourse and Power: On the Limits of Ethnographic Taxis", in *Dialéctica! Antltropology*, 10: 1-13, 1985.

- Ernest Gellner, *Posintodernism, Reason and Religion*, London, Roulledge, 1992.

El libro de Clifford Geertz, *Vif Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books, 1973, es considerado un texto precursor de la corriente posmodernista.

Un tema que coincide con los debates posmodernistas sin tampoco reducirse a una tesis "posmoderna" es el de la globalización de los procesos que operan ya a nivel planetario. Ver: Jonathan Friedman, *Cultural Identity and Global Process*, London, Sage Publications, 1994.

Entre las críticas cada vez más numerosas que suscitan las tomas de posición de los posmodernos, señalamos el artículo de Ernest Gellner publicado pocos meses después de su muerte en 1996: "La mascarade relativiste", en *Commentaire*, n° 76, p.543-552, y John O'Neil, *ir Poverty of Post-modernism*, Ixindou, Routledge, 1995.

⁸ "Partial Truths", en *Writing Culture - The Poetics and Politics of Ethnography*, James Clifford and George Marcus (eds.), Berkeley, University of California Press, 1986, p. 17-18.

* Godfrey Lienhardt, *Divinity and Experience: The Religion of the Dinka*, Oxford, Oxford University Press, 1961.

La pregunta que debe ser planteada es entonces clara y es doble. ¿A pesar de las exclusiones practicadas conscientemente o no por el etnólogo sobre los hechos y personas que él pudo observar, a pesar de las distorsiones que sus propias presuposiciones han podido arrastrar en sus construcciones y su discurso, existen en su trabajo elementos no ideológicos, contenidos de conocimiento "objetivo" que permiten decir que nos encontramos ante un trabajo científico y no ante un discurso religioso o político? ¿O por el hecho que sería imposible para un etnólogo no ser sordo y ciego a ciertas cosas, no proyectar sobre los demás sus propios valores, etc, no habría diferencia fundamental entre su discurso y todos los demás discursos, políticos, religiosos, etc, que se refieren a la misma realidad?¹⁰ Todos los relatos vienen a ser lo mismo al ser medidos con la vara de la imposible verdad.

En el primer caso, se tendría derecho de esperar que una práctica etnológica más vigilante, que se somete sistemáticamente a la autocritica y se esfuerza para reintegrar en su campo de análisis a todo aquello que se descubre haber sido excluido, sería un poco menos ideológica y subjetiva y un poco más objetiva y científica. En el otro caso, la antropología constituiría la crítica radical de todo emprendimiento de conocimiento de los demás que se pretende "científico" y entregaría las pruebas de que si los fenómenos de la naturaleza pueden ser conocidos poco a poco mejor, la cultura misma sigue siendo una realidad en su fondo indecifrable. Lo que la antropología mostraría con brillantez es no sólo la heterogeneidad radical de las culturas humanas, sino la subjetividad radical de todas las interpretaciones. En esta perspectiva, el trabajo de deconstrucción sistemática de las obras de los antropólogos no podría sino desembocar en la disolución de la antropología. En el límite, ésta estaría condenada a desaparecer en la oleada de los "cultural studies" tan populares en los Estados Unidos, o se convertiría en un género literario menor que sale de los relatos de viajes.

Es cierto que en las corrientes postmodernas de la antropología coexisten estas dos tendencias, cuyas fronteras por otra parte no son estancas. A la primera se le relacionaría el nombre de George Marcus, a la segunda el de Clifford Geertz. Pero parece que la opinión pública misma retira de los debates y de los emprendimientos de deconstrucción la impresión global que una verdadera "ciencia" del hombre -es decir, observaciones llevadas a cabo sistemáticamente y análisis que se someten voluntariamente a criterios que permiten recortar los hechos y poner a prueba hipótesis- no es posible. Nuestra posición es la opuesta. Pensamos que esta afirmación de una impotencia estructural de las ciencias sociales, la cual, extrañamente, se expresa a menudo con acentos de una deliciosa autoflagelación, carece totalmente de fundamento.

El análisis del origen mismo de la antropología hace aparecer enseguida una primera razón para asumir esta posición. La etnología no surgió un buen día ya hecha bajo la forma de una nueva disciplina científica inventada por un genio solitario. Había sido precedida por varios siglos de observación participante, practicada por los distintos actores que acompañaban la expansión de Europa y de Occidente fuera de sus fronteras. Y porque Occidente, con la creación de sus imperios y la extensión de su comercio se vio confrontado con centenáres de sociedades diferentes, nació la ne-

¹⁰ James Clifford, "De l'ethnographie comme fiction. Conrad et Malinowski", *£/«cfcs/tarafes*, iT97-98, p.46-67, 1995. Steven Sangren, "Rhetoric and the Authority of Ethnography. 'Postmodernism' and the Social Reproduction of Texts", *Current Anthropology*, 1988, vol 29, n°3, p.405-435.

cesidad de conocer mejor estas sociedades para actuar más eficazmente sobre o en ellas. Pero fue necesario que se consumara una ruptura con la etnografía espontánea y a tientas de los viajeros, comerciantes, militares, misioneros, y finalmente, los administradores de las colonias, para que la antropología surgiera en la segunda mitad del siglo XIX como disciplina nueva, inscrita en el campo de las ciencias sociales. ¿Cuál fue esta ruptura? La obra de Morgan nos lo explica. Esta ruptura, para él, tuvo lugar cuando descubrió que para los indios Seneca las relaciones de parentesco poseían una lógica propia, completamente distinta a la de los sistemas de parentesco en uso en Europa. Al descubrir que para los irakueses numerosos hechos se explicaban a partir del principio de filiación que hacía contar la descendencia pasando exclusivamente por las mujeres, tomó conciencia de la existencia de sistemas de descendencia por vía materna. El demostró que esta regla de descendencia formaba un sistema con las reglas de residencia de los individuos y la composición de los grupos de parentesco. Empezó entonces, durante muchos años, la tarea de recolectar las terminologías de parentesco de aproximadamente 80 grupos de indios de América del Norte y, ante la recurrencia de elementos esenciales de estas terminologías decidió lanzar una búsqueda a nivel mundial sobre los hechos de parentesco que había aislado como un nuevo campo de investigación. Al analizar los centenares de respuestas que obtuvo, se convirtió en el primer individuo de la humanidad que tomaba conciencia de que la inmensa variedad de terminologías de parentesco constituía otro tanto de variaciones de una cantidad limitada de tipos.

Ahora, descubrir que relaciones sociales hacen un sistema, que la diversidad de las formas empíricas de estas relaciones puede ser comprendida como las variaciones de algunos tipos de principios de organización de estas relaciones, era romper con la etnografía de los misionarios, de los militares y funcionarios que habían acumulado cada uno observaciones locales más o menos ricas y precisas. Y para operar esta ruptura había sido necesario que el pensamiento de Morgan se *decentrara* en relación a las categorías de pensamiento y a las realidades sociales dominantes en Occidente. Después de Morgan, los sistemas de parentesco europeos no podían aparecer más como casos particulares del ejercicio humano del parentesco. Por medio de él, había sido abierto el camino que debía llevar a plantearse la pregunta "¿qué es un padre?" en las sociedades donde el individuo llama "padres" a un conjunto de hombres pertenecientes a veces a generaciones más jóvenes que la propia o en las sociedades matrilineales donde el hijo cae bajo la autoridad del tío materno y no del marido de la madre. Hoy, si queda claro que los hechos de parentesco no se reducen a la existencia de las terminologías utilizadas para designar relaciones de "consanguinidad" y de "alianza", se sabe también que no existe un grupo humano cuyo lenguaje no contenga un "vocabulario de parentesco" provisto con un modo de empleo conocido por todos aquellos que lo utilizan.

Pero otros aspectos de la obra de Morgan ilustran claramente las contradicciones vinculadas a las condiciones en las que la antropología nació y sigue ejerciéndose, a pesar de que los antiguos imperios coloniales de los grandes Estados occidentales hoy han desaparecido. Porque después de haber propuesto en *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family* (1853) un nuevo objeto de investigación, luego de

" Henry Lewis Morgan, *Systems of Consanguinity and Affinity of the Human Family*. Smithsonian Contributions to Knowledge, 218, Washington D.C., Smithsonian Institution, 1853.

haber inventado métodos para tratarlo y mostrado que en algún lado existía un orden en los resultados logrados, Morgan se dedicó a continuación a utilizar sus descubrimientos para construir en *Ancient Society* (1877)¹² una visión especulativa de la evolución de la humanidad donde se veía a ésta recorrer etapas que la llevarían del salvajismo a la barbarie, luego a la civilización, culminando en las sociedades occidentales. En este paso las sociedades no occidentales se convertían en los testigos y vestigios vivientes de las etapas recorridas por la Humanidad en el curso de su evolución. Una vez más, a pesar del decentramiento de la mirada llevado a cabo por Morgan, Occidente se presentaba como el espejo y la medida del desarrollo de la humanidad.¹³ Es por otra parte esencial recordar que este aspecto de la obra de Morgan no pudo resistir al paso del tiempo. *Ancient Society* fue denunciado como una construcción puramente especulativa que descansaba sobre una visión lineal y teleológica de la evolución de la humanidad.

Se puede afirmar entonces que la antropología sólo puede existir y desarrollarse como disciplina perteneciente al campo de las ciencias inventando procedimientos que permitan a quienes la practican poder decentrarse metódicamente, no sólo en relación a las categorías del pensamiento y los valores de Occidente, sino en relación a todos los universos culturales de referencia. Es una tarea difícil que se le pide a cada uno y que al mismo tiempo es un trabajo permanente sobre sí mismo. Los conceptos antropológicos son instrumentos para investigar y no representaciones de esencias a partir de las cuales se podría deducir la diversidad de lo real. Definirlos es un proceso siempre a recomenzar y por ello los conceptos no son nociones que pertenecen a la conciencia social espontánea, representaciones culturales compartidas por todos los miembros de una sociedad. Aún cuando conceptos como "parentesco" o "religión" eran en origen palabras de un idioma particular y nociones de una cultura específica, no tienen el mismo contenido cuando son utilizados alejados de la sociedad y de las prácticas sociales en las que estas palabras y estas nociones nacieron y donde, con o sin etnólogos, siguen siendo empleados. Esta lejanía sin embargo puede ser sólo parcial por lo que los conceptos de la antropología siguen acarreado representaciones, símbolos, juicios de valor propios a la cultura que los vio nacer, como lo ha mostrado muy bien David Schneider en su obra *A Critique of a Study of Kinship* (1984).¹⁴

Tal vez, para mostrar que de todos los pasados no se puede hacer tabla rasa, vale la pena elegir como blanco para un ejercicio de deconstrucción precisamente la obra de Karl Marx, obra de la cual, según parece, no debía quedar nada después de que el socialismo que se inspiraba en ella hubiese salido del campo de la historia. Esto será solamente un ejercicio, apenas un esbozo, ya que no se puede resumir una obra así en algunos párrafos. Lo que queremos es simplemente volver a colocar en la memoria algunos problemas que Marx había planteado, recordar la manera en la cual él había formulado hipótesis que había elaborado para resolverlos. Vamos a ver si de todo eso

¹² Henry Lewis Morgan, *Ancient Society or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization*, E.B. Leacock, Reprint, Cleveland and New York, The World Publishing Co., 1963 [1877].

¹³ Cf. Maurice Godelier, "L'anthropologie sociale est-elle indissolublement liée à l'Occident, sa terre natale?", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, n° 143, marzo 1995, p. 105-183.

¹⁴ David M. Schneider, *A Critique of a Study of Kinship*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1984.

no queda nada.

Como se sabe, Marx perseguía dos metas al mismo tiempo. Quería comprender el mundo para poder transformarlo. Para comprenderlo siguió dos caminos: eligió, por un lado, analizar otras cosas que las que habían llamado la atención de otros pensadores, y por otro, ver las cosas que éstos habían retenido pero de otra forma. Con la lectura de Quesnay, Smith y Ricardo, tomó conciencia que antes de él la reflexión teórica había descuidado o ignorado las relaciones económicas, es decir, las relaciones al mismo tiempo materiales y sociales que los hombres mantienen entre sí y con la naturaleza en el seno de las distintas formas de sociedad. El adelantó la hipótesis que este terreno descuidado constituía de hecho el fundamento escondido de las lógicas sociales y que sus transformaciones eran, en último análisis, la clave para comprender los cambios en la historia y las direcciones que ésta había tomado o tomaría.

Su método no fue partir de los individuos sino de sus relaciones. La obra de Hegel lo inspiraba y en particular esa parte de la *Fenomenología del Espíritu* donde éste mostraba que el amo no existía sin los esclavos ni los esclavos sin el amo. Partir de las relaciones y pasar de unos a otros porque, para Marx, las relaciones sociales tienden a hacer un sistema. Por ejemplo, a las relaciones capitalistas que organizan la producción mercantil van a corresponder relaciones capitalistas que organizan la circulación y distribución de las mercancías y las riquezas. Pero él fue más lejos -y es por ello que su teoría se presentaba como un "materialismo", con una visión global de la naturaleza de las sociedades y por lo tanto de la humanidad- y adelantó la hipótesis que las relaciones materiales y sociales que organizan la producción de los medios de existencia y las riquezas constituyen el fundamento, el origen en última instancia, de todas las demás relaciones sociales, sean éstas las que organizan el parentesco, el poder, o las relaciones con los dioses o los antepasados.¹⁵ El supuso entonces que

"Recordamos para quienes lo ignoraban o tienen tendencia a hacerlo que Lévi-Strauss ha subrayado varias veces en sus escritos y particularmente en *La Pensée Sauvage* (1962) que acepta como una "ley de orden" "la indiscutible primacía de las infraestructuras" (p.173) y, haciéndose más marxista que Marx, insistía en el hecho que estudiando los mitos y las ideologías no escuchaba "insinuar para nada que las transformaciones ideológicas engendren las transformaciones sociales. Sólo el orden inverso es venjadero: la concepción que los hombres tienen de las relaciones entre naturaleza y cultura es función de la manera en que se modifican sus propias relaciones sociales. Pero como nuestro objeto es esbozar una leona de las superestructuras, es inevitable, por razones de método, que le otorguemos a éstas una atención privilegiada, y que parezca que ponemos entre paréntesis, o en una posición subordinada, a los fenómenos mayores que no figuran en este momento en nuestro programa. Sin embargo, estudiamos solamente las sombras que se perfilan en el fondo de la caverna, sin olvidar que sólo la atención que les prestamos les otorga un viso de realidad" (*La Pensée Sauvage*, 1962, p. 155). Los mitos tal vez sean sombras pero su realidad no es ilusoria. Al contar el origen de las cosas, los mitos recue rdan sin cesar a los hombres el origen del orden de las cosas, orden que debe reinar en el cosmos y en la sociedad.

En *Le Cru et le Cuil* (1964), Lévi-Strauss se proclamará explícitamente "materialista": "El pensamiento estructural defiende hoy los colores del materialismo" (p.35). "Si en el espíritu del público, se produce una confusión frecuente entre estructuralismo, idealismo y formalismo, es suficiente que el estructuralismo ofietftvire en su camino un idealismo y un formalismo verdaderos para que su propia inspiración, deteminiista y realista, se manifieste a la luz del día" (p.35). No queremos aquí comenzara deconstruir la obra de Lévi-Strauss como lo esbozamos para la de Marx. Diremos sin embargo rápidamente que Lévi-Strauss no se preocupó nunca de explorar los aspectos del funcionamiento de las sociedades que serían consecuencia de esta primacía de las estructuras. Esto explica que Lévi-Strauss, a diferencia de Marx, tuvo como única meta interpretar el mundo pero nunca se propuso transformarlo. A sus ojos una tarea así sólo puede ser vana. Por un lado, él afirmó una posición de principio "detenninista y realista" pero también la posición contraria cuando escribió en la conclusión (*Continúa en la página siguiente*)

existían relaciones de correspondencia estructural y funcional entre los distintos terrenos de la vida social, y por lo tanto entre las relaciones que los organizan, relaciones jerárquicas fundadas en la primacía de las relaciones económicas sobre las demás relaciones sociales. Para Marx, las relaciones sociales poseen propiedades que no son atributos de los individuos, que no responden a la intersubjetividad sino que expresan las condiciones de funcionamiento de estas relaciones, es decir, tanto en las condiciones de su génesis histórica como de su reproducción durante un cierto período de la historia, y cuando éste tuvo lugar, de su desaparición.

Pero, según Marx, las relaciones sociales ocultan desigualdades entre los individuos y/o los grupos que no son fortuitas, sino que constituyen los elementos de su armazón interior. No hay amo, decía Hegel, sin esclavos, no hay relaciones capitalistas, decía Marx, sin una sociedad dividida entre una minoría que tiene la propiedad del capital, es decir, tanto de los medios de producción como de los medios de subsistencia y el dinero, y de la mayoría de la población que no tiene otros bienes para vender "libremente" que su fuerza de trabajo material e intelectual. Los individuos no ocupan entonces el mismo lugar en las relaciones sociales y éste se explica a través de múltiples factores, la edad, el sexo, el origen social al nacer, etc..

Marx, al igual que los sociólogos e historiadores de su época, distinguía entre las formas de sociedad sin clases y sin castas que, a sus ojos, habían caracterizado a las primeras comunidades humanas, de las cuales aún existían algunas en su época, y las otras, tanto la sociedad esclavista de la Antigüedad greco-latina, como la jerarquía feudal de la Edad Media europea o las burguesías industriales y financieras de la sociedad capitalista. Sin negar la existencia en las sociedades "sin clases" de formas de dominación y de opresión que, según él, concernían sobre todo las relaciones entre los sexos o entre grupos sociales organizados sobre la base de relaciones de parentesco (clanes que siguiendo a Morgan denomina gentes [del latín *gens*]), Marx veía en la aparición de las castas y de las clases el desarrollo y la cristalización de nuevas formas de desigualdad social. Dado que el progreso de la humanidad había sido hasta entonces sino un cambio en las formas y la naturaleza de las desigualdades sociales, él veía un proceso contradictorio que volvía a encontrarse en las contradicciones mismas de la utilización de este concepto. El percibía en la renta feudal o la ganancia capitalista formas ciertamente distintas de deducciones, de riquezas, cuyo origen no obstante estaba, cada vez, en el sobretrabajo extraído violentamente (trabajos, tributos) o no (por el juego del mercado, por ejemplo) de los productores directos -campesinos, obreros, asalariados-. Un sobretrabajo que, a pesar de las apariencias y en contra de cuanto afirman las ideologías, es apropiado sin intercambio, por lo menos sin intercambio de bienes y servicios de la misma naturaleza entre los grupos que se ubican en los polos opuestos de las relaciones sociales de producción dado que a cambio de sus productos y de su trabajo, el señor feudal tenía la obligación de brindar ayuda y protección a sus campesinos, mientras que la Iglesia por su lado tenía como misión predicarle a todos los hombres el amor de Dios, del único verdadero Dios, y la

(Viene de la página siguiente)

sión de DuMiel & Cendres (1967) que los transirás, las transiciones entre sistemas (de pensamiento) son necesarios y que "si la historia mantiene su lugar de primer plano es ella la que regresa por derecho a la contingencia irreductible" (p.40).

obediencia a sus mandamientos al tiempo que se le permitía intervenir ante él para que él les entregara su gracia.

Esta concepción según la cual las relaciones sociales contienen y generan contradicciones sociales es la base de la crítica de Marx a los sistemas de representaciones religiosas, filosóficas u otras que se habían ido sucediendo en el curso de la historia y cuyos contenidos le parecían vinculados a las desigualdades presentadas en estas relaciones precisamente por el hecho que estas representaciones o no hacían mención de estas desigualdades o las transfiguraban de distintas maneras, haciendo que las relaciones de opresión o de dominación parecieran relaciones de intercambio recíproco o, más simplemente, las presentaban como consecuencias de un orden cósmico que supera a los hombres y remite a la existencia y la acción de potencias superiores a ellos. Es por otra parte en esta perspectiva que se comprende cómo Marx imaginaba los procesos sociales e intelectuales los cuales acarrearón la formación de las castas y las clases. El texto más notable al respecto es el manuscrito¹¹ que el había consagrado al análisis de las "Formas que preceden a la producción capitalista" (1857-58). Allí se ve a Marx proponiendo la idea -sobre la base de múltiples lecturas sobre la India, la conquista de México, la colonización de Java, etc., en breve, de textos etnográficos de cierta manera- que la desigualdad en la apropiación de los medios imaginarios para asegurar la continuidad del universo y de la Sociedad, tales los ritos y las prácticas religiosas, precedió la aparición de las desigualdades en la propiedad de los medios materiales de producción de las condiciones de existencia, la tierra y sus recursos naturales, la fuerza de trabajo humana, las personas y, finalmente, los productos del trabajo humano. Marx hasta sugerirá que puede asumir el aspecto de un Dios viviente entre los hombres y que actúa como el propietario último de la tierra y de los seres que la habitan. Es la célebre tesis sobre la noción de "modo asiático" de producción que Marx veía asociada a las formas de Estado en las que la religión aparecía como la actividad social dominante, como en Oriente, pero la noción según él no se aplicaba solamente a Asia ya que se extendía igualmente a los imperios Inca y Azteca. Para Marx, en un contexto tal de monopolio de los medios imaginarios de reproducción del Cosmos y de la Sociedad, el trabajo *de más* (de más del trabajo necesario a la vida social cotidiana), prodigado para honrar a los dioses y los muertos, se había tal vez convertido en *¿w/w*trabajo, en trabajos y tributos para construir sus templos y mantener a los sacerdotes y guerreros que eran los grupos dominantes en estas sociedades. Hay entonces en Marx una poderosa crítica al carácter ideológico de todos los sistemas de pensamiento y de valores, crítica que lo llevó a escuchar a todos aquellos a quienes las relaciones sociales habían excluido de los proscaenios de la sociedad y la historia y a devolverles la voz.

Finalmente Marx, hacia el final de su vida, pudo pensar que había alcanzado sus dos objetivos. Había elaborado una nueva interpretación del mundo, dado que había visto las cosas de una manera distinta de la que los demás las habían visto, y había visto realidades que los demás no habían sabido o querido ver. Y no había cesado de actuar sobre el mundo para transformarlo. Es suficiente con enumerar la serie de textos y acciones que jalonan en este sentido la vida de Marx desde el *Manifiesto del*

¹¹ K.Marx, Sur les Sociétés C'apitalistes, París, Kditions Sociales, 1970, p. 180-229. Ver la introducción que liemos consagrado al análisis de estos textos. *Ibidem*, p. 13-142.

Partido Comunista y la creación de la Primera Internacional hasta las cartas (1881) a Vera Zassulich y los intelectuales rusos quienes le habían preguntado, dos años antes de su muerte, sobre las posibilidades de éxito y los objetivos de la relación social que ellos preparaban en su país. Marx fue muy claro en su respuesta (que no llegó nunca a sus interlocutores). Insistió en el hecho que una revolución social en Rusia, un país agrario de dimensiones gigantescas y sometido desde siglos a la autocracia zarista, podía triunfar pero a condición de que estallaran al mismo tiempo revoluciones socialistas en los países capitalistas *más avanzados*, permitiendo así a Rusia combinar las tradiciones comunitarias que subsistían del antiguo régimen con las experiencias de los países capitalistas más desarrollados, la gran industria moderna, las ciencias de la naturaleza, la democracia y la organización de los trabajadores por sí mismos, saltándose así las etapas que estos países habían recorrido y ahorrándose en parte los sufrimientos que le había traído a las clases trabajadoras el proceso de acumulación del capital y de industrialización de la producción.

El tiempo de la transición social en Rusia no le parecía por *lo tanto totalmente* maduro. Otras revoluciones debían estallar para que la Revolución Rusa tuviera éxito. A partir de estos textos casi se podría llegar a la conclusión que los acontecimientos le dieron razón a Marx al mismo tiempo que se la quitaron, ya que se produjo primero una Revolución socialista allí donde no tenía que suceder, en Rusia, y luego fue lo mismo en China, Vietnam, Cuba, etc.. La concepción que tenía Marx de la aparición y desaparición de los sistemas sociales, de las condiciones de transición de un sistema a otro, descansaba finalmente en la idea que dos tipos de fuerzas y circunstancias debían combinarse. Por un lado, el desarrollo de las luchas sociales, la instauración de nuevas relaciones de fuerza entre individuos y grupos con intereses antagónicos, porque ocupan los polos opuestos de las relaciones sociales. Pero la transformación de las relaciones de fuerza que se consuma con la toma del poder no era suficiente a sus ojos para operar una transición de un sistema a otro o por lo menos para asegurar el éxito de esa transición. Por otra parte era necesario que *más allá* de estas relaciones colectivas e intersubjetivas existieran posibilidades "objetivas", reales, engendradas por lo que él denominaba la relación entre "el estado de las fuerzas productivas intelectuales y materiales" y el estado en que se encontraban, en el momento de la toma del poder, las relaciones sociales que organizan la producción de los medios de existencia y las riquezas.

Existe entonces en Marx la idea que todo no le es posible a todos y en todo momento y que las raíces de estas imposibilidades se encuentran más allá de los límites, de los errores de los individuos, más allá del azar de los acontecimientos, más allá hasta de la relación de fuerzas que permite a individuos y grupos imponer en un momento su voluntad a todos los demás. ¿Más allá pero dónde? Para designar este lugar digamos que se encontraría en algún lugar en la naturaleza de la relación que existe entre relaciones sociales, en el estado de una *relación entre las relaciones* que, por principio, se ubica más allá de las intenciones de los hombres y sus voluntades. Es esta relación entre dos relaciones que Marx designaba con la ayuda de la expresión misteriosa de estado de "correspondencia" o de "no correspondencia" entre relaciones sociales de producción y fuerzas materiales que ponen en práctica esta producción. Y, para él, su "puesta en correspondencia" debía igualmente acarrear la puesta

en correspondencia de otras relaciones sociales, políticas u otras, con esta nueva infraestructura.

Se ve enseguida la consecuencia de esta tesis. La Revolución Rusa ciertamente creó nuevas relaciones sociales de producción, "relaciones colectivistas socialistas" que, sin embargo, lejos de corresponder a fuerzas productivas modernas ya ahí fueron, a la inversa, la condición de su creación forzada. Era tal vez a un mecanismo de este tipo, que invierte los términos de su teoría, que el capitalismo debía su nacimiento alrededor del siglo XVI. Si es verdad que la expansión del comercio y la afluencia de riquezas provenientes del saqueo de las colonias o del intercambio desigual con el resto del mundo incitó a los empresarios de Inglaterra, Holanda, de Francia a producir más, en masa, favoreciendo así el desarrollo de las manufacturas, entonces serían igualmente las transformaciones de las relaciones de producción, vinculadas a la expansión del comercio internacional, las que precedieron el desarrollo de nuevas técnicas productivas y dieron el impulso que (rajo la aparición del maquinismo y de la gran industria.

Así, al término de este resumen de algunas de las principales tesis e hipótesis de Marx, viendo que éste designa como condición última de la transformación de un sistema a otro, una relación llamada "de correspondencia" entre las relaciones sociales y también entre estas relaciones y un "estado" de las fuerzas productivas materiales e intelectuales, se constata que Marx ahí había llegado a los límites de su trabajo teórico. Esta noción de "estado" de las fuerzas productivas queda indefinida, por lo tanto no mensurable, y la de "relación de correspondencia" vaga. Además, Marx no ignoraba que una relación de correspondencia entre dos términos funciona por lo menos en dos sentidos, pero parece haber sido llevado, tal vez por su materialismo, a otorgarle más peso a la relación que parte de las fuerzas productivas a las relaciones de producción, que a la relación inversa. De esta forma, él colocó el rol de las realidades y de las fuerzas materiales *delante* de aquellas de las fuerzas y de las realidades sociales, como si éstas pudieran proceder de aquellas, como si las fuerzas productivas pudiesen existir separadamente de las relaciones sociales que las ponen en práctica. Pero no olvidemos que es el mismo Marx quien subrayaba con insistencia en la introducción a la *Contribution d la critique de l'économie politique* (1859)¹⁷ que *no* hay correspondencia directa entre el estado de una sociedad y el estado de las artes que una sociedad en plena decadencia puede hacer florecer en múltiples formas de arte. Agregaba asimismo que en arte no hay progreso, que la belleza del arte griego era inmortal y por lo tanto contemporáneo de cualquier época, etc..

Al leer este inventario es inevitable constatar que no todo de este pensamiento ha muerto, que hay allí muchas cosas buenas para pensar. La historia, y no solamente la de los debates de las ideas y de las investigaciones en ciencias sociales, se encargó de hacer la selección. Y hoy es posible, sin ser marxista, utilizar todavía a Marx. En su obra hay nudos de ideas que subsisten después de haber pasado por los filtros de los tiempos y de los acontecimientos. Y no olvidemos tampoco que algunas críticas a Marx, a sus incompletitudes, o a algunas de sus decisiones, contribuyen a hacer avanzar a todos.

¹⁷ K. Marx, *Contribution à la critique de l'économie politique* París, Editions Sociales, 1959.

Terminaremos entonces enumerando algunas de las ideas fuertes que nos parecen tener todavía futuro:

- Una primera idea que se reencontrará también en Lévi-Strauss y muchos otros, es que no se puede partir de los individuos como tales para comprender una sociedad sino de sus relaciones.

- La idea que las relaciones tienden a hacer un sistema, es decir, a transformarse para ser hasta un cierto punto compatibles entre ellas en el interior de una misma sociedad para "corresponderse".

- La idea que por el hecho de la naturaleza de sus relaciones sociales, los individuos y los grupos que las viven y se las representan ocupan posiciones claras y lo más a menudo desiguales en cuanto a su acceso a las condiciones materiales, intelectuales y sociales que permiten existir en su sociedad.

- La idea que estas desigualdades son una fuente de conflicto y de luchas que surgen entre los individuos y los grupos, asociada a la idea que las sociedades no pueden existir y reproducirse sin que una parte del contenido de las relaciones sociales sea reprimido, sin que se haga silencio respecto a algunos aspectos de su funcionamiento, o sin que éstas sean transfiguradas y reconducidas a orígenes externos al hombre, los dioses, el orden de la naturaleza, etc..

- La idea que las desigualdades en la apropiación de las condiciones imaginarias de la reproducción de la vida social y cósmica debieron preceder el nacimiento de formas desiguales de propiedad de las condiciones materiales de existencia, la tierra, las personas, los productos de su trabajo, etc..

- La idea que las mercancías y el dinero carecen de valor por sí mismos pero su valor tiene como contenido relaciones sociales cristalizadas en ellos. Es sobre esta base que las cosas producidas por el hombre (las mercancías, la moneda, etc.) pueden parecer como si tuvieran vida autónoma, como si fueran personas¹⁸ y que las personas que las producen pueden parecer, a la inversa, cosas, en la medida en que las relaciones sociales en las que estas personas las producen se presenten separadas de ellas, autónomas.

- La idea que no todas las actividades humanas ni todas las relaciones sociales en las que estas actividades toman forma y sentido tienen el mismo peso en el proceso de producción de la vida social y de reproducción de una forma de sociedad.

- La idea que los sistemas sociales tienen una duración de vida limitada y que la transición de un sistema a otro no descansa solamente en las intenciones de los individuos y de los grupos sino en las relaciones de fuerza entre quienes la rechazan y quienes la preconizan.

- La idea, finalmente, enunciada magistralmente por Marx desde sus primeros escritos, que el hombre no sólo vive en sociedad, como los animales sociales, sino produce sociedad para vivir. Perspectiva que consideraba al hombre fundamentalmente como productor de culturas al tiempo que subrayaba que si el hombre produce *cultura*, es porque tiene la capacidad de *transformar la naturaleza* que lo circunda y de la cual extrae sus condiciones de existencia y la de *transformar su propia naturaleza* al realizar las posibilidades que dormitaban en ella desde el comienzo al igual que las que él agrega en este punto de partida.

¹⁸ Idea que se reencontrará más de medio siglo después en "L'Essai sur le don" de Mauss (1925).

Ninguna de estas ideas puede hacer olvidar o discutir el hecho que el marxismo en cuanto metateoría se desmoronó y salió de escena. También es evidente que la metáfora de la distinción entre infraestructuras y superestructuras fue una decisión desafortunada que causó muchos estragos antes de fracasar. Una sociedad 110 tiene ni arriba ni abajo. Es absurdo pensar que un sistema de parentesco constituye una superestructura que se levanta sobre la base de un modo de producción y le corresponde. Es evidente hoy, a pesar de los ensayos intentados en otras ocasiones por algunos antropólogos marxistas, que no se puede deducir de un modo de producción el sistema de parentesco que coexiste con él en la misma sociedad.¹⁹

Se sabe también que un sistema religioso no es la transposición directa en el ciclo de las ideas de Las realidades materiales y de las relaciones de fuerza que existen en una sociedad. El Cristianismo había nacido en el Cercano Oriente once siglos antes que surgiera y se expandiera en Europa el sistema económico y social bautizado "feudalismo". Y más de dieciséis siglos separan el nacimiento de Cristo de el surgimiento del capitalismo, que sucedió en Europa al feudalismo antes de extenderse bastante más allá de Occidente. Hacer de Las relaciones y las fuerzas económicas si no la única por lo menos la fuente principal de coasolidación y de transformación de Las sociedades no es aceptable. Si existen fuerzas y relaciones superiores a otras, son las fuerzas y relaciones económicas y políticas. Esta pareja de relaciones nos parecen constituir las fuerzas principies que explican la consolidación o La desaparición de Las sociedades. El desplome *simultáneo* de la economía centralizada y del régimen político de los países llamados "socialistas" ilustra a nuestros ojos esta hipótesis teórica que amplía y modifica Lt de M;trx, aunque sin eliminarla por completo.

Si era necesario definir en términos abstractos las relaciones que existen entre los distintos componentes de una sociedad, en breve, proponer una teoría de la producción de lo social, tanto individual como colectivo, se podría decir que los vínculos entre relaciones económicas (que organizan la producción de los medios de existencia y las riquezas) y las relaciones políticas (las que definen cuáles son los miembros de una sociedad que van a representarla frente a los demás y ejercer en ella autoridad y poder) tienden hacia relaciones de compatibilidad "estructural", mientras que los otros aspectos de la vida social, el parentesco, los sistemas religiosos, que pertenecen a los dominios de la vida social, cuyas condiciones de reproducción y las "temporalidades" son diferentes, tienden a *adaptarse* más que a corresponder a nuevas relaciones socioeconómicas. Por supuesto que nadie puede deducir con anticipación qué es lo que en una sociedad organiza la producción y la circulación de los bienes, y por lo tanto funciona como relación "económica". Lo mismo sucede en cuanto a las relaciones que organizan el poder en esta sociedad. Para saberlo hay que ir a ver. Nadie puede deducir lo real de una definición ideal.

Si estas reflexiones tienen sentido, entonces se debe sacar la conclusión que en antropología al igual que en las otras ciencias, se sigue acumulando conocimientos. Acumular no significa sumar, sino conservar en una configuración nueva más rica y diferente. Es nuestra convicción que Las críticas posmodernistas de la antropología lodavía no han demostrado que los antropólogos no aprendieron nada ni olvidaron nada.

¹⁹ Los trabajos de Claude MeiUassouxen Francia ilustran esta tendencia. Este autor hasta Uegó a hablar, en sus críticas a Claude Lévi-Strauss, de "estructura alimentaria del parentesco", retomado durante un tiempo en forma desafortunada por Marshall Sahlins *eaSloite Age Economics* (1972).

*El colectivismo*¹

Jacques BIDEt

Por "colectivismo" entiendo esa forma particular de sociedad cuyo ejemplo más acabado fue brindado por la Unión Soviética. Ha dado lugar a dos tipos de interpretación. Uno la considera una variante del capitalismo, la otra una forma alternativa, distinta y específica. Yo las llamaré "la interpretación-en-variante" y "la interpretación-en-alteridad". En esta obra, la primera interpretación está ilustrada especialmente por Jacques Sapir y la segunda por Guy Bensimon. Por supuesto, cada una quiere dar cuenta de los rasgos que la otra hace resaltar, es decir, de las afinidades y diferencias manifiestas entre los dos sistemas sociales no hace mucho llamados vulgarmente capitalismo y comunismo. Lo que naturalmente también ambiciona la aproximación "metaestructural" aquí propuesta, que consiste en retomar la cuestión más arriba, de acuerdo con un recurso propiamente filosófico.

ADVERTENCIA

Uno recuerda por supuesto que un filósofo, uno de los más ¡lustres, está involucrado en este asunto. Pero como uno se representa de buena gana que su obra principal, *El Capital*, es un tratado de economía o un ensayo de sociohistoria, uno se preguntará sin duda a qué título alguien pretende intervenir aquí en nombre de la filosofía. Se esperan de antemano sus ideas simples y simplificadoras. Y, de antemano, se le hace saber que las realidades se dan sólo a través de los largos caminos del análisis empírico, y que los conceptos necesarios para aprehenderlas, que son distintos y singulares, responden a la usina teórica de las ciencias sociales.

Comprendo bien. Y reconozco especialmente como necesario el paso de quienes, inspirándose por ejemplo en el marxismo, como es el caso de algunos teóricos de la regulación, consideran, junto a Bernard Chavance, que los conceptos abstractos elaborados por Marx, como los de "capitalismo" y "salario" no podrían ser suficientes y que "para interpretar los 'hechos reales' es necesario hacer intervenir varios niveles

¹ Aquí se encontrará solamente algunas proposiciones intermedias entre la primera formulación de una tesis adelantada hace casi unos diez años en *Théorie de la modernité*, y una segunda elaboración, profundamente renovada, que tendrá lugar en *Théorie générale*, que saldrá en un año, -y de la cual he desarrollado varios aspectos en una serie de artículos recientes. Se disculpará entonces el carácter al mismo tiempo fuertemente autoreferencial y esquemático de la ponencia, que recurre a una construcción compleja, cuyos conceptos no pueden ser argumentados en estas pocas páginas. "Colectivismo", término valorizado por el movimiento obrero del siglo XIX y luego desvalorizado por el campo opuesto, me pareció, en su desuso y su relativa pobreza semántica, más adecuado, para el propósito técnico que es aquí el mío. que otros tememos, tales el de socialismo o el de comunismo, demasiado ricos en connotaciones distintas y contradictorias.

intermediarios más concretos"², es decir, conceptos más determinados.

En este contexto teórico, el momento "abstracto" es el de los conceptos primeros de una teoría, y los momentos más "concretos" son aquellos [momentos] de los conceptos que pueden ser producidos sólo con la ayuda de precedentes, recurriendo también, eventualmente, a otros paradigmas teóricos. Para la interpretación-en-variante, capitalismo y colectivismo suponen conceptos abstractos comunes y conceptos concretos diferentes. Aquellos diseñan los rasgos más generosos de estas sociedades, éstos de los caracteres más particulares. Hay que subrayar que lo "concreto" no designa aquí lo "real", sino un momento más "determinado" de la construcción conceptual. Una teoría ordenada así, de lo abstracto a lo concreto, se propone como un instrumento de análisis de las sociedades realmente existentes y puede pretender verificarse sólo en la medida de los efectos de conocimiento que se muestra capaz de producir.

Comparto entonces la convicción de Bernard Chavance, que también es la de los regulacionistas: no se puede ir muy lejos en el análisis de lo real mediante el juego de las únicas categorías primarias (abstractas) que abren *El Capital*, y tampoco de las que siguen. Hay que empujar sin reparos en la determinación de categorías operatorias. Pero por mi parte propongo, como una tarea igualmente necesaria y complementaria, un paso en sentido inverso, fundado en la idea que el momento inaugural "abstracto", tal como está propuesto en la teoría marxiana, no constituye la apertura pertinente, el comienzo adecuado. Conviene entonces no solamente descender más hacia abajo en la determinación "concreta" de la teoría, pero también subir más hacia arriba en su comienzo "abstracto".

Por supuesto, todos somos filósofos. Es por ello que podremos comprendernos. Pero a condición de estar muy atentos al hecho que estos conceptos simples (de una simplicidad adquirida sin embargo al término de argumentaciones tortuosas), propuestos para un recomienzo de la teoría, no tienen vocación de substituirse a las categorías inmediatamente operatorias y a las tipologías particulares que producen las ciencias sociales. Resta, por supuesto, que el punto de partida del discurso teórico, es decir la manera en que se plantea el problema, se supone tiene alguna consecuencia sobre el tipo de pertinencia que pertenece a las determinaciones concretas últimas y también sobre la interpretación del fenómeno real.

La tesis que sostengo tiene al mismo tiempo un carácter teórico y una intención de interpretación concreta. Me propongo primero mostrar cómo debe ser elaborado el comienzo de una teoría de la sociedad moderna, de manera que puedan aparecer los rasgos fundamentales comunes a la modernidad, a partir de los cuales divergen (y por lo cuales comunican) capitalismo y colectivismo. Marx abre este universo teórico y al mismo tiempo lo despliega de manera insatisfactoria, ya que ésta representa a la sociedad postcapitalista como una sociedad postmercantil. Los comunistas rusos efectivamente se comprometieron (los primeros) en esta vía, que conduce a un conjunto de efectos que forman sistema, que deben ser referidos al diseño de un orden estrictamente organizacional. Se puede observar el fenómeno en la sociedad soviética posterior, que sin embargo desarrolló importantes contrapartidas, al igual que en las que

¹ *Pourquoi le capitalisme étatique?*, p.129-130, citado por Jacques Sapir en esta obra.

han desarrollado el mismo diseño en contextos geopolíticos totalmente distintos.

Le pido al lector que tenga a bien distinguir entre las exigencias propias del historiador o el economista, y las que se atribuyen a un tipo de ejercicio diferente, que responde a la ontología social, o sea de un trabajo que existe sólo bajo el estímulo del de ellos y especialmente de este "gusto a carne fresca" que se reencuentra todos los días en los libros de historia y que no obstante asume la forma austera y aparentemente especulativa de una búsqueda lógica, a la ocurrencia dialéctica. Porque el nuevo soplo de vida también llega desde esas alturas áridas.

LA CUESTIÓN DEL PARENTESCO ENTRE CAPITALISMO Y COLECTIVISMO

Se me permitirá comenzar evocando aquí la temática de la interpretación-en-variante, tal como fue desarrollada primero en los trabajos pioneros de Charles Bettelheim³, y luego por B.Chavance y J.Sapir, con varias diferencias entre ellos y de acuerdo con un proceso de enriquecimiento progresivo que toma en cuenta especialmente las enseñanzas del regulacionismo. Si la elijo como eje privilegiado de mi reflexión, es primero porque me parece que la tesis que designa al "socialismo real" como una variante del capitalismo no permite considerar adecuadamente la parte de verdad que pertenece a la interpretación-en-alteridad. Pero también porque su aproximación, sobre todo en sus formas recientes, es a pesar de todo con la que tengo mayor afinidad por el hecho, sin duda, de un impulso althusseriano común y muy antiguo e inflexiones más institucionalistas que asumen hoy en día algunos de sus análisis⁴ y que coinciden con mis propias preocupaciones. Me mantendré en efecto en la cercanía de una línea de pensamiento "insitucionalista", de la cual por otra parte ya he analizado las relaciones que mantiene con el marxismo.

B. Chavance y J. Sapir recuerdan felizmente la definición propuesta por C. Bettelheim de capitalismo como marcado por una doble separación: (a) la que caracteriza las relaciones mercantiles, o sea la separación *entre productores* (o empresas), y se comprende en las categorías de valor y moneda, (b) la que caracteriza las relaciones capitalistas, o sea la separación *entre trabajadores y medios de producción*, y que se comprende en las categorías de plusvalía y capital.

Se observará de entrada que la primera categoría de "separación", la separación (a) entre productores o empresas, neutraliza la manera específica en la que estos elementos están separados, es decir, en términos positivos, en la que están coordinados. Su denotación puramente negativa permite descuidar el clivage* fundamental entre los dos modos primarios de coordinación: mercantil *versus* organizacional. En esta idea, solamente negativa, de la separación, se vuelve a encontrar la misma indi-

³ *Catait économique, catégories marchandes et formes tic propriété*, EPHE, 1969.

⁴ Pienso aquí particularmente en los últimos escritos de B. Chavance. Ver su artículo "De la réforme du socialisme à la transformaron post-socialisme: la Chine en perspective historique", en *Où va la Chine?*, Actuel Marx *ri*22, PUF, 1997. Estas últimas formulaciones me parecen ir, hasta un cierto punto, en el sentido de las que presenté en *Théorie de la modernité*. Volveré sobre ello más adelante.

*N.d.T.: preferimos el término en francés, que puede interpretarse como punto de encuentro y separación, de inserción y al mismo tiempo ruptura

ferencia que marcaba ya el concepto de "división" del trabajo (contra el cual, se sabe, Marx, anticipándose al institucionalismo, había defendido la diferencia radical entre división mercantil y división organizacional-manufacturera⁵). Esta neutralización de la alternativa coordinacional en la unidad negativa de la separación y la calificación de esta primera separación (a) como específicamente mercantil me parece pesar sobre el conjunto del emprendimiento y motivar la necesidad de una reconstrucción teórica a partir del comienzo. Y más si la connotación que sostiene, a través de la similitud ostentadora de la apelación, con la otra separación (b), que concierne la relación de los trabajadores con los medios de producción, no deja de ser sospechosa. Tal separación (b) entre los *hombres y su producción* "suspira" en efecto naturalmente después de su superación, que es indiscernible de otro modo de coordinación (a) *entre los trabajadores* (¿pero cuál precisamente?). No es el carácter secretamente teleológico del dispositivo que estoy cuestionando. No renuncio al "gran relato", sobre todo sabiendo que el fin, el del mundo moderno, está cerca. La historia es manifestamente más complicada de lo que se creía. Por eso detemos retomarla, especulativamente, desde el comienzo, mostrando especialmente que no padece esta neutralización de la alternativa. Hay historia sólo porque al comienzo, siempre renovada, está la alternativa. Esta misma exigencia domina la exposición de una teoría de la historia, que sin embargo no sigue en ninguna manera el mismo curso que la historia.

B. Chavance formula felizmente la idea que estos dos tipos de sociedades que se opusieron en el siglo XX responden a una misma "especie" que se divide en "dos familias", el capitalismo y el socialismo®. En mi *Théorie de la Modernité* (1990) he intentado yo mismo fundir una tesis de este tipo. Es espléndida la metáfora de "la especie", que subraya contra los poligenismos malévolos e imbéciles que los habitantes de estos dos mundos eran por lo menos primos y nunca, ni siquiera en los peores momentos (se lean también sus novelistas y poetas, se frecuenten su cine y su teatro, etc.) dejaron de compartir un fondo inmemorial de valores y razones comunes.

Pero la metáfora no puede ocupar el lugar de concepto. Y podría bien darse que ésta no encuentre aquí su adecuado correlato teórico. Porque "la especie" así definida está designada por B. Chavance como la del "sistema monetario-salarial (SMS)", donde "monetario" resume el vínculo (a) y "salarial" el vínculo (b). Y comenta lo siguiente: "la doble separación marxiana [yo diría bettelheimiana] se encuentra en los dos casos bajo formas y mediaciones diferentes, y hasta contratadas". De esta forma en los dos casos hay, por un lado, la separación (a) entre los productores (como prueba, contra G. Bensimon, el hecho que la economía 110 es una "empresa gigante": hay empresas), y por el otro la separación (b), salario, explotación y todo lo que sigue.

Existe entonces un lado de los elementos generales (abstractos) que definen una matriz común, un tipo común de "relación social"⁷, un "sistema", y por otra parte

⁵ *El Capital*, Libro I, capítulo XIV, par.4.

⁷ Li ponencia que él presenta en *La fin des systèmes socialistes*. L'Haniffattan, 1994, ya iba en este sentido. Pero el sistema soviético aún era calificado allí, al igual que hoy por Jacques Sapir, de "capitalismo estatal". El término de capitalismo sigue designando la categoría genérica, el "capitalismo en general", en el seno del cual él distinguía diferentes formas típico-ideales: concurrencia!, monopolio o estatal. Ver páginas 56-57. Existían entonces varias familias, pero era en el seno del "capitalismo". Estas decisiones de vocabulario no mandan sin embargo sobre toda la interpretación. Tienen no obstante valor indicativo.

⁷ En su aporte a este volumen, Sapir adelanta, con otros temidos, de consonancia más tradicional, y en un
(Continúa en página siguiente)

formas más "concretas" por las que estas sociedades se diferencian. Estas formas más concretas son calificadas como "intermediarias" o "mediaciones", pero sobre todo, en referencia al regulacionismo, como "instituciones". Al igual que, según los regulacionistas, el capitalismo moderno se caracteriza por cinco formas institucionales fundamentales (régimen monetario, relación salarial, formas de concurrencia, rol del Estado, régimen internacional), al igual, explica B. Chavance, el socialismo real presenta un "zócalo institucional específico" con tres componentes, político, jurídico e ideológico, o sea respectivamente, la forma Estado-Partido, la propiedad estatal y el comunismo. Y analiza en forma pertinente cómo la desintegración de un sistema así abre salidas muy diferentes según si ésta ocurre a causa del derrumbe del Estado-Partido, caso de la URSS, o por la dislocación de la propiedad estatal, caso de China. "La mayoría de los cambios, concluye, se operan en el nivel intermediario de las instituciones". Restan las categorías más abstractas, según él las del sistema monetario (SMS), y la doble separación que éstas expresan.

Me parece que esta aproximación tiene méritos muy grandes, especialmente por cuanto corrige los sesgos de la interpretación más antigua en términos de "capitalismo de Estado". Los límites que yo le encuentro no le son propios, sino compartidos en forma igual, a mi ver, con algunas formas de regulacionismo. Se refieren a que de esta forma no se puede distinguir legítimamente entre lo abstracto y lo concreto: entre por un lado la "relación social" y por el otro las "formas institucionales" diversas en las que se realiza. De esta forma no se puede concebir la relación entre la comunidad de la especie y la diversidad de las familias. La razón de ello es que *todo es institución*, y en primer lugar la "relación social" misma, el núcleo más íntimo que designa las categorías más abstractas.

No me caben dudas que esta propuesta será recibida con fuertes gritos, como una perfecta banalidad. Todos saben que todo es institución. Salvo por supuesto lo que la historia comporta de no intencional, de azar y de coyuntura, lo que tampoco es nada. Todos saben que las sociedades se analizan parte por parte como las instituciones. O que se diferencian por sus instituciones. La dificultad comienza al preguntarse qué sentido se da a ese término y qué es la institución. O, por ejemplo, qué sentido se le puede dar al programa de Marx, que consiste en estudiar no la sociedad en su esencia eterna, como naturaleza social, sino sociedades o tipos de sociedades tomadas como instituciones históricamente determinadas. Especialmente la sociedad capitalista. Y esto en vistas de instituir el socialismo.

En mi opinión, lo que hay que reconsiderar es entonces: el capitalismo y el colectivismo no en cuanto fundados sobre un sistema común, sino *en cuanto responden a una misma institución*. En breve, se trata de descifrar su "comunidad de especie" como comunidad de institución.

Y, por razones que irán apareciendo en forma progresiva, tomaré como hilo con-

(Viene de página anterior)

momento de unión con los regulacionistas, la misma idea: hay que evitar, dice, confundirla "relación social" y las "formas institucionales de su regulación". "Hay precio en tanto no haya acuerdo íntimo" entre los cambistas. Que este precio esté controlado por el Estado, determinado en una estructura de monopolio, o fijado por el mercado puro y perfecto no cambia en nada la cuestión". Igualmente sucede para las categorías mercado de trabajo y de moneda. Pero para él, el "capitalismo" es la forma común, que se realiza en diferentes "contextos institucionales", o a través de distintas "mediaciones", alias "conceptos intermediarios".

ductor de esta investigación institucional el probado principio del discurso teórico, tanto filosófico (ya Hobbes...) como científico (ya Smith...), que va de lo abstracto a lo concreto, que Marx especialmente, después de Hegel, había hecho suyo. Me encuentro entonces en la misma vía, de lo abstracto a lo concreto, que los autores arriba evocados. Y me propongo retomarla, pero desde su comienzo.

EL CONCEPTO DE METAESTRUCTURA: UN INSTITUCIONALISMO RADICAL

En mi opinión, se debe reconocer que el momento inicial de la ponencia de Marx, tal como él la formula en *El Capital*, es el del mercado en general⁸. No del mercado supuestamente precapitalista. Ni, *por consecuencia*, de las relaciones solamente mercantiles. Sino del mercado entendido como el momento más "abstracto" de la economía capitalista: sea de la lógica (de producción-intercambio) mercantil en tanto ésta forma el presupuesto del capitalismo. Esta es la tesis marxiana. Y yo cuestiono precisamente esa tesis, tomando también en serio el proyecto de Marx, que es, como él mismo escribe en el prólogo de la primera edición del *Capital*, establecer "la ley económica del movimiento de la sociedad *moderna* [mi subrayado]". O sea una teoría de la modernidad, tomada según su dimensión económica, pero en el cuadro más amplio de una concepción de la forma de sociedad (en el conjunto de sus dimensiones, políticas, jurídicas, ideológicas) propia de los tiempos modernos.

En efecto, esta modernidad se caracteriza por una doble pretensión de libertad-igualdad y racionalidad. La teoría de la sociedad moderna comienza entonces⁹ necesariamente por el examen de esta "posición" doble y conjunta.

La pretección de racionalidad social, de un arreglo racional de la persecución de los fines y de la puesta en marcha de los medios, no podría identificarse con la sola posición del orden mercantil. Como ya lo ha subrayado el institucionalismo, especialmente a partir de R. Coase, éste constituye sólo una de las dos alternativas primarias de la coordinación racional del trabajo. Si toda relación económica se remontara al orden mercantil, los costos de transacción serían infinitos. Un orden racional de pro-

⁸ Naturalmente habría que argumentar aquí (como ya hice en otros lados, particularmente en *Quefairedu Capital?*, Klincksieck, 1985) en toda una serie de frentes. Marx dice que habla de la mercancía como del elemento elemental: en realidad, él trató el elemento en su relación con otros, (por derecho y también alusivamente de hecho) del sistema de mercado. El pretende hablar sólo de la "circulación" (es decir del intercambio): de hecho su teorización se apoya, por necesidad, conjuntamente en la relación mercantil como lógica de producción. Se pueden discernir algunos enunciados de carácter "histórico-lógicos": son desmentidos por el hecho que las fases de su desarrollo "teórico" (capítulo 1, párrafo 3) son profundamente distintas de las fases de la génesis histórica evocada en el capítulo II. Etc. Faltaría todavía explicar que la "generalidad" de esta teoría no es la de una teoría "pura", sino de una forma histórica de sociedad.

⁹ Este no es el lugar para exponer por qué la teoría general de la sociedad moderna debe comenzar por este orden de la pretensión o de la posición, es decir, por lo que yo denomino metaestructura» (en oposición a "estructuras", es decir, a ese nivel que se indica en *El Capital* con los terminos de "relaciones específicamente capitalistas", los de la plusvalía y el salario, expuestos en la sección til del Libro Y). Ese es el lado henneneútico de la teorización. Se quiera por lo menos considerar que este momento "abstracto" no es tomado aquí por la esencia y el resumen de la teoría. La cuestión más interesante, y la más difícil, es la del "estatuto ontológico" de este momento, es decir también del tipo de relación que mantiene con los que siguen.

ducción social es entonces siempre una combinación particular de relaciones mercantiles y de relaciones organizadas.

Ahora, y es lo que me parece no han percibido los economistas institucionalistas, esta pareja es inseparable de otra, su homóloga, que constituye la otra faz de la posición de modernidad. A la faz "racional" de coordinación, mercado *versus* organización, corresponde la faz "razonable" de la contractualidad, separada como se sabe, en contractualidad interindividual *versus* central. Y se discierne en este clivaje* el problema principal de la filosofía política clásica, el de la relación entre la libertad llamada de los "modernos" y la de los "antiguos", que no son, por supuesto, sino los dos polos antagonicos de la condición jurídico-política del "hombre moderno"¹⁰.

Esta doble exigencia teórica de un comienzo complejo, que une al mismo tiempo mercado y organización, económica y jurídico-política, se manifiesta en forma distinta y desigual en el comienzo propuesto por Marx en *El Capital*.

La primera exigencia se señala, bajo una forma que debería sorprender, en la referencia llevada a cabo desde el comienzo de la ponencia a otro tipo de sociedad, no fundada en el mercado sino en la organización: "Representémonos finalmente una reunión de hombres libres trabajando con medios de producción comunes, y gastando, según un plan acordado, sus numerosas fuerzas individuales como una sola y única fuerza de trabajo social", etc. (Libro I, capítulo I, párrafo 3). Marx piensa, desde el comienzo, en referencia a esta obligación ideal de una alternativa. La segunda exigencia se manifiesta - pero en un modo totalmente distinto, el de una revolución teórica reivindicada y puesta en marcha admirablemente (aunque en forma insatisfactoria)- por la presencia en el discurso "económico" de las categorías jurídico-políticas de libertad-igualdad-propiedad-contractualidad, que organizan ya la Sección I del Libro I y culminan, al final del capítulo VI, en la calificación de la esfera que describe como "el Edén de los derechos del hombre y el ciudadano".

La insuficiencia de la ponencia marxiana responde a que, al plantear en manera inadecuada, como veremos, la relación entre los dos *polos* de la relación, entre mercado y organización, tampoco es capaz de concebir convenientemente la relación entre las dos facetas, la faz racional y la faz razonable, de esta figura primordial. Resta sin embargo que Marx es quien abre el camino y que hay que volver a partir desde su construcción.

El eligió deliberadamente, y con buenas razones, *no* comenzar su discurso del capitalismo con la ponencia de la "estructura" capitalista, sea por la teoría de la relación salarial y de la explotación (y ulteriormente: de la concurrencia inter-capitales y de la reproducción capitalista), porque ésta presupone "categorías" previas, que no se conciben en cuanto forman juntas el concepto de la relación mercantil, objeto de la primera sección del Libro I. Este momento más "abstracto" de la ponencia tiene sentido sólo porque posee una objetividad, un objeto real, que es la forma más "abstracta" de la sociedad capitalista, o sea, según Marx, su forma mercantil. Si se designa con la

*Idem

¹⁰ Por no haber comprendido esta relación racional-razonable, o de *Verslaaid-Verminfl*, entendimiento-razón (en el sentido filosófico de "razón práctica"), se pennaenece en los límites de una "teoría del sistema", es decir en el proyecto de una ciencia de la sociedad concebida como ciencia natural. La teoría metaestructural tiene como objeto la crítica de tal "teoría del sistema" que acecha todo proyecto regulacionista.

sigla "meta" este momento de lo más abstracto, se reconocerá en el primer momento, en Marx el del mercado, la "metaestructura", por oposición al segundo momento, el de la estructura. Propongo ampliar en dos planos esta concepción específicamente marxiana de la estructura, mostrando por un lado que el mercado es sólo uno de sus *polos* (el otro es la organización), y por el otro lado que la económica es sólo una de sus dos *caras* (la otra es lo jurídico-político). Se pasa así de una teoría regional (en sentido husserliano) del capitalismo a una teoría general de la modernidad. En este contexto más general se puede pensar el tipo de relaciones que existen teórica e históricamente entre "capitalismo" y "colectivismo". Y sin duda también se puede comprender este interés apasionado que se tuvieron mutuamente.

En este paso, se considera que la cuestión del desarrollo de abstracto a concreto gobierna no sólo un orden lógico de construcción de conceptos, sino al mismo tiempo también la relación que existe entre los momentos de la institución social tomada en su conjunto. Se supone que el orden de la ponencia posee, en la medida de su pertinencia lógica, una pertinencia socio-ontológica. Lo que no quiere decir que los niveles más abstractos "fundan" los niveles más concretos del orden social, por ejemplo, que el capitalismo estaría "fundado" sobre el mercado en la manera en que las categorías más abstractas están, en su tenor semántico y sislémico, en el fundamento lógico de la que ellas permiten construir, pero que las relaciones entre los momentos sucesivos de la ponencia, que se prueban en la cuestión marxiana del "pasaje" de uno a otro, designan en sí mismos propiedades de las relaciones sociales. Propiedades que no se definen literalmente sino, se verá en qué sentido, dialécticamente.

Resumiendo, al comienzo de la teoría están co-presentes por derecho las categorías de la economía (mercado-organización) y las de la filosofía política (contractualidad individual/central), con el mismo peso, misma exigencia, misma pertinencia. En la escala social, efectivamente, la palabra *inmediata*, aun cuando se reivindica racional y razonable, no sería suficiente, Y por eso es que uno se encuentra siempre ya comprometido en la dualidad de estas dos *mediaciones*, de estos dos "*media*", y según su doble faz de entendimiento (de racionalidad) económico y de razón (de legitimidad) política. A la definición marxiana del primer momento mediante la figura económico-jurídica del mercado-Edén (de los derechos naturales), reemplazo una configuración más compleja con doble polo, interindividual-central, y a doble faz, racional-razonable.

Esta configuración conceptual constitutiva del primer momento 110 debe ser comprendida, vuelvo a subrayarlo, como el "fundamento" de las sociedades modernas, sino solamente como su presupuesto planteado. Se ve ya en la teorización de Marx, dentro de sus límites: según el orden "lógico" de la ponencia, las categorías primeras (en *El Capital*, por ejemplo, las categorías mercantiles) son presupuestas por las que siguen (las categorías que Marx denomina "específicamente capitalistas", comenzando por la del salario). Pero éstas son las que definen las condiciones en las que las primeras son "planteadas": *es, como lo subraya Marx, en el capitalismo que la relación mercantil, al mismo tiempo que la libertad-igualdad, es planteada como universal*. Lo que significa que toda relación económica se encuentra planteada allí como mercantil, y especialmente que el salario es planteado como relación de intercambio. O que el explotado moderno, el asalariado, es planteado como libre, en el momento

"estructural" expuesto en las secciones II y III del Libro I, que es el del "vuelco" de la libertad y la igualdad en su contrario (explotación, subordinación), -vuelco que las mantiene aún proclamadas, y por ello también reivindicadas, objeto y principio de una incesante lucha de clase. Donde se comienza a percibir el vínculo entre la cuestión del orden de la ponencia y la del movimiento, de la dinámica y el espacio de los posibles propio de la forma de sociedad que él define.

De esta necesidad de una concepción ampliada de la metaestructura (que debe ser comprendida de acuerdo con sus dos "polos" y sus dos "faces") se desprende una modificación de la concepción del curso ulterior de la ponencia de la teoría de la sociedad moderna, de la cual puedo aquí enunciar sólo algunos puntos fundamentales, largamente argumentados en otra parte. La estructuración moderna de clases se constituye sobre la base de dos factores-de-clases, que no son otros sino el mercado y la organización, los cuales también son las formas de la emancipación posible. La estructura (la relación de clase) plantea a la metaestructura como su presupuesto. Esta posición, es decir la relación que une el espacio teórico abstracto del primer momento con el segundo, es *determinación* del orden metaestructural, *en sí mismo indeterminado*. Porque, al igual que no existe una ley del mercado, no existe una ley de las alternativas entre mercado y organización (salvo encerrarse en una forma utilitarista-funcionalista del institucionalismo, insostenible porque está en contradicción con la exigencia contractualista de orden político). Esta determinación siempre es ya operada, pero por una operación *que plantea lo indeterminado*: en el discurso público moderno, en la declaración constitutiva de una constitución moderna, siempre ya está planteado que somos indeterminados, que somos libres, y no solamente racionales. De donde la notable constancia de la lucha de clases en la época moderna. Y el carácter problemático, y eminentemente sospechoso, de esta metaestructura que se da siempre y únicamente en el prisma deformante de las relaciones de clases, y por las necesidades de las luchas que ahí se verifican.

Lamentablemente no existe una definición simple de la palabra "libre", implicada en la categoría de intercambio y de producción para el intercambio, ni acepción en sentido común y en el buen sentido, que permitiría al economista dedicarse tranquilamente a sus conceptos intermediarios y a sus sabios cálculos. De la misma manera que el economista necesita la inmensidad de su saber disciplinario para plantear la simplicidad del comienzo, que no es comienzo hasta tanto aporte la prueba que gobierna todo el resto, también la categoría de libertad (al igual que las de igualdad o propiedad) interviene de entrada con la pesada carga problemática que dejó en legado la tradición filosófica. Pero esta carga es un tesoro.

La tesis general que voy a sostener a partir de aquí es la siguiente. Lo que tradicionalmente se denomina capitalismo es una estructura de clase que articula en manera extremadamente compleja los dos "factores de clases", el factor (y el "polo") mercantil desempeñando ahí sin embargo en un sentido (que queda por determinar) el primer papel, mientras que el comunismo se constituyó históricamente como un proyecto de emancipación fundado en el rol organizacional, que se realizó como el factor de clases principal de esta forma de sociedad, pero sin que pudiesen ser excluidas totalmente las relaciones mercantiles. Por lo tanto hay que llevar la investigación a los efectos-clase propios del mercado, a los efectos-clase propios de la organización y a

sus distintas formas de interferencia según predomine uno u otro, o margine al otro. Pero una caracterización meramente económica erraría, como sucede a menudo, su objetivo si no se relacionara, en el nivel adecuado, es decir en el nivel mismo del primer momento y en la forma más abstracta, con la categorización jurídico-política que le es *homóloga*, -hasta un punto por lo menos donde ésta hace parecer antagónicos a los polos que la investigación racional puede manifestar sólo en la funcionalidad de su combinatorio. Yo afirmo finalmente que la parte y el rol específicos de cada uno de estos dos factores de clase, la génesis histórica de estas dos formas de sociedad, sus relaciones y sus dinámica respectivas (sin hablar de la cuestión de su término histórico ineluctable) son inteligibles si se relacionan las diferencias concretas "estructurales" a una matriz común abstracta "metaestructural" en el sentido que le he dado a estos términos, que ellas plantean, distintamente, una y otra".

NECESIDAD Y LÍMITES DEL ANÁLISIS TEÓRICO-ABSTRACTO

Tal como subraya con justa razón J. Sapir, la cuestión de la naturaleza de la URSS está íntimamente vinculada a la de la naturaleza del capitalismo. Esto es cuanto quiero ilustrar a mi manera, partiendo desde la raíz, sin llegar a la separación entre estas dos cuestiones en el momento que las define como inseparables.

Pero debo al mismo tiempo subrayar que este tipo de intervención teórica se sitúa en un nivel extremadamente abstracto, del cual conviene marcar expresamente los límites, al tiempo que la necesidad.

No se sabría naturalmente deducir el curso de las cosas de las consideraciones concernientes en su generalidad la teoría del capitalismo. Se trata aquí además sólo del momento primero de una tal construcción teórica. Yo muestro que éste debe ser ampliado (y esto supone la implicación del modelo marxiano en un paradigma más vasto, ilustrado tanto por la filosofía política contractualista clásica como por el institucionalismo económico) en forma tal que aparezca como el momento primero de una teoría que es al mismo tiempo la del capitalismo y del "colectivismo". Resta luego analizar cómo se opera teóricamente la separación entre ellos.

Este tipo de teorización apunta a construir el modelo formal de la sociedad moderna y de las tendencias que la caracterizan en general, el espacio de posible que es el suyo. No se refiere inmediatamente al objeto tomado en su concreción espacial-temporal. Las categorías generales de Marx (o las que yo les reemplazo) se refieren al mismo tiempo, pero distintamente, al capital individual, a la relación salarial, el Estado-nación en cuanto "sociedad capitalista particular" y el mundo capitalista en su conjunto. Pero para representarse el sistema real del mundo capitalista, otros con-

" Y sobre todo que 110 se imagine que en esto yo produzco una versión "contractualista" edulcorada de las sociedades modernas, como han podido creer algunos lectores apurados y apresurados a concluir. Adelante por el contrario que no se dice nada de este contractualismo si 110 se muestra cómo "se vuelve en su contrario", es decir, en relaciones de clases, ni nada de estas relaciones de clases si no se va hasta el extenninismo al cual dan lugar, pero inversamente tampoco nada del extenninismo moderno (stalinista u olro) si no se lo relaciona con las relaciones modernas de clases, ni nada finalmente de éstas si no se las refiere a los "media" del contractualismo individual y central, que son sus vectores específicos. Convengo que una tesis así, que tiene tanto presupuestos, 110 puede argumentarse en pocas páginas.

ceptos, más concretos, pero que responden al mismo espacio teórico, son seguramente necesarios (centro-periferia, etc.). La "naturaleza de la URSS" no se comprende entonces mediante el recurso único al análisis estructural (aun ampliado metaestructuralmente). Requiere el arsenal de conceptos sistémicos (y una teoría de la articulación de lo estructural y de lo sistémico, cosa que no es nada fácil). Así se preguntará, por ejemplo acerca de todo lo que el fenómeno URSS le debe a la posición "periférica" de la antigua Rusia (pero también con su forma ya muy concretada y estatizada de capital).

A esto se agrega *otra* consideración. Esas figuras teóricas como "capitalismo" (o la modernidad) designan lógicas sociales que sólo se superponen a formaciones sociales anteriores, especialmente precapitalistas. Ellas permiten estudiar cómo se recomponen paisajes previos, se reinterpretan sistemas anteriores que manifiestan en general, y sobre todo en la periferia, una extraordinaria resistencia, una capacidad para retomar vida y forma nuevas en el interior de la nueva matriz. Lo que ilustra especialmente, y con tanta profundidad como sutileza, la obra de Moshe Lewin. Es decir lo muy poco que una teoría general permite formular mediante ella misma.

En fin, todo esto debe considerarse en el trazo del desarrollo desigual de las tendencias y contratendencias históricas en seno al sistema, en la singularidad, a veces determinante durante largo tiempo, de las coyunturas, y especialmente de aquellas que permiten a individuos y proyectos singulares abrir un nuevo curso de las cosas. De ahí la extrema desconfianza que con toda la razón los historiadores les tienen a las abstracciones pretensiosas de las teorías generales.

Es no obstante necesario explorar por ella misma, en su forma más abstracta, a la matriz colectivista. Porque está claro también que las sociedades llamadas "comunistas", surgidas ciertamente en el curso de una misma época corta de la historia, que se desarrollaron en terrenos culturales e históricos muy distintos (que no eran todos periféricos), en coyunturas no comparables, etc., presentan sin embargo rasgos singularmente comunes. Y que por otra parte además, más allá de estos rasgos comunes, se relacionan con la llamada forma capitalista de la sociedad moderna por el curso mismo de la historia moderna. Lo que significa: no solamente según un parentesco *tipológico*, como el de la familia en el seno de la especie, sino según una relación y una comunidad *reales*.

El desafío que quisiera enfrentar abarca la naturaleza dialéctica de esta relación entre capitalismo y colectivismo en el seno de la modernidad y de la historia moderna.

LA PARTE DE MARX

La implicación de Marx en el fenómeno soviético sigue siendo una cuestión tabú. Fue primero una especialidad del anticomunismo: el pensamiento marxiano habría llevado en sí mismo las premisas de un totalitarismo. El campo contrario, que primero volvió a cuestionar a Stalin, llegó lentamente a la crítica a Lenin, pero reserva la figura de Marx, del cual se admite fácilmente que pudo haberse equivocado en todo tipo de cuestiones, especialmente económicas, y que se imaginó equivocadamente

que la Revolución era para mañana, etc., pero que queda fuera de toda implicación en las contingencias del "socialismo real". El liberalismo sin embargo desde el comienzo, desde que la idea había surgido, había subrayado el vínculo entre la reivindicación socialista y una forma de régimen autoritario y burocrático. No podrían bastar los contrafuegos que subrayan con mucha razón que el pensamiento político de Marx es esencialmente democrático, impregnado de valores republicanos y liberales, que su antropología tiene finalidad a través de la perspectiva de la libre expansión del individuo, que sus ideales civilizacionales son profundamente libertarios y que la corriente comunista nacida de él constituyó un fuerte elemento de la democracia occidental. Porque aunque parezca imposible existe un vínculo entre el pensamiento de Marx y el sistema soviético, que se debe a que *El Capital*, cuyo objeto es el "modo de producción capitalista", está expresamente subtendido por un proyecto colectivista. Pero es evidente que toda la cuestión no se resume en esto. Además de una teoría profunda, realmente fundadora del capitalismo, hay en Marx, y vinculado a ésta, un pensamiento político sutil, complejo, una inclinación explícita hacia las formas cooperativas y federalistas, una pasión manifiesta hacia la democracia más radical. Pero de lo que se trata aquí, es del dispositivo conceptual que él coloca, que da una forma razonada y consistente a la cultura colectivista del siglo XIX, tan consistente que va a estructurar intelectualmente al movimiento obrero y a trazarle el camino a seguir.

Ciertamente conviene subrayar una vez más que la teoría marxiana no se agota en este objetivo directamente político, y que recela por otra parte una potencialidad tal que, si se quiere retomar la cuestión de una alternativa democrática al capitalismo, hay que volver nuevamente sobre ella. No digo "a ella", sino "sobre ella", es decir también sobre sus insuficiencias y errores. Pero sin embargo antes hay que reconocer que *El Capital*, esta obra que no trata del socialismo, se propone no obstante, implícita pero *expresamente*, entregar la lección conceptual definitiva en cuanto a lo que conviene hacer si se quiere destruir la forma capitalista de sociedad e instaurar esta democracia radical que incluye la vida económica que se llamará comunismo o socialismo. No es que Marx predique la economía administrativa. No preconiza la forma organizacional contra la forma mercantil. El quiere solamente mostrar que ésta, según la dinámica histórica del capitalismo, tiende a sobrepasarse en organización y este sobrepasarse, que va hasta su propia puesta en extinción, abre la puerta (o mejor dicho, ofrece la posibilidad de abrir la puerta, mediante la puesta en marcha de una práctica política adecuada) a una nueva forma de sociedad fundada en "la asociación de los trabajadores".

La demostración del *Capital*, expresamente dirigida en contra de quienes ya pensaban poder asociar socialismo y mercado, está subtendida por una tesis que comporta dos partes complementarias. Por un lado, las relaciones mercantiles y capitalistas no pueden ser confundidas, dado que las primeras, caracterizadas especialmente por el carácter libre-igual de la relación intercambiaria generalizada, constituyen la determinación estructural más general (abstracto, en el sentido en que se utiliza aquí el término) de esta forma de sociedad y que "da lugar" a las relaciones propiamente capitalistas, las cuales constituyen propiamente su negación dado que instauran una relación de extorsión y dominación. Por otro lado, están ya integradas en una relación de consubstancialidad tal que es vano pensar que se podrán destruir las relaciones

capitalistas (con toda la cohorte de males que se le atribuyen: explotación, dominación, crisis, trabas al desarrollo de la producción) sin ponerle fin al mercado. La demostración consiste en hacer aparecer que en el seno de la empresa nace una relación de otra naturaleza, la relación organizacional (la "división manufacturera del trabajo"), cuya importancia crecerá con la concentración ineluctable del capital y cuyo carácter despótico desaparecerá cuando los medios de producción se hayan convertido en propiedad común. Entonces podrá representarse esta "reunión de hombres libres que trabajan con medios de producción comunes, que gastan, de acuerdo con un plan concertado, sus numerosas fuerzas individuales como una sola y única fuerza de trabajo social", de la cual él tiene cuenta en el comienzo del *Capital*. La "dictadura del proletariado" designa precisamente este concepto del paso de un orden de derecho a otro que, en tanto tal, no podría responder de conformidad a un orden jurídicamente establecido. Lo que ya había subrayado en un sentido Kant, quien *respecto al derecho* no podía preconizar la revolución y quien sin embargo sólo podía llamar después de todo a sumarse a ella. Marx describe la génesis del proletariado, su aumento en potencia, en número, su capacidad cultural y técnica creciente con el desarrollo de la gran empresa -hasta el punto en que es capaz de tomar las cosas en sus manos y poner en marcha "de acuerdo con un plan concertado, sus numerosas fuerzas individuales como una sola y única fuerza de trabajo social". Se regulará, precisa, la igualdad de las remuneraciones según el tiempo de trabajo necesario (según un plan, *planmässig*, dice el alemán)¹¹, el equilibrio entre distintos elementos de la producción, y según el trabajo entregado. Las relaciones sociales entre los hombres, sus trabajos y sus productos serán de esta manera "simples y transparentes en la producción al igual que en la repartición".

Sigue *El Capital*, o sea la teoría del capitalismo en tanto que conduce irresistiblemente a su final. Lejos de mí descalificar esta obra maestra de la cultura teórica moderna, que sigue jugando un papel decisivo en el análisis de la sociedad capitalista. Lejos de mí sobre todo la idea de recusarla por el motivo que ésta encuentra estímulo en la idea cierta del fin del sistema, de la cual pretende hacer teoría. Porque no existe ninguna clase de excusa para hacerlo. Es precisamente lo contrario que conviene intentar nuevamente hoy: representarse qué otra sociedad mejor, legítima, es posible, preguntarse cómo la sociedad podría ser "transparente", es decir tal que el libre despliegue del discurso no deje subsistir ninguna zona de sombra, ninguna obscuridad propicia a las bajas obras de la explotación y la dominación.

El error de Marx es haber desconocido el hecho que, cuando se suprime radicalmente *el mercado*, queda la otra gran forma de la coordinación social moderna, *la organización*, que por naturaleza no tiene el carácter de una "asociación", sino presenta por el contrario un poderoso potencial clasista, un efecto-clase aún más temible ya que ésta ocupa ya todo el terreno. La debilidad de Marx es no haberse interrogado

¹² Tiendo a ver en esta supresión operada por Marx en la versión francesa, sin duda deliberada, como la sombra de una duda. Sobre el conjunto de modificaciones traídas por la versión llamada "Roy", por el nombre del traductor, remito a mi estudio "Traduire en allemand *Le Capital*, in G.Labica (resp.), *L'oeuvre de Marx un siècle après*, PUF, 1985, que muestra que a parte algunas evidentes pérdidas, el texto de la primera edición francesa, al cual Marx le consagró una inmensa labor, debe seguir tomándose en serio y considerado sobre puntos decisivos, incluidos aquellos sobre el renunciamento *¿algunas* referencias filosóficas que se revelan inadecuadas localmente, como una corrección (muya menudo convincente) de la versión alemana anterior.

seriamente sobre la cuestión de saber si, una vez descartados los mecanismos del capitalismo y del mercado, las condiciones estaban reunidas para que organización significara "asociación de trabajadores", o sea también democracia. No es que no se encuentren en este heredero del libre pensamiento y el liberalismo síntomas de tal cuestionamiento, pero su interpretación demasiado estrecha de la "metaestructura", es decir, los presupuestos colectivistas que compartía con los socialistas radicales contemporáneos que rechazaban cualquier forma de mercado, le impedía llevarlo a su término. La continuidad de Marx al orden soviético responde a que los Bolcheviques desde 1918 y luego Stalin con el correr de los años 20 y 30 emprendieron efectivamente la construcción de una economía fundada en la organización.

Esta concepción del "socialismo" era, es necesario subrayar, ampliamente compartida en el seno de fracciones considerables de las clases subalternas (obreros y funcionarios) en los términos de esta cultura "colectivista", articulando Estado-Providencia y Estado libertario, que a partir de los años 1880 se propagaría como un incendio de bosques por toda Europa hasta la lejana Rusia. Los colectivistas encontraron en Marx un maestro de pensar, y porque la opinión estaba bastante ampliamente difundida y en todo caso considerada por un número suficientemente grande de actores sociales preocupados¹⁴ como una idea de futuro, un pequeño partido, consciente de sus objetivos y decidido a ponerlos en práctica, pudo realizar algo totalmente distinto a un golpe de Estado: una inmensa revolución social. De la cual ellos ignoraban, es cierto, las consecuencias que ésta daría lugar.

Tal vez no sea éste el lugar de analizar lo que este destino ulterior le debe respectivamente al contexto arcaico de "la experiencia" y a la lógica inherente a la misma. Pero es necesario subrayar una vez más que la idea colectivista no comporta en ella misma nada de "premoderno". Nació en las condiciones de la modernidad occidental, del movimiento obrero occidental, él mismo heredero manifiesto del movimiento de la emancipación burguesa. Cabe recordar la extraordinaria ebullición de todas las vanguardias que marcan a la Unión Soviética de los años 30. Esto había venido germinando, es cierto, en Rusia desde hacia tres décadas. Al igual que el colectivismo, precisamente. Y cabe recordar además que para la construcción del Palacio de los Soviets, en 1933, los más grandes nombres de la arquitectura *moderna*, comenzando por Gropius y Le Corbusier, presentaron sus proyectos. Era ya, es cierto, más que el comienzo del final.

Este polo "organización-contractualidad central" no nació ayer. Desde siglos, a lo largo de este lento emerger medioeval europeo del capitalismo, los asalariados (o protoasalariados) no dejaron de presionar sobre el sistema, y primero con vistas a imponer como una regla pública, conforme a un principio de igualdad formal, la relación salarial, como atestigua la serie ininterrumpida de explosiones sociales¹⁵. Todo aquello que se relaciona poco o mucho con el Estado de derecho en Occidente se debe ampliamente a sus luchas. Pero recién a finales del siglo XIX los asalariados pudieron, en un estadio determinado del desarrollo de la fuerzas productivas, el de la

¹³ Ver el libro de Marc Angenot, *L'ulopie collectiviste*. PUF, 1995.

¹⁴ Conio puede uno convencerse leyendo Richard Pipes, *La Revolución Rusa*, PUF, 1995.

¹⁵ Ver la cronología establecida por Yann Moulier Boutang en *Le salarial bridé*, PUF, Collection Actuel Marx Confrontation, a publicarse en 1998.

gran empresa, concebir el proyecto de un orden diferente del capitalismo e imaginado a partir de la forma de coordinación desde la cual su posición en la sociedad les permitía considerar que podían tener algún asidero: la organización *versus* el mercado.

Vuelvo nuevamente, después de esta incursión de larga duración, a los límites que son inherentes a la aproximación rigurosamente teórico-abstracta en la que estoy aquí comprometido, que hace totalmente abstracción de las conyunturas que en realidad hicieron posible este proceso revolucionario y le dieron sus rasgos específicos: la guerra que fragiliza el conjunto del sistema-mundo capitalista, el contexto de violencia y de movilización sin precedentes que la caracteriza, el desarrollo reciente y masivo de los medios técnicos de comunicación y manipulación de masas, la potencia cultural de las minorías urbanas en relación a la inmensidad, instrumentalizable, de la base rural, el papel de un pequeño grupo de dirigentes seleccionados según procesos propios de la cultura política del movimiento obrero occidental, reinterpretada en otro contexto, el de la tradición revolucionaria rusa, etc.. Me contento simplemente aquí con registrar este hecho incuestionable: cuando se suprime el mercado y uno se propone constituir un nuevo orden fundado completamente en la organización, derivan de ello algunas consecuencias que por otra parte se encuentran en contextos coyunturales muy distintos, y sin que se pueda poner estas similitudes a cuenta sólo de la "difusión" de un modelo cultural, aun teniendo en cuenta el hecho que la conformidad con estas normas se apoya sólidamente en un poderoso aparato militar y policial internacional encargado de velar por ella. En breve, hay una lógica propia del colectivismo, de la cual quisiera esbozar ahora algunos trazos.

ELEMENTOS PARA UNA INTERPRETACIÓN

Comunidad metaestructural, diferencia y afinidad estructural

1. Colectivismo y capitalismo combinan uno y otro, aunque muy diversamente y según proporciones muy diferentes, el factor-de-clase organización (del cual la tradición marxista, por las razones que ya dije, ¹¹⁰ integró bien el carácter relativamente autónomo) y el factor-de-clase mercado, cuyos efectos-clase se relacionan a uno y otro. Y se podría pensar que está permitido analizar el conjunto de las sociedades modernas como formando a tal respecto, en su diversidad, una especie de continuum que va de un extremo al otro, de las configuraciones más mercantiles a las más burocráticas, con figuras medianas en las que la dominación pasaría de igual manera por la apropiación privada y por la apropiación estatal. Descarto este tipo de aproximación formalista. Por un lado, en efecto, el factor-de-clase organización es muy importante en todas partes. Por el otro, existe, por el hecho de la indeterminación de la metaestructura, de las posibilidades de ruptura significativa de equilibrio entre los dos factores; y se produjo efectivamente, a partir de 1917, una ruptura fundamental con el capitalismo, caracterizada principalmente por la expropiación de los capitalistas y la apropiación estatal de los medios de producción, cuyo resultado fue la instalación de una forma de sociedad de clases de un nuevo tipo, esencialmente fundada en la relación-de-clase organización, y que mostró muy rápidamente por turno su pode-

roso potencial de emancipación, sus perversidades extremas y su carácter profundamente transitorio.

La afirmación de un punto de vista dialéctico, que descarta especialmente una aproximación puramente tipológica (completada, como es uso, con la combinación de los ideotipos hasta el punto en que se cree estar en medida de aferrar lo real mismo en sus determinaciones singulares) supone tomar en cuenta el hecho que el colectivismo, al igual que el capitalismo, se desarrolla en un contexto de discurso moderno, que la metaestructura define, es decir se da como un orden que recibe su legitimidad del consentimiento expreso que todos *supuestamente* le acordarán y del cual dan testimonio las instituciones que representan virtualmente la instalación de una voluntad general, -comprendida como constituyente también de la condición de un orden racional de entendimiento común. Se verá más adelante lo que hay. Pero lo que oficialmente se *dice* al respecto (y lo que se dice *deber ser*) hace naturalmente parte de lo que *hay*. Y señalamos que no se *decía* nada así en la China Imperial, ni en el Imperio Turco, ni en la Roma Imperial. Pero sí ya desde el alba del capitalismo, en la época de los Estuardos y los Borbones, con todo monarcas absolutos, bajo el manto de la filosofía y muy oficialmente (u oficialmente *por lo menos*) en la época de Stalin, bajo la bandera desplegada de la república de los soviets.

2. Dialéctica no excluye analítica, sino por el contrario, la presupone. Y la diferencia específica del colectivismo en relación al capitalismo parece fácilmente argumentable. Fue generalmente admitida tanto por los adversarios como por los partidarios del colectivismo. De hecho fue acusada sólo por corrientes críticas internas del marxismo, del cual hay que saludar en un sentido la lucidez (infinitamente más grande en general que la que manifestaba en las filas de intelectuales de los "partidos hermanos"), ya que era una manera de mostrar que el socialismo no había respondido a sus promesas. Pero esto no basta para darles razón en el plano del concepto (o sea en la tesis de la URSS capitalismo de estado), y de lo que hace cuerpo con él: la interpretación de la realidad y de su devenir.

La emergencia histórica, luego de la Revolución de Octubre, de un sistema diferente del capitalismo deriva primero de la expropiación del capital y de la puesta a media luz de las categorías mercantiles, al igual que del régimen de propiedad que hace cuerpo con ellas. Sin embargo, en mi opinión, no se puede regular la cuestión tan negativamente como lo desearía G. Bensímon, para quien la "propiedad" pura y simplemente desapareció. Porque los mecanismos de "atribución" que él tan judiciosamente hace resaltar responden en realidad a esta misma categoría de propiedad, en el sentido más general pero también en el más estricto, según el cual bienes definidos son atribuidos, en una manera considerada socialmente legítima, a personas o a conjuntos de personas de manera tal que ellas gozan sobre ellos de derechos de uso determinados. Teóricos de los derechos de propiedad, como A. Alchian¹⁶, han resaltado su carácter extremadamente diversificado, *particionable*, y siempre limitado, -carácter que, en la época moderna, se encuentra, a mi parecer, específicamente determinado por la matriz metaestructural esbozada más arriba. Se necesitan todos los prejuicios del liberalismo para no ver que la propiedad más privada es ella misma

" "Propeity Riglits", in J. Eatwell et al., *The New Palgrave: A Dictionry in Economics*. 1987.

objeto de una verdadera "atribución" social, según los mecanismos, es cierto, muy diferentes, que Marx reveló mejor que nadie, en los términos de una teoría de la explotación¹⁷.

Resta que el juego de propiedad propio del colectivismo se diferencia radicalmente del que conoció el capitalismo, y G. Bensimon hace destacar en manera clara algunos rasgos esenciales, en los términos de la relación de atribución a partir de un centro, que tiene en su conjunto al "capital" (término que debe ser tomado aquí en un sentido analógico), recoge el excedente al cual da lugar, reparte el producto según un plan que incluye y excluye y encuentra la seguridad de su equilibrio en el hecho que son definidas prioridades (reductoras de incertidumbres) de las cuales el conjunto forma el núcleo duro del sistema, rodeado de una amplia suavidad de distintos arreglos, más o menos directos y más o menos legales. La zona central parece escapar en esta medida a las categorías mercantiles de oferta, demanda, compra y venta. La moneda cumple un rol específico, más "pasivo". En breve, otra estructuración de clase, dotada de una lógica económica y social diferente.

3. Los autores que insisten en los aspectos mercantiles del sistema tienen de su lado un amplio campo de investigación, relacionado no sólo con la existencia de este margen inmenso que rodea el núcleo duro, sino también por el hecho que éste en realidad no llega a funcionar con un mínimo de eficiencia a menos de recurrir constantemente a una serie de prácticas, que responden tanto a mecanismos análogos a los del mercado como a la negociación directa de la cual Williamson subraya la tercera posibilidad, -aunque en condiciones de racionalidad más dudosas. Pueden, más generalmente, apoyarse en una teoría de los costos de transacción. Esta muestra bastante claramente el carácter irracional de un esquema de coordinación que sería puramente jerárquico (al igual que lo sería al inverso). Y "por ello hay firmas". La palabra de Coase se aplica aquí sin embargo en un sentido especial, porque no se trata de la firma sobre un mercado, sino que ésta no obstante figura un centro de relativa autonomía en el seno de un conjunto planificado, presentando fenómenos solamente análogos a los de un mercado. Se ha subrayado muchas veces la facultad que tienen los gerentes para obtener por distintos medios (alza ilegal, atraso de pago, crédito interempresas, etc.) más dinero del que les permite el plan, al igual que para desarrollar producciones paralelas no planificadas.

Pero la importancia decisiva de las relaciones de carácter mercantil para el desarrollo de la economía soviética¹⁸ no me parece de naturaleza tal como para convertir al colectivismo en una "variante del capitalismo". Y esto por tres tipos de razones que serán desarrolladas más adelante. Las primeras conciernen el tenor del *clivage** de clase, que es totalmente diferente: dominación con base organizacional y no mercantil, explotación patrimonial y no individualizable. Las segundas conciernen la "lógica" del sistema y las tendencias históricas que de ahí emanan: su carácter "abstracto" (no en el sentido de la abstracción-generalidad de la que se trató más arriba- sino en el sentido donde esta noción de abstracción se opone a la de valor de uso) no asume la

¹⁷ "Atribución", porque procede de una regla y no de una ley (natural). Ver la "tesis de la regla", desarrollada en *Théorie générale*, Libro I, capítulo I.

¹⁸ Importancia que R. Motamed-Nejad resalta bien y que fundamenta su tesis sobre la transición.

•Idem

forma de la orientación hacia la ganancia, sino entre otras de la indiferencia a los costos. En fin, más generalmente, la forma esencialmente organizacional de la relación de clase está al principio de otro paisaje social, de otro sistema de destinos biográficos individuales, de otro *clivage** de clases, de otro mecanismo de su reproducción, de otro "sentido práctico", de otras "distinciones", de otra cultura de empresa, de otra configuración de las instituciones escolares, médicas, culturales, científicas, militares, de *otras* relaciones entre los grupos sociales, entre la ciudad y el campo, de otro uso del espacio, de otra forma de economía-mundo y de imperialismo (pero también con relaciones positivas para los "movimientos de liberación nacional"), de otro tipo de inserción en el mundo en su conjunto, -para no decir nada de sus instituciones políticas (parlamentarias, judiciales, policiales), ni de sus patologías sociales, profundamente diferentes de las del capitalismo. La interpretación del colectivismo como variante del capitalismo responde por un lado a la fijación tradicional de los marxistas en el elemento económico, esencia supuesta del orden social, y por el otro a una forma particular de toma en consideración de la persistencia de la explotación y la dominación. Tal asimilación a menudo procedió de una convicción teleológica que puede resumirse así: explotación y dominación son fenómenos capitalistas, mientras subsistan se está todavía en el capitalismo, y lo que merece ser llamado socialismo llega sólo después de que éstas hayan desaparecido.

El clivage de clase: dominación prevalentemente organizacional*

Respecto a la ruptura histórica consumada en 1917 y reiterada en distintas regiones del mundo donde aparecieron sistemas sociales parecidos, que califiqué aquí de "colectivistas", la interpretación-en-alteridad presenta derechos patentes. Se percibe esto cuando, en vistas de apreciar su eventual carácter de clase, se plantean a estas sociedades las mismas preguntas-test que Marx le planteó al capitalismo, -de las cuales la primera concierne las relaciones de dominación y de explotación.

Los rasgos generales de la organización efecto-clase, que se encuentran igualmente en el capitalismo, asumen en el colectivismo, donde constituyen el rasgo principal de la *estructura* (es decir, de la articulación de clase), un relieve característico. Sin embargo, no se puede comprenderlas, en un caso como el otro, plenamente sino en referencia con la *metaestructura*. A diferencia de cuanto ocurre en las formas anteriores de producción (y sin hablar del trabajo forzado, al cual regresaremos), la organización, principio racional moderno de coordinación, no va, se ha mostrado por qué, sin referencia, tácita o no, a una contractualidad central. En el colectivismo, el gerente, de alguna manera, se encuentra delegado a su función por el centro superior, al cual el ciudadano trabajador mismo le ha virtualmente delegado su poder en la medida en que reconoce su legitimidad como hecho de su propia voluntad reafirmada regularmente a través de procedimientos públicos que, por sospechosos que sean, invocan principios modernos de constitucionalidad. Sucede lo mismo en el capitalismo: quien vende su fuerza de trabajo aliena el valor de uso de la misma, confía su

•Idem.

•Idem.

propia potencia a la voluntad que la compromete y que él de esta forma contribuye a constituir como potencia efectiva, en el cuadro de un orden social públicamente reconocido como legítimo".

Esta vuelta de la metaestructura en estructura, en lo que se une al efecto-clase organizacional moderno, responde especialmente al hecho que *esta delegación constituye al mismo tiempo siempre ya una relegación*. En duración, la relación, supuestamente simétrica en la partida (al punto que muy conocidos graciosos creyeron poder plantear la pregunta de saber si no era el trabajo el que comprometía al capital, y no al inverso) se asimetriza.

Los términos de esta relación de simetría no son evidentemente fáciles de definir. Se trata de "clases" en presencia, pero éstas 110 deben ser comprendidas como grupos sociales: se interpretan, en la abstracción del concepto, como las dos partes que divide un *clivage** siempre reiniciado y reproducido, pero según una frontera borrosa y en movimiento, aunque balizada por toda una serie de marcadores institucionales -diplomas, pertenencias partidarias, signos culturales distintivos, que en el capitalismo sobredeterminan el hecho bruto de la asignación jurídica de la propiedad individual, pero aquí funcionan en su ausencia²⁰. Los individuos que responden a la parte que compromete a la otra para el uso de su fuerza de trabajo son los mejor posicionados para acumular el saber, la información, desarrollar su capital de relaciones, sus aptitudes estratégicas, para adquirir el reconocimiento social, etc.. Y esta fracción separada, clase dominante, tiende a reproducirse en su separación. Esta evidentemente no se encuentra inmediatamente realizada en el momento histórico de la ruptura. Y ésta se constituye por vías distintas a las de la clase capitalista. La presión constante y la resistencia multiforme de la sociedad, que definen las condiciones y los límites en los que es posible una "hegemonía", contribuyeron en cierta medida a prolongar el elemento emancipador inicial del proyecto colectivista, y a limitar -especialmente a través de la instalación de cierto tipo de instituciones escolares, o de empresa (ver los distintos órganos populares de "control" instalados sucesivamente), etc.- este proceso de monopolización de la potencia social por parte de los de arriba, y su reproducción para provecho de un cuerpo distinto, portadores de intereses autónomos y contrarios a los del conjunto de la sociedad.

El clivage de clase: explotación patrimonial*

La existencia, manifiesta, de una relación de *dominación* no debe ocultar la dimensión de *explotación*, que aquí debe ser calificada de "patrimonial". La propiedad misma presenta primero este carácter patrimonial, donde la noción de patrimonio designa expresamente una referencia a relaciones privadas. Este carácter privado,

•Idem.

"Una demostración más exacta de estos puntos es que se restablezca lo que yo llamo "la tesis de la regla". Ver *Théorie générale*, Librol, capítulo I,

²⁰ Como lo subrayó, por ejemplo, P. Bourdieu sobre su análisis de los mecanismos de clases en el Este. Ver *Raisons Pratiques*, p.31 -35, Seuil, 1995.

*Idem

²¹ Así procede Marx en *Et Capital*-, es porque la fuerza de trabajo es la cosa privada, adquirida de éste, y sólo en esta medida tiene poder sobre ella.

privativo, responde, en mi opinión, a que la sociedad colectivista se encuentra ampliamente dominada por el Partido Único, que en cuanto partido debe analizarse como una "asociación", es decir como *una entidad de carácter privado* (y el hecho que también sea, por otra parte, altamente "organizada", no le impide ser una asociación, y en este sentido no hace sino redoblar el tenor organizacional de la sociedad). Ciertamente, el partido no posee los medios de producción. La propiedad debe ser designada estatal, pero el acceso a las funciones de Estado, a las tareas de dirección, a toda una serie de bienes y sobre todo de servicios, al igual que a elementos de prestigio está, como se sabe, ampliamente condicionado por la pertenencia al partido, que desempeña así un rol en la orientación de la economía, es decir en el uso de sus bienes. Hasta el momento, por lo menos, donde la dinámica de partido tiende a borrarse ante una dinámica administrativa (URSS) o mercantil (China).

Naturalmente hay rasgos análogos rastreables en el capitalismo. Pero el análisis de clase no puede ser llevado a cabo en uno y otro caso según el mismo orden. En el capitalismo, éste se abre naturalmente por la consideración del efecto-clase propio de las relaciones propiamente privadas en el seno del mercado capitalista (que permite la adquisición privada de la fuerza de trabajo) y prosigue inmediatamente por la consideración del poder jerárquico del patrón sobre el salariado²¹. Por el contrario, aquí ésta debe comenzar por la consideración del tenor jerárquico inherente al carácter organizacional de La sociedad en su conjunto y al hecho que, aun si las empresas están "separadas", el Estado sin embargo presenta algunos rasgos del empleador único: y no es sino después que ésta puede proceder al examen de los beneficios que extraen los gerentes. Si el análisis de clase no puede aquí, como en el caso del capitalismo, comenzar por la consideración elemental de la empresa²², es porque el excedente no es allí apropiado de entrada en forma privativa por el jefe de la organización. Los privilegios de clase no se distribuyen según la infinita dispersión de La variedad de fortunas, ni de forma tan directa en función del logro individual en términos de ganancia, sino según el lugar que se ocupa en la estructura de apropiación de un patrimonio común de medios de producción, de comunicación y de saber. En breve, por razones que dependen de la diferencia entre estas dos estructuraciones-de-clase, mientras que en el capitalismo el análisis se abre naturalmente por el proceso de *explotación* en el seno de la empresa, en el colectivismo éste comienza por el proceso de *dominación* a escala de la sociedad, ampliándose desde allí la perspectiva en la otra dirección. Pero ni uno ni otro deben ser descuidados. Sin embargo, en estas sociedades con carácter relativamente igualitario, la explotación, además de autorizar un acceso privilegiado a los servicios más que a los bienes, está orientada principalmente hacia el monopolio de los bienes, particularmente culturales, de la dominación. En este sentido, y este punto es generalmente reconocido, la dominación prevalece sobre la explotación.

La lógica organizacional de clase, análoga de una lógica de la "riqueza abstracta"

La cuestión del análisis de clase en Marx no culmina en las consideraciones de la explotación y la dominación. Se prolonga en una investigación sobre la "lógica" ca-

²¹ Ver la Sección III del Libro I, aun si la empresa figura allí como la metáfora de la relación capital-trabajo ya tomada en su conjunto, y si relaciona a individuos ya socializados.

racterística propia de sus relaciones sociales. Típicamente, la lógica del capital está considerada orientada hacia la ganancia, la riqueza abstracta, y no hacia la búsqueda de auténticos valores de uso. Se puede en forma parecida hacer parecer que la sociedad colectivista, cuya lógica no podría estar subsumida bajo la categoría de "ganancia", presenta no obstante rasgos análogos a los que definen tal "lógica de abstracción".

1. La prevalencia del factor organización en la estructura de clase, la asimetría a la que da lugar, otorga un peso más determinante aquí que en el capitalismo a todo aquello que se desprende de los comportamientos "oportunistas" (en el sentido hobbesiano que los economistas le dan al término). Se trata especialmente del tratamiento de la información en un sistema que puede funcionar sólo reuniendo centralmente toda la información necesaria para la puesta en práctica de la producción: cuando arriba se monopoliza la información útil, abajo se desvalorizan las capacidades y se sobrevaloran las necesidades. Este es uno de los temas constantes de la literatura sobre estos asuntos.

2. A esto se relaciona la indiferencia hacia los costos, tan característicos y referibles al carácter patrimonial de la propiedad, que descarta el modo de sanción inmanente e inmediato característico de la producción privada mercantil. Depende correlativamente del hecho que prevalece otro modo de validación, propio de estos sistemas, que resume en la entrega del producto, los retrasos previstos y según un imperativo principal, a menudo suficiente, demandas "prioritarias". A raíz de los numerosos riesgos a los que está expuesta la firma, a la sobreinversión, al inflamamiento de la mano de obra, a la autoproducción de *inputs*. Esta indiferencia hacia los costos, propia del colectivismo es análoga, aunque en sentido inverso, a la indiferencia hacia los valores de uso, propia del capitalismo. Alimenta las mismas perspectivas de acumulación de potencia, entre las manos de individuos o grupos bien determinados, para un resultado socialmente estéril. El paralelismo entre mercado y organización, estos dos modelos polarmente opuestos de la coordinación racional, se manifiesta en forma luminosa en esta relación de homología entre las dos formas de este "infinito malo" del entendimiento del cual hablaba Hegel. Para un conjunto determinado de valores de uso, mercado y organización llegan a desarrollar costos sociales exorbitantes y a generalizar prácticas destructivas de valores de uso, sea en definitiva del hombre y de la naturaleza.

3. A partir de ahí, se analizan también las relaciones del colectivismo con la cuestión ecológica^{2*}.

4. Finalmente, la forma organizacional no podría definirse sólo por la relación alto-bajo, implica asimismo una división horizontal, entre departamentos, es decir una relación de competencia organizacional que no es asimilable a una relación concurrencial de mercado pero comporta efectos específicos análogos, el *conatus* de los individuos empujándolos a la extensión de las prerrogativas y las tareas de sus sectores, una vez más, según la misma lógica del "infinito malo" que Hegel había afectado al orden concurrencial. La organización comporta por ello en sí misma un fermento de división y de antagonismo. No es funcional sino bajo condiciones de

" Me permito remitir a mi estudio "Y a-t-il une écologie marxiste?", en *L'écologie, ce matérialisme historique*, Actuel Marx n 12, p.96-U2, PUF, 1992.

unidad que no puede entregar por sí misma. Por ello sin duda, y no a causa de una fuerza satánica extrínseca, ni de algún espíritu totalitario que flota bruscamente sobre las aguas de los siglos, las sociedades de clases caracterizadas por el factor-organización manifestaron muy rápidamente la exigencia funcional de una institución que los padres fundadores del socialismo no habían nunca considerado, la del partido único.

Las contradicciones sociopolíticas del sistema

1. El carácter funcional del partido único en una sociedad de clase con base organizacional no debe demostrarse. Esta institución por otra parte cumple funciones diversas y contradictorias, de las cuales lo esencial es sin embargo la producción de una unidad a la vez intelectual y disciplinaria, que es requerida para que sea realizada la convergencia global y la adecuación de los medios a los fines en un sistema enteramente administrado, y que no podría procurar por sí misma la estructura jerarquizada de una administración. La capacidad superior del piulido sobre la administración responde, me parece, a su carácter de asociación privada, cuyo acceso es controlado por quienes la dirigen y que llama por definición la dedicación inherente a esta decisión, supuesta personal, de adherir a este grupo. Tal organismo, redoblando el organigrama total de la organización administrativa de la sociedad, se impone necesariamente a ésta. Es su naturaleza asumir ampliamente el control de la sociedad, por lo menos mientras las exigencias propias de la racionalidad productiva (estimuladas por la elevación del nivel cultural de la población) aún no lleguen a generar su decadencia. En tanto, ejerce naturalmente un efecto destructor sobre los elementos de "Estado de derecho" vinculados al proyecto de ruptura emancipadora original. Su aumento en potencia va a la par con su entrelazamiento en el aparato policial, con su politización, destructora de la politización de la sociedad.

La institución conservará a pesar de todo, de sus orígenes heroicos y de la persistencia de sus objetivos grandiosos, la parte de sublimación sin la cual las obras bajas por sí mismas no podrían *encontrar* apariencia de legitimidad, la parte de luz sin la cual la sombra misma no tendría lugar en el cuadro. Al mismo tiempo que sus héroes, ella debe desenmascarar a los inevitables culpables, granos de arena en los engranajes de la maquinaria universal, que en efecto tiene toda la razón para no funcionar eficazmente²⁴.

2. La tesis del "totalitarismo" no puede ser examinada aquí en su amplitud²³. Cualquiera que sea su valor descriptivo (y el hecho que el único enunciado de esta palabra resume y recuerda, quizá mejor que ninguna otra, los millones de crímenes que marcaron al colectivismo), ella padece ciertas deficiencias fundamentales.

A mis ojos su debilidad principal deriva de la idea que una superestructura política similar, que habría caracterizado al nazismo y al stalinismo y constituido de alguna manera su naturaleza común, figura como la definición estructural de estas sociedades. Lo que, entre otras cosas, oculta el hecho que el colectivismo se instauró efec-

²⁴ Es en el contexto, en sí mismo moderno, de esta gran maquinaria, a raíz de las dificultades que tienen sus protagonistas para hacerla funcionar, que intervienen del exterior, por movilización expresa aunque inconsciente, las ideologías arcaicas disponibles en la cultura ambiente, memoria de sistemas sociales anteriores.

tivamente como un *nuevo* sistema social (al cual se relacionan algunas patologías, de carácter muy variable según el contexto, por ejemplo el stalinismo), cuando ni el nazismo ni el fascismo cuestionaron al sistema capitalista existente y deben por este hecho ser interpretados como rasgos que afectaron a sociedades capitalistas. La localización de una especie de esencia de la sociedad en "lo político" (que se supone absorbió o subyugó por un tiempo la economía) absuelve inocente al capitalismo de las acusaciones de las que también debe responder, al mismo título, si no es en la misma medida, el colectivismo.

Por otra parte, la afectación sin matices del carácter "totalitario" al colectivismo oculta el hecho que cantidad de rasgos que ha manifestado históricamente dependen por un lado del contexto de guerra universal, externa e interna, en el cual se desarrolló primero en Rusia, luego en China, -sin hablar de los rasgos de arcaísmo de esas sociedades, de los valores de autoritarismo y de sumisión que las caracterizarían (aquí reciclados, es verdad, como remedios a las crisis recurrentes del colectivismo). Lo que puede ser atribuido como propio a la forma estructural colectivista y a su relación metaestructural con el capitalismo occidental, que es su lugar de origen histórico, se desprende mucho más netamente del examen de los regímenes comunistas de Europa Central, de los cuales la modernidad previamente adquirida era más conforme a los requisitos propiamente modernos del colectivismo, -o también de los períodos ulteriores, como el de los años 60 en la URSS, cuyo carácter moderno procede del colectivismo mismo. Allí se encuentra cuanto corresponde más estrictamente a algo como una "naturaleza" del colectivismo, es decir, el despliegue de la lógica immanente a esta forma de relación social. Pero es fácil mostrar que ya en la misma época stalinista esta lógica desarrollaba poderosos efectos. Hoy se sabe mejor que a menudo las administraciones dieron muestra de un celo totalmente "administrativo" a la europea, y que el poder del dictador dependía por un lado de su capacidad para hacer que se enfrentaran una contra la otra²⁶.

La interpretación en totalitarismo tiende a encontrar el germen de éste en el momento inicial del leninismo y en las prácticas que ya marcaban esta época. Sería ilegítimo disculpar a los dirigentes bolcheviques y justificar sus prácticas terroristas. Pero tampoco se los puede apreciar sin reinstalarlos en el carácter propiamente militar del contexto de los años 17 a 21. Lo que no explican nunca autores como R. Pipes, que hacen gran uso de la referencia a la "propaganda" de los bolcheviques es por qué tanta gente era sensible a sus consignas. Su discurso simplemente era el que esperaban los hombres de esa época, quienes, hasta en la grisalla de los campos enlodados sabían en su conjunto que una época diferente había nacido. Los bolcheviques simplemente levantaban el estandarte de la emancipación, proponiendo una reapropiación de los grandes medios de la vida común. El lado débil del discurso en totalitarismo es su tendencia a la interpretación policial de los grandes procesos históricos, su propen-

²⁵ Me permito remitir a mi artículo "L'utopie marxiste", en *Marx après les marxismes*, tomo II, p.205-239, bajo la dirección de M. Vakaloulis y J.-M. Vincent, L'Hannaltan, 1997.

²⁴ Ver el hermoso artículo de Alain Blum, "Le totalitarisme a l'épreuve de l'administration en URSS", en la revista *Communisme* n°47 -48, 1996, que muestra cómo, durante los años 30, los institutos de estadística producen con perseverancia datos más o menos corraos, según los procedimientos más clásicos, a través del fuego de las pruebas (deportación, ejecuciones) que caen sobre sus responsables.

sión a atribuir a la eficacia de la violencia ciega lo que se hizo a pesar de ésta, es decir, en realidad, por el hecho que la forma social colectivista, a pesar de su permeabilidad constitutiva al despotismo, pose/a por otra parte ciertos elementos decisivos y duraderos de referencia racional y razonable.

SIMPLES OBSERVACIONES SOBRE UN AMPLIO SUJETO.

El fin del sistema

1. El fin del sistema presenta de notable que responde, como muestra en profundidad Moshe Lewin, a una "muerte natural". Esto quiere decir muchas cosas.

Por un lado, no fue derrotado militarmente ni por una revolución sangrienta, sino en cierto modo por agotamiento de su paradigma. Esto ciertamente en un contexto de competencia entre los "dos bloques". Y en este sentido, el colectivismo fue, especialmente en la URSS, vencido. Económicamente vencido. No ciertamente sin que el campo adversario se privara de hacer todo para que se diera un resultado así, negando constantemente una cooperación significativa. Sea lo que sea, la URSS nunca pudo "alcanzar" a Occidente. Se puede ver en esto la manifestación de los límites de la producción económica del paradigma organizacional: más allá de cierto grado de complejidad, los costos de transacción de una coordinación burocrática crecen en forma exponencial.

Tampoco se deben descuidar las coyunturas características de los fines de reinado: la capacidad anticipadora de la clase dominante para tomar conciencia de que su interés es pasar a otro sistema de dirección (como ya los aristócratas se habían proyectado masivamente en un futuro burgués). Se nota en el extraordinario entusiasmo neoliberal que intenta insuflarle a la sociedad: sin esperar hacer tabla rasa. Tabla rasa sobre la cual ella piensa llevarse la apuesta, siendo la mejor colocada para hacerlo, a raíz de la existencia, entre "capital cultural-y-de-relaciones" y "capital económico", de una "tasa de cambio" que le brinda las mejores oportunidades en la repartija del botín. Quedan las resistencias de una fracción de la antigua clase dirigente, que ve las cosas (la hegemonía y el juego de las alianzas) de otra forma e insiste en las virtudes socialdemocráticas y nacionales del amplio mantenimiento de una propiedad pública. La peculiaridad del momento sería entonces, como dice M. Lewin, la existencia de dos derechas, dualidad vinculada, me parece, a la relativa disyunción de los dos factores-de-clase que, en el capitalismo, están mucho más estrechamente imbricados uno con otro. Resta que estos dos factores-de-clases presentan distintos efectos-de-clase y que el objetivo de la lucha en vistas a la emancipación "socialista"²⁷ no pone a estas dos derechas necesariamente espalda contra espalda.

2. Se notará que se pasó aquí progresivamente del "racional" al "razonable" (el cual, por definición kantiana, incluye el precedente)²⁸. La muerte natural no se aprecia solamente en los *términos* negativos de una imposibilidad de avanzar económicamente únicamente mediante la planificación, sino también respecto a cuanto la eco-

²⁷ Tomo aquí el término en sentido positivo: lucía orientada hacia el dominio de estos dos factores de la coordinación de la producción en la época moderna, de tal manera que dejan de generar relaciones de clase.

²⁸ Es uno de los temas de *Théorie générale*, Libro III, capítulo 9.

nomía planificada, y sus presupuestos, han realizado de hecho: un pueblo explotado y oprimido, pero que también se convirtió en un pueblo moderno y cultivado, ingobernable para el despotismo.

Se encuentra aquí el concepto marxiano de "sepulturero", que intenté generalizar no hace mucho en la "fábula del torbellino", es decir según una visión circular de la modernidad, que la visión lineal salida de Las Luces y retomada por el movimiento obrero ocultó: el capitalismo produce asalariados cada vez más numerosos e inteligentes que terminan, en los términos de las convulsiones debidas a las "contradicciones del mercado", por tomar el poder; instalan la burocracia, que termina ella misma produciendo empleados demasiado inteligentes y numerosos para estar confinados al orden colectivista que finalmente, por sus resistencias, alergias y otras disidencias, hacen explotar el sistema, devolviéndole sus oportunidades a la iniciativa privada (individual o asociativa). La alternancia clásica entre la izquierda y la derecha constituiría la forma mínima de este torbellino, la "revolución" su forma máxima²⁹.

Fábula, por supuesto, que sugeriría la naturaleza del movimiento de la sociedad en la época moderna, el terreno de lo posible en esta efímera modernidad que constituye todavía la lógica social en la época contemporánea^{*0}. El análisis diverge entre por un lado quienes se concentran en la obsolescencia del modelo planificado y por lo tanto en el carácter propiamente "físico" de esta muerte natural, y por el otro quienes colocan el acento en el rol activo de la protesta obrera, de la disidencia, del vínculo entre la desafectación respecto al partido y la emergencia de una contra-cultura urbana juvenil (marcando la generación misma de los padres), de la toma de conciencia de la ineficacia del sistema, sin contar el impulso dado desde el exterior por las revueltas obreras y populares en Europa central, etc.. Es cierto que la "muerte natural" no utiliza al "sepulturero". Pero éste figuraba en realidad bajo el eufemismo de asesino.

Me parece que no se sobrepasa la tensión entre estas dos aproximaciones a menos de representarse que el colectivismo es ya desde el punto de partida un fenómeno moderno, que difunde ideas modernas (no: "un jefe y una patria", sino "los soviets más la electricidad"), ideales y exigencias modernas, es decir, de libertad e igualdad al igual que de racionalidad. La forma en que se constituye la relación de clase colectivista (y que abre, por las razones que se vieron, a todas sus patologías) es en primer lugar anunciada como la buena noticia de la democracia, la forma de organización común establecida en común. Que haya carencia, desde el punto de partida marxiano, en tal concepción y que la lógica del todo-planificado sea de naturaleza a transformar la propiedad pública en propiedad estatal, con toda una serie de implicaciones y consecuencias institucionales perversas, no impide que toda la ritualidad política subraye, en manera tan derisoria como ostentatoria, que el país está dirigido por los elegidos del pueblo que tienen cuentas a rendir, porque la cosa pública es asunto de todos y la creencia asunto privado. Lo que no carece de relación con la situación caracterís-

²⁹ El concepto metaestructural no designa sólo una relación tipológica de *afinidad* entre sistemas diferentes, sino una relación *real*, o sea el principio de los pasajes de uno a otro, y regresos (que son siempre regresos de otro).

^{*1} No es éste el lugar para analizar la naturaleza de la "posmodernidad" que aquí se designa. Insisto solamente en que el concepto de "post" está suspendido al de "modernidad", del cual intento contribuir a producir los límites conceptuales.

tica de la gran empresa capitalista, hasta que no se establezca cierta relación de fuerza local y global, donde se subraya por todas partes que cada uno es perfectamente libre, pero donde cada cual sabe que a la primera veleidad de asociarse con el vecino y organizar un sindicato será despedido. A escala de una sociedad que tiene algún rasgo de la empresa integrada, la situación es evidentemente más difícil de enfrentar.

Esta comunidad del mundo moderno debe ser buscada evidentemente en sus estratos más profundos, en lo que se expresa también en sus discursos más elevados, es decir los más oficiales. No que haya que tomarlos por dinero contante. Dicen efectivamente que el orden moderno es "constitucional", fundado en un discurso que es nuestro discurso común. El discurso de la interpelación de cada uno a cada uno como libre, igual y supuestamente igualmente racional. Lamentablemente este discurso es muy corto y demasiado corto para transformar los vínculos sociales en relaciones de comunicación. Nunca es proclamado en su inminencia inmediata salvo en las formas estructurales estructuradas por las "mediaciones" mercantiles y organizacionales, y las formas de clases a las cuales éstas dan lugar.

Pero nunca sin que subsista la interpelación, que estimula las pretensiones al autogobierno, al libre pensamiento y al libre viaje. Es necesario entonces considerar un fenómeno tal que el fin del colectivismo en toda su dinámica y sus potencialidades no agoten el horizonte de las formas renovadas de la "regulación" de una misma y obsesionante relación social, de un sistema que renace como el Ave Fénix de sus formas institucionales transitorias.

El concepto de metaestructura difiere del de especie divisible en varios sistemas en cuanto es un concepto de la dialéctica, del movimiento, del pasaje de uno al otro fundado en "la identidad de uno y el otro", es decir de la identidad de sí mismo como posibilidad de elección entre uno y el otro. No de cualquier posibilidad. El objeto de una teoría general de la sociedad moderna es pensar el terreno de posibilidades específicamente moderno, el cual presupone por este hecho la unidad. Más allá de la regulación, ésta interroga sobre las condiciones trascendentales de la constitución de la regla, -trascendentalismo totalmente histórico que abre a la historicidad de la regla, pero que excluye que las reglas sean concebidas sólo como maneras particulares de regular leyes supuestamente naturales.

Naturalmente hay que tomar al colectivismo en todas sus contradicciones. Pero no se puede descuidar su lado radicalmente moderno. Por ejemplo las dimensiones de impersonalidades que comporta. No sólo en el uso "pasivo" pero generalizado de la *moneda*, salvo el trueque, que en sí no es aquí un rasgo de arcaísmo, sino que llega en ayuda de un sistema cuya carencia no es justamente su falla de modernidad, sino su unilateralidad en la elección de una forma exclusiva de la coordinación racional. El rol de los *diplomas* y otras distinciones administrativas, -contrarrestado por el examen de la "calidad" de las personas por parte de las instancias del Partido, pero éste es una emanación funcional de la racionalidad moderna unilateralmente organizacional. Modernidad impersonal de la abstracción de la planificación misma.

Es necesario agregar además que la modernidad no está presente sólo por defecto, por una especie de forma veleitaria de existencia que se desmiente ella misma en seguida. Tomemos el caso de la movilidad del trabajo, ampliamente reconocida, como un rasgo marcante del sistema. Se puede ciertamente aproximarse a él en términos

puramente sistémicos-rationales, relacionarlo con el exceso crónico de la oferta sobre la demanda de trabajo. Pero deben primero existir las categorías de oferta y demanda, es decir de mercado en cuanto éstas implican las categorías jurídicas de la contractualidad interindividual, que significa que en principio (salvo excepción, inmensa excepción del trabajo forzoso, pero precisamente expuesto siempre como excepción, discurso cínico, pero necesario en la época de la "república" moderna), en principio se elige la profesión, se elige la empresa. Y uno no se priva de ello. Si la consideración del exceso de oferta de trabajo respecto a la demanda, en sí misma muy pertinente, no alcanza, es porque el tratamiento en términos de entendimiento no puede ocupar todo el lugar. La "movilidad" de los trabajadores soviéticos, al igual que la migración contemporánea a escala global, que no tiene nada que ver con el vagabundeo de los pueblos nómades ni con las distintas invasiones que conoció anteriormente la historia, responde al mismo tiempo que al hambre y al deseo de la ciudad, a esta disposición moderna fundamental, comprendida por todos como una promesa de emancipación, según la cual cada uno se supone es dueño de sí mismo, de sus movimientos y de su establecimiento. Sin lo cual no se comprende gran cosa de esta inmensa ebullición revolucionaria que fue el comunismo.

Es por ello que también existieron los Gorbachov y otros. Los tiempos son duros, es cierto. Pero la Rusia vendida, saqueada, se reintegra finalmente al amplio mundo mundializado, en el seno del cual una lógica ya universal, aunque históricamente muy transitoria, y de la cual intenté evocar aquí algunos rasgos mayores, se refracta irresistiblemente en cada una de sus partes.

*Anatomía de una crisis*¹

Moslie LEWIN

Traducido del inglés por CorneliusCrowley

EL ORIGEN DE LA CRISIS

Hoy Rusia ya no es una superpotencia. No posee ni economía, ni Estado, ni sistema que funcionen; muy a menudo ni está en la actualidad. En este momento de su historia, Rusia es una nebulosa sumergida en una profunda crisis cuyo efecto es darle a la realidad el aspecto de una pesadilla surrealista, dando lugar a las previsiones más lúgubres. Sin embargo, la crisis es real y comporta, en efecto, algunas implicaciones inquietantes. No es fácil analizar la naturaleza de esta crisis: para hacerlo, faltan herramientas ya probadas y no todas las que tenemos tienen la misma eficacia. La focalización sobre algunos dirigentes -aun si parecen contar (o por lo menos uno de ellos) como los únicos actores clave de la situación- no alcanza. Es más fácil, evidentemente, identificarse con personalidades que se aman o se detestan; pero "crisis" y "proceso" son de naturaleza impersonal y exigen reflexión, no emoción.

El rasgo dominante de la situación actual es su "fluidez". Si la calificamos de magma dramatizamos, pero no exageramos. Porque, en efecto, es tan difícil diferenciar entre las burbujas en la superficie y las duras realidades del fondo. Una reevaluación de la historia rusa, incluidos algunos temas tratados previamente², es indispensable. Una crisis, después de todo, participa en un flujo histórico; lo que provoca la caída del sistema precedente sigue pesando sobre el intento actualmente en curso. Vale también subrayar que el sistema perimido no era de ninguna manera lo que pretendía ser. Las fabricaciones ideológicas constituían no obstante un peligro para el sistema precedente, dado que un exceso de camuflaje privaba a sus miembros de un conocimiento de la realidad efectiva del mismo. Probablemente el sistema respondía a algún proceso "modernizador", aunque extrañamente no moderno. Sus dirigentes pertenecían a la clase de los burócratas industrializadores; pero a diferencia de sus homólogos japoneses, por ejemplo, los dirigentes soviéticos exigían igualmente el control de la propiedad y la gestión efectiva de la economía. La crisis fue por lo tanto de un sistema burocrático, cuya naturaleza debe aún ser definida. El hecho que, salvo el trabajo de algunos pioneros, faltan investigaciones profundas sobre el fenómeno burocrático

¹ Este texto es la traducción del capítulo final de la obra de Moshe Lewin, *Rusia/URSS/Russia: The Drive and Drift of a Superstate*, The New Press, Nueva York, 1995.

² En capítulos anteriores del libro de M. Lewin, *op.cit.*

soviético no nos ayuda para nada.

Sin embargo, ese sistema suave a base de privilegios -que funcionaba fuera de todo criterio de desempeño- , que no encontraba ningún cuestionamiento político directo de envergadura y que neutralizaba rápidamente cualquier surgimiento de una oposición, era sólo una fachada que le daba al barco en peligro de naufragar el aspecto de un glorioso sputnik. (El sputnik no fue ningún accidente, pero esto no modifica en absoluto el veredicto y no le saca nada al aspecto profundamente arcaico inherente al sistema, heredado de la época stalinista). La clase dirigente soviética no es el primer grupo de este tipo que interpreta una esclerosis muy real como una simple resaca. Las fuentes del dinamismo estaban cada vez más obturadas por el hecho que un grupo de intereses bloqueaba cualquier reforma y cualquier adaptación al mundo real. Los "mecanismos" de autoconservación y de renovación interna se volvían cada vez más tenues y terminaron por apagarse.

Así, una buena percepción del pasado de este sistema y de sus aspectos principales nos ayudará a ubicar la crisis en curso en un marco que hará más comprensible su desarrollo. En mis análisis me pareció útil acentuar la gran ola de mutaciones sociales vinculadas con la urbanización general de la URSS que verá occidentalizarse progresivamente a una gran parte del país. Parto de ahí. Al mismo tiempo, la resonancia entre el país y su pasado rural, mujik, llegaba al punto de ruptura. A causa de un sistema de Estado fundado en un cimiento social todavía profundamente enraizado en una tradición milenaria, las dificultades no dejaban de acumularse en la intersección de estas líneas de conexión/desconexión con Occidente, con el pasado. Mientras, la realidad social de los últimos cuarenta años conocía imperiosas conmociones. Una transición de esta envergadura -y tan reciente- de una era sociohistórica a otra, muy diferente, permite comprender una buena cantidad de evoluciones sociales, culturales, ideológicas, y en particular la insuficiencia de un puente ideológico denominado "marxismo-leninismo" lanzado tan precariamente por encima de un paisaje humano tan movedizo. La búsqueda, en distintas creencias a menudo pasablemente obsoletas, de identidades nuevas o viejas, las vueltas y maniobras de los dirigentes, que dudaban entre un cierto tipo de internacionalismo soviético ("la nación soviética") y distintas versiones de nacionalismo -entre ellas el chauvinismo pro-ruso- en su búsqueda de una idea social e imperial unificadora eran manifestaciones de una pérdida de vigor, de *estructuras a la deriva*. Son muchos los factores que jugaron un papel en la elaboración y desarrollo de este sistema que, ahora, contribuirían a su fracaso. Hasta a la elaboración de un nuevo orden.

EL FACTOR IGNORANCIA

Una soberana "ignorancia" de las realidades políticas y sociales del país sería una de las principales causas de la caída del régimen. Esta ignorancia, aliada a otros aspectos que abordaremos, hizo perdurar la crisis desde el desplome del régimen. A su llegada al poder, los reformadores buscaban y tanteaban a ciegas. ¿Qué conocimiento tenía realmente Gorbachov de la situación real o de las instituciones que debía comandar? ¿De qué conocimiento o comprensión teórica del sistema disponían las

clases de intelectuales y profesionales, dadas sus condiciones efectivas de trabajo, caracterizadas por posibilidades muy limitadas de debate y de búsqueda? Faltaba una buena comprensión del sistema anterior, lo que ya representaba de por sí un poderoso freno a las reformas. Pero la dificultad residía además en la falta de conocimientos confiables respecto a los sistemas que debían servir de modelo de reemplazo del viejo. No es necesario insistir con este problema en la situación actual.

El conocimiento que los occidentales teman de Rusia era, naturalmente, de mejor calidad que el que los rusos tenían de ellos mismos. Su alcance sin embargo también fue puesto a prueba por los acontecimientos recientes. De hecho, no hubo ninguna anticipación occidental de lo que iba a ocurrir en Rusia, ya que la mayoría de los occidentales no tenía ninguna inteligencia del proceso histórico, de la interconexión entre diferentes dinámicas históricas, de su impacto en el sistema anterior ni sobre la crisis que estaba en gestación. Como sucede a menudo, el resultado sería una confusión entre la descripción de los problemas y su análisis. Una considerable energía sería ciertamente consagrada a la producción de una contraideología, a un trabajo de "desenmascaramiento", pero el desenmascaramiento crónico terminaría impidiendo la producción de cualquier conocimiento efectivo.

La tendencia dominante entre los expertos en Rusia fue concentrarse en la acción de Estado y la dirección política que parecía la única fuerza que actuaba, sobre todo si se comprendían las cosas en términos de "totalitarismo". La alternativa es considerar el Estado sólo en cuanto simple participante en los procesos constituidos por acciones y reacciones, donde intervienen una multitud de otros participantes -sociedad, economía, cultura-, completando, neutralizando, pervirtiendo a veces, o simplemente anulando, acciones e intenciones del gobierno. Si "Estado" y "burocracia" son a menudo tomados como una única entidad conjunta, la burocracia de Estado constituye una realidad social compleja específica, con sus tendencias internas espontáneas, en interacción con otras tensiones e impulsos sociales. En suma, el cuadro de conjunto está gobernado por procesos que en general están controlados en manera débil o espontánea.

Sin embargo, el proceso histórico soviético -que debía constituir el tema y acercamiento dominantes- estaba en gran parte evolucionando "en otro lado". Esto era válido para la época de Lenin, de Stalin y de sus sucesores; vale todavía hoy. Tales afirmaciones no tienen nada que ver con la negación del poder del Estado y de los dirigentes; estos últimos sin embargo deben ser colocados en un boceto más amplio, donde los Estados pueden aparecer como siendo menos poderosos, hasta impotentes. Analizando Rusia y todas las demás repúblicas de la Unión, nadie puede autorizarse la denegación de este tipo de proposición. En un momento dado, el núcleo del poder en el sistema, aunque conservaba su aspecto inmutablemente imponente, ya no ejercía más ningún control sobre los acontecimientos. No se trataba ni de una cuestión de personas ni de impericia estratégica. Factores impersonales que parecían gobernar a intención o a impulso no dejaban de operar a la velocidad que les era propia; de ninguna manera se podía suprimirlos y éstos seguían generando ciertas tendencias -sociológicas, económicas, ideológicas- tanto entre la población en general como entre la élite. La emergencia de disidentes es el índice de cambios en este orden en las actitudes; estudios más profundos han podido demostrar que estas tendencias estaban

muy difundidas.

Que un régimen tan pesadamente aferrado a la "planificación" -es decir, a la regulación administrativa- haya podido volverse ciego y desamparado una vez colocado ante fenómenos que únicamente podían resolver medios políticos o, mejor, político-democráticos, da la medida de la astucia de la historia. Al rechazarle a la sociedad toda implicación política, el sistema se negó la posibilidad de entrar en la era moderna. En estas condiciones, la confianza puesta en la eficacia de las agencias de seguridad del Estado y de los servicios secretos, en todas partes típica de los Estados conservadores y "seguritarios", firmaría "magistralmente" su fracaso. Al ir ganando la "stagnación" el conjunto del sistema, las dificultades no dejaron de acumularse; éstas serían camufladas; la decadencia del régimen provocaría una profunda crisis de valores en toda la sociedad: especie de vacío político y moral que hizo vulnerable al régimen y que afectó en primer lugar al mundo "oficial" en su conjunto.

La penuria o ausencia de un pensamiento teórico y político capaz de enfrentar la complejidad de hoy hipotecaba la búsqueda de programas de cambio: de todas maneras, la búsqueda era o desaconsejada o prohibida. En el reino individuado del "factor ignorancia", el sistema se hundía en una crisis generalizada que deseaba ignorar.

En forma subterránea o en privado -en seminarios académicos cerrados, en la conversación espontánea, hasta en los círculos del poder- a partir de finales de los años cincuenta y buena parte de los sesenta (mucho antes de la llegada de *laperestroika*) se llevaron a cabo búsquedas para encontrar ideologías que permitieran renovar el sistema (o combatirlo) así como los medios para escaparle al marasmo económico: es decir, a la catástrofe que amenazaba. En el curso de esos años, el debate, antes que nada económico, que haría eclosión en cientos de publicaciones mostraba todavía cierto vigor, pero la abundancia de ideas sería frenada en seco después de la Primavera de Praga. Algunos años más tarde, las reformas de Kosiguin, que habían permitido la eclosión de tales debates, conocerían el mismo destino. La "stagnación" (*zasioj*) que se instalaba tendría como efecto disuadir el estudio y el idealismo, minando la moral de las fuerzas que hubieran podido proponer ideas de emancipación a una población que, instruida y urbana, estaba sin embargo en un estado de abandono político, social e ideológico.

Todo esto tiende a demostrar que la situación actual en Rusia no es producto sólo de los años recientes, que sus raíces se remontan lejos en la historia. La confusión y el vacío ideológico, ya evocados, eran particularmente perceptibles en el curso de los "años de decadencia" (*zastojnye gody*), que conducirían a una mentalidad decadente y al regreso de ideologías prerrevolucionarias entre las menos atractivas, terminando por dejarle en herencia todo en bloque a la Rusia de hoy, "poscomunista", presa de sus crisis.

UN ESTADO (DE NUEVO) EN BÚSQUEDA DE UN SISTEMA POLÍTICO

A este punto, puede resultar útil agregar una idea susceptible de ayudarnos en el diagnóstico de males anteriores y en la reflexión sobre posibles remedios. "Crisis de un Estado en falta de un sistema político": una noción que estaba implícita en la

descripción de las dificultades del régimen precedente. Esto responde al logro terminado de un sistema burocratizado y, en los hechos, "desideologizado". Es cierto que existía cierta complicidad popular y que existían grupos sociales para sostener el régimen, activamente o por defecto. Pero se trata de un Estado que era, o estaba por convertirse en, casi autónomo como estructura de poder, que trataba a los factores sociales, en líneas generales, como el polo destinatario de sus intentos de manipulación y de control. Las señales emitidas desde afuera hacia el interior del sistema eran captadas, a veces repercutían en algunas decisiones; sin embargo, las administraciones de Estado del régimen no estaban rodeadas ni de organizaciones sociales que gozaran de relativa autonomía o independencia, ni de movimientos libres de competir con o cuestionar al Estado, o de participar activamente en el sistema político. Este podría haber sido el rol, como en otros lados, de los medios, de las asociaciones profesionales, movimientos culturales, partidos políticos, iglesias o sindicatos. Se trata de componentes de un sistema político viable, donde las instituciones de Estado y las emanaciones de la sociedad civil no se limitan a la tarea primaria consistente en socializar a los ciudadanos en un sistema dado, si no participan también en el trabajo de elaboración política de este sistema. Visto desde este ángulo, el Estado soviético había logrado convertirse en un Estado desprovisto de sistema político, ya que aún si de hecho existían organizaciones de este tipo, estaban bajo vigilancia dado que en el fondo eran agencias auxiliares del Estado, cuyas iniciativas obedecían a sus instrucciones. Esta situación terminó por perjudicar al régimen, vetándole cualquier posibilidad de renovación. El remedio además exigía la creación de un Estado que comportara también la instauración de un sistema político que incorporaba y desarrollaba una sociedad civil, especialmente las élites y las redes dirigentes indispensables al funcionamiento de un sistema moderno, aunque no se tratara obligatoriamente o exactamente de una democracia de tipo occidental. La exclusión del público en general del proceso político terminaría por llevar a la exclusión de estas redes dirigentes de la historia. Este pretendido logro que evoqué habría movilizad la tendencia del sistema a impedir la emergencia en su seno de instituciones alternativas, convirtiendo así este derrumbe más bien brusco (puesto en evidencia, más que provocado, por la acción de Gorbachov de abrir las compuertas) en una crisis de increíble complejidad.

Otra circunstancia agravante concierne a la sociedad urbana, cuya mutación se llevó a cabo en el contexto de carencias y restricciones inherentes a las condiciones soviéticas. La intensidad y lo inédito de una situación que veía a millones de campesinos yendo hacia un entorno urbano resultaron ampliados por el hecho que el sistema trababa cualquier intento de establecer los vínculos comunitarios o las instituciones autónomas indispensables para la construcción de una organización urbana viable. Estructuras poderosas de incorporación en grado de ayudar a las personas a encontrar su lugar o su sentido de pertenencia, a adaptarse a una nueva cultura, con sus propios valores, habrían constituido una intolerable competencia para un agregado Partido-Estado en envejecimiento. La debilidad, o la ausencia en las ciudades soviéticas de tales factores de cohesión y de estructuración convertía a la urbanización soviética en una experiencia de fragmentación y de desarraigo, aumentando ese profundo sentimiento de vulnerabilidad y de desconcierto, impidiendo la emergencia de una cultura urbana más robusta.

Todos estos problemas eran reales, y lo siguen siendo, como lo demostraron (o lo demostrarán) estudios sociológicos y psicológicos de las sociedades soviéticas urbanas. Sin embargo, los conocimientos necesarios en este terreno se adquieren "haciendo camino"; y esto es lo que efectivamente está sucediendo, a juzgar por las distintas publicaciones de los mejores textos producidos por la investigación de Rusia y las otras repúblicas, disponibles actualmente en la prensa y las revistas académicas'. Estos conocimientos indispensables deben ser adquiridos rápidamente, en "tiempo real", de alguna manera, porque los problemas son acuciantes. Pero una vez reconocida la amplitud de estas dificultades, comenzamos a concebir cómo una serie tal de sacudidas pudo contribuir al carácter de esta "crisis global" tan agotadora.

¿POR QUÉ UNA CRISIS GLOBAL?

Sabemos muy bien ahora que nada ocurrió "bruscamente" en la URSS: ni la descomposición del régimen, ni la ola de reformas, ni el desmembramiento de la Unión. En revancha, fue brusca la emergencia simultánea a la superficie de la mayoría de los males.

La crisis necesitó algunas décadas para desarrollarse: es lógico pensar que la crisis ya era aguda cuando se vio a Brezhnev, prácticamente al borde de la muerte, viajar a Alemania para representar a la URSS. Su reemplazo por una sucesión de dos secretarios generales, ambos afectados por enfermedades mortales, sólo agrega el lado morboso de la situación. Teniendo en cuenta esto, la complejidad de la crisis actual se comprende como un efecto de la herencia de una decadencia de larga duración, agravada, diría, por los intentos llevados a cabo para desembarazarse de la vieja estructura y reemplazarla por otra cosa.

El carácter global de la crisis es también una herencia de la burocratización generalizada del sistema precedente. Si esta burocracia impregnó todo, pasará lo mismo con la crisis sistémica. Nuestro sentimiento de incompreensión -y esto ilustra mi propósito- responde también al hecho que la burocracia soviética constituye una de las zonas de sombras más flagrantes en nuestro conocimiento del régimen. Cuando el centro se puso a flaquear, el conjunto de las fuerzas potencialmente centrífugas -especialmente las repúblicas, antes mantenidas bajo control- se alzaron contra el "centralismo" de Moscú. La desagregación demostraba que el régimen no había dejado de acumular problemas sin resolverlos, lo que podía producir sólo una situación explosiva cuando las paredes finalmente se cayeran.

Cuando un sistema totalmente englobante queda acostado panza arriba como una tortuga, una de las recaídas es la obligación, para llamarla así, de reinventar a su sucesor, en todos los aspectos o dimensiones principales de la vida, de la economía, hasta la escuela y las instituciones políticas, de los ciudadanos a los dirigentes: y si es posible, casi enseguida, cuando los esquemas, los cuadros y los dirigentes dotados de la autoridad que exige tal empresa comienzan apenas a emerger; cuando -hecho aún

¹ Se encontrará en los catálogos del editor M.E. Sliarpe, Annonk, Nueva York, una lista de obras de referencia y de revistas especializadas en la traducción de artículos (rasos y otros) sobre temas de derecho, filosofía, economía y otros campos.

más grave- un Estado legítimo en grado de actuar eficazmente está apenas en su infancia. El problema, a decir verdad, no es más el centralismo, sino la falta de un centro fuerte, mientras jefes regionales cada vez más despreciativos literalmente guardan miles de decretos en los cajones.

Una crisis así no es, por supuesto, habitual; los precedentes que constituyen otras crisis globales son entonces instructivos. Pueden evocarse distintas "épocas de disturbios" (*smutnoe vremya*), en las que Rusia estuvo perdida en un "vacío sistemático": las guerras campesinas del siglo XVIII, menos destructivas pero igualmente cargadas de amenazas; la revolución de 1905, en la que, por un tiempo, la monarquía estuvo paralizada; los terribles años 1917-21 con el derrumbe de la monarquía y en su estela una sangrienta guerra civil. Son ejemplos que no tienen nada que envidiarle a los *smutnoe vremya* de comienzos del siglo XVII. Actualmente estamos ante una nueva "época de disturbios", muy distinta en varios aspectos de épocas precedentes, que no comporta ni revolución ni guerra civil, y sin embargo es de una complejidad sin parangón.

En todos los casos precedentes, terminó operándose una recomposición de los pedazos, terminando en una nueva entidad capaz de funcionar. Y es importante comprender cómo y a través de quién se produjo. Sin embargo, la crisis actual en Rusia seguirá su curso en tanto un *locus* político activo o una alianza de fuerzas no hayan adquirido la credibilidad y visibilidad que permitan retomar en mano y dominar la situación. Como podía esperarse, esto no se ha producido todavía: al país aún le faltan las fuerzas políticas coherentes que debían haberle entregado los programas necesarios a la consolidación del cambio, a la reelaboración de un sistema. Las fuerzas existentes todavía van a tientos; están fragmentadas, mal dirigidas. Sin embargo, en los gobiernos y asambleas locales existen personas dispuestas a jugar un papel de dirección. Pero, curiosamente, la mayoría de las figuras de proa ya comprometidas en el trabajo de reforma tanto a nivel local como central salieron del sistema precedente. Regresaré más tarde a este punto para reflexionar sobre algunas de sus implicancias.

GORBACHOV Y LA INTELLIGENTSIA

Conforme a la naturaleza de este sistema, la iniciativa de Gorbachov tomó casi el aspecto de un golpe procedente de la cima: algo posible por la dimensión piramidal (*verjushchnyi*) del Partido-Estado. Las decisiones de fondo -entre éstas la elección de Gorbachov de ocupar la posición principal- eran tomadas sólo por un pequeño núcleo de dirigentes. Los resultados de este golpe debieron sorprender hasta a su principal arquitecto, quien se sintió obligado "a abrir" el sistema cada vez más (más de lo que él había originalmente previsto), provocando así un momento eufórico de libertad. Pero esto crearía también un momento de verdad, desencadenando la confusión entre los partidarios de la apertura y el espanto de las fuerzas conservadoras -el conjunto de los elementos que forman el "mecanismo de freno" (*mehanizm tormozheniya*) sobre el cual descansaba el régimen. No había ninguna razón para creer que éstos no replicarían, así como no había garantía de la unión de los reformadores o que sabrían qué hacer o cómo hacerlo. Tanto la primera como la

segunda hipótesis de hecho se realizaron.

Al golpe gorbachoviano, desde la cima, le seguiría un empujón caótico desde abajo contra el sistema. Con el debilitamiento de los mecanismos de control, todos los males del país acumulados bajo el espeso camuflaje del monopolio del régimen -las heridas, las negligencias, la desesperación, todo aquello que tenía una urgente necesidad de reparación- saldría a la superficie, con efectos devastadores de una complejidad multidimensional. Era inevitable, hasta indispensable dada la situación: era necesario que el país tomara conciencia de toda la extensión y toda la profundidad de sus problemas, hasta entonces insospechados.

La apertura de las compuertas que permitió la *glasnot* tendría dos resultados. Primero hay que constatar la ausencia de reacción a cualquier estrategia ordenada, progresiva, de reforma. Preservar el Estado sin ir más allá de una "cooplación" de la sociedad civil como medio para renovar el sistema -como Gorbachov había esperado al comienzo- se reveló imposible. El viejo sistema de Estado estaba en quiebra, política y económicamente, y su desagregación se había iniciado aun antes de la aparición de nuevas instituciones en grado de asumir el relevo y hacer marchar la economía, de reformar el sistema educativo, de preservar la cultura, de reconstituir el Estado, de hacer frente a las distintas nacionalidades, de reformar el aparato judicial, de reaccionar a una crisis de valores. Tal enumeración permite tomar conciencia de que una avalancha así de tareas sobrepasaba, por definición, las capacidades de no importa cuál dirigente. Sobrepasaba asimismo las de las élites existentes y especialmente las de la intelligentsia soviética, por lo menos a corto plazo.

En segundo lugar, la consigna de *glasnost* permitía a la intelligentsia asumir una enorme influencia en el modelaje de la percepción de la realidad. Pero la inclinación de numerosos intelectuales a la propagación de rumores, a la reacción histérica, sólo inflaba las miserias del país, haciéndoles cobrar proporciones apocalípticas acompañadas por las profecías más negras. Sus esfuerzos tendrían tanta eficacia que no se tendría ni siquiera en cuenta que la situación, ciertamente enloquecedora, también era sorprendentemente calma, por lo menos en las partes eslavas de la ex URSS. Sí, hoy no faltan problemas, pero no obstante no hay bailo de sangre ni desordenes de masa ni guerra civil; hubo un solo golpe militar de derecha que sería revertido en 72 horas. A causa de la vehemencia de los malos augurios, uno estaría tentado de preguntarse por qué no pasa nada. Para una crisis de esta amplitud es la calma relativa, la ausencia de desorden masivo lo que llaman la atención, aun cuando la continuidad del declive y una creciente desesperación podrían todavía conducir a acontecimientos más trágicos de otra manera.

Sin duda otra herencia de una experiencia histórica difícil está aquí en acción, cuando círculos influyentes de la intelligentsia moscovita y de San Petersburgo se complacen -con un júbilo casi masoquista- de las lúgubres previsiones tanto de la aparición de un "salvaje levantamiento campesino" (el famoso *Kussskii buni*), como del regreso de una dictadura comunista (pero si una dictadura se impusiera no tendría nada de comunista). La contribución de algunos medios masivos y de una buena parte de la intelligentsia a una visión histérica de las cosas es innegable: jugó un papel en la pérdida de credibilidad, particularmente nefasta, afectando hasta las nuevas instituciones del poder del Estado creadas por las reformas, especialmente a través del apo-

yo casi automático acordado a todo movimiento separatista (algunos de naturaleza pernicioso) bajo la presidencia de Gorbachov. En efecto, habrían casi inducido, en su seno y en el país, las catástrofes que ellos mismos habían precedido con tal asiduidad.

El efecto inicial de la revelación de las atrocidades, injusticias y corrupciones pasadas fue liberador. Arreglar cuentas con un pasado poco alegre a través de la condena y el arrepentimiento habría podido sacar a los espíritus y las almas de una pesadilla nacional. Lamentablemente, en numerosas esferas, la denuncia se convertiría pronto en una estrategia y un sesgo del espíritu, testimoniando un acostumbramiento a un prejuicio de "negativismo". El interminable inventario de atrocidades e injusticias cometidas bajo el stalinismo no desemboca en el análisis. Para algunos, tanto en el Este como en el Oeste, una atrocidad nunca es demasiado atroz: si los testimonios indican que hubo varios miles de detenidos en los campos, se dirá que en realidad no puede tratarse sino del doble o el triple de la cifra citada. A sus ojos, la cifra de medio millón o un millón de ejecutados suena como una simple apología del asesinato; ellos sacan la conclusión que debían ser varios millones más. Recurrir a esta táctica tan perturbadora indica una incapacidad para vivir con la verdad, verdad ya suficientemente atroz como para que haya necesidad de ampliarla.

Lo peor sería la explotación política de las atrocidades stalinistas. El ataque por todas partes contra el Estado de la prensa "independiente" y de los "radicales" procedentes de la intelligentsia de las capitales, perfectamente justificado y bienvenido al comienzo, desbordó muy ampliamente lo que marchaba en dirección del bien para el país. Tanto furor antistalinista transferido sobre Gorbachov, tomado como blanco, era el síntoma de la esterilidad de estos ataques. Muchos parecían estar esperando recibir por parte de Gorbachov o de otro un brote instantáneo de democracia y de abundancia occidentales, algo que nadie podía efectivamente brindar sin pasar de la denuncia a una actividad política paciente y positiva. La ineficacia de una intelligentsia desorientada era parte de la crisis en lugar de ser un remedio, pero el prejuicio de negativismo seguía dominando, aun en los programas de cambio y de alternativa que comenzaban a aparecer.

Había, por un lado, una aprobación sin crítica de los modelos occidentales, fundada en el conocimiento incompleto de los mismos, en el consentimiento casi mecánico a toda posición que fuera la opuesta a la que el régimen anterior había tenido o pretendido tener. Esto iba a la par de un rechazo en bloque a todo el balance del período posterior a octubre 1917. En algunos ambientes, veía el día otra "estrategia", que consistía en despedir al pasado reciente para regresar y buscar inspiración en el período prerrevolucionario, adoptando no sólo los nacionalismos de la vieja escuela o la religión ortodoxa, sino también distintas creencias atávicas, en su mayoría bastante ferozmente antidemocráticas y francamente autoritarias, que incluían también, para dar más de la medida, una variante fascista. Estas ideologías eran hostiles a los occidentalistas del interior, haciendo resurgir así una vieja disputa que había dominado el pensamiento político ruso por lo menos desde Pedro el Grande. Sabemos que tales comentarios se consolidaron en la Rusia soviética desde al menos la década del sesenta.

A pesar de este balance, más bien negativo, no hay que olvidar ni los numerosos actos de un coraje considerable ni las obras de espíritu e integridad llevados a cabo en

esos mismos estratos, o en otras capas de esta intelligentsia: disidentes extemos, críticos en el interior del sistema, núcleo de personas luchando obstinadamente para sacar a su país de la miseria. Pero, dado que mediocridad y demagogia harán siempre más ruido que el pensamiento y la acción serios, queremos pedir prudencia a los aficionados tentados con una reescritura apresurada de la historia: corren el riesgo de verse obligados a reescribirla de nuevo, probablemente sin tener que esperar mucho tiempo.

Para regresar a los actores principales, señalamos el entrelazamiento de lo "personal" y lo "impersonal" en el flujo de los acontecimientos históricos. Si el segundo determina el entorno donde van a actuar los dirigentes, resta que sus acciones, o su inacción, cuenten realmente. Gorbachov estaba en grado de lanzar iniciativas porque ocupaba un cargo de mando en la cima de la pirámide Partido-Estado. Su poder era en parte real porque lo tenía en cantidad suficiente como para lanzar reformas y en parte simple apariencia a causa de la inercia, del desinterés y de la ineptitud de los apparatchiks y otros, susceptibles de bloquear cualquier reforma: que es lo que parcialmente hicieron. Pero una vez abiertas las compuertas para no volver a cerrarlas nunca más (algo para honrar a Gorbachov en forma perdurable) el derrumbe se produjo igual. Porque los fundamentos del poder de Gorbachov eran también, en verdad, los vectores del mal que corroía el sistema.

Con la proclama y proseguimiento de *h glasnost* -con sus parlamentos, otra novedad de Gorbachov, surgida tanto a nivel de la URSS como de las distintas repúblicas-, el sistema hipercentralizado, caracterizado por su aparato y su centro impotente, no podía durar más. Así, Gorbachov se encontró desde el comienzo sentado sobre un glaciar destinado a derretirse.

La capacidad para girar de Gorbachov fue uno de los motivos de su supervivencia en el torbellino. Su reacción inicial ante la consigna histórica de su país fue audaz; se lanzó en este emprendimiento gigantesco sin transigir nunca en lo esencial. Ese fue el "fenómeno Gorbachov" en su primera fase. La crisis nunca hubiera asumido un giro tan devastador si la historia hubiese evolucionado de acuerdo con un horario bien sincronizado: un tren que parte, otro que llega, según las necesidades. Pero la historia no fue así. Un líder apareció de improviso, surgiendo de un aparato especializado en la producción de apparatchiks, para elevarse como un meteorito en el escenario del mundo; pero en lugar de recolectar apoyo popular para un programa de reformas, se encontró prácticamente sin apoyo, desempeñándose como solista, apareciendo por momentos como una figura patética.

La evicción de Gorbachov de la escena por voluntad de instituciones creadas (o abolidas) por la *perestroika* señalaba el "fin de un fenómeno", por cierto notable. Para una opinión mejor fundamentada, habrá que esperar las fases ulteriores de la transformación en curso.

El propio Boris Yeltsin, que es producto de algunos de los pasos equivocados de Gorbachov, es un fenómeno interesante y su capacidad de resistencia tampoco debe ser descuidada. Pero su competencia como dirigente aún debe ser probada: las dudas sobre su capacidad para durar podrían ir aumentando. Al igual que con Gorbachov, las percepciones que se tienen del hombre no cesan de modificarse: ora despreciado y objeto de desconfianza, ora adulado al punto de ser, un instante, consagrado "El Rey

Boris el Fuerte" por los cronistas. Pero el *¿cono del Rey* Boris ya lia sido olvidado. El último referendun, en mayo 1993, pareció haber restablecido su aura por encima y ante el Parlamento que había desafiado su estrategia de reforma y que fue dispersado con armas pesadas en septiembre de 1993. Pero el nuevo Parlamento elegido en 1993 vería el desconcierto de los principales apoyos de Yelstin, puestos en minoría. Y éste se vio obligado a efectuar un viraje, a alejarse de las políticas del "todo mercado", precipitadas y radicales. Esas mismas elecciones marcarían hasta a los espíritus de los pesimistas más inveterados, ofreciendo al extremista de derecha Zhirinovsk'y un logro de una importancia inesperada, el 23 por ciento de los votos. Muchos pondrán este resultado en la cuenta de las políticas preconizadas por Yeltsin. Detener la deriva, revertir la tendencia hacia la descomposición sería ya una hazaña considerable; sin embargo, subsisten dudas muy reales en Rusia sobre la capacidad de Yeltsin de ser el hombre de la situación o sobre la eventualidad de llegar a tal resultado bajo su dirección. Muchos estiman que le faltan las cualidades necesarias para dirigir un país en crisis; peor aún, algunos lo consideran ya "terminado".

Queda por saber cómo sigue. La situación indecisa que prevalece en el momento en que escribo no puede ser nuestra principal preocupación aquí; pero la naturaleza fluctuante de las fortunas que conocen los diligentes políticos es, mientras tanto, un rasgo estructural que parece agotar a dirigentes y cuadros: esto es lo que nos interesa. La dirección de Yeltsin y las percepciones caminantes que se tienen de él deben considerarse en el marco de una investigación sobre los límites inherentes a esta situación histórica sin precedentes, que se tiende a comparar a un magma a causa de su fluidez y sus mutaciones imprevisibles. La tarea de los dirigentes que intentan administrar el país en medio de una crisis que se agrava es temible. La historia, en el momento en que escribo, está aún en curso de desarrollarse.

¿UNA DERECHA EN EL LUGAR DE OTRA?

Hemos señalado que el sistema soviético conoció una serie de transformaciones que lo desviaron -ideológica y políticamente- de sus posiciones y su rol de partida, claramente de izquierda, hacia una orientación claramente de tipo conservador o, según algunos, de derecha. Era evidente a quien quisiera observar la situación que la ideología declarada oficial era caduca. Las ideologías efectivamente puestas en contribución en las esferas del Estado gobernante, que estaban en conflicto entre ellas, eran variantes del marxismo-leninismo pasablemente edulcoradas con el paso del tiempo, mientras en todas partes la vena nacionalista seguía fortaleciéndose. Otra tendencia minoritaria, mucho más débil que las variantes marxistas-leninistas, era una tendencia reformista, demócrata, más o menos socialista y durante largo tiempo poco perceptible en los regímenes poststalinistas. Se puede fácilmente demostrar que durante las fases primitivas en las que la pureza y los compromisos ideológicos dominaban todavía, la presión más fuerte era la que se ejercía contra las viejas corrientes de derecha, contra las demás corrientes de las antiguas clases dirigentes y contra distintas tendencias "de izquierda" rivales. En las fases ulteriores se vería que las políticas oficiales optaron por la destrucción sistemática de toda tendencia de izquier-

da, acompañada por una tolerancia *de fació* de las distintas corrientes que no respondían a la izquierda, aun cuando las más vehementes seguían siendo reprimidas. No sorprende entonces que el sistema soviético se convirtiera en el cementerio del marxismo y el socialismo, desenmascarando al régimen desde el interior -fenómeno ya en curso en los años veinte.

En un contexto así, las ideologías occidentalizantes -procapitalistas, prodemócratas, a favor de los derechos del hombre (los dos últimos elementos siendo más perceptibles al comienzo que el primero) eran manifiestamente progresistas y liberadoras respecto a la asfixia del sistema. La agitación política actual en las élites y en la opinión pública con la emergencia y desdibujamiento de corrientes y partidos políticos son posturas de peso: ¿cuáles son las diferentes formaciones de derecha o conservadoras?, ¿qué hay detrás de las declaraciones donde se proclaman "liberal", "demócrata" o "de izquierda"?

La perspectiva, ya lúgubre, de una derecha en ascenso fue ensombrecida además por el hecho de las alianzas acordadas por los protostalinistas arcaicos con nacionalistas pasablemente molestos. El éxito de Zhirinovsky, años después, pareció sobrepasar el de todos sus predecesores salidos de la misma cepa inquietante. Durante ese tiempo -como ya explicamos respecto a las tendencias ideológicas en la intelligentsia-, la ideología oficial (pero títere) del régimen precedente -invocación del socialismo y del marxismo, orientación proletaria- era considerada dinero en contante por varios partidarios de las nuevas tendencias, entre ellos varios miembros activos del entorno de Yeltsin. Como ellos mismos habían estado entre los simpatizantes, es decir los pilares del régimen precedente, se podía esperar de su parte una mejor apreciación de la realidad de este régimen y de las creencias que habían profesado, abierta o tácitamente, en el pasado. Pero su abjuración ideológica del socialismo, presentado como fuente de todos los males, cumplía un papel preciso, a menudo deliberadamente programado: permitirles evolucionar hacia posiciones aceptables para las esteras centristas o conservadoras de Occidente, al igual que para las esferas conservadoras en el interior de Rusia. Al combatir el régimen pretendidamente socialista de su pasado como factor de peligro o amenaza para las reformas, dificultaban la creación de un tipo de izquierda que el régimen precedente nunca había considerado aceptable y que hubiera representado un rival serio en la lucha por el poder en la Rusia de hoy.

Pero tales posiciones están llenas de paradojas. Al rechazar el socialismo asimilándolo al régimen soviético -formulando, por otra parte, esta crítica en el lenguaje de un viejo anticomunismo- numerosos intelectuales llegaron a un apoyo automático de las prácticas occidentales desacreditadas ya desde hace tiempo en Occidente y a un desprecio lleno de altanería para las realizaciones y experiencias instructivas de su propio país, de las cuales ahora tendrían la mayor necesidad. El resultado ilustra bien este "factor de ignorancia" que he analizado como una manifestación suplementaria de la crisis: en numerosos círculos otrora influyentes se fabricaría un "socialismo" imaginario que no se aplicó ni se conoció para convertirlo en punto de partida de un movimiento para adelante hacia un capitalismo del que no se sabía nada: se trataba de un fundamento intelectual más bien precario para la construcción de un sistema nuevo y mejor.

Lo que buena parte de ellos estaba adoptando no era, en fin de cuentas, otra cosa

que una versión ya perimida del neoliberalismo con una inclinación por su versión de derecha. Así al menos por un cierto tiempo lograron crear una derecha fuerte (o una variante de la misma, según los casos del tablero político occidental) en el momento mismo en que asistían a la emergencia de otra derecha, de otra cosecha, estatista y autoritaria, las dos derechas teniendo en común su profundo antisocialismo. Existe por otra parte una especie de "centro", poco afirmado, ubicado entre estas dos derechas más que entre una derecha y una izquierda; porque prácticamente no subsiste en la ex Unión Soviética algo que sea del orden de una izquierda estructurada, cosa que el sistema precedente había cuidado bien que no pasara. Mientras tanto, la batalla dada por el poder en Rusia entre dos derechas (y un centro) aunque paradójal no es nada enigmática, siendo el resultado de un régimen en descomposición desde hace tiempo del cual este estado de cosas constituía la herencia. Pero esto no durará: una diferenciación más profunda, seguida sin duda de una reconstitución de varias izquierdas es previsible, en particular a causa de los nuevos realineamientos políticos que provocan algunas de las reformas a favor del mercado actualmente en curso.

Los desarrollos en curso entre los miembros del antiguo partido dirigente mantienen todo su interés. Ante todo se escucha hablar aquí de la peculiar alianza entre comunistas y nacionalistas extremistas, que realmente no representa una verdadera sorpresa. En todo el país se llevan a cabo esfuerzos para fundar o consolidar organizaciones políticas, también en las distintas tendencias de izquierda, pero casi siempre en las agrupaciones políticas que manifiestan hasta el momento una propensión especial a la escisión y a la precariedad. Por otra parte, es interesante seguir a los distintos grupos de estudio y de expertos, así como a las asociaciones políticas destinadas a reflexionar y preparar los proyectos de reforma, tanto dentro como fuera de las estructuras académicas con, en cada caso, tendencias políticas distintas.

Es difícil, diría imposible, identificar hasta hoy el contorno de las alianzas políticas futuras o las fuerzas capaces de reconstituir un sistema político que sea algo distinto a la confirmación de las alternativas pesimistas, o siniestras, a menudo discutidas. Manifiestamente, la supervivencia de Rusia depende de la restauración de un Estado viable. Este era el problema en 1917, resuelto por los bolcheviques y en 1930 por los stalinistas. ¿Quién lo resolverá esta vez?

CRISIS, ANTÍDOTOS, POSIBILIDADES

La crisis observada en la Rusia de hoy ya es una crisis duradera. Podemos suponer que habrá también una Rusia "de después de la crisis", aunque no se conozca todavía ni cómo ni cuándo. Algunas cuestiones previas pueden ayudarnos a reflexionar sobre "la anatomía" de la crisis. Si "anatomía" es una metáfora dotada de cierta pertinencia, debe haber en una crisis alguna "configuración interna", por extraño que parezca, cuando se evoca una situación que tiene toda la apariencia de un caos inestable. Pero hay que preguntarse si se trata siempre del mismo caos. ¿Existen etapas en la crisis en curso?

Un cuadro compuesto por desgracias y fragmentos, por justificado que sea, puede ser erróneo si uno se deja encerrar en la reserva inagotable de anécdotas, confundien-

do los síntomas de la crisis con la explicación de la misma. A pesar de la imagen espantosa visible en superficie, la crisis, si bien en efecto produce desgracias, *también* produce parlamentos, autoridades locales elegidas, una multitud de organizaciones sociales, profesionales, culturales y una prensa, ciertamente controlados financieramente, pero políticamente independientes, numerosas instituciones en la economía y los asuntos así como partidos de todas las tendencias, todo desarrollándose en gran parte de acuerdo con un proceso espontáneo, independiente de las políticas gubernamentales.

Estos desarrollos nos ofrecen la posibilidad de evocar dos series distintas de factores susceptibles de pesar sobre los acontecimientos en curso, factores, por el momento, entrelazados pero que se pueden y se deben distinguir. La primera serie está compuesta por los síntomas de descomposición de lo viejo, que ya he descrito, resultados de la fragmentación y de las tensiones centrifugas posibilitadas por el régimen precedente, tan poderoso en otra época; la segunda, las distintas actividades, gubernamentales y espontáneas, de las cuales algunas ya han sido aquí evocadas, que miran a la creación de un nuevo sistema.

Una focalización hacia la personalidad de los dirigentes, recordemos, aunque nos es natural, se revela engañosa: los problemas ponen en juego naciones, élites y poderosos movimientos sociales. La reconstrucción de un sistema, de una economía, de un mosaico de nacionalidades, o la cura de los males no son ni pueden ser simplemente la tarea de algunos dirigentes; tales esfuerzos ponen a prueba la estatura, el temperamento y la resistencia de las élites del país, cualquiera que sean sus orígenes. Ellas son las que deben aprobar el examen; el test que debe enfrentar un dirigente es totalmente de otra naturaleza.

Una segunda serie de factores es generada por los intentos de reforma, especialmente las medidas que miran a la introducción de una economía de mercado, constituyendo estas mismas medidas una causa de crisis. El entrelazamiento de estas dos causas de crisis -descomposición y recomposición- es responsable de la penosa situación actual que vio a Rusia perder su posición de superpotencia para verse reducida a la de "país mendigo". Pero las dos etapas tienen un carácter distinto y hay que saber leerlas: la primera indica la agonía de lo antiguo, la segunda el penoso parto de un nuevo sistema. Si la crisis es patente, profunda y compleja, la elaboración de un nuevo sistema está no obstante en curso, aunque sus contornos sean todavía borrosos, haciendo que el proceso sea más penoso para sus participantes y creando para sus observadores un temible obstáculo a su análisis.

La tendencia en boga durante los últimos años de la presidencia de Yeltsin era la búsqueda de atajos, de remedios-milagro bajo la forma de programas-consigna

- "privatización", "todo para el mercado"- administrados como una "terapia de shock". La facilidad de un "anticomunismo" tan primario como atrasado fue parte de las armas juntadas a la buena en el campo ideológico y político. La desesperación y la apatía ambientes son otro factor y contribuyen al agarrotamiento de los principales resortes de una renovación.

Si respecto al proceso de renovación el momento actual parece un vacío, ¿se trata del ojo del ciclón o nos encontramos de hecho en la bajada de la pendiente? ¿Los

síntomas siguen siendo los de una crisis antigua que se agrava aun? Este último diagnóstico es plausible: la *perestroika* habría provocado este desmadejamiento haciendo que todos los males subieran a la superficie, males mucho más numerosos que los que se creía en el país. Si éste es el caso, se trataba de una tarea histórica importante, ciertamente involuntaria, pero una precondition no obstante de todo tratamiento de los problemas. El viejo sistema estaba enfermo y debía desaparecer; eran necesarios el surgimiento y la confrontación con los problemas, en cuanto previos al proceso de su tratamiento efectivo. Esto daría a entender que para el país el ojo del ciclón -pero no los problemas de todo tipo- podría ya estar a sus espaldas. Los cinco o seis años decisivos no serían un período demasiado largo en vistas de la necesidad, a escala continental, de tomar acto de la naturaleza exacta de sus males, pasados y presentes. Encontrar los remedios, aplicarlos, puede demandar cinco o seis años más. Por todas partes hay señales que manifiestan que las personas recuperan su espíritu, que se liberan del atractivo de una visión "radical" y agitada de las cosas. Los verdaderos dilemas pueden ahora ser mirados a la cara. El país necesita una dirección política fuerte, pero ¿cómo evitar una dictadura? Si la libertad y la soberanía de las naciones deben ser instauradas, ¿cómo evitar los nacionalismos devastadores o los conflictos tan inútiles como catastróficos? ¿Cómo introducir mercados sin provocar la ruina de las poblaciones y el debilitamiento de las autoridades centrales y locales?

Manifiestamente, el curso actual recela varias salidas posibles. El área geopolítica en cuestión, formada por la historia, es probablemente portadora de distintas vías y salidas, de las cuales algunas, como es a menudo el caso en numerosas sociedades, son de naturaleza muy inquietante. La tarea que consiste en encontrar y elegir las estrategias y modelos que puedan inclinar el peso de la balanza hacia una u otra de estas posibilidades que compiten es la de los pueblos en cuestión y de las redes de sus dirigentes. Tendremos entonces que observar a los grupos en competencia por el poder y por la propuesta de programas, sin perder de vista la acción espontánea de millones de personas en todo un territorio inmenso. Una multitud de individuos, grupos e instituciones en los centros, pero generalmente a nivel local, emprenden acciones que sobrepasan la cuestión de la simple supervivencia. Manifiestamente, cada uno se esfuerza también para encontrar soluciones a los problemas que responden a su terreno de competencia.

Los gérmenes en ciernes y los brotes que van a permitir tales soluciones -al igual que un porvenir- ya están allí, en el presente. Pero no podrán prosperar sin la implicación de la masa de ciudadanos, sin la emergencia de asociaciones políticas más amplias, volcadas a la acción.

La *perestroika* reveló la falta de voluntad política, la incapacidad hasta ese día de generar movimientos políticos o programas coherentes o de una capacidad de dirección sólida. La debilidad política de la intelligentsia de las capitales, junto a la herencia de un sistema enfermo, son parte del problema. La fuerza de las nuevas generaciones no es perceptible aún, todavía está ampliamente sin haber sido explotada, mientras se discute a menudo y generalmente se lamenta el vacío entre las generaciones. Sin embargo, la composición del Parlamento elegido en 1993, al igual que las iniciativas políticas emprendidas en todo el país, permiten constatar que las fuerzas de impulso, potenciales y efectivas, algunas de ellas antiguas, muchas nuevas, ya están

en el lugar o en germen; se puede esperar, en un futuro cercano, la emergencia en el escenario de caras nuevas.

EN CONCLUSIÓN DE LO QUE TODAVÍA NO ESTÁ CERRADO

Resumamos el argumento presentado en nuestro ensayo de introducción, del cual se detallaron los distintos elementos examinándolos en los diferentes capítulos de este libro. En primer lugar un amplio esquema explicativo, completado por distintos temas anexos, que nos ayuda a comprender los sobresaltos de la historia soviética. El examen de los cambios en la esfera socioeconómica mostraba una inversión dramática que afectaba "vectores de desarrollo principales" sobre la duración de la historia soviética en su conjunto, historia que habría conocido dos fases principales. La primera fase descansaba en una estructura social dominada esencialmente por dos "actores" principales: una sociedad rural, pobre, letárgica, conservadora, hasta de cara al pasado y que constituía el grueso de la nación en ese entonces, luego un Estado más bien moderno, de cara al futuro, con sus emanaciones -entre ellas los ceñiros urbanos- capaces de aplicar programas dinámicos de desarrollo económico y resueltamente determinadas a hacerlo.

La segunda fase sería alcanzada unos cincuenta años más tarde, cuando el carácter de los actores y sus distintas dinámicas internas habrían cambiado profundamente. Se trataría ahora de una sociedad mayoritariamente (y cada vez más) urbana, dotada de una estructura compleja que no podría ser comparada con la anterior. Esta sociedad se encontró en presencia de un Estado burocrático poderoso, conservador, en estancamiento y que sin embargo intentaba gobernar a una población radicalmente cambiada. Entre estas dos fases distintas y sus realidades sociales se dio el desarrollo de un Estado que pasaría por dos regímenes políticos distintos: el primero, dominado por el "stalinismo", sería reemplazado por otro, que denominaré "el absolutismo burocrático". A pesar de su diferencia, están sin embargo vinculados por un conjunto de tendencias y rasgos comunes que se revelarían primordiales y finalmente, fatales. En otras palabras, entre las dos fases diferentes se dio el desarrollo de una burocracia, con su dinámica y lógica internas propias, las de un propietario-gestor global, un aparato Partido-Estado como vector principal y, en sus últimos desarrollos, una auténtica clase dirigente.

Las fuerzas, al igual que las desgracias, del sistema estaban en relación con el perfil cambiante de la sociedad. El sistema mantenía su dinámica mientras la estructura burocrática administraba una sociedad esencialmente rural, como es todavía el caso de China. La dinámica comenzó a agotarse a medida que el componente rural iniciaba su proceso de declive -o el componente urbano su crecimiento. Esta correlación permite formular una evidencia: un absolutismo burocrático de tipo soviético no podía hacer funcionar una sociedad moderna y urbana, siendo demasiado arcaico para esta tarea.

Estas fueron las circunstancias históricas que ocultaban, en potencia, varias salidas, entre ellas la de un conflicto entre un cimiento social más primitivo y un Estado agresivamente modernizador que producía enormes cambios así como la promoción

social (y el cambio de clase) de millones de personas. Estas circunstancias están en el corazón de las grandes batallas concernientes a la ideología y las estrategias político-económicas -batallas que, a la ocurrencia y contrariamente a las interpretaciones sumarias, habían generado numerosos leninismos antes de la aparición de un stalinismo en sentido estricto. Los conflictos que he evocado tendrán un giro dramático durante los años treinta: contienen el "secreto" no sólo del stalinismo sino también de su eventual fracaso. Esas condiciones hicieron posible, aunque sin determinarla, la llegada del stalinismo y de su principal emanación, el Estado stalinista.

Este resultado merecería, por supuesto, un estudio mucho más complejo que abordara no sólo los datos que son los acontecimientos de la época, sino también la articulación entre personalidades y crisis que atraviesa el proceso en su conjunto.

Un examen de la génesis de distintas crisis, incluida la más reciente, que fue fatal, ofrece un ejemplo preciso de lo que he denominado la "inversión de los vectores", donde lo que antes constituía la fuerza del sistema se convierte en su debilidad. Las fuentes de dinamismo y renovación del sistema se secan. Durante las últimas dos décadas, los signos de declive se habían propagado en la mayoría de las instituciones del régimen. Durante esa era de stagnación. llamada *zasóoj*, la transformación social avanzaba por su camino a una cadencia desenfrenada, marcada especialmente por las sucesivas olas de urbanización. En el marco institucional del Estado, los elementos clave fueron el exceso de centralización y los intentos llevados a cabo por la cúpula jerárquica en vistas de preservar los métodos tradicionales, sobrepasados en esta nueva sociedad que evoluciona hacia una diferenciación mucho más grande. El sistema tenía sus raíces en el viejo cimiento rural; se inspiraba todavía en él como en un cimiento que seguía siendo dominante aun cuando varios líderes ya habían comenzado a subir los escalones del poder. Sin embargo, el cimiento desaparecía a un ritmo desconcertante. Ya he descrito las tendencias en práctica en el seno del Partido y el Estado, adelantando la hipótesis de un manojo de factores que terminaron en una "trampa interna", cada vez más profunda y que carcomía el régimen. Esta trampa terminaría en un demasiado-lleno de poder en la cima, que finalmente arrastraría la singular caída de un sistema que en verdad no se hizo caer sino que, en cierta manera, se derrumbó.

Son estos rasgos, y no "la clase obrera dirigente" -un concepto ideológico manifiestamente librado de todo sentido- que constituyen el punto de partida del análisis. La historia soviética, inaugurada mediante la reivindicación de un "Estado obrero", reprodujo de hecho su clase obrera bajo una forma renovada de "proletariado" en el sentido de una fuerza de trabajo dominada, privada de derechos políticos o de una representación de clase. Los sindicatos estallan controlados por el Estado. Ciertamente se crearía un proletariado, pero sin reproducción de una clase capitalista o del capitalismo; es un Estado burocrático, con su laberinto, sus capas superiores que se convertirían en una clase dirigente consumada que controla el Estado, la economía, la redistribución del producto nacional, todo, aunque con una tendencia parasitaria porque las capas sociales que apuntalaban este Estado burocrático se inmovilizaban asumiendo la forma de intereses particulares determinados a perpetuar un poder irresponsable, una gestión económica irresponsable (sin costo) por parte de la cima así como una fuerza de trabajo poco productiva, mal paga pero poco exigente, tanto en

los escalones inferiores de la burocracia como en los estratos inferiores del sistema productivo.

Asimismo la génesis de una burocracia parasitaria, hostil a todo talento creativo, tuvo como contrapartida la producción de una fuerza de trabajo masiva pero de bajo rendimiento, en una economía que progresivamente encontró su propio interés en los niveles de vida mínimos pero garantizados que el régimen le aseguraba. Ilustró también y fue parte de un *mejanizm tormozheniya*, término ruso bastante apropiado que señala el mecanismo social que constituye un freno al cambio y que, con el paso de los años, produciría todas estas categorías cuyo interés, justamente, estaba vinculado a la continuación del declive. Así se preparó el terreno para "el problema". Este coloso, en apariencia ganador, era de hecho incapaz de crecimiento o de renovación en la esfera económica o política. Sus avances estaban dirigidos políticamente, consumados a un costo económico que había tocado los límites, mientras que en Alemania, por ejemplo, el sistema estaba dotado de un tal poder de renovación que sobrevivió a las guerras hitlerianas. Así, manifiestamente, estaban en práctica en estos dos países mecanismos históricos muy distintos.

En un libro que escribí hace un tiempo evoqué la *nekaya zaiimitirovannaya sistema* -término del lamentado V.S.Nemchinov- que designa un "sistema completamente envuelto en una camisa de fuerza". He invocado el término a propósito del sistema, y especialmente del Partido, para concluir que dado que la economía sucumbía a sus "desequilibrios" internos, al Partido se le traicionaba su pérdida del arte de conducir la política⁴. La *démasure*⁵ es otro término que consideré muy pertinente en mis intentos por comprender los rasgos específicos de un sistema en el que todo era exagerado: demasiado invasivo, demasiado planificante, demasiada propaganda, subdesarrollado políticamente (un eufemismo), en verdad totalmente despolitizado. El sistema estaba en vías de agotarse en todos lados donde "hacía de más", pero justamente éste era su rasgo distintivo. No es nada sorprendente que los principales instrumentos del sistema estuvieran averiados. El poder estaba en pérdida.

LOS CAMPOS MINADOS DEL SISTEMA

Podemos ahora regresar brevemente a esta histórica "trampa interna" que habría minado el sistema. La economía soviética trabajaba para "el Plan" (para el Estado, para la política) y no, esencialmente, para el consumidor que no tenía prácticamente nada que decir, ningún control en las decisiones (especialmente a raíz de la capacidad terriblemente "despolitizante" del Partido político). El Plan, administrado por agencias gubernamentales, "integraba en primer lugar objetivos cuantitativos, pero de ninguna manera el factor calidad ". Así, el sistema de planificación, pretendidamente supermoderno, terminaba por continuar una tradición histórica rusa, la de un dispo-

⁴ Moshe Lewin, *Politcat Undercurrents in Soviet Economic Delx/tes*, Princeton, N.J., 1974, reeditado bajo el título *Stalinism and the Seeds of Soviet Refomi*, Nueva Yoik, 1991, p.145; V.Nenichinov, *Kommunist*, n°5, 1964, p.76. El artículo de Nemchinov, uno de los principales partidarios de las reformas, contiene una crítica en regla del modelo económico soviético.

⁵ En francés en el texto.

sitivo "extensivo" de débil productividad.

El creciente papel de la burocracia en el sistema, que se alimentaba de los rasgos mencionados, procedía de los efectos indirectos de la imposición repentina por parte del Estado de una industrialización a gran escala a una sociedad campesina, preburguesa. El resultado sería una superproducción masiva, casi "natural" de burocracias, tal como habían previsto los críticos. A medida que el actor político, anteriormente en grado de controlarlos, se encontraba él mismo atrapado por el laberinto burocrático, podía gozar de una libertad plena respecto a cualquier responsabilidad política al no tener que rendir cuentas sobre los resultados de su actividad económica. Eran dos "libertades" primordiales que convertían al sistema económico en una economía en verdad política, y por lo tanto una pseudoeconomía. Al llegar a este estadio, se puede ver fácilmente por qué fue así. Un desinterés por los costos era parte de esta "libertad". Las cosas, en verdad, tienen un costo, pero -y éste es el punto central- para quienes toman las decisiones y los jefes administrativos que imparten las órdenes, estos costos carecían de pertinencia. Sus posiciones y privilegios estaban garantizados, cualquiera que fuesen los problemas de la economía o los problemas o miserias de los consumidores -y poco les importaba el tenor gris del futuro. La perspectiva estaba sólidamente controlada, monopolizada, censurada: de esta forma, también el futuro parecía estar bien asegurado.

Esta seguridad tomaba especialmente forma de éxito casi total en el impedimento de cualquier emergencia, dentro o fuera del sistema, de una base viable, suficientemente viable para asegurar un modo de funcionamiento de recambio; de esta forma se dificultó cualquier reemplazo del sistema, o la posibilidad, para la gente, de imaginar alternativas. Pero este "éxito" del sistema -¡una ironía del destino!- firmaría su caída. Un proceso incoercible estaba en práctica, en el cual el patrón en su potencia, en ausencia de fuerzas fiables capaces de eliminarlo se hizo insensible a los costos o a las exigencias del consumidor e incapaz de conducir políticas de reforma, teniendo como resultado una atrofia de las funciones vitales del régimen, de su capacidad de actuar asegurando un mínimo de innovación tecnológica, de brindar bienes a la población o de inculcar sus propios valores.

La inmovilización del centro, la "feudalización" del sistema por parte de poderosas agencias burocráticas, iban a la par con estos problemas. La consecuencia sociopolítica fue el sesgo parasitario asumido por el conjunto del sistema. La historia, estaba claro, no se dejaba planificar de ninguna manera por esos métodos, aunque eran hegemónicos. A esto aludo al comienzo de mi conclusión, al declarar que aspectos cruciales en la fortuna del régimen estaban en correlación con el desarrollo y el destino de una burocracia que actuaba como propietaria-regente de la economía y del sistema político. Bajo la égida de tal poder, la economía no era administrada según una racionalidad económica, y tampoco el sistema político reaccionaba a los imperativos políticos del país. La lógica, los intereses y las perspectivas del gerente-propietario burocrático, ese era el imperativo. Y esta "lógica" sería objeto de (dis)torsiones más allá del absurdo.

La hora del juicio llegaría tarde o temprano; llegó según un extraño escenario que, por suerte, no comportó una guerra civil. Dado que nadie defendió seriamente al sistema, éste no fue abatido; más bien se deterioró habiendo alcanzado los límites de

su viabilidad. Saco entonces la conclusión de que pereció de muerte natural. Pero no obstante son los mismos factores que arrastraron esta caída los que harán tan diabólicamente penosa la emergencia de un nuevo sistema. Otra singularidad de la situación, los actores que se abocaron a esta tarea de reforma son a menudo aquellos que dirigían las operaciones en el sistema precedente.

LAS RAZONES DE UN "ARCAISMO"

No dejo de subrayar los aspectos arcaicos del sistema, aunque el término sea impreciso. "Precapitalista" también sirve pero sólo si se lo man como criterio las economías de mercado más avanzadas dotadas de sistemas políticos democráticos. Demasiadas economías capitalistas tienen sistemas políticos primitivos represivos. "Arcaico" es fácil de comprender si se consideran los datos empíricos concernientes a los resultados de la guerra civil. Pretendo que esta guerra ha ocasionado una "arcaización" del país, que dio un gran salto hacia atrás durante la Primera Guerra Mundial y la Guerra Civil, el campesinado reaccionando por su lado a través de su propia "arcaización", protegiéndose, retirándose en una especie de antiguo caparazón de autarquía centrado en el sistema tradicional de las tierras comunales. La hipótesis del arcaismo está igualmente implícita en mi evaluación del sistema stalinista como una forma de "despotismo agrario". *Despotismo* se entiende; sólo la calificación de *agrario* necesita explicación.

Interpreto el stalinismo como una versión de más -la última- de un dispositivo rural reproducido a una escala mucho más amplia, es decir como un sistema político en lucha contra la bisagra rural del país. Así, el sistema se vio reencarnado en la forma de un "despotismo agrario" donde el jefe mitologizado, ubicado "arriba", es seguido, abajo, por un campesinado más o menos regimentado: en breve, una masa de ciudadanos sin derechos, flanqueada por un sector compuesto por una verdadera mano de obra esclava. Una contrarrevolución cultural con regreso a ideologías primitivas del pasado completa el cuadro. El término de arcaico se aplica, por supuesto, al despotismo del jefe, donde lo arbitrario es un elemento clave. Se contará entre los jefes caprichosos, los faraones, los zares rusos, los sultanes, los príncipes del Renacimiento y otros jeques del desierto; pero en el caso de Stalin, se encuentra un elemento agravante más: disponía de más medios técnicos de los que un faraón o un sultán pudieran nunca tener.

Al comienzo, sin embargo, el industrialismo apoyó en efecto los rasgos autoritarios del Estado, ya que el industrialismo mismo era a su manera profundamente autoritario, aquí como en cualquier otro sistema. El "culto" de Stalin agregaba, mientras tanto, otro apoyo mitológico extraído de la panoplia, igualmente antigua, de estrategias de autoridad política; una vez en el lugar, el stalinismo se caracterizará por un prejuicio de hostilidad y de rabia destructora hacia los productos más avanzados de sus propias estrategias de desarrollo. La ciencia y los intelectuales, la cultura y el pensamiento político, las personalidades fuertes e independientes, el mundo de las artes: todos serían pesadamente trabados y sufrirían por este adoctrinamiento y esta coerción primitiva.

Después de Stalin, la burocracia sería el primer componente que se liberaría del reino terrorista del stalinismo; el país en su conjunto se beneficiaría también. Pero rasgos arcaicos subsistirían en el pulpo ahora "liberado" y en expansión. Una economía con débil productividad, sumada a un rechazo masivo de toda autonomía, política o de otro tipo, reproduciría nuevamente, bajo una forma ciertamente menos destructiva, la contradicción que había perseguido al stalinismo; una incapacidad de vivir con los productos de su modernización, especialmente la industrialización. Pero los sucesores de Stalin se sentirían igualmente amenazados por la formidable ola de urbanización e intentarían conservar, para controlar, un dispositivo de traba y de manipulación ideológicas que evidentemente asumiría un aspecto arcaico. Los dirigentes en cuestión le impedirían a su país iniciar una nueva etapa, que ya asomaba y sólo pedía abrirse a ella.

A la luz de cuanto sabemos ahora sobre el sistema -por lo menos según la lectura que proponemos aquí- ¿es necesario decir que Rusia se comprometería en su "transición del socialismo hacia el capitalismo?" Si puede ser tentador utilizar tal título en calidad de conclusión, la idea misma es engañosa: la aproximación que sugiere desconoce completamente la puesta de los desarrollos en curso y la esencia de la verdadera "transición". Mi hipótesis es que el capitalismo ya estaba débilmente implantado en Rusia, se desplomó durante la tormenta revolucionaria dejando al país en gran parte en un modo plenamente precapitalista. Por eso la mutación, digamos, de la NEP al Estado stalinista llevó de un sistema precapitalista a otro, y finalmente, después de Stalin, a un tercero que sería el último. Si la tecnología y la ciencia y muchos otros aspectos de la civilización industrial eran de la misma naturaleza que en Occidente, el sistema, en el curso de esta última etapa, seguía siendo precapitalista no sólo a causa de la ausencia de instituciones democráticas (también faltan en algunos mercados capitalistas), sino porque el sistema político tenía rasgos arcaicos que formaban parte de un conjunto de prácticas premodernas, es decir, arcaicamente despóticas, absolutistas. Controles omnipresentes, una negación de las libertades, un Estado policial (sin esas fallas que hasta un *Rechtsstaat* conservador tiene por costumbre ofrecer y que Prusia y Alemania ofrecían), una cultura amordazada, una intolerancia ideológica, todo indica una curiosa configuración industrial, pero también arcaica. Podemos entonces preguntarnos a qué tipo responde el sistema político en cuestión. Pero cualquiera que sea la respuesta, las afinidades con los viejos regímenes autoritarios, absolutistas y precapitalistas, son sólo demasiado evidentes.

LA "MATRIOSHKA" DEL SISTEMA: UNA CRISIS EN LA CRISIS

La crisis que se apoderó de la URSS no era únicamente el resultado de los desequilibrios en serie en el seno de un régimen incapaz de cambiar; era también la continuación bajo una forma más aguda de lo que estaba en preparación ya desde hace un cuarto de siglo. Lo que al comienzo del reino de Gorbachov pudo parecer una crisis reparable, circunscrita a los límites de ciertas estructuras, explotaría para convertirse en una "crisis global". Los rasgos que definen la naturaleza global de esta crisis se pueden presentar así: siendo la economía plenamente estatizada, el derrumbe

del sistema de Estado habría dañado la economía más que servido para liberarla. El sistema de Estado se desplomaría sin dejar heredero. La caída de la economía dirigida por el Estado privaría al país de un Estado fuerte -pero también de una economía. Aún hoy, mientras la crisis persiste, el país sigue girando en vacío en las estructuras del sistema anterior -o, en todo caso, en sus restos-, los aspectos principales de un monopolio de Estado aún no susceptibles de ser reformados. Es uno de los ejemplos de la continuación de la crisis del pasado. Pero si esos restos no son, por el momento, asunto de vida o muerte, igualmente están enfermos -más aún, quizá, que por el pasado- y lo estarán siempre a menos que sean incorporados en un nuevo sistema funcional.

Lamentablemente, una buena parte de la nueva economía de mercado tampoco está muy sana, ya que responde en gran parte al tipo especulativo-parasitario.

De donde, también, las crecientes fisuras que hacen que el espectro de una ulterior fragmentación de Rusia sea aún más amenazante. La sociedad está hundida en una profunda crisis de valores. Marasmo moral, apatía, desesperación, indiferencia de los jóvenes y propagación de una perniciosa mentalidad vuelta hacia el pasado: todo esto es demasiado patente.

En el medio de una crisis moral de esta amplitud, Rusia intenta "inventarse" en cuanto sistema: Estado, economía, partidos políticos, valores morales, todo esto debe ser reformado, restaurado o creado. Hasta el momento, Rusia parece no haber tenido éxito en estas tareas. Pero es igualmente más que probable que nosotros, los observadores, estamos demasiado apurados por ver evolucionar las cosas. Recrear una identidad sociopolítica a tal escala es una tarea terriblemente complicada; no es un trabajo para los timoratos o los neuróticos.

Porque el nuevo sistema no podría ser importado o "inventado". Puede ser sólo "reinventado" a partir de lo que hay, es decir las numerosas experiencias, instituciones y tradiciones del pasado que algunos detestan y otros aman demasiado.

Aunque el régimen precedente finalmente no haya logrado suscitar cuadros políticos de recambio, capaces de ser sus propios sucesores -suscitar sus propios enterradores no estaba previsto- es cierto no obstante que buena cantidad de quienes actualmente están a cargo del emprendimiento de renovación en efecto proceden del Partido y de su aparato que, sin duda alguna, contenían numerosos elementos y personas de valor (y otros que tenían menos valor). Podemos suponer y anticipar que algunos elementos que son el producto de una historia pasablemente larga van a sobrevivir. Habrá que matizar entonces la idea, formulada más arriba, de que "todo" debe ser reinventado. El régimen anterior desapareció -o casi-, pero sólo en cuanto entidad, como modelo; el nuevo régimen va a incorporar una gran parte del pasado porque el pasado, o parte suficiente de éste, no ha desaparecido. La presencia de los *apparatchiks* en todos los niveles de gobierno nos recuerda el papel de los "expertos burgueses" en las primeras fases del régimen soviético, cuando éstos jugaron un rol esencial (que la investigación aún no ha examinado en forma suficiente) en la transferencia de una experiencia de gobierno desde el Estado antiguo hacia el nuevo. Queda sin embargo una diferencia evidente: los "expertos burgueses" eran consejeros que se convocaban, mientras que los *apparatchiks* del régimen soviético ahora caduco ocupan efectivamente los puestos de poder.

¿Cómo considerarlos: como los restos contaminados del pasado, que amenazan con manchar el proceso en curso, o como cartas de triunfo de las que disponía el régimen y que nuevamente pueden ser útiles? En todo caso la conservación de estos cuadros fue posibilitada por la disolución pacífica del régimen precedente: una guerra civil habría excluido un resultado así. Es verdad que los apparatchiks desempeñan una importante tarea en la transición, tarea gravada sin embargo por algunos efectos inquietantes de la herencia. Los cuadros nuevos y personalidades que ya se ven aparecer en las provincias y los centros urbanos -a menudo de unos treinta años de edad- van a decidir, conscientemente o no, sobre lo que puede servir o no se puede borrar de los distintos pasados disponibles. ¿Se tratará de algún elemento de la cultura política más antigua, rusa y soviética, de los núcleos más sanos de la burocracia precedente - o tal vez de la "segunda economía"? En la actual situación, la presencia de algunos de estos "pasados" -en dosis juiciosas, se espera- constituye de hecho una fuente de indispensables materiales de construcción. Por ello hay que prestar atención a importantes elementos de continuidad histórica, que no se rompen tan fácilmente o que no se deben romper arbitrariamente. Los bolcheviques pagaron el precio por haber querido "romper toda la máquina" antes de inventar una nueva y se dieron cuenta rápidamente que se trató de un error: de ahí el viraje hacia una colaboración con los expertos burgueses. Es interesante notar que los "fogosos" reformadores de hoy esperaron hasta diciembre de 1993 para aprender la lección en las elecciones que los desbandaron. La explosión de la URSS todavía debe ser examinada desde el punto de vista de estas poderosas continuidades: las repúblicas no siempre reivindicaron una independencia total, pero cuando la ocasión terminó presentándose y rompieron efectivamente, los lazos y los intereses creados por la historia no desaparecieron ni como fuente de peligro ni como aliento a la restauración de alguna variante de vínculo federativo.

No quisiera insistir demasiado en los poderes del pasado. Un pasado no es eternamente inmutable: "numerosos pasados", nuevas historias están en gestación. Ya se han desarrollado en Rusia y en el área de la ex URSS numerosos rasgos nuevos y esto va a seguir ocurriendo.

La democratización, por ejemplo, aunque actualmente poco consolidada, es una novedad. El sistema económico no será el mismo; el viejo ha perecido sin posibilidad de resurrección. Nuevas generaciones, más jóvenes, participan en el proceso político de reemplazo de los actuales "*apparatchiki* de la democratización". Todavía no sabemos -y ellos tampoco lo saben- de qué está hecho el bagaje de los jóvenes dirigentes. De todas formas, la amplitud de los problemas a los que están confrontadas Rusia y las antiguas repúblicas no puede tratarse sino mediante una actividad de masas, articulada a la de los grupos dirigentes. Las esperanzas y las esperas de un "jefe" son señales de inmadurez; es esencial que nuevos dirigentes políticos puedan emerger por el lado de los parlamentos y de los cuerpos elegidos, por lo que las elecciones tienen un papel decisivo en la elaboración de este proceso. A la inversa, el debilitamiento de estas instituciones, todavía frágiles, puede afectar gravemente las esperanzas de un restablecimiento ordenado.

Existe una tradición, tan poderosa como perniciosa, que debemos siempre tener presente: la del "estatismo", ideología y práctica maestras que ya hemos mencionado. Su facultad de vestir distintos hábitos ideológicos, de pasar sin dificultad de un régi-

men a otro es realmente hipócrita. El estatismo tiene *raíces* históricas muy sólidas; una de las debilidades del funcionamiento actual del Estado es justamente que tiende a producir una enorme brecha por la cual puede reintroducirse un estatismo profundamente autoritario, una mentalidad y un conjunto de prácticas políticas que amenazan con asfixiar los aspectos liberadores de las reformas actuales. Existe bastante nostalgia política e ideológica, aun en gente que se presenta como reformadores, para poder engendrar un monstruo, deliberadamente o no. Un Estado fuerte puede emerger mediante la producción no de un "sistema político" sino de una estructura de dominación donde, nuevamente, los ciudadanos pueden ser excluidos de la política. Un deslíz así es posible porque, históricamente, la emergencia del capitalismo se lleva a cabo a partir de sus condiciones anteriores, condiciones más o menos favorables. Más débiles son, mayor será el papel del Estado. La emergencia de la Rusia zarista -y, más aún, del sistema soviético- encuentra una explicación en una deficiencia de este tipo.

Mientras tanto, la presión para disminuir el ritmo de las reformas, de la cual se ha responsabilizado exclusivamente a los "conservadores", puede significar algo distinto a una simple nostalgia conservadora del antiguo régimen. A medida que un programa de reformas en curso parece cada vez más problemático y requiere ser revisado, continuará la batalla no sólo entre una orientación "radical" hacia el mercado y una orientación social que busca amortiguar los efectos, pero también entre la tendencia a tomar de Occidente en préstamo todo en bloque -o alguna de sus imágenes mejoradas- y una fórmula más selectiva, compuesta por préstamos tomados de la herencia nacional y otros por el mundo. Una tercera alternativa sería el rechazo a todo aporte occidental, vinculado con una hostilidad hacia todo aquello que es extranjero y la invocación del "pasado nacional" como principal fuente de inspiración.

La persistencia entre los intelectuales y dirigentes rusos de una mentalidad dogmática también es una traba considerable a la formulación de programas de reforma realistas. El viejo sistema se cayó, pero las mentalidades dogmáticas siguen intactas. Se sabe refutar las pretensiones y sueños ideológicos del sistema precedente, pero se ha olvidado reemplazarlas con otros. Una búsqueda de soluciones "ideologizadas" constituye un gran riesgo para el proceso de reformas. La propensión a "desenmascarar todo" se confunde fácilmente con el análisis. Defensores del antiguo sistema y partidarios del nuevo disponen de un sólido dominio de al menos una cosa: el antiguo sistema, que consideran la única cosa que conocen bien. Así, algunos todavía se cuelgan de él, o por lo menos siguen ligados a alguna de sus ideologías. Otro, por el contrario, elaboran programas de cambio volcándose mecánicamente hacia el polo radicalmente opuesto: todo aquello que antes era propiedad del Estado ahora debe ser privatizado; todo aquello que antes era planificado ahora debe depender completamente del mercado. Tales mentalidades no van en el sentido de programas y estrategias creíbles.

Los programas de cambio se transforman fácilmente en otra ideología más, en lugar de ser la aproximación prudente a una complejidad que exige una apertura de espíritu⁶. Ningún programa tendrá éxito si no ofrece un conjunto de respuestas coor-

⁶ La producción de una "ideología" en lugar de un programa de cambio económico es analizada por Jacques Sapir en su excelente estudio de la situación actual en la ex URSS, *Fe» le système soviétique? Permanences politiques, mirages économiques, enjeux stratégiques*, París, 1992.

dinadas a los desafíos del mundo real. Debe dirigirse a todos los sectores de la economía (privada, de Estado, mixta, extranjera) sin excluir los indispensables aspectos financieros y monetarios. La base legal necesaria a las necesidades de la economía y, más generalmente, las reformas del derecho y del sistema judicial, son partes integrantes del conjunto. Las instituciones políticas, al igual que los problemas de las regiones y de las naciones, también deben ser encarados. Por supuesto, no es necesario hacer todo al mismo tiempo, pero serán necesarios plazos. Y el rechazo a la idea misma de planificación valdrá, en estas condiciones, como creación de un nuevo caos, mientras se busca escapar de los desórdenes actuales.

Las prácticas y experiencias del régimen anterior deben utilizarse allí donde es apropiado, a título provisorio o permanente. En tanto, es el reino de la espontaneidad con algunas iniciativas que van en mala dirección y otras en la buena. Las debilidades de las élites y del sistema de Estado pueden empujar a Rusia hacia un modelo capitalista que, nuevamente sería seguido por convulsionamientos sociales peores de los que los rusos sufren actualmente. Ciertamente son numerosos los augurios siniestros de catástrofes que no se han realizado; sin embargo, la crisis sin precedente -en la que el país está menos en la situación de poseer un sistema que en la de sobrevivir de los restos del pasado y de una sorprendente economía primitiva fundada en la ayuda mutua de la familia y el vecindario -no autoriza a ver el futuro en rosa. Pero, por otra parte, un pesimismo obsesivo no tiene ninguna razón de ser. Ya he mencionado distintas actividades prometedoras y ejemplos de iniciativas y de capacidad para sobrevivir; existen demasiados ejemplos positivos para que yo pueda citarlos aquí plenamente.

CONSEJOS PARA LOS CONSEJEROS

Queda un peligro particular que conviene señalar. El conjunto del área ex soviética está ahora abierta a los extranjeros, cuya ayuda, aporte y consejos son buscados. Aunque semejante ayuda llegada del exterior es muy importante, también puede transformarse en injerencia. La situación internacional, factor siempre crucial, es aún más importante para la Rusia debilitada de hoy y para otras regiones de la ex URSS. Si Occidente está demasiado *enredado en sus propias dificultades* -si, por ejemplo, Europa Occidental capitula ante sus nacionalismos o si los Estados Unidos no llegan a realizar las reformas que le son necesarias- el escenario será aún más complejo para Rusia. Por un lado, en un contexto de fragmentación internacional mayor puede esperarse una nueva configuración de bloques y alianzas para compensar los efectos de una situación presa de las crisis. En una alianza de este tipo, Rusia eventualmente puede encontrar una almena y de esta forma un lugar en la comunidad internacional. Aún una Rusia que siguiera en dificultades encontraría nuevos aliados, mientras que una injerencia incompetente tendría como efecto empujarla hacia la opción que se quería evitar y alentar a las fuerzas extremistas internas. De donde la necesidad que los políticos del exterior que intervienen no promuevan con demasiada vehemencia sus propias elecciones en un país todavía explosivo, bajo pena de impulsarlo en la mala dirección. Lamentablemente, la lógica del juego de las potencias a la antigua

llama a la injerencia, considerada por definición la sabiduría misma de los Estados.

Una actividad particularmente inoportuna es la propalación de soluciones y conceptos occidentales mal definidos, hasta controvertidos en Occidente. Tomar posición en batallas políticas internas entre los representantes de intereses y alternativas respetables, sin comprender el carácter ni de los actores principales ni de la situación en su conjunto, es igualmente imprudente. La noción ampliamente ponderada de "democracia" significa para un occidental el modo de funcionamiento de su propio país; las instituciones democráticas podrían, en otras partes, fácilmente sostener un "demócrata" que de hecho sería en verdad autoritario, hasta represivo: el fenómeno ya se ha visto en muchas partes.

Otra idea algo sospechosa emana de las modalidades de la transición hacia una economía de mercado. Si una situación de "no mercado" en una economía totalmente burocratizada que se declara "socialista" ya no tiene mucho futuro (China es un interesante caso aparte), el elogio no crítico de las economías de mercado es engañoso, ya que tales economías deben ser controladas firmemente y en la manera apropiada y no dejadas a su libre curso. En cualquier economía desirrollada, los factores distintos a los del mercado son al mismo tiempo poderosos y de creciente importancia; sin embargo, es esencial asegurarse que estos factores permanezcan bajo la responsabilidad de la voluntad social, es decir, responsables ante la democracia, lo que dista de ser el caso. Por importantes en sí mismas que sean las medidas a favor de los mercados, detrás de las racionalizaciones de fondo se constatúa tanto en el Este como en Occidente la falta de comprensión de la complejidad de las economías modernas, donde el mercado se articula a importantes componentes de no mercado, donde el Estado tiene un enorme papel en la reglamentación y a menudo la planificación de la vida económica.

Los expertos deben estar seguros que los consejos que imparten son buenos. ¿Dónde adquirir la competencia que autoriza a dar consejos a todo un sistema sobre el método para que se transforme en otro sistema, y especialmente cuando uno se encuentra en medio de una transición sin precedentes? El consejo sobre la introducción del "capitalismo" o de una economía de mercado implica a menudo la propuesta de una "terapia de shock". Los consejeros parecen olvidar que la emergencia del capitalismo exigió entre 500 y 150 años y que el proceso implicó numerosos sacudones. Si la eventualidad de un milagro que se cumple en 500 días deja atónito al observador, su efecto en todo un país puede revelarse igualmente deletéreo.

La otra "bagatela" a veces olvidada es la existencia de capitalismo que son realmente muy distintos: Brasil, Gran Bretaña, Estados Unidos, México son todos países capitalistas. El término capitalista está vinculado a historias de éxitos, crisis, estancamiento y fracaso. ¿Cuáles son las salidas eventuales en Rusia y en otras regiones de la ex URSS? Los sistemas y las economías pueden y deben ser presentadas en el estricto respeto de los datos: lamentablemente, la presentación de los sistemas económicos está a menudo llena de ideología. Se debe asegurar que el consejo ofrecido sobre sujetos de esta naturaleza evite las distorsiones y exageraciones ideológicas. Existen además señales que muestran que en todo el mundo las economías de mercado son objeto de profundas mutaciones. Rusia, que siempre había tenido una etapa atrasada, podría ingresar al capitalismo por la puerta equivocada -que ya está cerrándose- para

verse luego obligada, una vez más, a recuperar terreno. Existe además otro motivo de prudencia cuando se antepone una experiencia extranjera que supuestamente sirve en un medio histórico completamente diferente: el trasplante de tal experiencia puede resultar más delicado que los trasplantes llevados a cabo en cuerpos humanos. El rechazo pone en peligro a sociedades enteras, no sólo a individuos.

¿PRIMERO RESTAURAR EL ESTADO?

Las distintas alternativas, a menudo cargadas de amenazas aunque por el momento no han sido aún evaluadas claramente, suscitan angustiados debates en Rusia. ¿Un capitalismo de Estado a la japonesa es la opción apropiada? ¿Una solución a la brasileña -brillantes barrios comerciales y enormes villas miseria- no es, lamentablemente, una de las eventualidades? ¿Cómo puede Rusia evitarlo y al tiempo realizar algo más humano y más democrático? Los problemas son gigantescos y las principales fuerzas políticas en el poder aún no tienen bien en la mano las soluciones de recambio.

La Rusia de hoy, disminuida y debilitada, seguirá hundiéndose si no logra instaurar un sistema en condiciones de marchar. Cómo pueden ser encaradas reformas económicas creíbles sin la resolución del problema del poder -de sus modalidades, de su legitimidad previa. Es muy fácil, por ejemplo, para los americanos decirle a Yeltsin que debe controlar la inflación antes de tener derecho a los 29.000 millones de dólares prometidos, pero, ¿qué hay si no tiene el poder para hacerlo?

Manifiestamente, un Estado desprovisto de una economía no puede funcionar. Recitar la historia del potencial de Rusia -tamaño, riqueza y así seguido- no va a producir los cambios necesarios. Si Rusia quiere enfrentar con éxito un mundo tan complicado, será necesaria la emergencia de otro sistema político, con un potente aporte social y un potente rol asignado a la sociedad. Con una economía en vías de restablecimiento y un sistema político que se está poniendo de pie, Rusia puede convertirse rápidamente en una potencia importante. Si los cambios políticos y económicos pueden comenzar casi simultáneamente, la existencia de una potencia política creíble es sin embargo un (requisito) previo.

El Estado, por rudimentario que sea, a menudo ha sacado a los otros componentes del sistema de la crisis que amenazaba; y éste es aún el caso hoy, si bien en una sociedad fragmentaria el Estado es susceptible de hacer resurgir un paradigma histórico recurrente: el de un Estado fuerte y una sociedad débil, y en este caso, cualquiera que sea el estado de siniestro actual, tal futuro no constituye de ninguna manera un consuelo.

Mucho depende de la identidad de quien construirá un Estado en grado de actuar en un momento tan crítico. Durante "la época de problemas" (siglo XVII) un movimiento social, bajo la égida de Minin y Pojarski inició el proceso de enderezamiento. ¿Quién podrá y quién va a cumplir esta vez ese papel? La cuestión es crucial. Si todo el mundo habla del estado de la economía -a título justo- la política, y no la economía, es la primera prioridad. Estas puestas son vitales en los conflictos actualmente en curso en Rusia; están grávidas y una amenaza potencial, en particular la de una

repetición de las parálisis del pasado.

Rusia de hecho está nuevamente subdesarrollada y atrasada y ha acumulado desde hace bastante tiempo las señales de un nuevo subdesarrollo. Es la paradoja de su historia que algunos de sus intentos de recuperación más logrados hayan terminado varias veces "en el rojo". Mis trabajos buscan subrayar el fenómeno recurrente de un "retraso acumulado": al término de la NEP, durante la época stalinista, y finalmente durante el "estancamiento" brezhneviano. El mismo fenómeno está nuevamente en evidencia en nuestros días.

La historia nunca se toma días libres; se queda con nosotros, según distintas modalidades y más vale que sea amaestrada. El rechazo en bloque del pasado postrevolucionario, al que se han volcado muchos rusos, responde en gran medida a una verbosidad impotente. Un rechazo en bloque, fundado en la ausencia de cualquier conocimiento serio, es una buena fórmula para destruir lo que camina y reemplazarlo con algo que no camina. Esto pasó después de octubre de 1917, por ejemplo, a escala mayor. Sin embargo es mejor darse cuenta que los rusos disponen en efecto de un pasado en el que no todo fue negativo y que hoy la población es más instruida y oculta un semillero de talentos que sólo está esperando poder abrirse. Pero el cambio es inminente. Rusia reaprende cómo convertirse en y ser una nación, un Estado, un sistema. En esta situación pueden producirse todavía peligrosos deslices y la perspectiva de un debilitamiento duradero no debe ser excluida. Pero no todos están desmoralizados ni listos a largar todo para emprender la huida.

Se puede arriesgar una previsión de orden muy general. Para bien o para mal, el sistema que va a emerger de Rusia será muy diferente y le será específico: un plato nacional, a la rusa, pero sin que esto sea forzosamente de mal augurio. Algunos piensan que el proceso llevará varios años, lo que parece bastante cierto dada la amplitud de la tarea. Sin embargo, lo que muchos no entienden es que en el marasmo de hoy una serie de pequeñas mejoras pueden producir un poderoso efecto de atracción, bonificando en forma significativa el estado espiritual de la población. Los contornos del nuevo sistema, apenas visibles por el momento, pueden nacer en algunos años sobre un modo operacional: no es para nada necesario hablar de decenios.

Sin embargo, al ser la configuración política del país aún embrionaria y estando la etapa actual lejos de terminada, las cargas de la historia todavía no están totalmente a nuestras espaldas. Pero el laboratorio de la historia funciona en forma segura. El aspecto político del país es susceptible de cambiar aún muchas veces.

El factor de la "espontaneidad" es capital. Observadores han constatado un estado muy extendido de pesimismo, inercia y desesperación; tales condiciones no obstante están lejos de constituir el conjunto del cuadro: pasan tantas cosas en el terreno a nivel de la administración local, en y alrededor de las escuelas, a través de iniciativas comerciales, grupos de estudio, comités de acción, asociaciones barriales y una multitud de asociaciones profesionales. Estas se cuentan por miles y constituyen un importante proceso que va a darle forma al futuro, al igual que los actos políticos salidos de la voluntad gubernamental; en efecto, tarde o temprano pueden contribuir a la emergencia de una dirección política más sólida y a la restauración de una organización cooperativa y voluntaria a nivel nacional y regional, permitiendo evitar una fractura más grave en el país y preservar el enorme potencial de este continente.

Existen millones de personas para quienes elecciones, parlamentos, reglas constitucionales, búsqueda de un Estado de derecho son apuestas apasionantes. Esta actitud podría verse fortalecida en pocos años y sigue siendo una instancia poderosa. Asimismo, las costumbres de la actividad social, desde el nivel comunal y local al nivel nacional, están sólidamente ancladas. Nos faltan los estudios necesarios sobre las numerosas asociaciones profesionales, culturales, políticas en las capitales y en la mayoría de las provincias que enfrentan resueltas sus problemas y los del país. Existen, por otra parte, una cantidad creciente de emprendedores, una prensa vivaz, movimientos de masa que se hacen cargo de la ecología, la educación o los problemas de las mujeres. No son suficientemente poderosos y la situación económica hipoteca pesadamente su futuro; todos no obstante poseen el potencial necesario para movilizar a millones de personas. El medio urbano, nuevo e inédito, nos permite conservar la esperanza de ver el proceso positivo de reformas esta vez dotado de una fuerza suficiente para poder escaparle al destino de sus precedentes históricos, especialmente a través de la recaída en el subdesarrollo, que ya he descrito como una de las "cargas" de la historia rusa. Se puede esperar que la crisis actual pueda revelarse como la última versión justamente de este tipo de recaída.

La lectura de los elementos pertinentes del pasado (de Rusia, de la Guerra Fría, del conjunto del siglo XX) es inevitablemente punto de partida de cualquier reflexión sobre nuestra época. La elaboración de una economía mundial y de un mundo interdependiente -mutación estructural, pero en verdad fenómeno para nada reciente- ha sido interpretada, gracias a los cambios en Europa Central y Oriental como un paso hacia un nuevo orden mundial en gestación, susceptible de reemplazar a los bloques de la Guerra Fría. Esta esperanza quedó arruinada recientemente por el inquietante regreso de tantas cosas arcaicas y atrasadas, y no sólo en el área de la ex URSS. Velo ideológico y miopía política, tanto en el interior como fuera de Rusia compiten para disfrazar la constatación de que hay un mundo único donde las suertes y desventuras de los Estados y los sistemas se influyen mutuamente, propagándose de unos a otros. Nacionalismos atávicos con programas cargados de amenazas, en Europa y otras partes agravan, en vez de atenuarlos, los obstáculos que existen en un mundo complejo, a menudo demasiado propenso al pánico. El viejo juego imperialista de potencias grandes y pequeñas tampoco es la respuesta correcta: ya es inútil. Es cierto que el "nuevo orden mundial", predicado en el optimismo cuando Gorbachov estaba en su zenit, parece ahora más un sálvese quien pueda que genera un sentimiento de pesimismo e impotencia. Pero es igualmente cierto que la aceptación de un nuevo orden del día es esencial y que poderosas dinámicas militan a su favor, si se quiere que como respuesta a este estado de interdependencia internacional existan instituciones y políticas que garanticen un mínimo de coherencia.

¿QUIÉN HIZO CAER A QUIÉN? VENCEDORES Y VENCIDOS

El sistema, repito, murió "de muerte natural". Declaraciones así erizan a todos aquellos que prefieren los mitos heroicos sobre su propio rol en la caída del régimen. Pero es mejor enfrentar la verdad: nadie lo hizo caer, se cayó por exceso de su propio

peso. Hasta el intento de golpe de Estado en agosto de 1991 de los viejos simpatizantes nostálgicos del antiguo régimen se quedó corto, con muy poca presión contraria. El llamado de Yeltsin a la población para que iniciara una huelga provocó poca reacción y en verdad fue superfluo. El régimen sucumbió de hecho por su esclerosis interna que lo hizo incapaz de responder a la complejidad global de la situación. Este es el factor decisivo -que no debe ser buscado en ningún enemigo en particular. Una caída del régimen por la fuerza o la conquista militar habría probablemente terminado en un resultado muy diferente; pero ninguno de estos dos acontecimientos se produjo.

Algunos siguen insistiendo en reivindicar el mérito de haber "hecho caer el comunismo", pretendiendo que la Guerra Fría y la carrera armamentista los llevaron a la victoria. Si ése hubiese sido el caso, la victoria habría llegado mucho antes, ya que la superioridad de Occidente respecto al bloque soviético en materia de recursos económicos, tecnológicos y científicos, mano de obra, nivel de vida y dominio de la guerra de propaganda era indiscutible. Pero el grado de compromiso ideológico occidental era variable: de ello es testigo la gran "historia de amor" con China cuando ésta rompió con el bloque soviético. Durante muchos años, China y su régimen fueron adoptados por Occidente sin la menor reserva. No importaron su comunismo, sus campos de concentración o las violaciones de los derechos humanos; se la elogió como más racional, más volcada hacia el futuro que la URSS. No cabe ninguna duda que el régimen chino supo aprovechar esta alianza antiURSS con Occidente: de esta forma consolidó su posición en el mundo (y su situación interna) que sigue siendo relativamente fuerte. Esto en cuanto al argumento de la victoria sobre el comunismo.

La Guerra Fría había adquirido su propia dinámica que sería más importante que cualquier ideología específica implicada en esta guerra. Esto es válido para los dos participantes en la competencia. Por ello la llegada de Gorbachov con sus curiosas políticas a favor del cese de la carrera armamentista lo convertirían en ese momento en el líder más popular del mundo", indiscutiblemente un ganador y no un perdedor. Sus acciones desenmascararían la futilidad de la Guerra Fría, significando para sus dos participantes que efectivamente eran unos perdedores, mientras se revelaba que los ganadores eran los dos agresores vencidos de la Segunda Guerra Mundial, libres de la carga de una militarización excesiva, en condiciones de inyectar sus recursos en la economía civil. Los "ganadores" de la Segunda Guerra Mundial, por el contrario, se habían transformado en gigantescas pompas que dilapidaban sus riquezas. Está claro que las iniciativas de Gorbachov para ponerle fin a la Guerra Fría tomaron por sorpresa a los "guerreros fríos" provocando cierta locura en sus rangos: la victoria, si es que hay una, no era algo que deseaban reconocer inmediatamente: fue ciertamente involuntaria. La carrera armamentista evidentemente era más costosa para los soviéticos, no sólo a causa de su economía más débil, sino también a causa de la propensión intrínseca de todos los sistemas económicos al despilfarro. Ciertamente el viejo sistema perdió. Es más problemática la hipótesis de un vencedor.

El "desmadejamiento" del sistema soviético comenzó con el verdadero lanzamiento por parte de Gorbachov de reformas hacia una democratización interna. Se puede pretender razonablemente que la Guerra Fría retrasó las reformas soviéticas y que hasta prolongó la labor de los apparatchiks conservadores y sus aliados. Las reformas eran necesarias: un intento interesante para introducir cambios en el modelo econó-

mico se había llevado a cabo en 1965, bajo la batuta del entonces primer ministro Kosiguin; pero los conservadores terminarían torpedeándola, conservando el control del poder. La Guerra Fría era su elixir. Un contexto internacional menos conflictivo hubiera reducido la importancia del complejo militar industrial y desmovilizado a los elementos "movilizadores", es decir, la imagen del enemigo y el impacto del llamado a la unidad patriótica contra éste. Tal vez la distensión Eisenhower-Jruschov, que pagaría el precio del avión espía estadounidense derribado en 1961, hubiera podido interrumpir la competencia cuando el arsenal de misiles intercontinentales todavía no superaba la quincena de cohetes. Tal cifra, sumada al incremento de los intercambios económicos y culturales hubiera permitido que las insuficiencias estructurales del sistema soviético aparecieran a la luz del día mucho antes; el camuflaje permitido por el "patriotismo" hubiera perdido buena parte de su atractivo. Las reformas de 1965 hubieran podido continuar profundizándose y permitiendo la transformación del sistema soviético -o su debilitamiento- a un ritmo menos convulsionado, algo que no sucedió a comienzos de la década del 80.

Si este razonamiento es mínimamente plausible, será suficiente como argumento contra cualquier reivindicación no fundamentada de los laureles de victoria en la Guerra Fría. Una pretensión similar nos desvía del esfuerzo de comprensión que exige el fenómeno soviético en cuanto sistema que, especialmente desde el comienzo de los setenta, logró autodestruirse en forma compulsiva y encarnizada, y nos desvía también de la constatación que los adversarios de los soviéticos -Estados Unidos en primer lugar- también se perjudicaron, aunque sin darse cuenta de inmediato.

Estos son elementos que los analistas de los sistemas y los factores generadores de crisis no deben olvidar. El peso de los factores internacionales es considerable; las iniciativas de Gorbachov no hicieron nada más que poner de manifiesto los enormes cambios en curso desde hacía bastante tiempo. Estos cambios no fueron de ninguna manera repentinos; implicaban, por otra parte, al mundo entero, no sólo a la URSS: sin duda crearon entre los antiguos adversarios de la URSS confusión y desconcierto notables.

Cambios históricos de gran amplitud -y no un país en particular o un dirigente en particular- le dieron forma a la nueva realidad internacional. Ante una imagen así, pensar que hasta el momento la crisis fue más devastadora para la otra parte es sólo un magro consuelo para los autoproclamados vencedores. El sorprendente resultado de la creciente complejidad del mundo es que, sea quien sea él perdedor, todo el mundo debe pagar. El estado deplorable actual de Rusia y del resto de la ex URSS perjudica a todos y hace que cualquier declaración de autosatisfacción esté fuera de lugar.

Por controvertida que pueda parecer tal afirmación, diremos que el juego que engolosinó a todos -la Guerra Fría y sus efectos de dependencia- había durado demasiado. ¿Hubiera sido posible detenerlo antes? ¿La parte manifiestamente más poderosa no estaba sino demasiado contenida de jugar el juego, conociendo perfectamente su superioridad y el grado de la misma? ¿Cómo se hubiera podido convertir a la parte más débil en el supuesto participante dominante? Estas preguntas nos intrigan y ciertamente existen especialistas que podrán brindarnos respuestas. Pero el orden del día de la historia es más amplio, más apremiante. El pretendido nuevo orden (o desor-

den) mundial, ésta es la apuesta actual, mientras los efectos del pasado reciente (es decir, del último medio siglo, o tal vez del siglo entero) todavía se hacen sentir. Mientras las repúblicas ex soviéticas intentan hoy llevar a cabo su transición hacia el capitalismo en un contexto de gran miseria y acompañadas por lúgubres previsiones, los historiadores y analistas políticos confirman que la Guerra Fría fue un medio siglo de apocalipsis potencial que los protagonistas lograron contener.

POSTDATA: ¿POR QUÉ LOS CHINOS AÚN PUEDEN LOGRARLO?

La experiencia china en la última década, con su economía de mercado en expansión, su tasa de crecimiento aparentemente sorprendente es un acontecimiento notable que nos obliga a preguntarnos por qué Rusia no pudo actuar de la misma manera. Quizá es muy pronto todavía para sacar conclusiones de esta "vía china", pero hay algunas reflexiones. La experiencia soviética de la NEP parece ofrecer un punto de comparación plausible con la política china, que se parece a una NEP pero más en grande; las circunstancias que rodean la introducción de las dos políticas tienen en común aspectos importantes. La política china se desarrolló en forma manifiesta en un contexto de crisis sucesivas (Gran Salto hacia adelante, Revolución Cultural) y de deficiencia crónica en los sectores estatizados.

Pero China tiene todavía lo que ya no existía en la época de Gorbachov: un amplio campesinado que no sólo abastece al país con alimentos sino que constituye, sin duda, una masa tranquilizadora que le permite al sistema autoritario enfrentar nuevos estratos sociales y sectores privados sin tener que preocuparse demasiado. Existe otra diferencia de peso: la Rusia soviética no logró atraer capitales extranjeros a pesar de los intentos en este sentido durante la década del veintio, mediante el sesgo de "concesiones extranjeras". China por el contrario se beneficia con una afluencia masiva de capitales de inversión asiáticos -al igual que con crecientes sumas procedentes de Occidente-, algunos empresarios de Corea del Sur, taiwaneses y otros que transfirieron sus plantas a China (donde los costos de mano de obra son más bajos), y hasta eventualmente siguen dirigiéndolas desde su tose en casa.

Por otra parte, el contexto internacional actual es distinto al de los años veinte, cuando Rusia representaba para Occidente una novedad y una amenaza ideológica y política. Los rusos mismos no dejarían de considerar a la paz de los años veinte como un intermedio entre dos guerras de gran envergadura que fueron esencialmente guerras emprendidas contra ellos. Es distinto hoy para China, vista desde adentro y desde fuera de sus fronteras. Además, el sistema chino está instalado desde hace apenas cuarenta años: tiene treinta años menos que el sistema soviético. Este tuvo todo el tiempo para ver el desarrollo completo de numerosos rasgos autodestructivos del sistema, ya que los rusos habían empujado al estatismo, incluida la nacionalización, hasta sus límites.

Por otra parte, el rol de superpotencia, la competencia internacional, la transformación de la población en una población masivamente urbana, todo esto no se aplica a China igual que a la ex URSS. Y más importante aún. China detuvo el proceso de estatización renunciando primero al utopismo del Gran Salto y más tarde a otras

políticas extremas en las campañas; actualmente China autoriza el desarrollo de una economía de mercado en gran escala, con sectores privados en expansión. El último punto es capital. Paradojalmente, al estar más atrasada que Rusia, pero al renunciar a tiempo a políticas extremistas que miraban a una estatización en bloque, China habría preservado su capacidad para actuar y llevar a cabo sus mutaciones políticas. Este fue también el caso del nuevo Estado soviético devastado y aún atrasado, capaz de llevar adelante una estrategia y de cambiarla, lo hará varias veces, pero en direcciones perfectamente opuestas. Queda por verse si un tránsito logrado al mercado conducirá a una democratización del sistema chino o, al contrario, a su "restalinización" o a una transformación o un reavivamiento de un Estado autoritario en la estela del logro económico. Son hipótesis plausibles para un futuro no demasiado lejano.

En breve, Rusia pudo disponer de tiempo suficiente para ir demasiado lejos. Los chinos parecen haber detenido a su burocracia en su tendencia a llegar a una metástasis irreparable, manteniendo además, en un país todavía masivamente rural, la capacidad de gobernar y de tolerar -o de comprometer- importantes reformas.

Éxitos actuales y futuros desafíos en las reformas económicas de China

Paul BOWLES / XIAO-YUAN Dong

El programa de reforma económica de China ha tenido un éxito notable¹. La tasa promedio de crecimiento anual desde 1979 ha sido del 8,8 por ciento, lo que coloca a China en un grupo selecto de países en desarrollo que han logrado un crecimiento industrial sostenido por más de una década. En verdad, China duplicó la producción por persona en la década entre 1977 y 1987, uno de los períodos más cortos para cualquier país que marque este record². Este crecimiento impresionante ha sido en parte el resultado de aumentos significativos en el factor productividad en los dos sectores estatal y no estatal, un punto de cierta importancia dado el bien documentado fracaso del socialismo planificado centralmente en levantar la productividad³. El resultado es que actualmente se estima que la economía de China es superada en tamaño sólo por las de Estados Unidos y Japón, y existe una posibilidad real de que China se convierta en la economía más grande del mundo para el 2025⁴. En términos per cápita se han verificado notables aumentos en los standards de vida, evidenciados en un incremento por tres del consumo promedio de carne y huevos entre 1978 y 1991, en más del doble del espacio de vivienda promedio por persona en las áreas rurales en el mismo período y por el hecho que en 1991 un promedio de uno de cada dos hogares campesinos y virtualmente todos los hogares urbanos eran dueños del último bien de consumo básico, el aparato de televisión⁵.

Sin embargo, también han habido problemas en el programa de reforma, muy especialmente las presiones inflacionarias que culminaron en el 25 por ciento de

¹ Agradecemos a Robin Blackburn, Marte Selden, Martí Settlefield y Córdón Wliite por sus comentarios.

² Ver Banco Mundial, *World Development Report*, Washington, DC, 1991, p. 12.

³ Los términos sectores "estatal" y "no estatal" han sido utilizados en la literatura para distinguir entre aquellas empresas "propiedad de todo el Estado" y aquellas que son propiedad de algún grupo o individuo. La terminología es ampliamente utilizada aunque es engañosa por el hecho que, según veremos más abajo, a menudo el estado local es dueño de empresas en el sector no estatal (una clasificación que surge porque los gobiernos a nivel local no representan a toda la población). Para un repaso de la productividad en el período postreformas, ver por ejemplo Kam-tin Lau y J. Brada, "Technological Progress and Technical Efficiency in Chinese Industrial Growth: A Frontier Production Function Approach", *China Economía Review*, vol.1, n°2, 1990, p.113-124; G. Jefferson, T. Rawski y Yuxin Zheng, "Growth, Efficiency, and Convergence in China's State and Collective Industry", *Economic Development and Cultural Change*, vol.40, iIM, 1992. Para una discusión del fracaso del sistema planificado centralmente para levantar el factor productividad ver G. Ofer, "Soviet Economic Growth 1928-85" *Journal of Economic Literature*, 1988, y P. Bowles y T. Stone, "China's Reforms: A Study in the Application of Historical Materialism", *Science and Society*, vol.55, iIT3, 1991, p.261-290.

⁴ Ver Fondo Monetario Internacional, *World Economic Outlook*, Washington, DC, 1993.

⁵ Todos los datos son del Buró de Estadísticas del Estado, *Statistical Yearbook of China*, 1992.

inflación de 1989, la suba de la tasa de mortalidad, la emergencia de importantes problemas ambientales, una creciente desigualdad de los ingresos así como fractura social y desorden'. Los sucesos señalados más arriba tuvieron por lo tanto un costo considerable. No es nuestra intención aquí establecer que los beneficios de la reforma excedieron los costos (aunque creemos que éste es el caso) sino analizar los aspectos espectacularmente exitosos de las reformas, muy especialmente el crecimiento económico tal como es medido en términos convencionales. El éxito de China al respecto es particularmente evidente en comparación con el desempeño de la mayoría de los demás países en desarrollo en el mismo período y el marasmo económico en que se han sumergido los países del ex bloque soviético.

Si bien ha habido un grado de consenso ante el éxito económico de China, las razones de ese éxito y los desafíos que quedan para el futuro todavía son temas contenciosos. En este trabajo argumentaremos que una aproximación habitual, derivada del paradigma neoclásico dominante que atribuye el éxito de China exclusivamente a la introducción del mecanismo de mercado y aboga a favor de la privatización en gran escala como la tarea más importante del futuro, es altamente engañosa. Ofrecemos una opinión alternativa que interpreta el éxito de China como demostración de la continua relevancia económica de la propiedad social de los medios de producción y que subraya el papel de un Estado local activo como un aspecto centralmente importante del programa de reforma de China. Esto es particularmente evidente en el sector industrial pero también se puede verificar en el sector agrícola. Afirmaremos que el desafío para el futuro no es la privatización sino la consolidación de las reformas de mercado en el contexto de un marco institucional capaz de preservar y aprovechar la capacidad de desarrollo de un Estado con múltiples niveles y el fortalecimiento de instituciones rurales colectivas.

En la primera sección repasamos brevemente el argumento según el cual el éxito de China puede atribuirse exclusivamente al operar de fuerzas del mercado y que el futuro éxito de las reformas depende del alcance de la privatización. Como correctivo necesario a esta opinión, demostramos en la sección siguiente que el Estado (local) ha sido un factor importante en el proceso de reforma y ha contribuido en forma significativa al éxito económico. Además, lo hizo en un contexto manteniendo la propiedad social de los medios de producción, lo que llevó al Estado local a comportarse en formas distintas y económicas más beneficiosas que una alternativa capitalista. También afirmamos en la sección III que en forma similar los derechos de propiedad colectiva de la tierra han brindado beneficios económicos en el sector agrícola. En la sección IV sugerimos por qué la privatización no debe ser considerada una condición necesaria ni suficiente para el éxito económico futuro, al tiempo que afirmamos que una división viable de poderes entre los intereses del Estado local y central y la conso-

¹ Para una discusión de la inflación de China, ver por ejemplo, P. Howles y G. While, *Political Economy of China's Financial Reforms: Finance in Late Development*. Boulder, 1993, cap.5; para un debate sobre el incremento de las tasas de mortalidad ver A. Hussain y N. Stern, "On the Recent Increase in Death Rates in China", Development Economics Research Programme, *Working Paper CP no. 5*, 1990, London School of Economics; para los problemas ambientales ver V. Smil, *China's Environmental Crisis: An Inquiry into the Limits of National Development*, Amionk, Nueva York, 1993; para una discusión de la (controvertida) cuestión de las tendencias en la desigualdad de ingresos, ver por ejemplo, I. Adelman y R. Sunding, "Economic Policy and Income Distribution in China", *Journal of Comparative Economics*, vol. II, 1987, p.444-461.

lidación de instituciones rurales colectivas es una preocupación más relevante y urgente⁷. Aunque esto podría lograrse, no obstante, las reformas de China siguen estando esencialmente abiertas; la economía y política de China claramente están siendo sometidas a rápidos cambios en los que se evidencian fuerzas contradictorias. Como conclusión, discutimos brevemente algunas tendencias importantes emergentes.

I. MERCANTILIZACIÓN Y PRIVATIZACIÓN

Como bien se conoce, las reformas chinas fueron lanzadas en 1979 con el objetivo de reemplazar la asignación de recursos administrada centralmente con el uso creciente de mecanismos de mercado. Las razones de por qué se consideraba necesario este cambio no deben detenernos aquí. Lo que importa es que tal cambio fue instituido y ha sido ampliamente implementado. La difusión de las relaciones mercantiles puede ser investigada en distintas formas. Por ejemplo, ha habido una significativa reducción de la cantidad de mercancías clave que son asignadas centralmente y, como afirmó Byrd, "los mercados funcionantes han entrado a ser industria china y se han vuelto cada vez más importantes en la asignación de recursos...la creciente importancia del mercado ha sido íntimamente vinculada con el declive del rol de asignación de los recursos de la planificación"*.

La política de puertas abiertas ha conducido a una significativa integración de China en la economía mundial y, como señala Landy, "los chinos comenzaron a adoptar una política de tipo de cambio más realista y reformaron los precios de las mercaderías comercializadas. El valor de la moneda local en las transacciones comerciales fue reducido casi a la mitad cerca del comienzo de la reforma y a esto le siguieron otras devaluaciones importantes en 1985, 1986, 1989 y 1990. Aunque al comienzo el progreso era lento, al final de la década los precios locales de casi todas las importaciones estaban basados en los precios del mercado mundial... Y una cantidad creciente de exportadores estaba en condiciones de hacer tratos para recibir precios en moneda local que se acercaban más a los precios mundiales"". Estos cambios en la política estuvieron acompañados por un dramático repunte del comercio y las exportaciones de China.

La difusión de los mercados y la liberalización de los precios estuvieron acompañadas por reformas empresariales que incrementaron mayormente la autonomía decisional otorgada a las empresas así como las reformas que fomentaban la difusión de las empresas privadas y las joint ventures. La amplia embestida de las reformas

¹ Nuestro enfoque aquí es estrictamente sobre un examen del caso chino. No intentamos sacar explícitamente lecciones generales basadas en la experiencia china aunque claramente los argumentos tienen relevancia para otras economías "de transición".

® W. Byrd, *The Market Mechanism and Economic Reform in China*, Amonk, Nueva York, 1991, p.219. Ver también p.51 para ejemplos del declive en la asignación estatal de recursos clave tales carbón, leña, acero laminado, cemento y metales no ferrosos. A finales de 1991 se redujeron ulterior y dramáticamente de 737 a 89 los consumos cuyos precios estaban sujetos a control estatal. Ver *Remmin Ribao* (Diario del Pueblo), 23 octubre 1992. Además, como señala Rawski "la amplia aparición de fenómenos de convergencia asociados con el mercado en vez de con la planificación muestra que la penetración del mercado se extiende lejos más allá de las zonas de industria rural y de exportación costera". T. Rawski, "An Overview of Oinese Industry in the 1980s", *Research Paper Series No. CH-RPS 18*, Banco Mundial, 1993, p.27.

* N. Landy, *Foreign Trade and Economic Reform in China, 1978-1990*, Cambridge, 1992, p.81-82.

empujó a China decididamente en dirección de una economía de mercado (aunque no, afirmamos, un *laissez-faire* capitalista). Además, la parte de rentas y gastos del gobierno central como un porcentaje del Producto Bruto Industrial (PBI) cayó en forma significativa durante el período de reforma¹⁰. En la economía rural, el sistema de comunas fue abolido y se instituyó el sistema de responsabilidad familiar (SRF) que permitió que se entregaran tierras en arriendo a individuos por períodos de hasta 30 años".

Estos cambios han sido extensivos, están bien documentados y no están en discusión¹². Lo que sí queremos discutir, sin embargo, es la interpretación por parte de muchos de que estos cambios han sido los únicos responsables del éxito de China. Esta interpretación se ha convertido en moneda corriente en las instituciones financieras internacionales y en muchos círculos académicos y no requiere aquí una explicación exhaustiva. Como un ejemplo del género podemos simplemente tomar el *World Development Report 1991* del Banco Mundial. Este informe, que cristaliza y populariza el pensamiento del Banco Mundial, afirma que se ha comprobado que una aproximación al desarrollo económico "amistoso con el mercado" es la más exitosa. China es utilizada como ejemplo de ello y, leemos por ejemplo, "lo más impactante [de las reformas económicas de China] fueron las reformas rurales que introdujeron incentivos de precio y de propiedad para los granjeros. Los precios de granja reales aumentaron un 50 por ciento y la tasa de crecimiento agrícola subió del 2,5 por ciento en 1965-78 a 7,2 por ciento en 1978-88"¹³. El mensaje, por supuesto es el conocido, que "un ajuste correcto de los precios" y brindar "incentivos de propiedad" causan crecimiento económico.

La tarea de las futuras reformas compromete por lo tanto tratar la cuestión de los continuos "precios irracionales" que resultan de una "reforma parcial" y proporcionar más "incentivos de propiedad" a través de la privatización. Los problemas de la economía agrícola, como el exceso de inversiones en viviendas rurales en oposición a la tierra, pueden resolverse, se ha argumentado, brindando mayor seguridad a los campesinos a través de una plena propiedad privada de la tierra y así aumentando los incentivos para invertir en la tierra. En el sector industrial, las continuas pérdidas e ineficiencias de las empresas estatales pueden ser tratadas mediante la extensión de las relaciones de mercado y mediante la privatización de empresas que superaría las

¹⁰ Aunque la parte del gasto gubernamental total (es decir, central más local) ha caído mucho más modestamente. Ver Wang Shaoguang, "The Rise of the Second Budget and the Decline of State Capacity in China", trabajo presentado en la conferencia "Political Departures from Central Planning", que tuvo lugar en Arden House, Nueva York, 25-30 agosto 1992.

¹¹ En enero de 1984, la duración del período de arrendamiento de la tierra fue oficialmente prolongada a quince años o más. En 1992, un decreto del gobierno central amplió los arriendos de tierra a treinta años por encima del vencimiento de los arrendamientos actuales. Para la discusión de la forma en que esto está siendo implementado ver "Chinese Peasants in the Process of Marketization: A Survey Report of Peasant Households and Markets", *Chinese Rural Economy*, n°2, 1994, p.37-43.

¹² Existe acuerdo sobre los amplios contornos de las reformas a lo largo del espectro ideológico, acuerdo que también comparten los críticos de izquierda y los simpatizantes de izquierda de las reformas de China. Para ejemplos de los primeros ver J. Petras, "Contradictions of Market Socialism-Part I", *Journal of Contemporary Asia*, vol.18, n°1, 1988 y R. Smith, "The Chinese Road to Capitalism", *New Left Review* 199, y para los segundos ver P. Nolan y J. Sender, "Death Rates, Life Expectancy and China's Economic Reform. A Critique of A.K. Sen", *World Development*, vol.20, n°9\ 1992, p.1279-1304.

¹³ *World Development Report 1991*, p. 38.

ineficiencias que surgen de tener una economía caracterizada por "agentes sin jefes"¹⁴. El Banco Mundial quizá resume en la manera más sucinta el argumento cuando afirma que la experiencia de los países en desarrollo ha demostrado que "la privatización es necesaria y altamente deseable aun a pesar de ser difícil y consumir tiempo"¹⁵; ¡la experiencia del ex bloque soviético demuestra la prueba de la segunda parte de la frase!

La clave para la reforma futura, por lo tanto, es ser más "amistoso con el mercado". El término "amistoso con el mercado" carece, por supuesto, de precisión analítica y se aparta como un camaleón de implicar una dirección de cambio indicando un estado final deseable, es decir, una economía de mercado libre, i.e. privatizada. La deseabilidad de este estado final de hecho ha sido el punto de partida de varias propuestas para diseñar el curso futuro de las reformas chinas. La justificación intelectual por esta recomendación procede de la posición neoclásica de Chicago, que afirma que los mercados libres son los mejores asignadores de recursos y que los mercados no pueden trabajar eficientemente sin un sistema de derechos de propiedad privada¹⁶.

La intención de lo que queda de este trabajo es argumentar que las razones presentadas mis arriba para el éxito económico de China son en la mejor de las opciones una explicación incompleta y que las prescripciones para una futura reforma basadas en estas razones son inapropiadas. Primero reconozcamos un área de acuerdo. Estamos de acuerdo en que las reformas orientadas al mercado, específicamente la extensión de los mercados y la significativa reducción del rol de la planificación central, han sido elementos cruciales de la explicación del éxito económico de China. Donde disentimos sin embargo es que éste sea el cuadro completo; demostraremos que el Estado sigue siendo un actor crítico en el proceso de desarrollo y que la propiedad social de los medios de producción es, y debe seguir siendo, la forma dominante de propiedad.

¹⁴ Para argumentos a favor de la privatización ver por ejemplo J. Prybyla, "Why China's Reform Fail", *Asian Survey*, vol. 29, n°1, 1989, p. 1017-1032. Ver también O. Yenai, "Chinese Reforms, Inflation and the Allocation of Investment in a Socialist Economy", *World Development*, vol. 18, n°5, 1990, p. 707-721. B. Naughton examina la coexistencia de una producción en alza y tener pérdidas en las empresas de propiedad del Estado en "Implications of the State Monopoly over Industry and its Relaxation", *China*, vol. 18, n°1, 1992, p. 14-41. Resumidamente, él afirma que el fin del monopolio de Estado sobre la producción industrial ha llevado a un aumento de la competencia para las empresas de propiedad del Estado; en esta situación es bastante coherente para éstas tener pérdidas y aumentarla productividad.

¹⁵ *World Development Report 1991*, p. 144.

¹⁶ Friedman aclara de manera característica este punto. Según afirmó, "Usar o no usar el mercado no es la diferencia crucial. Cada sociedad, si comunista, socialista, socialdemócrata o capitalista, usa el mercado. La diferencia crucial es más bien propiedad privada o propiedad no privada. ¿Quiénes son los participantes en el mercado, a nombre de quién operan? ¿Estos participantes son burócratas del gobierno que operan en nombre de algo llamado el Estado? ¿O se trata de individuos que operan directa o indirectamente en nombre propio? Es por ello que en un trabajo anterior entregado en China defendí el uso más amplio posible no del mercado, sino de 'mercados libres privados'... Las palabras 'libre' y 'privado' son aún más importantes que la palabra 'mercado'. El amplio uso del mercado que está barriendo el mundo está mejor descrito como 'privatización' - transferir empresas de propiedad del gobierno a manos privadas y de esta forma se da mayor alcance a la mano invisible de la que escribió Adam Smith". M. Friedman, "Using the Market for Social Development", *Economic Reform in China: Problems and Prospects*, editado por J. Domy Wang Xi, Chicago, 1990, p.4-5.

H. INDUSTRIA: SOCIALISMO DE MERCADO DE DESARROLLO LOCAL

En el período pre-reforma el sector industrial de China estaba caracterizado por una forma predominante de propiedad. Aunque las economías capitalistas exhiben muchas formas distintas de organización legal dentro de los parámetros de la propiedad privada, las economías centralmente planificadas han dependido casi exclusivamente de una forma organizacional, la empresa de propiedad del Estado.

Durante el período de reforma el predominio de las empresas de propiedad del Estado disminuyó en forma significativa. En su lugar han surgido nuevas formas de propiedad como las empresas de propiedad privada y las joint ventures que virtualmente no existían antes de las reformas. No obstante, el cambio más significativo ha sido el alza en el producto industrial producido por el sector colectivo. Este sector está integrado ampliamente por empresas bajo control administrativo o de propiedad de gobiernos locales a nivel provincial, ciudadano, municipal y de aldea. Los colectivos urbanos de propiedad de los gobiernos provinciales y de la ciudad eran aspectos del período pre-reforma pero el surgimiento de industrias rurales colectivas en los municipios y aldeas ha sido un aspecto notable del período de reforma. Este sector representa, como argumentaremos más adelante, una forma de propiedad social (opuesta a la propiedad del Estado que es una forma de propiedad social). Como ilustra el Cuadro 1, las empresas de propiedad social (i.e. empresas de propiedad del Estado y colectivas) todavía producen más del 85 por ciento del producto industrial de China. Aunque las tasas de crecimiento pudieran ser las más altas en el sector privado, el porcentaje de producto que esto produce es aún muy pequeño y el cambio cuantitativo más significativo en la composición de la producción industrial durante el período de reforma ha sido el cambio *dentro* del sector de propiedad social de propiedad del Estado al sector colectivo.

Cuadro 1

Participación en el valor del Producto Bruto Industrial según forma de propiedad (1980-1992)

Año	Total (mil mili. yuan)	Estado%	Colectivo% (total)	Colectivo% (urbano)	Privado%	Otro%
1980	515,43	76,0	23,5	13,7	9,9	0,02
1985	971,65	64,9	32,1	13,3	18,8	1,85
1990	2.392,44	54,6	35,6	15,0	20,6	5,39
1992	3.706,60	48,1	38,0	13,2	24,8	6,76

Fuente: Calculado de *Statistical Yearbook of China*, 1993, p.414

Cuadro 2:

Valor del Producto Bruto Industrial *por* propiedad en distintas provincias 1992

Región	Propiedad del Estado %	Colectiva %	Otra %
Occidental	66,7	24,5	8,8
Interior	61,1	28,9	10,0
Oriental	41,7	45,6	12,7
Fujian y Guangdong	34,5	34,1	31,4
Total	48,1	38,0	13,0

Fuente: Statistical Yearbook of China, 1993, p.415-416.

Occidental se refiere a Sichuan, Guizhou, Yunnan, Shanxi, Gansu, Qinghai, Ningxia, Xinjiang y Xizhang; Interior se refiere a las provincias de Shanxi (Tianyun), Mongolia interior, Jinlin, Heilongjiang, Anhui, Jianxi, Henan, Hubei y Hunan; Oriental se refiere a las provincias de Beijing, Tianjin, Liaoning, Hebei, Shandong, Guandong, Jiangsu y Zhejiang.

Mientras que las empresas colectivas urbanas y rurales se expandieron durante el período de reforma, el crecimiento de las empresas colectivas rurales ha sido el aspecto más dramático de los últimos diez años (ver Cuadro 1) y un examen más de cerca de su estructura es por lo tanto justificado. Los gobiernos municipales y de aldea son las unidades administrativas postreforma que reemplazaron a la comuna y la brigada, respectivamente. Bajo la jurisdicción de estas unidades administrativas rurales se ha producido un incremento dramático del producto industrial. Es cierto que ambas empresas rurales, de propiedad colectiva y privada, han destacado en este crecimiento de producto, pero es importante señalar que el sector colectivo es el que sigue predominando, como se muestra en el Cuadro 3¹⁹.

" La clasificación de empresas rurales por tipo de propiedad es un tópico algo controvertido. Nee afirma que muchas empresas privadas se registran como empresas colectivas para beneficiarse con favores de gobierno. (Continúa en la página próxima, al pie)

Cuadro 3

Producto industria) rural y empleo según tipo de propiedad (por ciento)

Propiedad	Producto		Empleo	
	1990	1992	1990	1992
Municipal	38,4	38,1	27,8	26,6
Aldea	36,4	36,9	33,3	34,7
Cooperativas	7,3	6,2	9,0	7,6
Privada	17,9	18,8	29,9	31,1

Colectivo total = Colectivo urbano + colectivo rural.

Privado se refiere a firmas privadas que emplean menos de ocho personas.

Otro se refiere a firmas privadas que emplean más de ocho personas, joint ventures y firmas de propiedad totalmente extranjera.

Los gobiernos locales han sido capaces de promover y apoyar a las industrias locales dentro de sus jurisdicciones con recursos puestos al alcance por la descentralización fiscal y el crecimiento de fondos extrapresupuestarios¹⁷. En forma significativa, esos gobiernos han exhibido notables aptitudes empresariales como la habilidad para atrapar nuevas oportunidades y tomar ventaja de las situaciones de desequilibrio en el mercado; el declive de la planificación central y la liberalización gradual de los mercados ha presentado oportunidades para que nuevos agentes ingresen a los mercados anteriormente monopolizados y capturen una parte de las ganancias monopólicas. Esto requiere aptitudes empresariales clásicas y fue el sector de propiedad social, que contiene a *ambos* colectivos, rural y urbano, el que respondió de esta manera. Como escribe Naughton, "cuando se hace referencia a nuevos ingresos a la producción es natural que se piense primero en el sector industrial rural ya que se trata de un sector que se expande rápidamente y relativamente separado del control estatal tradicional. No obstante, el argumento no depende únicamente del ingreso de las nuevas industrias rurales. Existen ahora suficientes recursos a disposición de los funcionarios locales que invierten en y obtienen ganancias, de las nuevas empresas colectivas locales y urbanas, como para que el ingreso de nuevas empresas pueda ser promovido por los gobiernos locales dentro de las formas tradicionales de propiedad".

El crecimiento de un sector colectivo por lo tanto ha sido evidente en ambas áreas, urbana y rural, y no está vinculado exclusivamente al surgimiento de industrias rurales. El dinamismo de este sector se refleja en el hecho que el sector colectivo ahora produce más del 25 por ciento del total de las exportaciones de China y ha tenido el mejor desempeño en la parte costera más dinámica del país; en el interior y las áreas occidentales ha prosperado menos bien, como muestra el Cuadro 2:

¹⁷ Para la discusión sobre la creciente base fiscal de los gobiernos locales ver R. Kojima, "The Growing Fiscal Authority of Provincial Level Governments in China", *The Developing Economies*, vol.30, n°4, 1992, p.315-346; J. Oi, "Fiscal Reform and the Economic Foundations of Local State Corporatism in China", *World Politics*, vol. 45, n°1, 1992, p.99-126; Wang, "The Rise of the Second Budget".

"Naughton, "Implications of the State Monopoly", p.22.

Fuente: calculado de *Statistical Yearbook of China*, 1992, p.435-437 y 1993, p.441-443.

Como se puede observar en el Cuadro 3, las empresas rurales de propiedad de los gobiernos municipales y de aldeas representan el 75 por ciento del producto industrial rural de China y el 60 por ciento del empleo industrial rural.

ENTRE PRIVADO Y PÚBLICO

Si bien todas las empresas municipales y de aldea (EMA) son similares en el hecho que técnicamente son propiedad de los residentes en un municipio o aldea, existe una variedad considerable en la práctica de cómo se ejercen estos derechos de propiedad. En algunas áreas se evidencia una clara jerarquía de reclamos sobre las ganancias de la empresas, mientras que en otras el ejercicio de los derechos de propiedad es más fluido. Al discutir la estructura de propiedad de las EMAs en Wuxi, Luo escribe que él "todavía no ha encontrado un paradigma apropiado para este peculiar sistema de derechos de propiedad. Está fuertemente teñido con tradiciones chinas y es muy diferente del sistema occidental bajo el cual el individuo por último es dueño de la propiedad"²⁰. Cui ha sugerido que la mejor caracterización para las empresas rurales colectivas puede ser la de "propiedad franja-de-Moebius colectiva" en la que los límites entre empresas rurales y empresas rurales y gobiernos comunitarios son borrosos"²¹.

Un sistema económico en el cual una parte significativa y dinámica de la industria puede caracterizarse por operar bajo "derechos de propiedad vagamente definidos" es importante y desconcertante para los economistas que han subrayado la importancia de derechos de propiedad claramente definidos para la eficiencia económica y como base para el caso de la privatización en las ex economías centralmente planificadas.

Precisamente, cómo las EMAs chinas lograron sobresalir bajo una propiedad social mal definida y cómo trataron el problema del monitoreo (i.e., cómo los trabajado-

(Viene de página anterior)

nos locales. Ver V. Nee, "Organizational Dynamics of Market Transition: Hybrid Firms, Property Rights and Mixed Economy in China", *Administrative Science Quarterly*, n.º 11, 1992, p.10. (Ver también O. Odgaard, "Inadequate and Inaccurate Chinese Statistics: The Case of Private Rural Enterprises", *China Information*, vol. 5, n.º 3, invierno 1990/91). Lo disputan Weitzman y Xu, quienes afirman que "para racionalizar el éxito de [las empresas municipales y de aldeas], muchos economistas occidentales las han considerado como si en verdad se tratara de firmas privadas bajo la etiqueta protectora de empresa colectiva. Pero en general no es cierto, aunque se puedan encontrar algunos ejemplos". M. Weitzman y C. Xu, "Chinese Township Village Enterprises as Vaguely Defined Cooperatives", Development Economics Research Programme, *Working Paper CP n.º 26*, London School of Economics, 1993 p. 11 (énfasis agregado). Aunque existen algunas ventajas por registrarse como una empresa colectiva (especialmente para obtener apoyo del gobierno local) también existen desventajas (en cuanto a los ingresos, y por lo tanto los impuestos, que pueden ser escondidos más fácilmente en las empresas privadas).

²⁰ Luo Xiaopeng, "Ownership and Status Stratification", en W. Byrd and Lin Qingsong, eds. *China's Rural Industry: Structure, Development and Reform*, Oxford, 1990, p.140,

²¹ Cui Zhiyuan, "China's Rural Industrialization: Flexible Specialization, Moebius-Strip Ownership and Proudlian Socialism", mimeo, 1993, p. 19. Según explica Cui, "franja de Moebius es un tipo de franja con un rasgo topológico por el cual es imposible distinguir sus interiores de sus exteriores".

res fueron inducidos a trabajar en forma eficiente) sigue siendo un tema para una ulterior investigación. Weitzman y Xu brindaron una excelente hipótesis, es decir, que las sociedades difieren en su grado de "cultura cooperativa"; sociedades como China, con valores cooperativos bien desarrollados, fortalecidos por políticas, podrían estar mejor equipadas para utilizar formas colectivas de propiedad".

Este tipo de sistema económico ha mostrado ser factible, ¿pero por qué tendría que ser deseable? Esto requiere un análisis del *contenido* de la propiedad social. Específicamente, ¿las EMAs son simplemente vehículos para el enriquecimiento individual y por lo tanto en comportamiento equivalentes a las firmas capitalistas? Ciertamente los informes ampliamente difundidos sobre corrupción de los cuadros, la resistencia de los campesinos a los impuestos ad hoc y el hecho que las EMAs no son compañías de propiedad de los trabajadores operando sobre principios democráticos podrían sugerir que éste es el caso. En todo caso, si bien esto sería exacto en algunos casos, existen de hecho fuertes razones para creer que las EMAs, por lo menos en una cantidad significativa de instancias, se comportan en manera distinta que las firmas capitalistas y ofrecen un ejemplo interesante de empresa exitosa de propiedad social.

Mientras que la alocaación de los derechos de propiedad varía considerablemente entre las EMAs, en práctica estos tienden a ser ejercidos por los líderes municipales y de aldea (cuyos poderes incluyen la designación de los gerentes de EMA). Huang ha afirmado que la mejor forma de considerar las organizaciones rurales administrativas y productivas de la era de reformas es pensándolas como "tercer reino" existente entre el Estado y la sociedad y que no encajan en la simple clasificación occidental binaria de Estado/sociedad, Estado mercado planificado/libre". Según argumenta, "las autoridades administrativas de estas entidades no pueden ser comprendidas simplemente como parte de la burocracia del Estado. En este (i.e. local) nivel, existe una interacción creada entre los cuadros del Estado designados desde afuera y los cuadros de la comunidad sujetos a la influencia de espesas redes tejidas por conexiones locales"²⁴. Si bien el municipio o la aldea china no son para nada democráticos, las preferencias locales, especialmente para el empleo, parecen jugar un papel importante en la determinación del comportamiento de las EMAs. Así, Naughton escribe que "aunque los funcionarios de los municipios controlan los derechos de propiedad de las EMAs, sus incentivos no son idénticos a los de los propietarios privados. Los funcionarios de municipios y aldeas deben en cierto grado tomar en cuenta los intereses de la comunidad local, si pretenden ser efectivos en lograr un espectro de indicadores económicos y

^a Weitzman y Xu, "Vaguely Defined Cooperatives". Claramente es un área ijue necesita más investigación. Otros han buscado explicar el éxito de las EMAs de China refiriéndose a la estructura regional de la economía de China (Y. Qian y C. Xu, "Organizational Basis for Economic Transilition" en G. Yang y C. Zliiyuan, eds., *China: A Reformable Socialism?* Oxford 1994); utilizando una aproximación de costos de transacción, (Nee, "Organizational Dynamics"), y señalando un conjunto de "factores determinados político e institucionalmente" únicos como la experiencia de la industrialización rural durante el periodo maoista, el boom originado en la demanda a comienzos de los 80 y la posición menor de la industria de las EMAs (P. Ronnas, "Economic Diversificaron and Growth in Rural Clima: Tlie Anatomy of a 'Socialist' Success Story", *Journal ofCommunst Sludies*, vol. 9, ni, 1993, p.216-244).

" Lin Chin afirma una opinión similar en "China Today; 'Money Dissolves the Commune'", *New Left Review* 201,especialmente p.37-39.

^u P. Huang, "'Public Sphere'/'Civil Society* in Clima? The TUird Realm between Stale and Society", *Madern China*, vol. 19, n'2, abril 1993, p.235.

sociales. Esa comunidad podría tener una preferencia substancial para generar empleo, algo que el funcionario local podría querer arreglar"²⁵. También señalan este punto Weitzman y Xu, quienes afirman que "no sólo el papel del gobierno de la comunidad es diferente de un propietario privado de los bienes, sino también el derecho de controlar una EMA es más restrictivo que el papel del Estado frente a las empresas estatales en el sentido que los gobiernos de comunas tienen que tomar en cuenta las preferencias de los miembros de la comuna en el momento de tomar una decisión. La investigación de campo ha encontrado que las decisiones sobre el establecimiento de nuevas EMAs a menudo eran discutidas y tomadas colectivamente en reuniones de la aldea"²⁶.

Por ello, no resulta sorprendente que, como escribe Oi, el objetivo de los gobiernos locales es "definido más ampliamente que los estrechos intereses económicos y ganancias. Puede incluir intereses tanto sociales como ideológicos"²⁷. Cui desarrolla ulteriormente este punto y argumenta, basándose en una investigación del Buró de Estadísticas del Estado, que "los motivos orientados por la comunidad son los más importantes para los funcionarios de gobiernos locales"²⁸. El resultado de esto ha sido que la función redistributiva de los gobiernos locales se ha mantenido fuerte y parece que la provisión de oportunidades de empleo para todos ha seguido siendo una alta prioridad. Según señala Lin Chun, "habitualmente y por consenso comunes tales empresas (EMAs) están obligadas a cuidar a todas las familias en la comunidad a través de medidas especiales para asegurar el empleo equitativo y fondos para asistencia pública"²⁹.

Así, hasta un cierto grado significativo, las EMAs representan a la propiedad social aunque en una forma únicamente china. El empleo no está garantizado, las EMAs pueden quebrar y los trabajadores pueden perder su puesto. No obstante, parece que los líderes de los municipios y las aldeas son receptivos a las preferencias de la población local a la cual representan y, como resultado, las EMAs se comprometen con distintas prácticas de empleo y sus ganancias son consideradas una fuente para los programas para fondos de asistencia social para toda la comunidad³⁰. No es necesario decir que las operaciones de las EMAs son un importante área de investigación pero, en el estadio actual del conocimiento, parecen ser una forma única de organización productiva con un comportamiento distinto del de las compañías capitalistas (y

²⁵ B. Naughton, "Chinese Institutional Innovation and Privatization from Below", *American Economic Review, Papers and Proceedings*, vol. 84, n° 2, mayo 1994, p.268. J. Svejnar apoya este argumento en "Productive Efficiency and Employment", en W. Byrd y Lin Qingsong, eds., *China's Rural Industry*, que llega a la conclusión que en dos de los cuatro países estudiados, las empresas colocaron un peso positivo en la creación de empleo. Estos resultados sin embargo no fueron corroborados por M. Pitt y L. Puttemian, "Employment and Wages in Township, Village and Other Rural Enterprises", mimeo, 1993.

²⁶ "Vaguely Defined Cooperatives", p. 16-17.

²⁷ Oi, "Fiscal Reform", p.1 19.

²⁸ Cui, "China's Rural Industrialization", p.8.

²⁹ Lin Chun, "Money Dissolves the Commune", p.42. Ver también P. Huang. *The Peasant Family and Rural Development in the Yangzi Delta, 1350-1985*. Stanford 1990, p. 293 para ejemplos. Nuestro análisis del sector EMA difiere marcadamente del de Smith, quien argumentó en esta revista que el sector EMA debe ser visto como "sector capitalista o protocapitalista". Smith, "The Chinese Road to Capitalism", p.60.

³⁰ En 1992, el 61,4 por ciento de los ingresos fiscales de los gobiernos locales en la China rural procedieron de las EMAs. Ver *Statistical Yearbook of China*, 1993, p.391.

por supuesto también de las empresas chinas de propiedad del Estado).

IMPLICACIONES DEL ÉXITO DE LAS EMAS

El éxito y características del sector EMA es significativo por una cantidad de razones. En primer lugar, el despliegue de empresariado clásico por parte de los gobiernos locales arroja luz sobre el prolongado debate en torno a la relación entre los mercados, el empresariado y la propiedad. Durante el debate sobre el cálculo socialista en los años 30 una línea de ataque de los críticos del socialismo, y de von Mises en particular, era que carecía de agentes capaces de desempeñar la función dinámica llevada a cabo por los empresarios privados en el sistema capitalista. Dado que bajo el socialismo el incentivo brindado por la propiedad privada faltaba, se argumentaba, también faltaba la clase de los empresarios. Los fracasos del socialismo de mercado en Hungría también provocaron debates sobre la posibilidad de "empresarios socialistas". Los gobiernos locales chinos parecen haber brindado en la práctica un poderoso ejemplo de este empresariado. Con oportunidades de mercado, los agentes públicos y las empresas de propiedad social han respondido en forma dramática; los mercados no requieren propiedad privada para funcionar. Este despliegue de empresariado es aún más impresionante si se comprende que el boom en EMAs no fue el resultado de políticas deliberadas del gobierno central destinadas a implementar su desarrollo, sino más bien una salida inesperada a un entorno político cambiado¹¹.

En segundo lugar, está el hecho que el Estado local en alguna manera ha reemplazado al mercado e intervino para fomentar puntos de industrialización para la continuada importancia del papel del Estado en el desarrollo tardío. La teoría del "desarrollo tardío" debe su origen a Liste y Gerschenkron y afirma que las presiones contradictorias actuantes sobre los que se desarrollaron tardíamente requirieron la intervención del Estado³².

Estudios recientes del éxito de los industriales tardíos de Asia oriental, en particular Corea del Sur y Taiwan, han utilizado nuevamente y adaptado esta teoría para ilustrar el importante rol del Estado en el desarrollo de Asia oriental". El éxito de

³¹ En verdad, algunos autores escriben sobre los nuevos empresarios en tonos casi remiiscentes de las alabanzas a los trabajadores en el periodo maoista. Porejemplo, Rawski escribe que "los líderes empresariales en centenares de condados y miles de brigadas de producción fueron llevados a sacar ventaja de la desregulación irrumpiendo en los mercados que habían cubierto durante años" (T. Rawski, "Chinese Industrial Reform: Accomplishments, Prospects, and Implications", *American Economic Review, Paper and Proceedings*, vol. 84, n°2, mayo 1994, p. 273), mientras que Yusef afirma que "el celo empresarial de los funcionarios locales, la efectividad del aparato administrativo local y la fuerza de la cohesión de la comunidad proporcionaron un dinamismo disciplinado" (S. Yusef, "China's Macroeconomic Performance and Management During Transition", *Journal of Economic Perspectives*, vol. 8, n°2, primavera 1994, p.91).

³² Ver F. Liste, *The National System of Political Economy*, Nueva York, 1985; A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Londres 1962. Gerschenkron señaló, por ejemplo, las presiones entre ahorristas e inversionistas sobre la tasa de interés, y entre exportadores e importadores sobre la tasa de intercambio, así como la necesidad más general de proveer apoyo a las industrias capaces de competir con los industrialistas del comienzo.

^M Ver G. White, *Development States in East Asia*, Londres 1988; R. Wade, *Governing the Market: Economic Theory and the Role of Government in East Asian Industrialization*, Princeton 1990; A. Amsden, *Asia's Next Giant: South Korea and Late Industrialization*, Oxford 1989.

estos países reside precisamente en haber sido capaces de diseñar un conjunto de políticas capaces de orientar estas presiones contradictorias, un éxito que ha confiado también en un aparato de Estado capaz de perseguir una ideología de desarrollo nacional. En China, las provincias y gobiernos de nivel más bajo están dotadas en forma similar con una ideología desarrollista que los ha llevado a intervenir en el proceso de desarrollo promoviendo activamente el crecimiento en sus regiones. Como escribe Oi, "los funcionarios locales han asumido nuevos roles como empresarios, asignando en forma selectiva los magros recursos para dar forma a modelos de crecimiento económico local"³⁴. Funcionarios provinciales, municipales y de aldea han proporcionado protección a sus propias industrias, les han asignado crédito y dado otros incentivos en un grado tal que pueden ser caracterizadas como "Estados minidesarrollistas".

En tercer lugar, las operaciones de EMAs son importantes porque, en su caso para el socialismo de mercado, Bardhan y Roemer argumentan que un sistema económico así es más eficiente económicamente por el hecho que promueve la producción de bienes públicos y restringe la producción de males públicos mediante la internalización de las externalidades³⁵. En el contexto de un sistema económico capitalista, uno de los males públicos más significativos es el desempleo. En una economía socialista de mercado, esto estaría mitigado por el hecho que las contradicciones entre la ganancia privada y los costos públicos están por lo menos parcialmente resueltas. Es interesante comprobar, entonces, que los gobiernos locales chinos tienen objetivos distintos a la maximización y parecen responder a las presiones para proporcionar empleos para todos.

En cuarto lugar, pero no por ello menos, también es importante para las vidas y el bienestar de la población rural china, que están íntimamente vinculados al éxito u otra cosa de las industrias rurales. Se ha afirmado que las EMAs son menos deseables que las empresas estatales a raíz de que los salarios y los beneficios son más generosos en las segundas y porque el declive de la relativa importancia de las industrias de propiedad del Estado tendría que ser considerado como un paso en la dirección equivocada desde el punto de vista de los standards de vida de la clase trabajadora³⁶. No obstante, esta opinión necesita una calificación más considerable. Primero, si bien los beneficios son indudablemente más altos para los trabajadores de las empresas estatales, hay cierta evidencia que a finales de los ochenta los salarios promedio y los pagos de bonificaciones eran más altos para los trabajadores en las EMAs³⁷. Segundo, la división Estado/colectivo es tan importante como la división rural/urbano. Los trabajadores en industrias urbanas de propiedad del Estado han sido los beneficiarios de políticas anteriores de extracción del excedente de la agricultura y de la falta de movilidad dada por el sistema de registro según hogares. La disposición de empleo industrial no de granja (aun con bajos salarios y con malas condiciones de trabajo) en la China rural ha proporcionado un aumento significativo de los ingresos rurales y ha

³⁴ Oi, "Fiscal Reform", p. 124.

³⁵ P. Bardhan y J. Roemer, "Market Socialism: A Case for Rejuvenation" *Journal of Economic Perspectives*, 1992.

³⁶ Se puede encontrar esta opinión en Smitli, "The Chinese Road to Capitalism".

"Esto se indica en los datos de muestra del Banco Mundial reportados en V. C'lietty, D. Ratita y Y. Singh, "Wages and Efficiency in Chinese Industry", *China Research Paper CH-RPS 30*, Banco Mundial, 1994, p.21.

incrementado el poder adquisitivo de los hogares rurales a un grado que las industrias del Estado nunca pudieron, y aún no pueden, lograr". Las empresas rurales emplean predominantemente varones jóvenes y mujeres trabajadoras (solteras) y por lo tanto contribuyen en forma significativa a aliviar la presión en la tierra; las EMAs ahora emplean 112 millones de personas y desde 1990 han creado unos 6,5 millones de puestos de trabajo anuales absorbiendo así aproximadamente el 70 por ciento del incremento anual neto de la fuerza de trabajo rural. Ocurre, sin embargo, que la diferenciación de ingresos *dentro* de las comunidades rurales ha aumentado considerablemente durante el período de reforma como resultado del crecimiento de las industrias rurales^{3*}. Esto en parte porque el vínculo salario-productividad es más fuerte en las EMAs y por ello quienes trabajan para EMAs lucrativas reciben salarios más altos⁴⁰, en parte por la alta variación del ingreso cuentapropista⁴¹.

Intentar clasificar el sistema industrial de China en este punto de su evolución es un ejercicio azaroso (algunos dirán fútil). Está claro que la situación actual en China no presenta respuestas definitivas y que están en evidencia tendencias contradictorias. A pesar de esto, hemos brindado los amplios contornos de una clasificación en la creencia de que las categorías todavía son importantes y para enfatizar las diferencias entre la opinión presentada aquí y la que considera a China principalmente como una economía "privatizante". La combinación de confianza parcial en el mercado, Estado local activo y propiedad social nos lleva (provocativamente) a caracterizar la economía industrial de China como sistema socialista de mercado descentralizado y desarrollista. Tiene algunas de las características del modelo clásico de socialismo de mercado en cuanto utiliza los mercados y mantiene la propiedad social. No obstante, la diversidad de las formas de propiedad social es mucho más rica de lo que sugiere la literatura original del socialismo de mercado y se mantiene un papel crítico para un Estado activo en todos los niveles, coincidente con los rasgos primordiales de la teoría del desarrollo tardío.

"Se da a menudo el caso que las condiciones de trabajo en las EMAs corresponden a largas horas de y en condiciones inseguras de trabajo. Es incuestionable que éstas son significativamente peores en las empresas de propiedad del Estado (con excepción de la bien publicitada fuerza carcelaria de trabajo). No obstante, de ninguna manera queda claro que estas condiciones son peores que las encontradas en el sector agrícola (pie y postreforma) y que mejorarán en las condiciones encontradas en empresas de propiedad extranjera que operan en China. Se ha reportado que "para fines de 1992, sólo el 1 por ciento de las empresas extranjeras cumplía con las leyes chinas según las cuales los trabajadores deben tener un sindicato que los represente" (W. Simón, "Heading the Wrong Way on China", *Los Angeles Times*, 22 de mayo 1994, p.7). Y además, hubo más de 10.000 disputas laborales en China en 1993, incluidas 2.353 disputas en la Zona Económica Especial de Shenzhen en los primeros seis meses (*China Daily*, 28 marzo 1994). Se informa poco sobre la naturaleza de las disputas aunque se reportaron dos pleitos por sueldos en 1993 en fábricas de propiedad japonesa en el sur de China. Los medios noticiosos oficiales han infomado sobre supuesto maltrato a los empleados chinos por parte de gerentes extranjeros, especialmente de Hong Kong y Taiwan.

" Ver C. Brammell y M. Jones, "Rural Income Equality in China Since 1978", *Journal of Peasant Studies*, vol. I, n°1, octubre 1993, p. 41-70; D. Haré, "Rural Nonagricultural Activities and Their Impact on the Distribution of Income Evidence from Fann Households in Souther China", *China Economic Review*, vol. 4, n°1, 1994, 59-92.

^M Ver Chetty et al., "Wages and Efficiency", p. 11.

⁴¹ Ver Haré, "Rural Nonagricultural Activities" para detalles.

ra. AGRICULTURA: DERECHOS DE PROPIEDAD Y ORGANIZACIONES COLECTIVAS

Antes del comienzo de los ochenta, la agricultura de China estaba organizada en un sistema de granjas colectivas con tres niveles de gerencia por parte de la comuna, las brigadas y los equipos de producción. Los equipos de producción con un promedio de veinte a treinta hogares vecinos y escasas quince a veinte hectáreas de tierra arable eran las unidades básicas de producción y distribución. Los miembros de un equipo trabajaban conjuntamente en la tierra de la aldea y reclamaban una participación en el producto sobre la base de los puntos de trabajo que ganaban en la producción en equipo⁴². El sistema de producción de granja requería supervisión laboral para asegurar un esfuerzo adecuado en el trabajo individual. El monitoreo laboral era sin embargo muy costoso en la producción agrícola⁴³. Las dificultades en el monitoreo del trabajo se agravaban por el sistema estatal de precios y las políticas de ingresos adoptadas durante el período en el cual se limitaron mayormente las opciones del equipo para disciplinar a sus miembros "aprovechadores a costa de otros"⁴⁴. Un monitoreo inadecuado e instrumentos de disciplina tendrían como resultado bajos incentivos laborales entre los miembros del equipo.

El sistema de comunas fue reemplazado por un sistema de responsabilidad por hogares (SRH) durante el período de reforma. Bajo el SRH, la tierra de la aldea fue originalmente acordada a hogares individuales por unos quince años. Cada hogar organizaba la producción en forma independiente y retenía todo el producto o lo procedente de las ventas después de pagar su parte en los impuestos agrícolas vendiendo una cuota del producto al Estado y cumpliendo la obligación con la acumulación pública y los fondos de asistencia del equipo. Al eliminar la necesidad de una supervisión del trabajo, el SRH mejoraba el desempeño laboral de los campesinos.

El rasgo distintivo del sistema de tenencia de la tierra de China en el período postreforma es la separación de los derechos individuales del usuario de otros derechos de propiedad que siguen siendo "colectivos". El derecho de utilizar la tierra de la aldea está garantizado a los hogares individuales. No obstante, el colectivo de la aldea retiene otros derechos asociados con la propiedad. Específicamente, el colectivo de la aldea, en cuanto propietario delegado, tiene el derecho de asignar tierra entre sus miembros, el derecho de dar tierra en arriendo a forasteros o de venderle tierra al Estado, y el derecho de reclamar ingresos de renta de esta tierra. Este sistema puede por lo tanto ser considerado como *propiedad a dos canales* con derechos de uso conferidos a hogares individuales y otros derechos conferidos al colectivo de la aldea.

Así, bajo el SRH, los hogares campesinos son las unidades básicas de la producción de granja, mientras que el colectivo de la aldea se hace cargo de gestionar los contratos de la tierra, de mantener los sistemas de irrigación y de proporcionar a los

⁴² Ver Chu-yuan Chen, *China's Economic Development: Growth and Structural Change*, Bouttier 1982 para revisar.

⁴³ Ver M. Bradley y M. Clark, "Supervisión and Efficiency in Socialized Agricultura", *Soviet Studies*, vol. 23, 1972, p.465-473.

⁴⁴ Xiao-yuan Dong y G. Dow, "Monitoring Costs in Chinese Agricultura] Teams", *Journal of Political Economy*, vol. 101, n'3, junio 1993, p.539-553.

campesinos un acceso equitativo a los consumos de la granja, tecnologías, información, crédito y servicios de maquinaria de la granja, procesamiento del producto, mercadeo, educación primaria y asistencia sanitaria. La nueva forma de organización colectiva de la aldea supera los principales inconvenientes del sistema de comunas, al tiempo que preserva los principales méritos de las organizaciones económicas caracterizadas por la propiedad pública de los medios de producción.

Mantener algunos derechos de propiedad colectiva en tierra promueve la utilización eficiente de los recursos de la tierra y laborables en las áreas rurales. Sin tomar en cuenta sus formas operacionales, la propiedad social de los medios de producción es esencialmente una institución económica que reconoce los derechos inalienables de un miembro apto para el cuerpo de trabajar dándole a él/ella acceso a los medios de producción de propiedad social. Bajo el SRH, los hogares campesinos chinos tienen igual acceso a la tierra de la aldea cuando el empleo fuera del sector agrícola es escaso. A pesar del incremento poblacional, la existencia de un importante "excedente laboral" en la agricultura y un declive de la tierra arable durante una década de reforma rural, no ha surgido en las áreas rurales de China una clase sin tierra de importancia⁴⁵. Ciertamente, los campesinos enfrentan mayores incertidumbres que en el pasado (y también tienen mayor autonomía) pero el acceso equitativo a la tierra de granja ha proporcionado protección general para las necesidades básicas de los miembros de la aldea y ha elevado su capacidad de trabajo.

Más allá de esto, los colectivos de aldea también han proporcionado un vehículo institucional a través del cual los servicios de bienes públicos son puestos a disposición de la población china rural, aunque el grado de utilización exitosa de este vehículo ha variado ampliamente dependiendo del grado de ejercicio de los derechos de propiedad colectiva. En algunos casos, el reclamo colectivo sobre el ingreso de la renta obtenida de la tierra y otros bienes públicos ha generado las ganancias necesarias para financiar los servicios de bienes públicos. El colectivo de aldea ofrece un marco organizacional para la entrega de servicios públicos y el monitoreo del uso de estos servicios en la comunidad de la aldea. La clave es que los derechos de propiedad colectiva sean ejercidos activamente. Como señalan muchos investigadores chinos, los campesinos en las aldeas donde las economías colectivas tenían un fuerte asidero disfrutaban servicios sociales mucho mejores en las áreas de educación primaria, atención sanitaria, pensiones, asistencia social, irrigación, orientación técnica, producción y mercadeo, que aquellos en aldeas en las que los colectivos económicos estaban completamente desmantelados y donde los derechos de propiedad colectiva

⁴⁹ Para la discusión del grado de "excedente laboral" agrícola (que se estima existe en un área de 100 millones de adultos) ver C. Yang y C. Tisdell, "Giina's Surplus Agricultural Labour Forcé: Its Size, Transfer, Prospects for Absorption and Effects on the Double-Track Economic System", *Asian Economic Journal*, vol. 6, n°2, 1992, p. 149-182. McKinley y Ciriffin afirman en base a una investigación llevada a cabo a nivel nacional en 1988, que "aunque sólo el 3,8 por ciento de la población rural no tiene tierra, es quizá algo sorprendente que no hay hogares sin tierra desde las reformas institucionales post-1978 que gar.uitiz.iron el acceso a la tierra para todos" (T. McKinley y K. Ciriffin, "The Distribution of Land in Rural China", *ofPcasant Studies*, vol. 21, n°1, octubre 1993, p.76). En todo caso, prosiguen, "si un hogar rural no tiene tierra, no necesariamente es pobre, la mayoría de los que no tienen tierra no lo son. Carecer de tierra, en otras palabras, parece ser una cuestión de elección, habitualmente porque las oportunidades no de granja aseguran ingresos más altos que la actividad granjera (p.82). Debe señalarse, sin embargo, que suigió una significativa "población flotante" clasificada como individuos que han abandonado el campo y trabajan sin pennisos de residencia oficiales en áreas (principalmente) urbanas.

de la tierra eran ejercidos raramente⁴⁶.

A raíz de su potencial económico, los colectivos de aldea de hecho han crecido en forma estable en China desde comienzos de los ochenta. Más de 2,05 millones de aldeas (ex brigadas) y grupos subaldea (ex equipos) «establecieron las organizaciones colectivas, cubriendo aproximadamente el 76 por ciento de los antiguos equipos de producción⁴⁷. La mayoría de los colectivos de aldea han jugado un papel importante en la gestión de los contratos por tierra y en proporcionar a los hogares de sus miembros una amplia gama de servicios. Un estudio reciente conducido por el Centro de Investigación Rural del Ministerio de Agricultura mostró que en 1990 las organizaciones colectivas de aldea fueron responsables del arado en forma mecanizada de más del 35 por ciento de la tierra de las granjas, de irrigar el 70 por ciento del área irrigada, de proporcionar protección a las cosechas a más del 62 por ciento de las cosechas protegidas y de entregar más de un tercio de las semillas, fertilizantes, insecticidas y energía diesel. En el 92 por ciento de las aldeas estudiadas, los colectivos de aldea planificaron y organizaron proyectos granjeros de construcción mayores. Los colectivos de aldea poseían en promedio el 44 por ciento de los bienes de capital granjeros no de tierra⁴⁸.

Mientras la descolectivización de las prácticas granjeras en la China postreforma ha convocado una atención considerable, se ha considerado menos la parte desempeñada por la continuada propiedad colectiva de la tierra y el papel de las organizaciones colectivas en la promoción del crecimiento del sector agrícola. Por supuesto, estos colectivos de aldea también han sido importantes actores en el sector no agrícola, como lo muestra la anterior discusión sobre las industrias rurales. Como indicación de la importancia de las organizaciones colectivas en la economía rural de China, se estima que en 1992 el ingreso generado por las organizaciones rurales colectivas y cooperativas representaba el 45 por ciento del ingreso total de la economía rural de China⁴⁹.

IV: FUTUROS DESAFÍOS

En la discusión sobre el curso futuro deseable de las reformas económicas de China, se afirma a menudo que el proceso de mercantilización debería ser empujado más lejos y que debería estar acompañado por privatizaciones. Si bien creemos que en algunas instancias es deseable una extensión del mercado, nuestra posición es que esto no debe llevarse a cabo a expensas de reducir la capacidad de desarrollo del

⁴⁴ Ver Zhuoshan Guo y Xiu Donghua, "A Survey and Assessment of the Situation of Refining Rural Two-Tier Collective System in Rural Gu&ngdong", *China's Rural Economy*, 1991, n°4, p.23-36 y Zhiyong Mao, "A Discussion of Stabilizing and Refining the Household Responsibility System", *Problems of Agricultural Economy*, 1990, t9, p.1014.

⁴⁷ "A Survey of the Operation of China's Land Contracting System and Cooperative Organizations", *Problems in Agricultural Economy*, 1993, t11, p.45-53.

⁴⁸ Centro de Investigación Rural del Ministerio de Agricultura, "The Current Situation of Rural Social Services", *China's Rural Economy*, 1991, n°15, p.1-30.

⁴⁹ El restante 55 por ciento procedió de la producción agrícola hogareña y del empleo privado y/o cuentapropista. *Statistical Yearbook of China*, 1993, p.394.

Estado. El proceso tampoco necesita estar acompañado por privatizaciones. Subrayamos que en el sector industrial, un desafío significativo es trazar un marco institucional capaz de acomodar y utilizar la capacidad de desarrollo de un Estado con múltiples niveles y de superar algunas de las debilidades del actual sistema descentralizado; en el sector agrícola, deben fortalecerse las instituciones rurales colectivas. Estos desafíos son debatidos más adelante y nos concentraremos aquí en nuestras diferencias con la posición predominante mercantilización/privatización y en los desafíos principalmente económicos.

Muchos han criticado la continua intervención activa del gobierno en todos los niveles de la economía. Ciertamente existen casos en los que las acciones del gobierno fueron un desperdicio, por ejemplo en las guerras interprovinciales por los recursos, como la guerra de la lana, que caracterizó el período de reforma⁵⁰. Si bien una baja de las barreras comerciales interprovinciales y un mayor grado de competencia entre las provincias sería beneficioso, en nuestra opinión esto no puede formar la base de una prescripción generalizada contra la intervención gubernamental. A menudo esta prescripción ha estado implícita en mucho de lo que se ha escrito sobre la necesidad de una mayor mercantilización en China. Es evidente, por ejemplo, cuando Wong y Dai escriben que las intervenciones locales "afectaron adversamente la eficiencia económica y entorpecieron los esfuerzos de reforma para crear mercados competitivos poblados por agentes económicos autónomos"⁵¹. Esto presupone que la ficción Walrasiana de una economía consistente en "mercados competitivos poblados por agentes económicos autónomos" es capaz de ser usada como una descripción válida de las economías actuales. Partiendo del punto de vista que el sistema de equilibrio general Walrasiano proporciona un cuadro exacto de los trabajos de una economía, se produce el obvio resultado de que la intervención del gobierno debe ser eliminada.

Si bien existen claros problemas con algunas de las formas en las que tuvo lugar la intervención local, y en esto China no es diferente de otros países, el caso de una mayor mercantilización necesita avanzar sobre una base caso-por-caso en vez de ser guiado por el dogma neoclásico. En nuestra opinión, el desafío que enfrentan los reformistas es extender el mercado donde es necesario al tiempo que mantienen, en vez de desmantelarlo, un Estado fuertemente activista. Si bien el activismo local del Estado hasta la fecha ha llevado claramente a impresionantes resultados económicos, el futuro éxito de las reformas depende de encontrar una división operable de poderes entre el gobierno central y local. Mucho se ha escrito sobre los conflictos fiscales centro-local y por gastos, un tema de considerable importancia no sólo para la penetración que proporciona en la naturaleza de las dinámicas de descentralización sino también a causa de la necesidad de generar suficientes rentas gubernamentales para financiar programas sociales que cada vez más son considerados responsabilidad de la sociedad (i.e. compartida por gobiernos, empresas, comunidades e individuos), y no sólo de la empresa (o el Estado)⁵². En todo caso, aquí queremos enfocar la división

⁵⁰ Ver por ejemplo, A. Watson, C. Findlay y Y. Du, "Who Won the Wool War? A case Study of Rural Product Marketing in China", *China Quarterly* 118, 1989, p.213-241.

⁵¹ C. Wong y Dai Yuan Chen, "Editor's Introduction", *Chinese Economic Surveys*, vol. 25, n°4, 1992.

⁵² El argumento aquí, de hecho, se extiende más allá de la financiación de los programas sociales. La crisis
(Continúa en la página siguiente)

de responsabilidades concernientes a las políticas económicas centrales del modelo de desarrollo tardío.

EL ESTADO COMO MEDIADOR

Estas políticas conciernen el comercio, la tecnología y las finanzas. En cada una de estas áreas el rol del Estado ha sido evidente como mediador entre las fuerzas del mercado mundial y los intereses nacionales -tanto en poner precios clave (como la tasa de cambio y la tasa de interés a largo plazo) como en guiar a la economía por un sendero particular. Si bien el mercado ha servido como hito útil que dio a los planificadores información útil, nunca se le permitió ser totalmente penetrante con su influencia. i

Es precisamente en estas áreas que los conflictos central-local necesitan ser resueltos. La competencia entre provincias a menudo ha llevado a inversiones arbitrarias y requiere una estrategia industrial nacional más, y no menos, general. El deseo de las provincias de explorar cualquiera y todos los métodos de elevar recursos financieros localmente para sus propios propósitos de desarrollo ha llevado a presiones sobre las filiales locales del sistema bancario del Estado contribuyendo así a las presiones inflacionarias. El sistema financiero chino debe ser considerado en el contexto de la lucha político-económica más amplia por los recursos que opera verticalmente entre varios niveles de gobierno al igual que horizontalmente. Estos conflictos subyacentes por la distribución de los recursos y la ausencia de cualquier regla bien especificada para resolverlos ha colocado al sistema financiero de China en el centro de presiones en competencia y es responsable de las continuas presiones inflacionarias⁵³. Estos mismos conflictos y presiones también han llevado a la proliferación de instituciones financieras fuera del sector estatal que, junto con el apetito de las provincias para los mercados de valores como manera de elevar recursos, plantea una significativa amenaza a la habilidad del centro para mantener suficiente control sobre el flujo de recursos financieros para perseguir objetivos nacionales de desarrollo.

La competencia entre las provincias hambrientas de inversiones extranjeras también ha creado problemas en cuanto las provincias compiten una con otra para atraer empresas extranjeras. Esto amenaza con limitar cualquier ganancia que China pueda hacer con la transferencia de tecnología ya que el poder de negociación de las multinacionales aumenta con la fragmentación del Estado chino⁵⁴. Aquí también se puede

(Viene de la página anterior)

fiscal del gobierno central también resultó en pagarés que debieron ser dados a los granjeros como pago de las adquisiciones agrícolas estatales, una situación que generó descontento rural. Para la discusión de las relaciones central-local ver Jia Hao y Lin Zhimin, eds., *Changing Central-Local Relations in China: Reform and State Capacity*, Boulder 1994.

⁵³ Ver Bowles y White, *Political Economy*, cap. 5, para una discusión ampliada.

⁵⁴ Las ciudades y provincias del interior han estado particularmente ansiosas por atraer más inversiones extranjeras, y para competir con las provincias costeras más avanzadas han ofrecido tratos particularmente atractivos a los inversores extranjeros. Por ejemplo, los funcionarios en Wuhan, una importante ciudad industrial sobre el río Yangtze, recientemente le permitieron a una compañía de Hong Kong la compra de la participación del 51 por ciento de una compañía impresora de propiedad del Estado que daba pérdida, siendo ésta la primera vez que a una compañía extranjera se le permitió comprar una parte mayoritaria de una empresa de propiedad

(Continúa en la página siguiente)

establecer un caso a favor de mayor autoridad central y una resolución de responsabilidades centrales-locales que preserve la capacidad de desarrollo del Estado chino central.

Todas las instituciones de desarrollo tardío que fueron utilizadas con éxito en los vecinos del este asiático de China tenían un rasgo común en cuanto al poder económico del Estado estaba altamente concentrado en ministerios y agencias clave. En China, el impacto de las reformas ha sido descentralizar en forma significativa el poder económico a gobiernos de nivel más bajo pero la habilidad del aparato del Estado para mantener su capacidad desarrollista requiere que este proceso de descentralización sea llevado a cabo coherentemente. Ciertamente, esto podría requerir que algunas funciones sean devueltas al control central.

Por su parte, el centro puede aprender de la aparentemente mayor selectividad con la cual los gobiernos locales tratan a sus empresas. Según Oi, "la estrategia de apoyo selectivo a ciertas empresas [por parte del gobierno local] recuerda la orientación administrativa de Japón"⁵⁵. A pesar de las reformas empresariales y la creciente productividad de las empresas de propiedad del Estado, el gobierno central todavía es apto para proteger a todas las empresas de propiedad del Estado bajo su jurisdicción. A tal grado que esto resulta de la institución de la propiedad del Estado y las suaves restricciones presupuestarias con las que operan las empresas de propiedad del Estado (en comparación con las empresas locales) bajo la reforma de la propiedad que retiene que la propiedad social es deseable. Tal reforma es posible, es probable que involucre la formación de compañías socialistas con capital social⁵⁶, y es una forma de reforma de la propiedad que ha tenido influencia en China y ya ha sido implementada sobre una base experimental⁵⁷. Existen alternativas factibles, y no es el caso que las restricciones presupuestarias puedan ser endurecidas sólo mediante la privatización; la experiencia del sector EMA ha demostrado que las restricciones presupuestarias severas pueden ser impuestas a las empresas de propiedad social a través de la competencia del mercado y que es posible motivar a los empresarios y los trabajadores públicos a través de esquemas de compensación adecuados.

La necesidad de retener y en algunos casos de incrementar el poder de las autoridades centrales es relevante no sólo desde la perspectiva de maximizar el potencial del Estado desarrollista, es también necesaria como correctivo de los problemas que han aparecido en el sistema de Estado local, descentralizado, como ha evolucionado durante el período de reforma. Quizá esto se atestigua más obviamente en el caso de la creciente igualdad interprovincial de ingresos. La distribución espacial del ingreso

(Viene de la página anterior)

del Estado chino. Como parte del trato, los funcionarios de Wuhan cancelaron toda la deuda de la empresa y permitieron que los nuevos gerentes despidieran a 1.200 de los 1.900 trabajadores. Ver *Far Eastern Economic Review*, 19 noviembre 1992, p. 66-67.

⁵⁵ Oi, "Fiscal Reform", p.119.

⁵⁶ Ver A. Wood, "Joint Stock Companies with Rearranged Public Ownership: Invigoration of China's State Enterprises Further Considered", Development Economics Research Programme, *Working Paper CP n°11*, London School of Economics, 1991, y M. Nuti, "Feasible Financial Innovation Under Market Socialism", en C. Kessides, T. King, M. Nuti y C. Sokil, eds., *Financial Reform in Socialist Economies*, Washington, DC 1988, para la discusión teórica.

⁵⁷ Veit P. Bowles y G. White, "The Dilemmas of Market Socialism: Capital Market Reform in China -Part II: Shares", *Journal of Development Studies*, vol. 28, n°4, 1992.

agrícolas y mercadeo inadecuado, infraestructura de distribución y transporte. Una prescripción convencional para resolver estos problemas ha sido privatizar tierra, i.e., pasar a un sistema de propiedad privada de un solo canal. Afirmamos que la privatización de la tierra no proporcionará una solución a los problemas de la agricultura, y una aproximación que refina el SRH y fortalece el colectivo rural y las instituciones cooperativas ofrece más promesas; presentamos este argumento con algunos detalles ya que probablemente los intentos de privatización en gran escala parecieron al comienzo más atractivos en el sector agrícola.

La adopción de la división por hogares creó unos 200 millones de granjas familiares. Mientras que la producción agrícola no despliega fuertes economías de escala, una descentralización completa de los derechos de propiedad a nivel de hogares (i.e. privatización a escala completa de la tierra de granja) podría elevar considerablemente los costos de transacción en áreas como el intercambio de tierra, la asignación de crédito, la formación de capital y la provisión de bienes públicos, con efectos detrimentes sobre el desarrollo agrícola. Cada una de estas consecuencias adversas de la privatización de la tierra es explorada ampliamente más adelante.

En primer lugar, la privatización de la tierra provocará un desperdicio de recursos humanos y de la tierra. El mercado de ventas de la tierra en las economías capitalistas es típicamente inefectivo para promover la circulación de tierras que aumentan la productividad porque la propiedad privada de la tierra a menudo crea una amplia divergencia en los precios esperados de las tierras entre vendedores y compradores⁶⁰. El intercambio de tierras, cuando ocurre, se limita posiblemente a dificultar las ventas en áreas donde el mercado de capitales está poco desarrollado y el mercado de seguros no existe⁶¹. Los campesinos que son obligados a vender tierra de granja habitualmente son los primeros en ser expulsados del mercado de rentas de la tierra así como del mercado laboral debido a los crecientes réditos a escala en la conversión comida-productividad de un trabajador con bajo nivel de ingresos⁶². En consecuencia, la incidencia de la falta de tierra está altamente correlacionada con la pobreza rural, la desnutrición y el desempleo involuntario en los países en desarrollo.

Segundo, la privatización de la tierra socavaría el acceso del sector agrícola chino al mercado de créditos. Los bienes en tierra se prefieren colaterales a los préstamos institucionales en una economía de libre mercado. Así, la privatización de la tierra de la aldea fragmentaría los bienes colaterales y por lo tanto reduciría la cantidad de préstamos requeridos por el sector granjero porque las tenencias de tierra de las granjas familiares de los campesinos chinos son homogéneamente pequeñas. Dado que es costoso recolectar información sobre el comportamiento pasado de los pequeños agentes y estimar la rentabilidad de un pequeño proyecto de inversión, el procesamiento de los préstamos despliega fuertes economías a esca-

⁶⁰ H. Binswanger, K. Deinigery G. Feder, "Power, Distortions and Refomi in Agricultural Land Markets", *Handbook of Deveiopment Economics*, editado por J. Bemian y T. Sriaivasan, Amsterdam 1992.

⁶¹ H. Binswanger y M. Rosenzweig, "Belia vioral and Material Deteminiations of Production Relations in Agriculture", *Journal of Deveiopment Studies*, vol. 22, 1986, p. 503-539,

⁶² Ver P. Dasgupta y D. Ray, "Inequality as a Detenninant of Malnutrition and Unemployment Theory", *Economic Journal* 96, 1986, p.1011-1134; P. Dasgupta, "Inequality as a Determinant of Malnutrition and Unemployment: PoVcy", *Economic Journal* 97, 1987, p.177-188; y K.O. Moene, "Poverty and Landownereliip", *American Economic Review*, vol. 82, nM, 1992, p.52-64.

ciertamente se hizo más inequitativa durante el período de reforma⁵⁸ y la habilidad para corregirla reside sólo en un mayor papel «distributivo por parte del gobierno central. El incremento de la desigualdad espacial también significó que las EMAs en las provincias menos prósperas debieron enfrentar no sólo mercados locales más débiles para sus productos sino también extracciones punitivas por parte de los gobiernos locales que las consideraban una de las pocas fuentes de rentas con las cuales financiar gastos sociales. Como señala Huang, "los municipios más pobres sin industrias fuertes tienen escasas rentas, a veces ni siquiera suficientes para cubrir los requerimientos relativamente no elásticos de los servicios públicos". Algunos de estos municipios se comprometen en una especie de "predación fiscal" sobre sus propias empresas, aun las no rentables, obligándolas a pedir préstamos para cumplir con los pagos con los gobiernos. El resultado es un círculo vicioso de pobreza. En áreas atrasadas como éstas han florecido empresas privadas con baja inversión lo más cercanas a las empresas colectivas⁵⁹. En un sistema descentralizado, aun con propiedad social de los medios de producción, el resultado standard es que las recompensas están más estrechamente relacionadas con la productividad por lo que la desigualdad de ingresos puede aumentar. En China el avance de esto parece haber sido permitido hasta el punto que la viabilidad económica del sector de propiedad social en las regiones más pobres ha sido amenazada y claramente no puede ser resuelta sin un papel más activo y redistributivo por parte del gobierno central.

Los enormes problemas ambientales que enfrenta China también apuntan a la necesidad de un rol mayor para el gobierno. No hay duda que en la búsqueda de crecimiento y "modernización" la importancia de las preocupaciones ambientales ha sido secundaria; la continuada arremetida tanto de los hogares rurales como de los gobiernos locales para reemplazar las tierras de granja por concreto y asfalto y la atracción del gobierno central hacia los megaproyectos, incluido el proyecto de las Tres Gargantas, lo atestiguan. Así, el debate desarrollo (o, más exactamente, modernización) versus ambiente habría sido ganado en forma decisiva por el primero. Es improbable que las perspectivas para mitigar las consecuencias ambientales del crecimiento rápido sean encontradas en la privatización y pasiblemente comprometerán una creciente intervención por parte del Estado, especialmente a nivel central o provincial, dado que los problemas ambientales raramente están restringidos a los límites de los gobiernos locales.

LOS PROBLEMAS PARA LA AGRICULTURA

En cuanto al sector agrícola, ha habido claramente un crecimiento significativo durante el período de reforma luego de la introducción de las SRH y el incremento de los precios en adquisición estatal. No obstante, a pesar de las ventajas en la gestión laboral, la actividad granjera por hogares por sí misma es insuficiente para el crecimiento sostenido en la producción agrícola. Efectivamente, algunas de sus desventajas ya comenzaron ya a manifestarse en términos de inversión inadecuada en terrenos

Ver Brammiall y Jones, "Rural Income Inequality" para detalles.

⁵⁹ Huang, *Peasant Family*, p. 261.

alto riesgo y a incertidumbre en la producción agrícola e intercambio mercantil. Estos factores, junto con mercados de capitales imperfectos, significan que los pequeños granjeros son típicamente reacios a emprender inversiones a mediano y largo plazo, no importa cuál sea el status del título de su tierra. Sin mejorías significativas al ambiente económico que enfrentan las pequeñas granjas familiares, los esfuerzos para incrementar las inversiones granjeras sólo mediante el fortalecimiento de la seguridad de tenencia probablemente no tendrán ningún éxito.

Finalmente, una privatización en plena escala de la tierra dificultaría aún más proporcionar adecuadamente bienes públicos como irrigación, extensión de tecnología, atención sanitaria y educación primaria para la población rural. Se podría argumentar que bajo el sistema de granjas familiares privadas, los servicios de bienes públicos en China podrían ser proporcionados por los gobiernos locales y financiados mediante los impuestos. La recolección de los pagos de impuestos de las pequeñas granjas familiares se demostró sin embargo muy costoso porque una gran parte del producto familiar está creado para consumo propio y el ingreso en dinero no está registrado. Sin fuentes confiables de rentas por impuestos, no habría servicios públicos en la aldea⁶⁸.

Así, la adopción del sistema de responsabilidad por hogares mejoró los incentivos laborales de los campesinos, pero las ventajas de operar con hogares en la gestión laboral no pueden lógicamente ser extendidas para apoyar la privatización a escala plena de la tierra de la aldea, y un programa así no coincide con la eficiencia en la asignación y el crecimiento económico en China rural. No obstante, hay una alternativa institucional eficiente a la actividad granjera por hogares privados dentro del marco existente del sistema de propiedad a dos canales⁶⁹.

Mantener alguna propiedad colectiva de la tierra no sólo proporciona una solución para el no mitigado desastre humano de la pobreza y la falta de tierra que ocurre frecuentemente bajo los derechos de propiedad privada de la tierra, también promueve una circulación de la tierra aumentando la eficiencia. Con la propiedad colectiva de la tierra, la asignación de la tierra está determinada por el derecho de un miembro a trabajar. Los campesinos se aferran a un pedazo de tierra sólo porque la actividad granjera devenga un ingreso esperado por lo menos igual de alto que las fuentes alternativas de recursos. Cuando el empleo fuera de la granja ofrece a un granjero una

⁴⁸ Efectivamente, en algunas áreas donde los derechos de propiedad colectiva sobre la tierra no han sido ejercidos adecuadamente, el SRH ya ha llevado a standards de servicios sociales en declive. En aldeas en las que los bienes colectivos estaban completamente divididos entre los aldeanos, la red de atención sanitaria, educación primaria, planificación *familiar*, irrigación y extensión tecnológica colapsó. La adopción de SRH también rompió la red de investigación-extensión agrícola, provocando una reducción en la promoción de nueva tecnología para granjas en ciertas áreas (Y. Lin, "The Household Responsibility System Reform and the Adoption of Hybrid Rice in China", *Journal of Development Economics*, vol. 36, 1991, p.353-372). Además, la inversión pública en irrigación y proyectos de conservación del agua ha sufrido un *fuerte* declive desde que la reforma rural de 1978 creó un vacío institucional en este campo. (Shao Ning, "Development and Reform: China's Agriculture in the 1990s", *Social Sciences in China*, vol. 13, if2, 1992, p. 16-22). El declive en el abastecimiento de bienes públicos claramente socava el desempeño dinámico del sector agrícola chino.

⁴⁹ Una posición complementaria (aunque difiere en la importancia de las instituciones del Estado) se encuentra en M. Selden, "Households, Cooperative and State: Reflections on the Future of China's Countryside", trabajo presentado en la Conferencia Internacional sobre Reforma Rural en China y Desarrollo en los 90", Beijing, 3-7 diciembre 1993.

la^{ss}. Los altos costos de transacción en el mercado formal de créditos deben ser compensados por tasas de interés altas, aunque las tasas de interés altas podrían inducir el comportamiento adverso por parte de los solicitantes de préstamos y aumentar la tasa por defecto. Frente a los problemas de información imperfecta y selección adversa, los bancos frecuentemente eligen imponer restricciones a la tasa de interés y dejan a los pequeños solicitantes de préstamos fuera del mercado de créditos⁶⁴. La racionalización del crédito contra el sector granjero pequeño es un problema común en las economías privadas de mercado de bajos ingresos. Los derechos de propiedad privada de la tierra no ofrecen una solución.

En tercer lugar, la privatización de la tierra desalentaría la inversión agrícola. Los abogados de los derechos de propiedad privada han culpado a la inseguridad de la propiedad por el declive de la inversión en la tierra en el período postreforma y han propuesto titular la tierra como medida principal para estimular la inversión agrícola⁶⁵. Lo que se ha ignorado en la argumentación sobre derechos de propiedad privada son las complejidades de la realidad económica china. A raíz de la escasez del mercado de ventas de tierra observada habitualmente en las economías de libre mercado, el mercado de rentas de la tierra debe ser introducido para facilitar las transferencias de tierra⁶⁴. Por lo tanto la propiedad privada de la tierra no garantiza seguridad de propiedad a los agricultores. Más aún, prohibir la relación arrendador-arrendatario no siempre es una opción eficiente y factible para promover la inversión granjera. Es probable que la operación de mercados de renta de tierra bajo propiedad privada en China crearía una gran cantidad de pequeños landlords ausentes porque muchos hacendados dejarán la producción agrícola por empleos en otros sectores en el proceso de transformación agrícola. Su reclamo por ingresos de renta de los bienes en tierra extraería de la agricultura una cantidad substancial de excedente económico, ampliando así la ya amplia distancia entre sectores agrícola y no agrícola y desalentando la inversión granjera. También es dudoso que los arrendadores ausentes tendrían la habilidad e incentivos adecuados para monitorear el comportamiento de los arrendatarios de la inversión para asegurar una inversión óptima de tierra.

Además, los derechos de propiedad en la tierra probablemente son de importancia secundaria en la determinación del comportamiento de inversión de los hogares, comparado con otras restricciones económicas que enfrenta el pequeño sector granjero en China. El tamaño pequeño de la granja y de los mercados de renta de capital que funcionan mal a menudo desalientan la inversión privada en bienes de capital indivisible⁶⁷. La ausencia de seguros y futuros mercados expone a los campesinos a un

^o A. Braverman y J. Gausch, "Rural Credit Markets and Institutions in Developing Countries: Lessons for Policy Analysis from Practice and Modern Theory", *World Development*, 14, 1986, p. 1253-1267.

"M. Cárter, "Equilibrium Credit Rationing of Small Farm Agriculture", *Journal of Development Economics*, vol. 28, 1988, p. 83-103.

"R. Prosternan y T. Hanstad, "China: A Fieldwork-Based Appraisal of the Household Responsibility System", en *Prosternan et al, Agrarian Reform and Rural Development*, Boulder 1990, p. 103-138; D. Perkins, "Completing China's Move to the Market", *Journal of Economic Perspectives*, primavera 1994, p. 29.

"Binswanger y Rosenzweig, "Behavioural and Material Determinants".

"G. Feder, L. Lau, J. Lin y Xiaopeng Luo, "The Determinants of Farm Investment and Residential Construction in Post-Reform China", *Economic Development and Cultural Change*, vol. 41, 1992, p. 1-26.

tasa salarial más alta que su ingreso granjero imputado, estará dispuesto a abandonar su arriendo de tierra a aquellos que no han encontrado trabajos no de granja. El granjero no necesita acumular tierra por seguridad, dado que el colectivo de la aldea le promete el derecho de recuperar el acceso a la tierra de la aldea si en el futuro pierde su empleo no de granja. Al internalizar las externalidades pervasivas de los derechos de propiedad privada de la tierra, la propiedad colectiva de la tierra alienta la transferencia de tierra y por lo tanto promueve el desarrollo de la especialización y la división del trabajo.

Más aún, el sistema de propiedad a dos canales es capaz de elevar la productividad del pequeño granjero mejorando su acceso al crédito ya que el colectivo de la aldea puede actuar como agente intermediario entre el sistema bancario y los hogares miembros tomando en préstamo de las instituciones financieras y luego dando créditos a los hogares miembros.

Por supuesto, esto no significa que el sistema a dos canales no tenga sus propios problemas. El principal de ellos es mantener un grupo de cuadros entrenados y competentes y ciertamente el problema potencial planteado por la corrupción debe ser arreglado a través de la responsabilidad pública de los funcionarios públicos. Otra dimensión de la gestión interna en un colectivo de aldea es el control de los problemas de aprovechamiento a costa de otros por parte de miembros del hogar. La propiedad colectiva a dos canales eliminó el evadirse de la actividad de granja en equipo, pero todavía enfrenta problemas de azar-moral en las áreas de asignación de créditos, financiación de servicios sociales e inversión en la tierra. Los campesinos pueden considerar a los préstamos dados por los bancos de propiedad pública o por los colectivos de aldea como dádivas y ser reticentes a saldarlos. Los servicios proporcionados por el colectivo de aldea pueden ser tratados como asistencia social y quienes los reciben [pueden estar] poco dispuestos a pagar su parte de los costos. Los campesinos también podrían estar tentados de renegar su obligación contractual de mantenimiento y mejoría de la tierra. Así, la viabilidad del colectivo de aldea está fuertemente vinculada con su éxito en disciplinar a los aprovechadores entre sus miembros. Afortunadamente, el monitoreo del comportamiento de los agentes en la devolución de préstamos y la conservación del suelo puede llevarse a cabo a bajos costos en el tipo de comunidad de aldea pequeña y cerrada que caracteriza la economía rural de China.

EL FUTURO DE LA PROPIEDAD SOCIAL

En este trabajo hemos afirmado que el éxito económico de China puede ser interpretado como el éxito de una economía que otorga alcance significativo a las fuerzas del mercado pero que también retiene un papel crítico para el Estado y utiliza ampliamente la institución de la propiedad social de los medios de producción. Nuestro argumento consistió de una cantidad de partes distintas. Primero, afirmamos que la introducción de los mercados ha jugado un papel significativo en la transformación económica y el éxito del programa de la reforma económica china. No obstante, también afirmamos que considerar la introducción del mercado como la única razón de este éxito no es creíble. En cuanto el Estado ha jugado un rol crucial en el proceso de

desarrollo como actor económico, China puede compararse con sus vecinos de Asia oriental, Corea del Sur y Taiwan; al igual que la explicación neoliberal del éxito de las NICS de Asia oriental ha sido mostrado por estudios recientes que es inadecuado así como también es cierto esto de la explicación "amistosa con el mercado" aplicada a China. En cuanto al caso para la eficacia económica de fuerzas del mercado sin riendas y por la centralidad de los derechos de propiedad privada sin ambigüedades (i.e. privatización) como el prerrequisito para el éxito económico, la experiencia reciente china simplemente demostró que es falso.

Igualmente, nuestra argumentación fue más lejos: China no es simplemente un caso de desarrollo exitoso dirigido por el Estado, es un ejemplo de desarrollo *socialista* exitoso dirigido por el Estado. Nuestra interpretación contó con definir al socialismo como primero y principalmente un sistema económico basado en la propiedad social de los medios de producción⁷⁰. El programa de quince años de reforma económica todavía dejó el 86 por ciento del producto industrial en manos del sector socializado y el cambio estructural más importante ha sido el cambio de composición del producto *dentro* del sector socializado, con empresas de propiedad colectiva aumentando su participación en el producto a expensas de las empresas de propiedad del Estado. Aun respecto a las industrias rurales, el sector industrial de más rápido crecimiento, predominan las empresas de propiedad colectiva municipales y de aldea. El crecimiento del sector colectivo ha sido estimulado por las habilidades empresariales de los funcionarios del gobierno local mientras el Estado intervenía directamente en el proceso de desarrollo para apoyar a las empresas y conforma el modelo de crecimiento económico. Hemos afirmado que el sector EMA se comporta en forma distinta de las empresas capitalistas y que los funcionarios locales, quienes en la práctica controlan los derechos de propiedad de las EMAs, responden en cierta manera a las presiones e intereses locales, especialmente para el empleo y la entrega de servicios sociales. Esto ciertamente no es socialismo de Estado clásico y tampoco es reconocible como economía de propiedad de los trabajadores. Es un sistema peculiar chino conformado a partir del legado histórico de la importancia de la comuna y la brigada y la residencia estable de la población fomentada a través del sistema de registro por hogares. Si bien puede ser un largo camino desde el modelo democrático socialista imaginado, no obstante ofrece un ejemplo de mundo verdadero de desarrollo económico exitoso basado en (variadas formas de) propiedad social de los medios de producción como una alternativa al desarrollo capitalista. En el sector agrícola, mientras que el paso hacia la actividad granjera privada con el surgimiento de los SRH ganó mucha publicidad, el rol que siguen desempeñando la propiedad colectiva y las organizaciones colectivas para incremento del crecimiento del sector agrícola tiende a ser descuidado.

En nuestra opinión, la tarea de la nueva ronda de reforma no es caminar hacia la plena mercantilización de la economía y privatizar las partes principales de la economía, cómo auspician muchos dentro y fuera de China. Nosotros por el contrario he-

^K Por supuesto, la sociedad socialista no puede ser reducida sólo a esto. Las relaciones sociales de producción en el lugar de trabajo y el grado de democracia política también son, como mínimo, importantes para considerar. Una apreciación del socialismo chino en este contexto más amplio sin embargo escapa al objetivo de este trabajo.

mos afirmado que la tarea más importante es desarrollar los marcos institucionales que permitirán al Estado central mantener su capacidad de desarrollo, corregir los resultados no deseados de un sistema descentralizado al tiempo que permite prevalecer suficientemente a las actividades empresarias del Estado local. En el sector agrícola, el crecimiento sostenido con equidad requiere que los derechos de propiedad colectiva sean ejercidos más activamente. En breve, creemos que el desarrollo del socialismo de mercado a lo largo de los lincamientos arriba indicados proporciona una alternativa mejor al programa de privatización al corregir la cuestión clave del crecimiento sostenido y promover la justicia social.

Al enfocar desafíos futuros, reconocemos implícitamente que el sistema económico que señalamos como operante en China ahora es un [sistema] en transición. La cuestión es ¿en transición hacia qué? No puede simplemente ser reducida al mismo (o similar) proceso de transición en curso en Europa central/oriental donde se desea claramente como meta un Estado capitalista. En este trabajo subrayamos el rol del sector EMA y podría cuestionarse si este sector es un rasgo permanente de la economía china y si es probable que retendrá el contenido de propiedad social en alguna manera significativa. Algunos han afirmado que las EMAs surgieron ampliamente como resultado del estado subdesarrollado de la ley que define y protege los derechos de propiedad⁷¹ o a causa de las continuas distorsiones de precios que se dieron durante el período de reforma⁷². Otros, como Smith, afirman que las ventajas de bajos costos de las empresas privadas (como su habilidad para evitar pagar cualquier carga social) inevitablemente llevará a una victoria de las empresas privadas sobre las colectivas⁷³. En todo caso, debe recordarse que las EMAs de propiedad colectiva han demostrado ser una forma notablemente flexible de organización económica durante los últimos quince años, y los estudios sobre las EMAs de propiedad colectiva y las empresas privadas rurales no muestran diferencias significativas en los niveles de productividad entre estos dos⁷⁴.

Un desafío más serio es quizá la transición a una forma de corporativismo, posiblemente similar al encontrado en los vecinos asiáticos orientales de China. Las EMAs tienen fuertes vínculos con las empresas de propiedad del Estado, pero, más significativamente, también con empresas privadas y especialmente empresas extranjeras⁷⁵. La fusión de intereses capitalistas locales y extranjeros puede producir un tipo de corporativismo, posiblemente similar al observado en otras partes de la región⁷⁶. El fracaso del gobierno central para tratar con las desigualdades de ingresos regionales también significó que una importante migración laboral tuvo lugar desde las pro-

⁷¹ Nee, "Organizational Dynamics".

⁷² Naughton, "Chinese Institutional Innovation".

⁷³ Smith, "The Chinese Road to Capitalism".

⁷⁴ Ver Svenjar, "Productive Efficiency", y Pitt y Puttannan, "Employment and Wages".

⁷⁵ Ver G. Jefferson y T. Rawski, "Enterprise Reform in Chinese Industry", *Research Paper Series, China CH-RPS28*, Banco Mundial, 1994, para la discusión de los vínculos entre las EMAs y entre las EMAs y las empresas del Estado.

⁷⁶ Sobre la existencia/posibilidad del surgimiento de una forma de corporativismo en China como formación social predominante, ver por ejemplo, Oi, "Fiscal Reform" y Lin Chun, "Money Dissolves the Commune". Ver también Hinton, "Can the Chinese Dragon Match Pearls with the Dragon God of the Sea?: A Response to Zongli Tang", *Monthly Review*, vol. 45, n°3, julio-agosto 1993, para la opinión de que un capitalismo comprador* (*en español en el texto) está emergiendo.

vincias más pobres hacia las ricas, las costeras. Aquí las EMAs emplearon trabajadores locales y no locales, estos últimos a menudo empleados como trabajadores asalariados en condiciones menos ventajosas que los "locales"⁷⁷. Estos desarrollos podrían privar a las EMAs de algún rol progresista y significativo como agentes del desarrollo socialmente deseable. No obstante, también cabe recordar que a pesar de la oleada de inversiones extranjeras directas (IED) en 1992 y 1993, éstas siguen altamente concentradas por fuente y por locación. Las IEDs de Hong Kong dominan y se concentran con todo el peso en Guangdong, las inversiones taiwanesas se concentran en Fujian y las inversiones japonesas en Shanghai y el noreste. Estas fuentes y las concentraciones espaciales reflejan factores históricos y/o culturales y la penetración de las IEDs en otras partes de China ha sido mucho más limitada⁷⁸. Esto se refleja parcialmente, como muestra el Cuadro 2, en el hecho que la composición de la propiedad del producto industrial difiere considerablemente entre Guangdong y Fujian y el resto de China (incluidas otras regiones costeras). En breve, si bien la transición hacia una forma de corporativismo asiático oriental es una posibilidad clara, también cabe recordar que no toda la China es Guangdong⁷⁹.

La economía china ha evolucionado en formas bastantes inesperadas desde 1978, y con resultados inesperados; nuestra opinión principal en este trabajo ha sido afirmar que esto no puede ser comprendido mediante un análisis económico neoclásico y que quienes todavía están interesados en alternativas al desarrollo capitalista y el socialismo factible tienen lecciones para aprender. Quedan claros elementos socialistas tanto en el sector industrial (con empresas de propiedad del Estado y con un sector rural dinámico de EMA más fluido, quizá peculiarmente chino) como en el sector agrícola (con el continuo ejercicio de derechos colectivos). En todo caso, está claro que la economía y la política chinas están siendo sometidas a cambios veloces y que sigue siendo una pregunta abierta si la actual coyuntura evolucionará en una forma que mantendrá estos elementos.

⁷⁷ Por ejemplo, se reporta en *Business Week* (17 mayo 1993) que la aldea de Changan en Guangdong tiene una población residente de treinta mil personas y emplea a cien mil "foráneos" en empresas extranjeras, joint ventures y EMAs.

ⁿ Ver P. Bowles y B. MacLean, "Regional Blocs: Will East Asia be Next?", *Cambridge Journal of Economics*, de próxima aparición, para más discusión sobre este punto.

⁷⁹ Huang manifiesta una opinión similar al afirmar que "con toda la prensa dada a la descolectivización agrícola, al desarrollo capitalista industrial en las comunidades de origen de los chinos de ultramar en Guangdong y Fujian, y al libre mercado y la empresa familiar en un lugar como Wenzhou, es fácil distorsionar u olvidar la realidad de la industria colectiva. Pero éste es en efecto el modo predominante de organización rural en el delta del Yangzi, y en verdad en la mayor parte de China. Es la forma de organización productiva que potenció la mayor parte de la industrialización rural que tuvo lugar en los setenta y ochenta, y que diferencia a la experiencia de China de la de la mayoría de los países del Tercer Mundo" (*Peasant Family*, p.265).

Indice

URSS y Rusia / ¿A dónde va China? <i>Introducción. Alberto Kohen</i>	5
Comenzó la era pos-Yeltsfn y ya no hay lugar para una capitalismo parasitario. Guillermo Ortíz	9
Rusia en un cruce de caminos: los problemas de la transformación económica y política. Alexander Buzgaline.....	13
El final del socialismo. Eric Hobsbawm.....	39
¿Hay que hacer tabla rasa con el pasado? Maurice Godelier.....	71
El colectivismo Jacques Bidet.....	85
Anatomía de una crisis. Moshe Lewin.....	113
Éxitos actuales y futuros desafíos en las reformas económicas de China. Paul Bowles / XIAO-YUAN Dong	147

Referencias de los autores

Volumen "URSS Y RUSIA"

Guy Bensimon, director de conferencias en ciencias económicas del Instituto de Estudios Políticos de Grenoble, investigador del Centro de Estudios del Pensamiento Económico (Univ. Pierre Mendes-France de Grenoble) y del ROSES-CNRS, autor de una obra sobre las economías socialistas, "Ensayo sobre la economía comunista", L. Harmattan, París, 1996.

Jacques Bidet, director de conferencias de filosofía, Universidad de París X, director de la revista *Actuel Marx*. Autor de una interpretación general del *Capital* en "¿Qué hacer de El Capital?", 1985, de la "Teoría de la Modernidad, seguida de Marx y el mercado", 1990, editada en español, "John Rawls y la filosofía política", 1995 y una "Teoría General" de este año. Con Jacques Texier codirigió varias obras además de *Actuel Marx* y el *Congreso Marx Internacional*.

Alexandre Bouzgaline, profesor de economía en la Univ. Lomonosov de Moscú. Autor de numerosos artículos sobre la transición en Rusia en las revistas "Herald of Moscow University", "The Alternatives", "Problems of Economics".

Maurice Godelier, ex Director científico del Departamento de Ciencias del Hombre y de la Sociedad del CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica) y director de estudios del EHESS donde dirige el Centro de investigaciones y documentación sobre Oceanía. Es autor de numerosas obras como, "La producción de los grandes hombres", 1982, "Lo ideal y lo material: Pensamiento, economías, sociedades", 1984, y "El enigma del don", 1996.

Eric J. Hobsbawm, historiador marxista de renombre internacional. Su última obra: "The Age of Extremes: A History of the World", 1991-1994 continúa sus grandes obras anteriores: "La edad de la revolución", "La edad del capital" y "La edad de los imperios".

Moshe Lewin, profesor de historia de la Univ. de Pennsylvania, es particularmente destacada su obra. "Political Undercurrents in Soviet Economic Debates: From Bukharin to Modern Reformers", Princeton Univ. Press de 1974. "El campesinado y el poder soviético", 1976, "El último combate de Lenin", 1978, "La formación del sistema soviético". Ensayo sobre la historia social de Rusia entre las dos guerras, 1987, "La gran mutación soviética", 1989, y "Rusia-URSS-Rusia", 1995.

Ramine Motamed-Nejad, director de conferencias en economía de la Univ. de París I (Pantheon-Sorbona) e investigador del ROSES-CNRS. Sus investigaciones versan sobre las transformaciones de las economías de tipo soviético, y sobre los fundamentos de las economías de mercado. Es autor de varios artículos de la Revista de economía financiera, la Revista de Estudios Comparativos Este-Oeste (CNRS), "Espacios y Sociedades". Autor de "La transformación de las economías socialistas".

Jacques Sapir, director de estudios en economía de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, investigador del Centro de Estudios de los Modos de Industrialización, especialista en economía rusa y en la cuestión de la transición.

Lucien Blanco, ex director de estudios de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, especialista en la cuestión campesina y China contemporánea, autor de "Los orígenes de la Revolución China", y "China", últimas ediciones de ambos en 1997.

Paul Bowles, profesor de economía de la University of Northen Brilsh Colombia, en Canadá, especialista en la cuestión de China, autor en colaboración de "La política económica de China y reformas financieras". 1993.

Bernard Chavance, profesor de economía de la Univ. de París VII, director de la colección sobre países del este de la editorial Harmattan, autor de varias obras, como "El fin de los sistemas socialistas" (1994) y "Marx y el capitalismo, la dialéctica de un sistema" (1996).

Xiao Yuang Dong, profesor asociado de la Universidad de Winnipeg, Canadá, autor de numerosos artículos sobre la cuestión china.

Gerard Duménil, economista y director de investigaciones del CNRS. Autor de numerosas obras sobre economía y autor de trabajos en Actuel Marx.

Guilhem Pabre, director del Instituto de Lenguas y Civilizaciones Orientales de la Universidad de El Havre, donde enseña sobre civilización y economías chinas. Investigador de las disidencias chinas.

Francois Gipouloux, encargado de investigaciones del CNRS, especializado en la cuestión china, autor de numerosos trabajos.

Roland Lew, docente en ciencias políticas en la Univ. Libre de Bruselas e investigador asociado al Centro Chino (EHESS, París), autor de varios trabajos sobre China.

Alain Roux, doctorado en Historia Contemporánea, profesor de la Univ. de París VII, encargado de conferencias del EHESS. Autor de numerosos trabajos sobre el movimiento obrero chino.

Indice completo de los libros (en francés) de Actuel Marx los cuales pueden solicitarse a la editorial productora de la edición argentina de Actuel Marx.

URSS ET RUSSIE

Rupture historique et continuité économique
Sous la direction de RAMINE MOTAMED-NEJAD

TABLES DES MATIERES

Ramine Motamed-Nejad: Présentation
Eric Hobsbawm: La fin du socialisme
Moshe Lewin: Anatomie d'une crise
Jacques Sapir: Le débat sur la nature de l'URSS: lecture rétrospective d'un débat qui ne fut pas sans conséquences.
Guy Bensimon: Sur la nature de l'économie russe actuelle.
Jacques Bidet: Le collectivisme.
Alexandre Bouzgaline: La Russie à la croisée des chemins: les problèmes de la transformation économique et politique.
Ramine Motamed-Nejad: Salariat, rapports marchands et transitions en Russie: une approche structurale.
Mourice Godelier: du passé faut-il faire table rase?

OÛ VA LA CHINE

SOMMAIRE

PRESENTATION / Actuel Marx
DOSSIER: OU VA LA CHINE?
Ressemblé par Gérard Duménil et Roland Lew

Gérard Duménil et Roland Lew: Introduction: Oû va la Chine?
Gérard Duménil: La Chine en mutation: quelques repères.
Roland Lew: Du volontarisme maoïste aux bifurcations de l'ère Deng.
Francote Lemoine: Chine: la transition inachevée
Paul Bowles et Xiao-Yuan Dong: Chine: une troisième voie.
Bernard Chavance: de la réforme du socialisme à la transformation post-socialiste: la Chine en perspective historique.
François Gipouloux: Les ambiguïtés de la décentralisation: les mutations de l'Etat local, nouvel acteur du capitalisme chinois.
Guilhem Fabre: La nouvelle "nouvelle classe": réflexion sur la transition en Chine.
Alain Roux: Naissance, mort et métamorphose du mouvement ouvrier chinois: essai d'interprétation.
Lucien Bianco: Résistance pausanne

INTERVENTIONS

Edgardo Logiudice: Formes anciennes et nouvelles de la lutte des pauvres. La démocratie représentative, le juridique et la violence.

Adolfo Sánchez Vázquez: Socialisme et marché.

HISTOIRE DU MARXISME

Michael Heinrich: L'édition enfelsienne du Livre III du Capital et le Manuscrit original de Marx.

Dominique Lévy: ECONOMARX: un site Internet d'Economie Marxiste.

LIVRES

Philosophie

H. Kelsen, Théorie générale du droit et de l'Etat (D. Ségard)

E. Pucinelli Orlandi, Les formes du silence dans le mouvement du sens (S. Wahnich)

A. Pandolfi, Généalogie et dialectique de la raison mercantile (J-M. Vicent)

Marx, Marxisme

M. Abensour, La démocratie contre L'Etat. Marx et le moment machiavélien (M. Lowy)

S. Lessa, A Ontologia de Lukacs (N. Tertulian)

E. Balibar, La crainte des masses. Politique et philosophie avant et après Marx (E. Renault)

Politique

J.-P. Vernant, Entre mythe et politique (J. Rony)

J. Berthelot, N. Bouleau, S. de Brunhoff, M. Husson, J. Mazier, C. Tutín, La monnaie unique en débat, Appel des économistes pour sortir de la pensée unique (J.-M. Monnier)

G. Moschonas, La social-démocratie de 1945 à nos jours (E. Kouvélakis)

Société

R. Antunes, Adeus ao Trabalho? Ensaio sobre as Metamorfoses e a Centralidade do Mundo do Trabalho (N. Tertulian)

J. Lojkine, Le tabou de la gestión (D. Bachet)

ACTUEL MARX SIGNALÉ

ABSTRACTS, AUTEURS

✓ **EL FUTURO DEL SOCIALISMO.**

Coloquio Internacional. La Sorbona, 1991

J. Martinez Alier - T. Andreani - E. Balibar - M.
Bertrand - J. Bidet - P. Boccará - L. Cortési - F.
Hincker - O. Motchane - Ch. Mouffe - S.
Petruciani - G. Prestipino - Y. Sintomer - J.
Texier - F. Wolf

✓ **EL NUEVO SISTEMA DEL MUNDO**

Coloquio Internacional. La Sorbona, 1992

R. Rosanda - A. Adler - J. Ives Calvez - G. Labica
- J. Levy - M. Beaud - K. Vergopoulos - E. Balibar
- F. Fernández Buey - M. Lowy - J. Robelin - S.
Amin - R. Blackburn - S. Petruciani

✓ **NUEVOS MODELOS DE SOCIALISMO**

Coloquio Internacional. La Sorbona, 1993

✓ **¿HAY ALTERNATIVA AL CAPITALISMO?**

Congreso Marx Internacional

Cien años de marxismo - Balance crítico y
prospectivas - Unidades de París I y París X,
1995

J. Texier - O. Losurdo - S. Amin - F. Jameson - C.
Samary - B. Kagarlitsky - A. Lipietz - M. Lowy -
R. Gillissot - P. Anderson - T. Andreani - L. Seve -
J. Bidet - A. Kohen - R. Mattarollo.

***COLECCION
TEORICA CRITICA
DE mm EDICIONES***

/ DEMOCRACIA Y REVOLUCION.

Jacques Texier

/ CARTAS SOBRE EL STALINISMO.

G. Lukacs.

/ GRAMSCI MIRANDO AL SUR.

L. Ferreyra - E. Logiudice - M. Thwaites Rey.

Los libros de Actuel Marx y K&ai Ediciones lo distribuye

TESIS 11 GRUPO EDITOR

Avda. de Mayo 1370 - Piso 14 • Of. 355/56 TeUFax 383-4777